COLECCIÓN empero

Nº. 5

Geografía de rebeldes

MARIA GABRIELA LLANSOL

CERMI
COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD

ediciones
cinca

COLECCIÓN empero
Dirigida por Luis Cayo Pérez Bueno

PRIMERA EDICIÓN:
Julio, 2014

© DE ESTA EDICIÓN:
CERMI
Ediciones Cinca, S.A.

©TÍTULOS ORIGINALES EN PORTUGUÉS DE LAS TRES OBRAS:
O livro das Comunidades
A Restante Vida
Na Casa de Julho e Agosto

© TRADUCCIÓN ESPAÑOLA:
ATALAIRE, Mario Grande y Mercedes Fernández Cuesta, 2014

© INTRODUCCIÓN:
ATALAIRE

© ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA:
Jerusalén y el Valle de Josafat desde el Monte del Mal Consejo, 1854,
Thomas Seddon, Tate Gallery, Londres

© FOTOGRAFÍA DE LA AUTORA EN SOLAPA:
ATALAIRE

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en esta obra incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca, se identifique con las mismas.

DISEÑO DE LA COLECCIÓN:
Juan Vidaurre

PRODUCCIÓN EDITORIAL,
COORDINACIÓN TÉCNICA
E IMPRESIÓN:
Grupo Editorial Cinca, S.A.
c/ General Ibáñez Íbero, 5A
28003 Madrid

Tel.: 91 553 22 72.
grupoeditorial@edicionescinca.com
www.edicionescinca.com

DEPÓSITO LEGAL: M-21995-2014
ISBN: 978-84-15305-73-6

Geografía de rebeldes

MARIA GABRIELA LLANSOL

Traducción del portugués: Atalaire

CERMI
COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD

ediciones
cinca

Nota de los traductores:

Para la traducción se han utilizado las ediciones originales de *O Livro das Comunidades*, *A Restante Vida* y *Na Casa de Julho e Agosto*, publicadas por la editorial Afrontamento (Porto, Portugal) en los años 1977, 1983 y 1984, respectivamente. Las traducciones de *El Libro de las Comunidades* y *La vida restante*, publicadas en Madrid (España) respectivamente en 2005 y 2008, han sido revisadas y puestas al día por Atalaire para esta primera publicación completa en español de la trilogía *Geografía de rebeldes*.

Atalaire es el nombre común del tándem de traductores formado por Mercedes Fernández Cuesta y Mario Grande.

Índice

Introducción 9
El libro de las comunidades 23
La vida restante 99
En la casa de julio y agosto 195

INTRODUCCIÓN

Por qué hemos empezado a traducir al español *Geografía de rebeldes* de MARIA GABRIELA LLANSOL

(Notas a vuelapluma mientras preparamos la primera edición en español de *El Libro de las Comunidades*)

I - *Geografía de rebeldes* es el título de la primera trilogía publicada por Maria Gabriela Llansol (Lisboa, 1931). Se compone de *El Libro de las Comunidades* (1974), *La vida restante* (1977) y *En la casa de julio y agosto* (1979).
Forman una trilogía en el sentido de que el conjunto constituye una unidad, enmarcada en el viaje de ida y vuelta de Lisboa a Flandes, aunque el texto queda abierto. No ha hecho más que echar a rodar.
La trilogía ofrece, pues, un *final provisional.*

II - En *Geografía de rebeldes* hay que distinguir el texto; el intertexto construido en relación con otras obras de otros autores; y el subtexto, que es la propia vida o fragmentos de autobiografía de la autora, unas veces expresa, otras elaborada literariamente: la triple interrogación, elección y afirmación como mujer, escritora, portuguesa en el último cuarto del siglo XX.
El subtexto lo informa todo. En ese sentido, *Geografía de rebeldes* es un acto de amor, el fruto de un acto de amor, una visión y una obra de arte.
La obra de Maria Gabriela Llansol es un poderoso acto de amor afirmación. La autora sigue una llamada, su camino no parte del propio cavilar, sino de una revelación aceptada. Esa

actitud implica un corazón recio que resista la visión y la unión del amor, que «reciba sin deshacerse», un corazón pensamiento, capaz de vivir en la incertidumbre de crear. Implica una renuncia para dedicarse por entero a la obra, a la lucha desigual por descifrar, desentrañar, expresar lo inefable. Renuncia tan generosa como ambiciosa, tan desasida y árida como fecunda, tan compleja como diáfana, tan tenaz como bella en el tiempo.

Amor en el sentido spinoziano, «amor dei intellectualis», en el que el conocimiento es el afecto más poderoso. Y también, aunque antitético, en el sentido nietzscheano, «amor fati» que reemplaza el intelecto por el destino. E incluso en el sentido teresiano, pues «no está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho, que no es gusto sino determinación de contentar en todo al Amado».

Amor común que impregna y da sentido a la vida de la comunidad poética, mediante ese afecto en el que la autora aúna lo bello, el pensamiento y lo vivo.

Amor que se metamorfosea en el camino de la unión amorosa. Por tanto, amor múltiple.

Singular erotismo de mujer única amante entre espejos, gatos y tabernas, a lo Nin, Durras, Bataille, sin tragedia porque no existe tiempo, con la vibración nacida de la visión más que del cuerpo como objeto del amor.

La obra de Maria Gabriela Llansol es fruto de un acto de amor porque, después del formidable gesto de afirmación, ha sido fiel a su destino de poeta, creadora. Hay más en esto de lo que cabe en una frase.

La obra de Maria Gabriela Llansol es una visión porque se inscribe en la corriente de quienes desconfían de la sola razón para la salvación. Es casi inevitable decirlo en términos de los que se ha apoderado la religión. Por lo mismo que la autora se sirve a veces de un tono cercano al de la oración, que en ella no es plegaria sino indagación sobre el sentido, ajena a toda trascendencia.

La obra de Maria Gabriela Llansol es una obra de arte por sus proporciones, su multitud de perspectivas en las que no se privilegia ninguna dimensión del texto, y por el uso escrupuloso y magistral del lenguaje para expresar «lo que no tiene letras». Las fuentes de su escritura se tornan ríos de aguas entreveradas y el efecto es de una belleza cegadora. Supera el crónico vaivén dualista de la estética occidental para estallar en todas direcciones.

III - La tesis central de Maria Gabriela Llansol es el *hombre será*. Dicho de otra manera, aún no es, a lo largo de la Historia ha dado la espalda al ser en beneficio del poder.
Mi texto, escribe, es transparente, es el lugar, no de lo que podía haber sido y no fue, sino de aquello que en él es y un día será fuera de él.
Por tanto, el texto es el espacio donde los seres se encuentran al margen de la Historia y del Poder. Es un lugar imaginante que mira al futuro.

IV - El texto de Maria Gabriela Llansol se define, pues, como un lugar que viaja. En ese sentido, no aspira a decir, sino a ser. Se inscribe dentro de una estética visionaria que busca penetrar en el ser.
En esa búsqueda es *un instrumento estético que, sin herir la razón, ni despreciar la creencia, funciona libre y eficazmente como un evocativo visionario de un mundo objetivo, o sea, real.*
Maria Gabriela Llansol convoca razón, creencia, visión y realidad en una mezcla compleja para alcanzar el conocimiento, el refinamiento del alma y el rescate del mundo.

V - Para el rescate del mundo, Maria Gabriela Llansol elige la alta cultura europea, en particular germánica, con exclusión del legado clásico grecorromano y del siglo de las luces, tomados en sentido lato.
La alta cultura europea, a través de figuras históricas en las que la autora empieza por reconocerse y a las que transforma y salva en el texto.

El elemento mítico lo constituyen las comunidades de rebeldes, campesinos y religiosos, transmutadas fuera del tiempo en una suerte de Santa Compaña fantástica, en continua metamorfosis, abierta a todos los seres —con libre acceso al ser por parte de todos ellos— y orientada hacia *la vida restante.*
En la obra de Maria Gabriela Llansol no hay mito fundacional, sino mito final.

VI - El discurso se inscribe en las convulsiones espirituales y sociales del Sacro Imperio hasta la Reforma, cuya «magnífica anarquía» de los primeros tiempos contrapone al ambiente de la Contrarreforma en Portugal.
Adopta un tono semejante a la oración en la apertura a la unidad del ser, si bien la perspectiva del texto es atea. Solo se reconoce una *presencia insondable y otros mundos distintos del mundo visible*, de los que no se habla. Entre Eckhart y Wittgenstein.

VII - La realidad es más amplia que la realidad social que impone el Poder y literariamente también puede captarse y exponerse para vencer a la impostura de la lengua de la que Maria Gabriela Llansol empezará a hablar en *Causa Amante.*
En este sentido, la autora se pregunta: *¿Qué responsabilidad tengo yo de haber olvidado lo que mata y escribir de lo que vive?*

VIII - La obra de Maria Gabriela Llansol pertenece al ámbito de la literatura y debe abordarse literariamente. No es oscura ni en los detalles ni en el conjunto; es una honda, muy honda, meditación escrita en clave poética.
Lo que sucede es que a la revelación del ser sigue o acompaña la formación de un nuevo sujeto. Eso es lo que a lo largo de una dilatada obra y una vida fecunda ha conseguido Maria Gabriela Llansol.

«Importa tener buen tino» ante el riesgo evidente de perderse, quedarse en la superficie o imitar el estilo sin haber efectuado esa meditación ni poseer el genio literario de la autora.

IX - ¿De qué trata la *Geografía de rebeldes*?
Empezando por el título, Geografía alude a territorio (porción de superficie perteneciente a algún grupo) y paisaje (extensión de terreno que se ve desde un sitio o pintura o dibujo que la representa).
Rebelde evoca la condición de resistente.
¿Qué territorio? ¿Qué paisaje? ¿Qué rebeldes?
El territorio de los rebeldes. El paisaje de los rebeldes. Los rebeldes al Poder abocados a la visión del ser.
A los rebeldes les pertenece el futuro. El futuro se ve desde la visión del ser. La pintura o dibujo que lo representa —el texto— *sirve para vislumbrar*.
El título de la trilogía contiene ya la nuez del poema. Y toda una poética (principios y reglas) de la autora: no se trata de una metáfora para emocionar con su ingenio y sutileza, sino de una afirmación de sensibilidad de naturaleza más profunda. La metáfora indica el uso de las palabras en sentido figurado. Lo que la autora anuncia, desde el título, una dilatación del lenguaje para abarcar los mundos que existen además del mundo visible.
En la misma línea, los títulos de los tres libros de la trilogía. *El Libro de las Comunidades*. Libro, texto, lugar que imagina el territorio y el paisaje de los rebeldes. Comunidades, como «moradas del alma» donde se reúnen las figuras de los rebeldes, guiadas por un destino: la plenitud del ser; unidas por una regla: el amor común. No es tampoco un título meramente descriptivo. Anuncia la potencia creadora del texto y la necesidad de la comunidad para la empresa que aguarda, cualquier cosa menos individual.
La vida restante. La vida después de la consciencia de la derrota

del ser humano. La vida de la comunidad orientada hacia la plenitud del ser.

En la casa de julio y agosto. La casa, las distintas casas, las distintas reglas, son elemento fundamental de este texto. Casas de las comunidades de rebeldes. ¿Alude de julio y agosto al regreso a Portugal, a un verso de Sá de Miranda dedicado a la casa de su amigo el erasmista Antonio Pereira? El argumento de *El Libro de las Comunidades* consiste en la meditación donde se manifiesta la comunidad de rebeldes: su movimiento, metamorfosis, mutación a partir de la voluntad creadora de la *mujer que no quería tener hijos de su vientre y tenía una manera distante de hacer el amor, con los ojos y con la palabra;* que no consigue separar lectura de escritura; que trastoca los límites naturales del espacio, el tiempo, los seres, las cosas: *El hombre debe abdicar del poder y la mujer del hombre;* que atiende la petición de Thomas Müntzer para escribir; que habla en San Juan de la Cruz para expresar lo inefable; y que hablará en Nietzsche para romper el tiempo. Mujer transmutada en Ana de Peñalosa, la gran figura que señorea la obra entera de Maria Gabriela Llansol como una existencia que ha llegado a la consciencia de sí.

Muerte, sueño, nacimiento, texto, figuras, casa, tiempo, río, exilio en perpetua metamorfosis y relación, dando lugar a la comunidad. *Todo está siendo dicho y el resto del comentario no describirá un momento de la Historia.*

Este soy yo y yo soy él y recojo una tristeza infinita de los muertos y cojo y compongo sus miembros y los recojo.

La comunidad parte hacia la batalla de Frankenhausen (1525) y son derrotados. Thomas Müntzer muere. Comienza el exilio, al que se incorpora Nietzsche. Todos, *insensibles a las persecuciones.* Y la soledad de Ana de Peñalosa, aceptada: *La soledad no es más que la salvaguardia de la escritura cuando el deseo se presenta, la soledad es la defensa del texto.*

Finalmente Ana de Peñalosa y Nietzsche conciben un nuevo

ser, ante el que ella siente ternura y miedo al viaje. Ana de Peñalosa quiere recrear un nuevo lugar destinado solamente al saber. Ese es el fin provisional del texto, que continúa en *La vida restante.*

El argumento de *La vida restante* es la larga meditación de Ana de Peñalosa en la casa de la comunidad, después de la derrota de los campesinos dirigidos por Müntzer en la batalla de Frankenhausen (1525). Cuando los miembros de la comunidad se instalan en el exilio para la recepción del mito de la restante vida.

Es el tiempo de los interrogantes de Ana de Peñalosa, *que se prepara para una palabra inextinguible*, una nueva vida, un tiempo futuro en la comunidad abierta a todos los seres.

¿Será esta la casa adecuada? ¿Desearán tener todos la misma voluntad? ¿Qué es esta casa para vosotros? ¿Qué sois vosotros para esta casa? ¿Me abandonará el poder expresivo del lenguaje? ¿Qué sentido tiene esto? ¿Es justo o no? ¿Cuál es el lugar de esta casa en el espacio? ¿Está bien la regla del silencio? ¿Cuándo acabará esta paz?

La vida restante tiene como contrapunto la aparición de Hadewijch, el amor impar, el otro interrogante: ¿cómo amar en el amor?

Las metamorfosis se acentúan en todos los órdenes. *El bien y el mal se habían roto y amores omnipresentes lo cubrían todo.*

Ana de Peñalosa va teniendo la revelación del ser. Se vislumbra Portugal. Ana de Peñalosa se va de la casa.

El argumento de *En la casa de julio y agosto* incluye una meditación de Ana de Peñalosa sobre el amor y sus decepciones, urdida sobre el viaje de Amberes a Lisboa pasando por diversas casas en ambas ciudades (la famosa imprenta antuerpiense de Plantins, beguinatos, conventos, casas míticas).

Es una novela de mujeres que viven rigurosamente separadas en la realización de su destino. Que quieren un amor libre, sin

obediencia. Que son una afirmación de inteligencia y amor. El hombre no llega, aunque se le salva.
Es una novela sobre los orígenes (que se sitúan en el nacimiento del Eúfrates y Tigris) y sobre el contraste entre la Europa de la Reforma y la Contrarreforma, Flandes y Portugal, el libre albedrío y la épica y el don poético.
Es una novela sobre la lengua.
Ana de Peñalosa querrá ir a un eremitorio.
Según va dicho, *Geografía de rebeldes* no cierra nada. Porque es el arranque de la experiencia de un pensamiento autónomo, una suerte de metafísica ligada a la experiencia, donde la realidad se hace patente en la existencia de quien la piensa.
Un pensamiento con voz, texto, que habla de la existencia posible y que es válido para quienes lo entienden. Porque si en algún texto es válido insistir en «mostrar, no narrar» es en la obra de Maria Gabriela Llansol: la trascendencia se muestra, pero no encuentra cabida ni acomodo, no se agota ni se expresa en ninguna proposición determinada, por eso la bella forma literaria de la amplificación, la reiteración, la tentativa en la obra de Maria Gabriela Llansol, porque ese pensamiento puro —que es subjetivo, irreductible a sistema— se encuentra en todas las partes de la obra y en ninguna, no puede ser expuesto «more geométrico», pues si alguna geometría hay es del linaje de «la rueda que huye más del suelo».

X - ¿Quién narra?
De El Libro de las Comunidades:
Mientras preparaba la cena, meditaba que visionaba un escrito vivo que podría tomar por un encuentro...
La noción de narrador pertenece a la ficción. En este sentido cabe distinguir varias voces que narran: la autora, la mujer que abre el texto, Ana de Peñalosa y el propio texto que se escribe a sí mismo por virtud del ensimismamiento enamorado de Ana de Peñalosa.

Dicho de otra forma, la voz que narra también puede verse como un espacio, de encuentro. Produce un efecto de encantamiento solemne, semejante a la luz multifocal de la pintura de Velázquez, creadora de una realidad más honda y ancha y nítida, una memoria serena más inolvidable.

XI - ¿Cuál es el escenario?
El escenario es el espaciotiempo, que separamos o desdoblamos por pura incapacidad de explicarnos de otra manera. El espacio del libro es donde transcurre. Es un lugar que no necesita puertas para entrar, ni puede evocarse con la memoria, ni captarse con los sentidos, ni siquiera imaginarse. Porque es una visión. Y, sin embargo, posee la densidad y los atributos de una casa: allí donde se establece la comunidad, la casa donde primero se copiaba la «Subida al Monte Carmelo» y donde luego irán reuniéndose los miembros de la comunidad (habitarán la casa, además de ellos, ríos, sombras, coros, textos, patios, nombres, accidentes geográficos y genealógicos); la casa que caerá en ruinas; la casa de la que partirán al exilio; la casa donde Ana de Peñalosa y Friedrich Nietzsche engendran el nuevo ser.
Casa que es también nave, desierto, comitiva, viaje y medio de transporte, prisión y liberación, como «morada» que es.
Maria Gabriela Llansol llamará al espacio, espacio edénico, en correspondencia con el mito final.
Un espacio que siempre ha existido y no solo al principio de los tiempos; que está corriendo el riesgo de desaparecer aquí y la novedad de aparecer, más allá, desconocido e irreconocible; que no es fijo, como sugiere la tradición, sino elaborable, según el deseo creador del hombre (...) un espacio que vive confrontado, como el texto muestra, con el poder y con las imágenes del inicio, con el tropel de imágenes que vienen del horizonte; en términos psicológicos, ese espacio vive confrontado con la opresión política y/o la obligatoriedad de vivir identificado con status sociales, y con la depresión.

¿Y el tiempo?
Valdría para acercarse a él la imagen del agua en El Libro de las Comunidades. No se sabe de dónde mana, pero mana porque es río y no mar y, cuanto más mana, más se ensancha y, sin embargo, no hay corriente porque es río de la visión.
Otro enfoque: el espacio como lugar donde sedimentan épocas distintas, desdiciéndose unas a otras, provoca la abolición del tiempo. El tiempo en El Libro de las Comunidades está fuera de lo que se entiende normalmente por Historia: no transcurre en ninguna dirección, no hay más que ritmo.
...un fragmento del tiempo revela todo el tiempo...
El sentimiento de que todo estaba presente se tornó el clima diario en que vivía Ana de Peñalosa.
Abolido el tiempo, solo queda el proceso de conocimiento y, aún este, afectado. La consecuencia inmediata de la abolición del tiempo no es la simultaneidad, ni la inversión de la duración, ni siquiera la eternidad. La consecuencia es la abolición del principio de causalidad. Si no hay causa, no hay efecto. Ni finalidad. Estamos ante el mito del eterno retorno. Dirá Maria Gabriela Llansol: los miembros de la comunidad (y los leyentes del texto, quienes lo leen para encontrarse) se reúnen para la recepción del mito final.
¿Cómo es ese futuro sin devenir?

XII - ¿Quiénes integran la comunidad? Maria Gabriela Llansol elige llamarlos figuras en vez de personajes, pues son rasgos o cualidades, fusión o transición de símbolos, alegorías, metáforas de seres con distintos grados de entidad. No solo figuras de seres humanos, sino también de animales, plantas, objetos, pensamientos, sensaciones...
La condición de la unión es la semejanza, dice en un eco lejano de Parménides. Todo lo que es tiene algún conocimiento. «Las cosas no aparecerían como tales cosas, si al nombrarlas, esperáramos de ellas una respuesta o al menos la anheláramos», dejó dicho María Zambrano desde otro ángulo,

hablando del «anhelo oscuro». Y también la idea del sujeto como lugar del logos, que no tiene por qué ser necesariamente un individuo, sino que puede serlo un colectivo (o un lugar, una época, una idea, que es una de las líneas privilegiadas también por el pensamiento judío contemporáneo). Late en todas las figuras el anhelo, la posibilidad spinoziana del ser. Queda abierta la puerta a la identidad del ser, la unidad del ser y el pensar, en lucha con la impostura, la injusticia radical del mundo de la apariencia, en cuya creación tanto tiene que ver el lenguaje.

XIII - ¿Qué cosa puede decirse de la acción?
En la casa se lee, se escribe, se cose, se ama, se engendra al nuevo ser.
Uno de los rasgos comunes a todos los seres que se evocan en el libro es que no son resignados. Tampoco mueren. Porque mueren varias veces. *Los cuerpos están hechos de materiales nobles, se les dan formas intensas y atractivas, se inscriben en relaciones armónicas, significativas y sorprendentes. Es en ese triple registro, lo bello, el pensamiento y lo vivo, donde los cuerpos se mueven. Es a ese triple registro al que llamo el afecto.*
Los cuerpos así concebidos también tienen problemas: cómo pensar, cómo conocer, cómo amar en el espacio edénico.

XIV - De la estructura, aparte de la cadencia en la aparición sucesiva de San Juan de la Cruz, Thomas Müntzer y Friedrich Nietzsche, llama la atención el final abierto de *El Libro de las Comunidades.*
En el Lugar 22 se lee: *este mundo acaba... comienza un mundo nuevo.* Y la muerte ocurre en el Lugar 24. Todo son indicios, léxicos y semánticos: muchos días de tiempo sombrío, Ana de Peñalosa ya no escribe, el sol está ausente, solo el sentimiento de tedio los mantiene unidos a todos, tedio que lleva a la muerte. Pero en el Lugar 25 se asume el «eterno retorno» y Ana de Peñalosa y Nietzsche conciben el nuevo ser.

¿Es casual que el texto esté fechado un 2 de noviembre? Lowry empieza por esa fecha, Fausto conjura esas fuerzas. No es el caso, desde luego. Pero creemos que tampoco es casual.

XV - Desde el punto de vista del léxico, *El Libro de las Comunidades* presenta una urdimbre (ESCRIBIR) y una trama (BLANCO) sobre la que está montado el texto. ESCRIBIR es el verbo más utilizado (unas sesenta veces), al que hay que añadir las voces de su campo semántico (letra, palabra, papel, hoja, cuaderno, libro, escrito, escritura, tinta, texto). BLANCO es el color más mencionado (dieciséis veces, frente a dos el color negro, el menos citado), al que hay que añadir las voces de su campo semántico (luz, sol, vela, llama, lámpara, claridad, brillante, transparente, resplandecer, iluminar, alumbrar). ESCRIBIR y BLANCO funcionan como piedras pasaderas del río de *El Libro de las Comunidades*.
Tensión hacia la luz, afirmación del texto que se escribe dando vida a otro mundo diáfano. Ya desde el nivel léxico, antes de cualquier interpretación.
En la *Geografía de rebeldes* el camino de esa tensión hacia la luz parte del reconocimiento de los límites del lenguaje: *un gran rumor, «mayor de lo que el lenguaje puede expresar y el sentimiento imaginar»; o también: «se habla mal en las entrañas del espíritu, si no es con entrañable espíritu»*.
¿Puede decirse todo? ¿cómo?
Reconocimiento no exento de temor a perder el *poder expresivo del lenguaje*. Ni tampoco del presentimiento *de un no empobrecido lenguaje universal*.
De ahí pasa la autora a dejar constancia de un cambio radical que introduce la estancia en Flandes:
Somos el fruto de una experiencia de exilio, y tenemos una lengua y una libertad propias (...) el exilio nos ha llevado a hablar la lengua por dentro y a mirarla por fuera.
Cambio que desemboca en una nueva situación:

En esa noche aprendimos, con todos los sentidos, esa lengua.
Era una lengua en la que aún era tan temprano y tan perfectamente claro que me puse en ella a pensar lo que en el futuro te escribo.
En esta lengua el terror se volvió relativo y puede moderarse.
Y la conclusión:
Es sorprendente el estado de, súbitamente, alcanzar una nueva lengua. Es como concebir una vida en el vientre, digo, mente.
Camino hacia la luz esbozado ya desde Os pregos na erva (1962):
El día manchaba el reposo de la noche y comenzaba a oponer sombra y luz a la oscuridad uniforme (...)
oscuridad que es el silencio de la luz (...)
Junto con otros silencios:
Un deseo oblongo azula, vagamente presentido, el silencio de la sombra incierta.
Silencio que retrocede ante el coloquio de los que se aman:
Deslumbrábase el silencio al puntuar lo que decían.

Atalaire, 2005

EL LIBRO DE LAS COMUNIDADES

A mi madre
(Elvira)

Yo leo así este libro:

hay tres cosas que dan miedo: la primera, la segunda y la tercera.
La primera se llama vacío provocado, a la segunda se le dice vacío continuado y a la tercera también se le llama vacío vislumbrado.
Ahora se sabe que el Vacío no se apoya sobre Nada.
De manera que hay tres cosas que dan miedo.
La primera es la mutación. Nadie sabe qué es un hombre. Por tanto, los límites de la especie humana no se conocen. No obstante, se pueden sentir. El mutante es el fuera de serie, el que inicia la serie. Este libro es un proceso de mutantes, físicamente perfectos. Es un proceso terrible. Conviene tener miedo de este libro.
Hay, según he dicho, tres cosas que dan miedo.
La segunda es la Tradición, según el espíritu que muda donde sopla.
Todos creemos saber qué es el Tiempo, pero sospechamos, con razón, que solo el Poder sabe qué es el Tiempo: la Tradición, según la Trama de la Existencia. Este libro es la historia de la Tradición, según el espíritu de la Vida Restante. Una razón más para no tomarnos en serio.
Hay, lo digo por última vez, tres cosas que dan miedo. La tercera es un cuerposcribiendo. Solo los que pasan por eso saben lo que es. Y que no le interesa a nadie.
Hablar y negociar, producir y explorar construyen, en efecto, los acontecimientos del poder. Escribir acompaña a la densidad de la Vida Restante, de la Otra Forma del Cuerpo, que aquí os digo cuál es: el Paisaje. Escribir sirve para vislumbrar, no para consignar. Escribir, como en este libro, lleva fatalmente al Poder a la pérdida de la memoria.
Y quién sabe qué es un Cuerpo Cien Memorias de Paisajes.

¿Hay quien soporte el Vacío?
Quizá Nadie, ni Libro.

A. Borges

Jodoigne, 4 de enero de 1977

Lugar 1 –

en ese lugar había una mujer que no quería tener hijos de su vientre. Pedía a los hombres que le trajeran los hijos de sus mujeres para educarlos en una gran casa de un solo cuarto y una sola ventana; usaba un chal negro pegado a la cara; tenía una manera distante de hacer el amor: con los ojos y con la palabra. También a través del tiempo, pues desde los tiempos de su bisabuela, siempre era posible regresar a cualquier época. Al moverse, a veces miraba con fijeza a un sitio el más hermoso de su casa toda la casa porque toda la casa era hermosa y comenzaba con esa mirada ora el tiempo de los niños, ora el tiempo de los hombres. Mujeres no había más, aparte de ella, y nunca pasaban de la entrada, que daba a la tierra, tierra de jardín donde se podían dar paseos. Los hombres se quedaban contentos porque ella decía todas las veces no eres tú quien me importas, es el siguiente. Así se aseguraban de que, un momento antes, habían sido el próximo. Se sentaba en su cuarto (en todas partes) y se daba la palabra con el dedo índice ligeramente curvado como si se sirviera un aperitivo o un pescado. Nunca pensaba que tal vez se situara en el fragmento de un astro frío o que podría, como una planta poderosa, envenenar pero, aun no habiendo otra mujer en la casa, había muchas voces que, desde los distintos rincones, parecían ir todas a su cuerpo y que, si no, callaban cuando hablaba

había un cortinaje en la ventana

que servía de lugar de retiro espiritual a los niños que, algunas veces, deseaban partir para que la mujer, a cambio, recibiera nuevos amantes

allí copiaban la Subida al Monte Carmelo, de San Juan de la Cruz, reían, oían la voz que leía pausadamente lo que ellos

habían escrito y que, al final, incluso les imitaba la risa hay que saber que un alma risa debe generalmente pasar primero por dos noches que los místicos llaman purgaciones risa o purificaciones del alma y a lo que nosotros aquí daremos el nombre de noches risa porque el alma camina como de noche y en la oscuridad; hay que decir que para estos niños risa no significa escarnio; por pura y extrema ignorancia, otros niños inventaban hubo en esta sala una silla con la tapicería rasgada por donde se oía el mar apenas poníamos en ella el oído; ahora los muelles ya están estropeados el gato de la casa entraba tú vives en la disyuntiva de ser un gato real o un objeto de realidad y los papeles resbalaban al suelo sin que le importara: papeles, niños, amantes, siempre habría San Juan de la Cruz: cuando se levantó porque una niña la llamó al locutorio lugar del jardín por detrás de una pared de la casa, ya sabía que la chiquilla deseaba hablarle; escuchaba tan atentamente lo que ella exponía que, pasadas dos horas, sentía dolores en la nuca y también en el cráneo; le parecía, como siempre que conversaba durante mucho tiempo, que las palabras le caían directamente en los ojos, se los dilataban y ahondaban; la chiquilla quería obtener una respuesta y ella recordaba que no existían precedentes; no obstante, lo iba a pensar, estar con algunos niños y los papeles, y tal vez con San Juan de la Cruz, al que encontraría en cualquier parte.

Oculta por la mesa y siempre dispuesta a escribir, soñó con un grupo de hombres y San Juan de la Cruz, carmelita descalzo, sentado enfrente de un horno, asando carne de cordero; la cabeza empezaba a tostarse, roja, entre vaharadas de olor; se veía, por la fijeza de la expresión, que entraba en la noche oscura y que su libro o sus manos o sus pies estaban ahora echados en la bandeja y atravesaban llamas y circunstancias de resultados imprevisibles. Y que no escribía: había metido el

puño dentro de la manga y a través de la transparencia del tejido apenas se reconocía la imagen
de quien pedía que fuera recibido el prisionero; soñoliento en la silla, un humo de tabaco le subía entre los dedos, mientras una mujer daba vueltas a la pulsera alrededor de la muñeca: nunca más me traigas un mensaje que no sepa decirme lo que deseo. La puerta se cerró con un ligero
movimiento de aire
que agitó el chal
que escribía para buscar el libro; pequeña frase, una vez encontrada, volvió a perderse; levantó la mano para hacer una pregunta ya olvidada; miraron en sentido contrario, la pregunta surgió en la mujer bajo la forma de una sonrisa; dudó en la s, como si fuese a escribir San; del cuerpo de San Juan de la Cruz canonizado subía el humo y la pregunta, fuego dulce de la muchacha. Apoyó el pelo en el respaldo de la silla mirando hacia arriba y cuando lo distinguió delante llevaba el ritmo con los dedos a través de un largo camino de contemplación oscura y aridez; tuvo que recorrer muchas líneas hasta encontrarlo en mitad de la página después de un espacio horizontal en blanco que parecía otra imagen allí en la página.

Lugar 2 –

«que tan íntima y tiernamente traspasas la sustancia de mi alma y la glorificas con tu glorioso ardor, pues desde ahora, en tu gran amabilidad, me muestras cuánto deseas entregarte a mí como en vida eterna, si antes mis plegarias no llegaban hasta ti, cuando con ansias y fatigas de amor en que mi espíritu y mi sentimiento penaban

Me llamo Ana del Mercado y Peñalosa. Para salir me pongo alrededor del cuello una cinta de terciopelo. Me gusta perdidamente escribir (y desaparecer en la escritura) No me gusta leer. Me gusta oír música como si yo misma la escribiera.
De hoy en adelante ya no consigo separar la lectura de la escritura; (si pudiese ver el texto produciéndose, volvería de nuevo a leer).

Nací en Segovia, donde poseo grandes bienes de fortuna, quedé viuda de Don Juan de Guevara.

debido a mi cobardía y a mi tan grande impureza y a la poca fortaleza de mi amor, te rogaba que me raptaras y me llevaras contigo tanto cuanto mi alma lo deseaba ardientemente porque la impaciencia del amor no me permitía conformarme con la condición de vida en que querías que viviera todavía; y si los antiguos ímpetus de amor, al no tener la calidad necesaria para alcanzar los efectos de mi deseo, no fueran suficientes, ahora que me siento tan fuerte en el amor que ya no solamente mi espíritu y mis sentidos no desfallecen en ti, sino al contrario, mi corazón y mi

Sin vestir, tomo la baraja de cartas que pongo sobre una rodilla y digo oros o espadas, rojo o negro. Si salen oros o copas hago el amor inmediatamente. Si salen espadas o bastos tengo que esperar cinco minutos mirando intensamente un objeto que yo misma elijo y que puede ser una almohada, una lamparita, un retrato o uno de los ramos de flores sustituidos todos los días por uno de los niños más mayores que me sucederá algún día.
Tiempo de las hemorroides, o sea, tiempo de las enfermedades, tiempo de tiempo: escribo siempre con el cuaderno abierto sobre el libro lo que me permite comparar la escritura que sale de la baraja con la ya impresa. Comer después con los ojos entrecerrados y escuchar música me da un gran placer. Los niños creen que la memoria me rejuvenece y San Juan de la Cruz tuvo la visión de que yo soy el marco de un retrato de familia.

mi carne se gozan en Dios vivo, sostenidos por Ti con gran conformidad de ambas partes, lo que hace que suceda que te pida lo que deseas y no te pida lo que no deseas e incluso ni siquiera podría pedírtelo ni se me ocurre pedírtelo —ya que para el futuro mis peticiones son más eficaces y de mayor valía ante tus ojos, como venidas de Ti que me incitas a hacerlas, te suplico con gusto y alegría, (saliendo desde hoy mis juicios de tu rostro, lo que sucede cuando recibes y escuchas las plegarias), rompe la delicada tela de esta vida ".

Lugar *3* –

Dejamos siempre caer la noche, antes de encender las luces. Lentamente, todo desaparece del sitio donde se encontraba, los niños juegan, le llaman y se llaman. A esa hora están completamente ciegos, se mueven entre los muebles sin tirar ni tocar ninguno; también pueden quedarse quietos a mi lado sin que yo lo sepa y me sienta sola en espera de un visitante

ese día en que

estaba enferma por las hemorroides, me quedé acostada toda la mañana: soñaba que me encontraba donde, de hecho, me encontraba: a solas en mi cuarto; sin camisón miraba el espejo, que escogí ovalado para que me recordara un rostro, y le preguntaba a quién libertaría él; frente a mí, mi cuerpo era de una gran belleza y hubiera deseado hacer un retrato dentro del marco; hubiera deseado también masturbarme ante aquel cuerpo, me excitaba ligeramente la zapatilla de mi amante encima de la alfombrilla. Las hemorroides causan el dolor de un eje atravesando el cuerpo. Esto pasaba con ligereza y brevedad, llegué al final, busqué el cuaderno y la pluma por la cama y escribí ese día en que estaba enferma con hemorroides.

Me dio entonces el vértigo frente al espejo de que el espejo sin dejar de ser espejo se me representaba como un catafalco, un enfermo en su cama, más exactamente, San Juan de la Cruz muriendo en Úbeda. Pero era imposible que estuviera muriendo pues escribía a mi lado y las páginas de las obras completas caían, retroactivamente, junto al espejo mientras

pasaba todo aquello con ligereza y brevedad: yo soñaba que, en mi cuarto, él iba a empezar a escribir lo que ya había escrito.
Me senté a su lado diciendo yo escribo por primera vez lo que escribo. Mi observación no le interesaba. Se echó en mi cama que se transformó en un pobre catre y se puso a morir su muerte de Úbeda, creyendo que yo sería capaz de tomarla tal como fuere

escribimos los

tres apoyados en la balaustrada, muriendo de pie y sin saber en qué boca se articulaba lo que decíamos. San Juan de la Cruz temeroso de entrar de repente en levitación, dejar nuestra compañía y, sobre todo, ponerse en ridículo porque para entonces todos mis amantes paseaban por el oratorio, o sea, la entrada grande al jardín.
Ana de Peñalosa seguía contando su historia
la muerte de mi única hija, mi segundo luto
Don Luis del Mercado me confió la educación de mi sobrina Inés
Hace tres años que no abandono mi oratorio

entre él, que empezaba a despegar del suelo, y yo

"castillo todo de un diamante o muy claro cristal adonde hay muchos aposentos así como en el cielo hay muchas moradas: unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto": había, pues, en la casa el segundo espacio, el espacio del techo, adonde iba San Juan de la Cruz cuando levitaba: otro espejo se anunciaba lentamente: algunas arrugas y cabellos blancos, texto tierno y texto duro: ya no pido por la juventud de su cara sino por la de su escritura: mujer admirable es mala madre: aquel día fue víctima de dos pequeños engaños que le habían llevado a tomar la pluma y el libro
estaba oyendo kyrie eleison, Christe audi nos, Christe exaudi nos cuando, al mirar la cómoda miserere nobis tuve la

impresión de que sobre la tapa y, por detrás de un vaso, había una vela más miserere nobis; se preguntaba con estupefacción miserere nobis cómo podría ser posible; se dio cuenta de que se trataba de un tarro de crema de belleza a base de plantas miserere nobis la otra ilusión miserere nobis fue la de, estando en la cama, ir a cerrar la puerta del cuarto que daba a la sala para que no la pudiesen ver a través de la ventana miserere nobis: pero, una vez echada, comprobó que esa ventana, de hecho, no quedaba enfrente de la cama miserere nobis.

Hubo además un pequeño incidente:

tan absorta estaba que el cigarro se le apagó en la mano y, al querer encenderlo de nuevo para tragarse el humo con los kyries, se acordó de que había dejado las cerillas donde estaba San Juan de la Cruz, en el techo o en la Capilla. Entonces se concentró en la escritura y, de repente, en lo alto de la página, y escarbando con los dedos, encontró una cerilla con la que encendió la vela de un oratorio, una mesa y algunas imágenes abandonadas: pasaba allí algunas horas, con una sensación de escritura unas veces intensa, otras difusa: la casa, la verdadera y la siguiente, aún está por hacer; al cambiar de cuarto, habrá una división más terminada; me detengo a la entrada de la nueva sala que, por cierto, es apenas espacio atravesado por aire con algunos claros de sol y el resto lluvia, humedad, frío, porque el clima no es atlántico como el de la casa que dejé, moderadamente dulce y amargo; me siento al tiempo sin movimientos y me convierto en ligera apariencia hasta que una nueva célula de la nueva casa esté escrita – tendrá que ser una célula donde haya túmulo levantado sobre el lugar en que me senté, túmulo de sueño evidente y aromático donde te veo en varias personas y en varios momentos de tu vida. Por la pequeña abertura del altillo del túmulo que daba al jardín de tierra se oían voces y batir de remos anunciando que San Juan

de la Cruz iba a llegar. El nombre de Juan surcaba el agua y la quilla del barco penetraba en cada letra mientras él conversaba con el libro, el libro abierto sobre las rodillas naciendo de la boca y cubierto por una cualidad especial de sol; se oían las voces y el batir de los remos, los párpados caídos seguían permitiendo que él pronunciara su escritura soñada. Cuando puso los pies en tierra le dije:

buenos días, actor de la palabra

y él me respondió:

buenos días, madre: al lado del río había un patio rodeado de ventanas; el suelo fregado por ti mañana y tarde, estaba siempre brillante, aunque un día había reparado en que el brillo había disminuido y las plantas no tenían el esplendor de acabadas de regar que tú les dabas me senté con mis hojas blancas entre las manos a meditar sobre el enigma y acabé por escribir que estarías a punto de ausentarte, casi abriendo la puerta, en la el cuarto más apartado de la casa, por mucho que desearas constantemente ser hospitalaria. Durante tres siglos, tu patio influyó en la forma de vivir de los hermanos y hermanas que forman la comunidad: nuestra regla abarca el noviciado, las oraciones, el modo de vestir, el sueño, los viajes, el silencio y el empleo de la palabra. El ayuno no es de carne, sino de movimiento. A ciertas horas del día, cuando cae toda la arena en la clepsidra, quien forma parte de la comunidad debe inmovilizarse y mirarse atentamente en la posición en que estaba; cuando me detuve en el ala izquierda de la casa pensé, como Ana de Peñalosa se había marchado, que todas sus habitaciones estarían cerradas. Pero, en obediencia a la regla, la puerta había quedado completamente abierta y dos pájaros muy pequeños oían mandolina en la jaula vieja y redonda; en los cajones de la cómoda dejó la ropa con que duerme de noche; los vestidos que se pone de día cuelgan de perchas colocadas a la entrada del cuarto siguiente donde hay una mesa de trabajo y una calavera con las órbitas atravesadas

por yedra. La cama parece de joven, con sitio para un único cuerpo, a los pies colgaba un grabado de una placenta con un feto dentro a punto de nacer. Los vestidos son de colores variados, cortos y largos y da la impresión de que la describen. La imagino en medio de la alfombra, recibiéndome, y digo: buenas noches, madre. No podemos correr uno hacia el otro porque es la hora de cumplir con una de las obligaciones de la regla. Se enciende la luz en la jaula de los pájaros y distingo sobre su mesa de trabajo mi libro abierto, subrayado al inicio de la Llama Viva, con la mano abandonada en él; estoy fascinada por el sosiego del cuarto y me fijo en que le ocupa la mano un único anillo igual que la mano ocupa la página; le toco la mano infringiendo la regla y su mano contiene una palabra con la que ella, infringiendo también la regla no he bajado el río en barco para asistir a tu muerte
pero me he encontrado, por casualidad, en la orilla de un río y, cuando el último recuerdo de todos vosotros se esfumó, me he fijado en el día y el verdor que, desde la tierra, penetraba en el agua; el barco azul oscilaba en el sentido del árbol al que lo habían amarrado, y oscilaba también en el sentido de la desembocadura, y entonces he comenzado a acumular los recuerdos del futuro en una gran meditación; el río me parecía las paredes de esta casa que navegaban y cada compartimento, con su propia función, estaba presente aunque disuelto en el agua, corriendo. Me había abandonado la habitual somnolencia, al contemplar deslizarse el agua, me sentía despierta para siempre. Este estado era más descansado que el sueño, sin ninguno de los sueños que no quería tener. Es el futuro, pensé. El río corre muy deprisa, y lo que yo pensaba se ha transformado con el tiempo, que está sombrío y lleno de rumores, cerca de mis pies; de vez en cuando, el barco azul amarrado al árbol se extiende en toda su longitud en la dirección de la corriente y se inclina hacia la orilla cubierta de plantas verdes donde comienza a caer una humedad saludable.

¿Conoces este sitio inolvidable? Se ha levantado viento y sopla sobre mí y en el árbol, que ha perdido la claridad que yo recordaba; hace más frío y no tengo pensamiento más que para el caudal que sigue aumentando su velocidad; en un momento dado, como hay una pequeña isla en medio de este remolino, llego a creer que, en otro brazo del río, las aguas suben hacia el nacimiento. Hoy el tiempo no ha cambiado todavía y, en pocos días, volveré. No sé si, desde el principio, podrás verme; es mejor que te ocupes de escribir, incluso en mi cuarto porque todavía durante algunas noches habitaré el jardín y miraré tus ventanas iluminadas; tengo que darles el nombre de hojas iluminadas. Si encontrases una cuna en mi cuarto

Me quedé por la noche en la orilla del río porque en ningún otro sitio duermo con tanta serenidad. El barco continúa amarrado al árbol y distingo la mañana por el sonido del agua, el discurrir precipitado de la corriente, sombría pero sin tempestad; los troncos bajos del árbol habían formado una especie de caverna; y el ruido, empezando ahí, se va perdiendo en la distancia, en medio de la masa de agua.

Para que tú encuentres un lugar llamado Fontiveros, acuérdate de que estaré allí, pasados unos días; me levantaré y seguiré el río, dejando el jardín. Conociéndote bien, creo que comenzarás a bajar por el río, siendo tan rígido. Las voces

infantiles de tus hermanos Su cara desvanecida arrastraba la corriente y parecía huir cuando, de hecho, partía al encuentro que había fijado. Un sonido potente salía del agua

y le exigía inmovilidad. Llamó a la puerta y la partera les dijo: «Entrad, por favor». Se sentó a la mesa y levantó la cabeza al techo, con los ojos cerrados. Ana de Peñalosa se sentó también, igual que su hijo. La luz de la lámpara le caía en la mano y el rostro de San Juan de la Cruz subía, escudriñando todos los rincones de la sala. Le pareció a Ana de Peñalosa que su mano iluminada había temblado y que sus dedos se volvían ligeros y afilados; la muñeca, apoyada en la mesa, latía. Es la corriente del agua, pensó. Pero sentía los dedos cada vez más tenues de modo que, cuando San Juan de la Cruz bajó la cabeza, la mano había desaparecido, cortada por la muñeca y en su lugar, reposada, se encontraba la página: "Ahí os decía que quería quedarme en este desierto de la Peñuela – seis leguas antes de Baeza – adonde llegué hace ya nueve días. Me encuentro bien, y con muy buena salud, porque la enorme extensión del desierto es beneficiosa para el espíritu y el cuerpo."

Se apoyó en la pared, retrocediendo. En un instante hizo la travesía del lugar de Fontiveros, donde las casas son de un blanco de cal que ;en el mismo instante, en el jardín de Peñuela, estuvo en oración toda la noche y, por la mañana, lo habían visto elevarse de la tierra

el tablero de la mesa era rectangular y amarillo, el color predominante del aire de Fontiveros, y al hacerse de agua, se transformó en otra superficie, en espejo; al pasar un viento como el del río, se levantó una ola, en ella se encendió una vela (se apagó la lámpara de la sala, desapareció la luz del día): a la luz de la vela, nuestros rostros y nuestras caligrafías se entrelazan; se posan en la sombra, nuestras manos izquierdas de Ana de Peñalosa retiradas, y sustituyen las páginas iguales; al romper aquella segunda superficie, aparecieron ambos en posición fetal, la boca sucia de la leche de las palabras;

subidos en el aire, se apagó la vela, se apagó la lámpara de la sala, desapareció la luz del día

Lugar 4 –

cuando el tiempo comenzó a oscurecer, este río se derramó verticalmente. Al caer en el patio, provocaba un estremecimiento en la superficie del agua que ya se encontraba allí. Junto a la rejilla se forman burbujas. Impulsadas por el agua que queda, atraviesan el borde con un movimiento rápido que, poco a poco, disminuye y cesa: las burbujas adoptan entonces el sentido circular y el ruido de la lluvia, aislada en una u otra gota, se nota, sobre todo en el tejado. Solté un suspiro y el tiempo que tardan en caer las gotas aisladas se volvió, cada vez, menos corto. Clareó sin que, sin embargo, el sol se descubriera ni la vela se apagara. Después, en el patio, parece que alguien bebe agua y que el sonido se amplifica, escribiendo
un deseo enorme de Juan.

La partera me dice que se va a dormir, que la espera se prolonga mucho. Sonrío; y, habiéndola encontrado debajo de la página, guardé en mi seno la mano amputada; San Juan de la Cruz, o mi hijo, escriben en vano sobre la hoja en blanco. Seguía en blanco no había escritura: entonces se echó sobre el papel, su cuerpo adquirió las proporciones de un niño recién nacido. Yo miré, sin hacer caso. No pasaba nada, apenas se oía un vagido, entre la mesa y el techo. Con los ojos cerrados, o abiertos, yo no dormía; él desapareció en la página, y:
¿dónde está mi madre?
El rumor de la tempestad viene del sur de Fontiveros. Ya ha atravesado seguramente Úbeda y, antes de Segovia, no

encontrará reposo. Nos haremos compañía el uno al otro; no siento dolores, y de ninguna parte de mi cuerpo Juan podrá nacer; conozco las hojas de Fontiveros en otoño, son rojas o amarillas y resuenan por las calles cuando el aire se carga de electricidad o él pasa con su mano escribiendo
dejando las calles,
se encontró en pleno campo.
Hacia las trece horas, la comunidad volvió y dijo un responso; todos, afectuosamente, le besaban los pies y las manos. Llovía
cuando estaba, por casualidad, sentada a la orilla del río, me bastaba con mirarlo para que las cosas cambiasen por la fuerza de las circunstancias. En el campo, tengo que andar para poder describir este camino. Vuelvo atrás para poder comenzar y me fijo en las hojas podridas por la humedad y que aún esconden el suelo cubierto de hierbas; a mi derecha hay una hilera cerrada de pinos y algunos brotes despuntan en los arbustos desnudos.

Los presentes
deseaban cortarle un mechón de pelo, un trozo del hábito y yo vi que hubo quien le había mordido la pierna ulcerada
cuando el camino baja, precisamente en el lugar en que se refleja el sol, mis hojas están más secas; la claridad es tenue, desapareció al levantar los ojos y las hojas resuenan al haber envejecido y quedar abarquilladas; la mayoría de los árboles están desnudos, es un paisaje invernal.

Sus pertenencias se
distribuyeron como reliquias: el hábito, el ceñidor, el cilicio, el breviario
pero las yedras se mantienen tal cual estaban y me siento en una piedra enfrente del sol poniente, como si fuese verano

Hubo quien le
arrancó las uñas de los pies, hubo quien le quiso cortar un dedo ya estoy aquí hace unos momentos, empiezo a sentir el

olor de esta variedad de plantas y hierbas, las especies vegetales son indescriptibles. Este es el momento que esperaba

nacido sin agonía,

el rostro de Juan estaba lleno de paz y contento, de una belleza especial que no es la de un cadáver, él que tenía una cara ; como en los sueños, es preciso comerlo realmente

y en cuanto nació yo puse las manos sobre las sienes y, en el espejo, vi que blanqueaban

pasé una noche inquieta, esperando el instante en que habré de volver a este camino; podría salir, pero ahora es de noche y quiero andarlo exactamente a la misma hora

Primera homilía:

es el día siguiente, pero creo que va a cambiar la estación. He tomado una rama pequeña y la he puesto contra el sol: está cubierta de escarcha. El sol aún recorre las copas de los pinos, en la vegetación enmarañada del suelo traza una sombra fría; mis pies se congelan y veo las hierbas casi secas recortadas sobre un blanco resplandeciente, a falta de luz; no debe de ser la misma hora de ayer. A mitad del camino, un leñador ha amontonado troncos cortados de árboles; no sé si he de seguir o volver atrás, pero no puedo dejar de recorrer el camino andado; ahora el sol abarca en toda su dimensión a cada pino desde el nacimiento del tronco y hay incluso un lugar que brilla, en el suelo. Arbustos diferentes de los pinos aparecen cubiertos de hojas secas que no caen porque nadie las toca; un tronco por donde pasó una hoja de hacha se cubrió de musgo, pero no deseo sentarme en ese banco verde y resplandeciente también por la helada; estoy casi llegando cerca del sol que, a mi derecha, ilumina todas las hojas de un pino tiradas por el suelo; a mi izquierda la rama permanece blanca y escarchada

porque el frío es glacial, y todavía no ha cambiado. He llegado a la altura del camino donde hay más hojas podridas; después la helada reaparece al descender hacia las calles de la aldea y yo regreso con el sol subiendo por detrás de mí y deseando yacer aquí para siempre mientras oyes

Segunda homilía:

el frío siempre igual, delicado e intenso. Los campos de alrededor se habían cubierto de escarcha: son las primeras horas de la mañana. Por la noche no he sentido el habitual deseo de volver a recorrer este camino; pero antes de llegar me he entristecido; la escarcha cada vez más espesa y, poco a poco, las hojas son todo lo blanco y un rumor mineral debajo de mis pies.

Es una ilusión creer que,
de un lado y otro del camino,
las ramas se han aproximado. Debe de ser por efecto de la sombra. Los troncos de ayer ya no obstruyen con miedo; algunos descansan de lado, debajo de las ramas; me he sentado sobre los talones.

Alguien se aproxima y pasa, sin admirarse de que yo estuviera allí; la claridad continúa en el suelo, es muy tibia y reverdece la escarcha que se extingue y deja al desnudo la hierba. El sol se ha trasladado a la zona del pinar y ya no puede volver a iluminar los trozos de la bajada. Algunos tallos de arbustos son rojos y me acuerdo de nuestro cordón umbilical: retiro de en medio del camino una rama porque me da mucha pena

San Juan de la Cruz miró la vela para preguntarle lo que, a continuación, iba a escribir: la mecha no estaba en el centro de la llama y la cera, brillante en la base, me ha recordado el esperma depositado en el vientre de la madre, madre de su libro; había dos velas más bajas apoyadas en la vela encendida y el libro abierto presentaba las páginas unidas por un surco.

La Llama Viva no fue escrita en frío, dice el Prólogo. Si las palabras tienen sentido: sobrepasa todo cuanto se podría concebir y hace astillas aquello en que lo querríamos limitar. Había cruzado las piernas bajo el hábito y escribía entre los ojos y las rodillas; la misa del domingo de Quasimodo estaba siendo cantada por la comunidad y voces delicadas seguían el movimiento del lápiz mientras los dientes lo masticaban. Él veía a su madre en el apogeo del éxtasis y pensó, sin escribirlo, en un barco o en un espejo en lo alto de una ola; la página de los ojos ocupaba el centro de la pared y era cien veces mayor que su cuerpo. Tuvo entonces miedo y el lápiz le pareció el botón de un seno, que se llevó a la boca. Ana de Peñalosa estaba absorta en la página y, él, en su regazo. Lo mecía, pero la potencia de su voz era la de un coro y empezó a distinguir en la sombra las variadas fisonomías de los hermanos que cantaban tú me buscas, pero yo te busco aún más.
Todo está por decir y el resto del comentario no describirá un momento de la Historia. Escondió la cara en las manos, sin que Ana de Peñalosa dejara de verlo, y reconoció dentro del libro cerrado, el color elocuente del fuego.
Como la vela se apagaba, dijo a su madre que mañana le trajera otra vela; desapareció en la oscuridad del ciego, en el silencio en que la admiración se perdía.

Lugar 5 –

Mientras esperaba, Juan, todavía en el centro de la oscuridad, se sentó, y tuvo el sueño de que, dormido, recorría

simultáneamente los tres caminos: la vía del río, la vía de los pinos y la iluminación de la vela
encendida la llama, entrecerró los ojos a la nube de humo y se concentró en oír el río que pasaba: tenía una voz femenina, envuelta en murmullos que no se escuchan más que una vez. Hacía esfuerzos por privarse del gusto y la dulzura del recuerdo pero clareó, sin que, sin embargo, se descubriera el sol o la vela se apagara; el barco sigue amarrado al árbol y conozco la mañana por el sonido del agua, por el discurrir precipitado de la corriente sombría, aunque sin violencia; pero me he encontrado por casualidad en la orilla del río y, cuando el último recuerdo
de todos vosotros se esfumó, me he fijado en el día y en el verdor que, desde la tierra, penetraba en el agua; el barco azul oscilaba en el sentido del árbol al que estaba amarrado y oscilaba también en el sentido de la desembocadura, y entonces he empezado a acumular los recuerdos del futuro en una gran meditación
las yedras se mantienen tal como estaban y me siento en una piedra enfrente del sol poniente, como si fuera verano (no sé cuántos días me quedaré aquí porque me amenazan, de Baeza, que no será por mucho tiempo. Estoy bien, sin saber nada, y la vida del desierto es admirable). El sol aún recorre las copas de los pinos, en la vegetación enmarañada del suelo traza una sombra fría; mis pies se congelan y veo las hierbas casi secas recortadas sobre un blanco resplandeciente, a falta de luz; no debe de ser la misma hora de ayer. A mitad del camino, un leñador ha amontonado troncos cortados de árboles; no sé si he de seguir o volver atrás, pero no puedo dejar de recorrer el camino andado
La mecha encendida, mientras yo velaba, cubrió la vela de cera. Un perro, u otro animal, se acercó a mí y dejó la piel en el suelo. Le miré el cuerpo despellejado y, con mi mano, acaricié a mi madre. La piel y el cuerpo separados me causaban alegría y

pena y el animal, que también podría ser un lobo o un oso, empezó a emitir una voz fuerte y potente. Me eché sobre la piel y el pelo, suave y espeso, me volvió mañana. Se acercó al brasero y el calor de la llama le dio en el pecho. Por encima de la llama estaba colgado el retrato de Ana de Peñalosa
(aunque yo sea más feliz aquí, me iré en cuanto me lo pidas)
que después vio que era la propia Ana de Peñalosa; quiso entrar en el retrato y en el fuego. Separó las rodillas de su madre; el principio de la mañana le parecía igual que la trama de seda del vestido y los labios que rasgaban la seda saboreaban, cantando, la comida maravillosa que le guiaría en el viaje. Llevaba el libro pero, al atravesar la abertura, cayó en la cuenta de que, ambos, no podrían pasar; por eso lo dejó estar sobre la mesa, abierto por el lugar en que, por última vez, había dormido. La homilía le resonó en los oídos desde la entrada, las sombras de los árboles proyectadas en las paredes le recordaban el miedo a perderse. Encendió, entonces, la mano como una antorcha y ordenó, volviéndose para atrás:
sígueme.
El olor de las hierbas que debían alfombrar la abertura se esparcía por el aire; el romero y la menta ardían en el suelo y, por entre todas, se extendía la voz femenina de la homilía.

ANA DE JESÚS

(en su cuarto abrió la ventana y, para no dormirse, recibió el frío, sobre todo en la cara y en la mano; estaba inclinada sobre el papel, que había dividido en tres columnas; el olor de la comida, que subía de las cocinas, hacía delicioso y soportable el aire.
Algo de nieve

pero no cierro la ventana para que esté cerca, sin cristal; en el prado del convento aún hay un pájaro que corre y se detiene (desaparece): El aire está limpio y la claridad empieza a llegar a los muebles del cuarto invitándonos a un retrato.
Observo ahora el camino que avanza por la carretera principal, entre dos surcos: es un camino de hierba; todo es prado.
Me revuelvo por tener que abandonar este lugar. – ¿Qué haré realmente fuera de aquí,
donde la noche y el día son tan importantes? – Hablan, explicándose mediante delicados cambios de luz. – Voy a cerrar la ventana porque ya me duele la garganta: respuesta al frío. Tantas veces cambió el tiempo y yo no me ocupé de nada más)

HABÍA VENIDO

A VISITARLO. Con ella, había traído a su perro. Le preguntó por el libro, en qué parte del texto se encontraba: Juan de la Cruz le dijo que iba a morir para poder describir el momento de la muerte; pero en vez de mirarla a ella, miraba al perro, con los ojos elevados y cerrados.
La voz de Ana de Jesús ganaba velocidad. Él no comprendía por qué le hablaba ella; veía pasar por los ojos del perro muchos árboles y caballos, algunos caballos se detenían cerca de los árboles y sacudían las crines, piafando. Pájaros oscuros que vuelan bajo e incluso imitan a los animales terrestres, atravesaban el prado, sorprendidos. Y, como el movimiento hacía que se le ocurriera un torbellino de ideas, entre las cuales la de la muerte tomaba forma, se tumbó en el catre y comunicó a Ana de Jesús que iba a llegar.
El perro se acercó y se puso al lado, extendido sobre la piedra; Ana de Jesús comprobó que hablaba sola o, entonces, a Ana de Peñalosa que mientras tanto había venido y se había sentado enfrente del texto.
–¿Qué escribe él? – preguntó Ana de Jesús

–Me escribe a mí– respondió Ana de Peñalosa, y
entró en el lecho materno oyendo los cánticos, sin que los pies pudieran sujetarlo al suelo. Caminando por entre arenas movedizas, la introducción en ese nuevo medio no terminaba; rechazaba todas las dudas brevemente porque tenía poco tiempo (no podía retrasarse más). Pero el libro se había hecho precioso, lo había usado tantas veces que, ahora, era imposible cerrarlo del todo. Estaba sobre la mesa de trabajo con pequeños espacios abiertos entre las páginas, la portada y la contraportada dobladas; el deseo de dormir era permanente, pero no podía ceder a él por causa de los cánticos que tenía que vigilar con los ojos abiertos y de los pies que, enormes de la escritura, vacilaban; oyó, mientras meditaba, un gran rumor, "mayor de lo que el lenguaje puede expresar y el sentimiento imaginar"; Ana de Peñalosa y Ana de Jesús le habían tomado de la mano, habían apretado con fuerza los quince dedos y las tres palmas; mientras la multitud avanzaba para rodear a alguien que huía; las manos ondulaban sobre la sábana y el lecho y Ana de Jesús dijo, en secreto, a Ana de Peñalosa –...es necesario tener la experiencia.
Junto al cuerpo tendido del perro, apareció el cuerpo del que perseguían; las paredes del cuarto retrocedían en medio de una densa niebla:
no nazco, pero
el libro yacía sobre la mesa de trabajo; gotas de lluvia entraban por la ventana y caían en las palabras que había escrito para el Prólogo de la "Llama Viva"
oh muy noble y devota Señora,
he tenido grandes dificultades
para hacer lo que me ha pedido;
nadie puede hablar
del interior del espíritu,
si no es con un espíritu

muy interior. En el patio de clausura hay un pájaro y un perro y, entre ellos, obré el milagro de esconder el cuerpo del que perseguían:
(Ana de Peñalosa dijo: "entró en éxtasis")
Yo, Tomás Müntzer, reducido a un cuerpo de niño, cuyo tamaño no excede el de mi cabeza decapitada después de la batalla de Frankenhausen; yo, Tomás Müntzer de Stolberg,
haciendo resonar con un cántico nuevo las claras trompetas del aire, doy testimonio de que, por encima de todos mis contemporáneos, me consagré, con ardiente celo, a hacerme digno de adquirir una ciencia más rara y perfecta.
Los hombres que hasta ahora detentaban el poder hablan fríamente
entre las páginas apareció el manuscrito de un texto que San Juan de la Cruz no había escrito, ni conocía
era apenas una voz en que una voz se imaginaba:
antes de la noche, cubiertas de caligrafía en cursiva, las alumbró la lámpara roja que Teresa de Ávila se colgó de la garganta
está sentada, reflejada por el espejo y la seda del vestido que se ha quitado;
en el cuello desnudo
la cabeza del día
que es inimaginable
irradia,
sin anular
las voces
y las descripciones terribles
del itinerario
nocturno:
pasé el atardecer y las primeras horas de la noche deseando que,
aún en ese día
y antes

de que llegara la mañana,
abriera la ventana sobre el río con la impresión de que había dormido
en el río,
y que acababa de llegar allí:
había una claridad tan intensa, que nadie podría soportarla, más que velada; el puente llegaría de arriba, de traspasar el sol. Los pájaros volaban dentro del agua (hasta el fondo), el barco navegaba aparentemente vacío, aunque las manos estuvieran aferradas a los remos, que no se movían; una luz aún más intensa acompañaba al barco como una fuente nacida en medio del agua; y, a veces, en ese nacimiento de la luz se inscribían palabras y frases que se desmoronaban en el lugar donde iba Tomás Müntzer, sus oídos y su boca.
Desde las orillas, la multitud seguía soltando improperios; pero la Llama Viva, caída llamarada a llamarada, tapaba el cuerpo: el ulular de las voces bajaba de tono, solo el verde de los prados donde había muchas flores blancas y amarillas seguía al barco
se detuvo enfrente de la ventana donde San Juan de la Cruz escribía; Tomás Müntzer levantó el tronco empapado de agua; el griterío se hizo único, atraía irresistiblemente la corriente; un pájaro, venido de dentro del río, se posó en un tronco; el barco siguió deslizándose solo, aunque atravesado por llamas:

San Juan de la Cruz miró las telarañas que, en el techo, orlaban el azul claro de la cornisa y, en ese momento, en el barco que seguía bajando por el río (aunque siempre en el mismo lugar), Tomás Müntzer se fijó en un caballo que nadaba cerca y en que la multitud, reflejada en su cuello brillante, se había convertido en un espejo pacífico.

San Juan de la Cruz, volviendo a bajar los ojos a la hoja, como si hubiera y no hubiera visto a la multitud

que ululaba, tocó la mano de Ana de Peñalosa, que ella había dejado sobre la mesa, le puso la pluma entre los dedos (aunque yo ignore dónde estáis) y escribió:
"entre los tres había tres personas y un ser amado": Se escondió para escribir; pero, antes, empezó a leer en el libro que poseía su infinita felicidad
permanecía en el principio, aunque no tenía principio; era el propio principio y, en consecuencia, no había principio; uno en el otro estaba como el amado en su amigo; y este amor que los une tiene el mismo valor en uno y otro, la misma igualdad
al leer, se dio cuenta de que leía de pie, enfrente de su atril el arte de llevar el ayuno
distraído,
miró el dedo anular en que Tomás Müntzer, mientras lo decapitaban en el barco, se había puesto un anillo cuya piedra era su cabeza
como esconderse para escribir
vamos a dejarle escribir, dijo el caballo. Nosotros, Juan de la Cruz y yo, salimos al río y al bosque, una mañana de sol nublado; el caballo quería pasear con nosotros y nos montamos en el lomo; Juan de la Cruz llevaba varias manos, las riendas, y la mano sobre el cuello del caballo. Relinchó algunas veces: le pusimos en la cabeza una guirnalda de flores. Inmediatamente vimos a Tomás Müntzer echado en el barco, su cabeza decapitada apareció enfrente de nosotros,
las tinieblas se cernían
nos dirigimos al atrio de la casa adonde solo podríamos llegar de noche, después de muchas horas de río y bosque y siempre a lomos del caballo que, al trote, relinchaba palabras
nosotros, sentíamos en las piernas el calor de su sangre, y la casa amplia ya se aproximaba
la primera noche, acamparíamos delante sin entrar, en espera del barco en que viajaba el cuerpo de Tomás Müntzer

encontraríamos la casa de verano deshabitada, el cuarto de Ana de Peñalosa con las luces encendidas
al otro lado de la orilla estaría el desierto, el río y el bosque. Ya de noche:
– El barco no ha venido todavía. Ha llegado un jergón hecho con troncos de árboles – En el sitio de la cabeza hay una guirnalda de flores de trébol.
No se detuvo, ni el caballo a su lado.
– Nosotros pasamos por delante de la casa con nostalgia, leyendo, por todas partes, a la luz del río, la escritura que hacían las patas del caballo
– Los pies de San Juan de la Cruz habían abandonado las sandalias, se habían elevado en el aire – Se nos apareció una mujer que llevaba una gran túnica, la envolvía el sol y doce estrellas le coronaban la cabeza. Gritaba de dolor cuando una segunda señal cubrió el cielo: un enorme dragón, rojo de fuego, con siete cabezas y diez cuernos en cada una, todo él adornado con una diadema; la cola fustigaba a las estrellas y las lanzaba contra la tierra; regresamos a lomos del caballo. Tomás Müntzer iba a pie y le agarrábamos las manos como si fueran riendas. Nos estremecíamos ante la idea de entrar en el desierto donde el río y el bosque – ...precediéndonos, ya se encontraban. – (Ana de Jesús, en la ropería, planchaba, las brasas, luminosamente, crepitaban. Leía de vez en cuando algunas líneas del manuscrito dejado enfrente de ella sobre los melocotones. Los oyó alejarse sin abrir la puerta que daba al patio ni correr la ventana pero, con el pensamiento, empezó a acompañarlos, a ir a su encuentro e incluso a adelantarse a ellos en el camino del desierto; doblaba la ropa como «con esa positiva esperanza que en ellos descendía de lo alto, la náusea del trabajo tornábase ligera», o un manto de arena, el ruido que escuchaba era de pasos que se acercaban y se alejaban, notó que planchaba con la cabeza de Tomás Müntzer, sus órbitas

ardían. Leía sin detenerse, confundida con el libro la tierra empezaba a rodearla, respiraba con placer el fuego, leones, oraciones y multitudes se arrastraban en el cráneo de Tomás Müntzer que él conservaba en la mano y sobre el tablero). El barco finalmente atracó y, de dentro, salió el cuerpo de Tomás Müntzer. Se dirigió a San Juan de la Cruz que era hombre de estatura mediana, de rostro grave, venerable, algo moreno y de buena apariencia. En esta margen del río estaba sentado a orillas del agua. Para que pudiesen conversar, una sombra dibujó el resto del cuerpo que faltaba:

– Nada me satisface lejos de tu compañía – metió la mano en el agua, quedando las dos manos aparentemente cortadas a la altura de las muñecas; deseaba encontrarse con Tomás Müntzer; bastaba apenas con volver la cabeza para verlo– Hoy, no me satisface nada lejos de tu compañía. Di varias vueltas a la isla hasta quedarme en este lugar. La multitud se alejó y nadie podrá impedir que nos escribamos, penetremos más adelante en la espesura.

Tenía un trato y una conversación agradables. Ese mismo día había vuelto a la comunidad huido de la cárcel de Toledo de donde se había evadido descolgándose por una cuerda.

– En esta extraña privación en que caí... – Pero al ver a Ana de Jesús salir de casa por entre los árboles con el cráneo en las manos y cerca de la boca, y acercarse a él, se inclinó en la postura de quien lee:

– Que quienes se sienten flaquear me escriban con amistad; yo en respuesta, os consolaré. En caso de que me engañe, acataré una amonestación amiga, en pleno día y ante una comunidad, siempre que ésta no me someta por la fuerza. Pero en modo alguno aceptaré ser criticado o juzgado sin pruebas suficientes y a puerta cerrada. Por mi acción, tengo en mente perfeccionar la enseñanza de los predicadores evangélicos, e

igualmente no despreciar a nuestros hermanos de la Iglesia de Roma que pesadamente se arrastran.
Quiero demostrar la justeza de mis principios; me agradaría, en caso de que en vuestra ignorancia eso no os parezca ridículo, me agradaría, digo, disputar públicamente con mis adversarios delante de hombres de todos los países y de todas las creencias.
Así fue como fui –dijo Tomás Müntzer. El tiempo había cambiado tan completamente que parecían estar en otro día; la bruma había caído sobre el río sin que, con todo, dejaran de verse las orillas; hacía frío, pero no causaba escalofríos. Tomás Müntzer escudriñaba el rostro de San Juan de la Cruz a través de la bruma, el rostro se difuminaba sonriendo y recortado entre la niebla.
– Pero es de noche.
– No, no es de noche – respondió Tomás Müntzer que nunca había leído lo que San Juan de la Cruz había escrito– Solo es el tiempo que ha cambiado inesperadamente: la temperatura ha descendido y el agua condensada se detiene sobre el río y se eleva sobre las cimas de los montes. Mi batalla ya está perdida, puedo lanzar al río mi cabeza decapitada.
Estuvieron observando la cabeza de Tomás Müntzer deslizarse sobre el agua; los peces describían vueltas veloces a su alrededor, la sombra se había perdido por completo desde que no había sol; al moverse, producía una espuma blanca que, en cierto momento, llevada por el viento, cayó en la playa del río desapareciendo donde se dice en qué consiste la noche oscura y cómo es forzoso pasar por ella.

Lugar 6 –

Müntzer (Tomás), fundador de la secta de los anabaptistas, nacido en Stölberg, decapitado en Mühlhausen, en Turingia, después de la batalla de Frankenhausen (1490-1525), a los treinta y cinco años, tomó su lugar en el cortejo. Había perdido de vista a San Juan de la Cruz y se hablaba en voz baja.
A la puerta de casa, Ana de Jesús dejaba las manos sobre el vestido e intentaba escuchar el susurro de las voces que se alejaban. Abruptamente, la continuación del río y el barco – el desierto, nadie sabía lo que era: desértico, que pertenece al desierto, que tiene las características del desierto.
No habitado, sitio árido, vacío, abandonado, parajes desiertos; tierras bajas, inaccesibles a los vientos húmedos que soplan del mar y sometidas a sequía permanente. De lo que resulta una ausencia total de árboles y otras plantas y un relieve que se forma a gusto de los vientos y la erosión (dunas y pendientes rocosas). Un clima sujeto a bruscas variaciones de temperatura, soledad absoluta, excepto en los oasis y los bordes de las regiones desérticas.

Lugar 7 –

Tomás Müntzer se detuvo bajo el balcón en que San Juan de la Cruz escribía, acordándose de que había llegado el momento de partir. Ana de Jesús cerró todas las puertas y ventanas, excepto aquella en la que él se encontraba, soltó amarras del barco atado al árbol, dispuesta a arrastrarlo a la sirga el desconocido tiempo del viaje. Juan de la Cruz hizo ademán de despedirse y se puso al lado de Tomás Müntzer. Miraron para atrás y lo vieron también en la ventana, disponiendo varios objetos preciosos sobre la mesa, incluidos el tintero y la cabeza de Müntzer. Müntzer volvió atrás para despedirse o recuperar su cabeza. Apareció en el umbral de la puerta presentado por Ana de Peñalosa.
Pero Juan, dormido o en éxtasis, había caído sobre la mesa, el umbral de la puerta se había vuelto infranqueable. Hizo un gesto de despedida y el cortejo se puso en marcha, lamentando al ausente.

Lugar 8 –

Sin abandonar la escritura, San Juan de la Cruz caminó con ellos días y días, sin tiempo para sentarse en el suelo a escribir. El lugar por donde pasaban lo había ganado una aridez progresiva y la luz había adquirido la calidad de
Luz azulada, reminiscencia. No habían abierto siquiera los sacos de provisiones, por temor a que el camino se inmovilizara

o desvaneciera. En breve no quedaría nada que ver, seguían por delante únicamente el caballo y en él el deseo de Juan.
Sin abandonar la escritura
era un caballo del desierto,
Pegaso.
Sobrevolando la arena y los oasis no se encontraba nada, aparte de él, como ser vivo; se desplazaba con rapidez a través de la vasta extensión amarilla, le buscaba los límites; pero su propia velocidad parecía ser creadora de espacio y jamás había puesto las patas donde el desierto se acaba. Sabía que tenía patas, hocico, ojos y una cola; pero nunca se había visto de cuerpo entero. En el desierto, la lluvia que caía era absorbida de inmediato. Para sobrevivir, había aprendido a beber en el aire, fuera de los mantos de agua que no existían y donde no podía mirarse.
En cambio,
había asistido varias veces a violentas perturbaciones atmosféricas
tempestad,
rayo,
trueno,
relámpago
siempre echado en el mismo sitio: cerca de dunas, relieves formados a capricho de la erosión y los vientos. Estaba echado en la arena, una orden persistente le hablaba de sus alas plegadas:
– Ten en cuenta que por mucho que las visiones o las palabras que trae la tempestad sean verdaderas, te pueden, a pesar de todo, engañar.
Durante la tempestad, una mujer y ser vivo se sentó en el suelo arenoso detrás del caballo; tenía tapadas las piernas en toda su longitud por una falda larga, el busto apoyado en una peana de piedra negra o pizarra. Con el primer relámpago, la

falda se abrió en una rosa: los pétalos se multiplicaban tanto como las arenas del desierto. El hombre debe abdicar del poder y la mujer del hombre, pensó la mujer que cocinaba en la arena y era maestra en el arte de pensar; pensamiento que pasó a la cabeza del caballo que aguardaba con impaciencia las manifestaciones de la tempestad.

El olor de lo que la mujer cocinaba comenzaba a propagarse por el espacio hasta los límites del desierto. Té, hortalizas, cereales, carne a la brasa.

Mientras cocinaba sobre las brasas, el maestro en el arte de pensar experimentó el sentimiento de ser rosa, abrirse constantemente en pétalos y perfumes, ser la dama donde el hambre monstruosa se acaba y poder tener hijos con rapidez, sacarlos por debajo de la falda, apenas un momento entre hacer el amor y echar niños.

Es un espejismo, fue la idea que se le vino a la cabeza al caballo. Pero cuando retumbó un trueno, como si las patas hubiesen caminado a lo lejos, la mujer seguía deshaciéndose en rosas. Hecha nada más que de pétalos, la falda ofrecía un color impresionante y un perfume desértico. El caballo, cuando cayó el rayo que incendió los pétalos, llamó a la dama la dama de las rosas, al perfume perfume del desierto y a la comida que la mujer preparaba el todo y la nada.

Darles estos nombres era una forma de recorrer el aire.

> Se levantó viento, que a la mujer le pareció muy agresivo; la noche aún se demoraba, la oscuridad cerrada en que me gustaría pasear al lado

del caballo; no imaginaba cómo sería la noche del desierto, si habría estrellas, rumores, perfumes, alguna claridad. No siendo la arena olorosa, imaginaba los perfumes del cuerpo de Pegaso, sobre todo desprendidos por las patas, que superaban lo que podría pensarse de las flores.

Al caer la noche, la mujer caminaba al lado del caballo, Müntzer y San Juan de la Cruz estaban cerca pero eran invisibles. La mujer era dulce pero era dura.
– Piensa – dijo Pegaso a la mujer –. Para que yo sepa dónde estás.
La mujer bajó los ojos. Según el espejismo, el caballo iba sumergido por el agua interrogando a las patas y, al levantar el hocico blanco, Recordaba un texto escrito en un papel amarillento según el espejismo. La mujer comprendió que podría ver los pensamientos del caballo, otros pensamientos, y bajó los ojos hasta cerrarlos:

La cena
es el fin
del trabajo

del día
y el comienzo
del reposo
de la noche.
Sin casa
San Juan de la Cruz
y Tomás Müntzer
comían
en pleno desierto.
Sabían
que iba a librarse
una batalla.
El caballo
ya había llegado
a su lado.

Lleno de vida, corría alrededor de ellos. Sin dejar de dar vueltas, afirmaba bien las patas en el suelo, se elevaba por los aires. Volando de este modo dormía Pegaso, cerrados sus ojos de caballo.
San Juan de la Cruz,
comiendo lo que Ana de Jesús le había preparado
miraba su sueño en el próximo oasis,
lugar del libro. No tenía con qué escribir, las palabras se desplazaban ante su mano (no pasaban al papel). Hizo un movimiento impaciente en la arena, cerró el puño, la sombra bajaba sobre el cuerpo de Tomás Müntzer
el caballo adormecido se inmovilizó definitivamente en el aire.
Juan escribía en la arena, de rodillas, el cuerpo hacia adelante, cuatro patas y la mano que escribía
Aquella noche,
según su costumbre,

el oasis más próximo
se enfrió de repente; estaba sobre la superficie de la arena el fuego del libro, patas de caballos de batalla, hermanos de Pegaso, podían escucharse, si alguien hubiera querido aguzar el oído. Pegaso seguía durmiendo en el sueño aunque en realidad velara a Juan y Tomás Müntzer y ese mismo secreto. Pero Juan de la Cruz escribía sin manos, sin pluma ni libro, el dedo mutilado tocando cada llama; el trote de los caballos interrumpió la cena de Tomás Müntzer
la sombra de su cabeza meditaba
(en el sitio en que había preparado la comida, la mujer tenía el rostro lleno de lágrimas; había visto despertar a Pegaso y, suspendido en el punto donde se había elevado, guardar lo escrito de memoria; comía el tiempo, había acabado la cena que Tomás Müntzer interrumpiera).
Ana de Jesús había abierto los ojos estupefactos.
Pegaso, el caballo, se enterró en la arena a la espera de que quien sabía escribir fuese a verlo. Mientras había estado suspendido y desplazándose por el aire había sentido un golpe en el cuello, a la derecha y por debajo de las crines; no se iba a morir ciertamente pero presentía que la inmovilidad, el contacto con la arena y la llama viva del libro podrían, hasta la mañana siguiente, curarlo.

> La escritura
> eran las voces
> a coro
> de los treinta mil campesinos
> que, tras deponer a los jueces,
> se habían encaminado a la matanza de Frankenhausen
> y cuyas pisadas se habían perdido en el desierto.

Un frío polar había invadido el campo de batalla; los campesinos avanzaban lentamente, las manos sobre los aperos

que solían usar en las labores del campo. Un caballero que apareció de pronto entre ellos les anunció la derrota y la matanza diciéndoles que, con un tiempo tan frío, vencería quien estuviera sentado en medio de la sangre de los caballos

el texto
sumergido en la sangre de los caballos cuenta la aventura del desierto y cómo él libertó la mente de todas las imperfecciones espirituales y todos los apetitos terrestres. Entró en esa oscuridad interior por donde se penetra a través de la nieve en las cosas tanto sensibles como insensibles apoyándose apenas en la subida y subiendo.
Por eso aquí lo llamo escala y secreto porque sus grados y artículos son secretos, ocultos a toda sensibilidad y entendimiento. Por eso dice él que iba disfrazado el oso nació de la nieve, de una gota de sangre que cayó del cuello del caballo Pegaso. En el reflejo del blanco y el azul caminaba con miedo, aunque con aparente calma; es una voz, nada más que una voz, pero oía a Tomás Müntzer predicar; quería encontrar el escrito para conocer exactamente el contenido de la oración. Sucedía que escribía sobre la página del manuscrito, el oso atento y sentado a su lado. El corazón de Juan de la Cruz excedía del texto, se hundía en el pelo del oso que decía
es el mes que más quiero; es el último mes del año. Quería escribir la Regla
hay cuatro hojas amarillentas
a mi lado
en una minúscula rama
el papel quedó posado sobre el libro abierto de San Juan de la Cruz
la Llama Viva y leo, a mitad de la página, que la condición de la unión es la semejanza
quien se asemeja se une

el semejante es conocido por el semejante.
Sigo
mirando otra vez
lo que acabo de leer
y llego al momento en que digo
la fecundidad del don es la única retribución del don
me parece, antes que nada, que la regla debe descansar sobre sí misma
quiero decir
quiero decir
que debe poder permanecer durmiendo

y transportada como un sueño. Visto por San Juan de la Cruz, Corazón de Oso se sentó en el hielo. Siendo apenas una gota de sangre del caballo Pegaso se volvió mayor que él, más pesado. Tenía y no tenía que ver con él, lo que asombraba a las regiones polares y a las desérticas; todos los animales habían dejado de andar, un gran silencio se extendió por las zonas frías e invadió el olvido. (La batalla se acercaba, se estaba acercando). Acabó por escoger el hielo, por partir a través de la arena a llamar a Pegaso. Esperaba poder pasar el río que también se había helado. Pero la multitud de rostros agolpados ante él no se movía. Pasado mucho tiempo aún permanecían en el mismo lugar; fascinados por el suelo donde se habían abierto grietas por donde salían murmullos. Entonces se desvió y avanzando por entre árboles y muros también helados llegó un momento en que no sabía dónde estaba y se rasguñó la frente con las garras para acordarse.
Cuando llegó a las regiones polares se echó en la nieve y, a la mañana siguiente, nació allí; era grande, pesado como un corazón sin cuerpo y en seguida los cazadores y los demás animales le dieron el nombre de Corazón de Oso. Sabiendo que el hielo y el agua era donde tenía que vivir, hizo un gran hombre de nieve petrificado y, para la coronilla, escogió un

espantajo; se apropió completamente de su piel y de los colores que apenas tenía; pero aprendió de tal modo a trabajarlos que en el blanco vislumbraba el arcoiris y, sobre todo, el verde.
Tomás Müntzer no lo perdía de vista por temor a que el río se deshelara al volver el verano; visto de lejos parecía la misma extensión polar; sonreía a todo y a todos y su ferocidad solo se volvía horrible cuando tenía hambre y la sonrisa le pendía de la lengua; en ese momento hablaba, se levantaba, meneaba la cola y las patas; una sombra se proyectaba en su frente y él se la comía; podía ser un perro, un lobo, la cabeza de Tomás Müntzer que no lo perdía de vista por temor a que el río se deshelara al volver el verano; se alimentaba, seguía sonriendo y caminando acompasadamente. Por todos los lugares por donde pasaba arrancaba el poder que era la temperatura subiendo
y que constituía el máximo peligro
para las regiones heladas.
La noche que se iba a comer la sombra de la cabeza de Müntzer, sonrió enigmáticamente y toda la noche aulló de hambre.

Lugar 9 –

Mientras el oso entonaba los artículos de la Regla, Ana de Jesús, en sus brazos, pensaba en Pegaso, Copérnico y Giordano Bruno. Soñaba: por la puerta entreabierta había sorprendido a Copérnico meditando. Era el final del día, el sol había entrado por la ventana y por la ventana había salido. «Y en medio de todo reposa el Sol», pensaba Copérnico. Soñaba:

sabía que era así pero, en aquel momento, veía que era así; se le daba a conocer experimentalmente como si las ideas se hubieran deslizado hacia adentro de la casa y fueran la última luz que se reflejaba en los muebles; no quitaba los ojos de la vasija con agua colocada en la repisa de la ventana; le parecía que todo giraba alrededor del Sol, brillante corazón abierto; cuando volvió en sí, la sopa humeaba en el plato y los monjes guardaban silencio con las manos juntas apoyadas sobre el tablero.

Lugar 10 –

Se había dejado llevar por el sueño, el viento cálido del desierto había apagado la lumbre
las estrellas asomaban por encima de la extensión helada
Ana de Jesús se abismó en Giordano Bruno y en la infinitud del espacio.
Giordano Bruno, de prodigiosa memoria, vio su cabeza reflejada en la hoguera y se acordó de todos los momentos, de todos los minutos, de todas las horas, de todos los años de su vida; más intensamente aún de los textos que había leído y de los autores que le habían concedido ese placer; después presintió que una llamarada subiría para partirle la frente
pero en sus dos partes recordaba que el universo es infinito, poblado de millares de sistemas con sus planetas y su sol.

Lugar 11–

Si soñaba, soñaba con bosques y con casas nacidas de bosques; y con forma de bosques. Las ciudades habían sido destruidas o tal vez nunca hubieran existido. Corazón de Oso se volvió un lugar permanente de representaciones, sensaciones, percepciones, imágenes, iconos y mitos; se había acostumbrado a leer en él textos y ver animales. Su pata enorme y frágil tenía ojos y garras cuando escribía en la tierra o en el papel. Un gran placer subía de la batalla y él seguía con la escritura,
mirando.
Lo que más amaba era la muerte de los campesinos que había enterrado cada noche en lugares solitarios; separadas las palabras
montañas
y ríos
y cabezas
y castigos.
Corazón de Oso sobre cada tumba colocaba una piedra donde Juan de la Cruz escribía el epitafio:
éste es yo, y yo soy él mismo.
Abrir el libro, ver la hoja en blanco, tomar cualquier instrumento que escriba es un gran consuelo. La nieve creo que está bajo la hoja y el calor del desierto envuelve, la arena cae en la clepsidra sin que pueda avistarse o preverse siquiera el final de este día; recojo una tristeza infinita de los muertos, y tomo y recompongo sus miembros, y los recojo. Veo a lo lejos a San Juan de la Cruz que medita, el Sol de Copérnico dándole en los ojos y tomándole la cabeza de Müntzer entre las manos. De vez en cuando San Juan de la Cruz, con los labios con que ora, le besa la boca y presiento que una palabra suya se desliza

por la garganta de Müntzer que, en esta batalla, se redujo a polvo.

Lugar 12 –

Al reducirse a polvo, Tomás Müntzer oía el tropel de los caballos cada vez más distante. Antes nunca había muerto. Era consciente de que Pegaso se alejaba.
San Juan de la Cruz o Ana de Peñalosa no lo detenían agarrándole por las crines blancas. Se volvió para Corazón de Oso pero la nostalgia de Pegaso era tan punzante que el oso seguía como había sido desde el principio – un animal que había llegado de las regiones polares. Juan de la Cruz, inmóvil, seguía meditando.
Parecía tan ausente, con la mano caída en la arena,
tan ausente intentando captar las voces que escuchaba del libro, tan ausente con los ojos cerrados estando abiertos,
tan ausente con la boca penetrada de silencio
que Müntzer olvidó su propio nombre, cuándo había nacido, y lo peor de todo, la razón por la que iba a morir.
Pero Juan de la Cruz aparentaba que dormía (nunca había estado ausente). Se puso a escribir el oso, andando a su vez y las últimas palabras que dijo
pégale con las patas
partamos al exilio.

Ana de Peñalosa y Ana de Jesús esa noche no habían dormido un momento. Se habían puesto los vestidos que mejor les expresaban; habían esperado sentadas una frente a otra, viendo siempre en el mismo espejo lo que pasaba. Tenían la impresión de caminar a través del tiempo, el espacio no era nada; habían dejado la casa, la ventana, el río, el desierto, el bosque, las regiones polares y se habían concentrado en la palabra. Corazón de Oso iluminaba, por delante, siempre con Tomás Müntzer echado sobre las patas.
Siempre joven,
Ana de Peñalosa,
vivió muchos años.
Le asombraba el polvo
que el oso transportaba
en los brazos,
no sabía
en qué lado
estaban los brazos,
o la cabeza;
tenía el empeño
de dar a luz
un cuerpo entero
y pidió a su hijo,
Juan,
que la dejarae detenerse.
Su hijo,
Juan,
no se extrañó
de la petición
y,
una noche,
Ana de Peñalosa
reunió el polvo
del cuerpo de Müntzer.

Lugar 13 –

No sé, en este momento, por qué se llamaría Eudes Estrela; pero, sin dejar de pensar en Müntzer y en el lugar dejado por su cabeza, empecé a verlo por detrás de la hoja (yo mismo escribiendo doblado bajo el poder de la escritura) con una estrella por encima de los hombros, o sea, con una fuente de luz divergente en la prolongación del cuello. Ahora siempre camina con nosotros y el sitio donde se encuentra en el cortejo varía según las horas de la noche; extrañamente, brilla más de día, oscilando su intensa claridad. Se inclina sobre la espalda del oso y la irradiación de la estrella se proyecta en sus garras, que sostienen a Müntzer. Ana de Jesús se preocupa porque ignora por qué, con esta luz sin facciones, tiene que comer y llegar a un punto preciso del exilio.
(Donde, al redactar el texto, se posaba, murmuraba para sí mismo «ora pro nobis».)
Colocó la «Llama Viva» sobre la «Noche Oscura» y la «Noche Oscura» sobre el «Cántico Espiritual»; escribía a petición de Müntzer a quien el oso, delante de él, llevaba en las patas;

escribía un nuevo libro, «El Libro de las Comunidades», desconocido en sus Obras Completas.
Müntzer alababa las manos del oso:
«mano de piedra, meditabunda, podías pertenecer a San Juan de la Cruz»
alababa la noche:
«de noche toma contacto con la luz, cuando dormido (con los ojos cerrados), está muerto para sí mismo. Pero, despierto y vivo, está al alcance de lo que se muere, cuando duerme con los ojos cerrados. En vigilia toma contacto con lo dormido».
Ana de Jesús, Ana de Peñalosa y San Juan de la Cruz seguían al oso; forzado a andar de pie a causa de Müntzer al que, muerto y dormido, transportaba en las patas, observaba los árboles cargados de hielo, a su altura, y no comía de sus frutos brillantes
texto abandonado, no pocas veces lo cogía,
Corazón de Oso se quedaba con las manos
Juan de la Cruz contaba las hojas de cristales.
Se dice que este texto
Se dice que el oso
Se dice que este texto sufre por ser abandonado.
Se dice que este texto no se hacía,
se dice que este texto escrito es abandonado.
Se dice solo viendo, solo viendo.
El texto no se hacía, el fin del rostro de San Juan de la Cruz se aproximaba. San Juan de la Cruz levantó su otro rostro, se sentó donde había sitio; empezó a bordar palabras con el dedo sobre el cuerpo incompleto de Müntzer. Ana de Peñalosa miraba a sus dos hijos, leía el escrito que cubría los costados del decapitado. De su respiración salían sonidos rápidos y atónitos, se oía el viento que les había acompañado desde el desierto.
Ana de Peñalosa se echó para atrás, la cabeza de Müntzer nacía de sus piernas, adulta, los ojos abiertos con dificultad.

Encontrado el cuerpo se levantó y dijo adiós al oso que, como un oso, se alejó para mucho tiempo. Ana de Peñalosa comenzó a decir con voz cantarina y enamorada

– Habían cortado la cabeza a Tomás Müntzer. A mi hijo, Tomás de Peñalosa. Nació tal vez en 1488 pero no me acuerdo de cómo nació. Fue el iniciador de esta reforma socio-religiosa. Tenía una excelente formación intelectual. Había estudiado a los místicos alemanes del siglo XIV.

Siguió a Lutero y lo abandonó.

En Zwickau, donde fue párroco, conoció a personas iluminadas, que no reconocían diferencias entre las inspiraciones, profecías y revelaciones propias y las Escrituras.

Mi hijo quedó muy impresionado. Se hizo un buen predicador. Lo oían los campesinos y los artesanos porque las condiciones económicas habían creado un profundo descontento.

Cuanto atacó la opulencia de la Iglesia y a los ricos, le expulsaron de su parroquia.

Huyó a Bohemia donde publicó un Manifiesto en el que se consideraba instrumento de purificación de la tierra y de la Iglesia.

Pero no tardaron en expulsarle también de Praga. Vagabundeó casi dos años por Alemania Central.

Después, durante algunos meses, fue párroco de Allstedt. Realizó entonces varias reformas litúrgicas.

Se casó.

En el invierno de 1523-1524 creó la Liga de los Elegidos que habría de llevar a cabo el programa del Manifiesto de Praga.

Su predicación en presencia de los príncipes Juan y Federico de Sajonia provocó una tensión tan insoportable que, sintiéndose en peligro,

abandonó Allstedt. Vababundeó de nuevo durante varios meses. En febrero de 1525 se detuvo en Muhlhausen. Mi hijo Tomás puso todo su prestigio al servicio de la revuelta de los campesinos que se iba extendiendo por Turingia. Redactó la carta que recogía sus reivindicaciones. En la batalla de Frankenhausen, el día 15 de mayo de 1525, los campesinos fueron definitivamente derrotados por los Señores.

Mi hijo, capturado, encarcelado y torturado, hubo de declarar que reconocía los errores de que le acusaban y murió decapitado el 27 de mayo de 1525.

Acabada la noche del desierto (¿pero había acabado realmente?) pasó mucho tiempo (incluso años) antes de que comenzara la noche del exilio. Período de calma interrumpida por momentos inesperadamente dolorosos que eran como presagios y mensajeros de la futura noche del espíritu.

Ana de Peñalosa volvió a la casa de un solo cuarto y una sola ventana. San Juan de la Cruz y Tomás Müntzer entraron en la sombra y la abandonaron.

Lugar 14 –

Pero algunas veces, traídos por el río, atracaban en el pequeño puerto del patio y ella salía a hablarles desde dentro de la casa, que no tenía interior, ni exterior

¿qué noticias del exilio?
¿qué atroces maravillas del viaje?
¿cómo había ido la predicación en presencia de los príncipes Juan y Federico de Sajonia?
¿cómo había sido capturado, encarcelado y torturado?
¿cómo había huido de las prisiones de Toledo?
¿cómo iba el libro?
¿cómo iba la batalla?
¿se había paralizado la sangre del caballo Pegaso?
¿volvería Corazón de Oso?
¿quién no estará triste por haber sobrevivido?
Apoyaba la cabeza en los brazos, Juan y Tomás Müntzer le ponían la misma mano en el hombro y se oían sus voces entrar en la casa en medio del ruido del agua que oscilaba en torno al barco.
La ventana del de Ana de Peñalosa seguía iluminada; ellos levantaban la cabeza; miraban la luz de la lámpara, que se distinguía aunque hubiese sol; según su costumbre, Juan de la Cruz meditaba que lo iba a describir; que detenerse, mantener la mano exiliada, sería imposible.
Le tocaba la nuca con miedo. Ana de Peñalosa tenía la certeza de que él, en la nuca, ya había adivinado una palabra. Giró un poco el cuerpo, le puso los dedos extendidos en la hoja
los ojos de Juan se hincharon ; por donde veía las palabras: "Buenos días, autor de la batalla", estaba escrito para Müntzer: "Buenos días, madre".
Quiso contarles cómo habían nacido, pero había caído la tarde, no había más tiempo sobre el barco.
Tomás Müntzer bajó la cabeza
Juan de la Cruz desatracó el barco
y ella dijo ¿cómo fue la predicación en presencia de los Señores Juan y Federico de Sajonia?

Lugar 15 –

Después de esas visitas inesperadas, Ana de Peñalosa empezó a escribir una carta que llamó Texto al Sol Sometido; redactaba lentamente, con una caligrafía atenta y cuidada que formaba parte del cuadro de la escritura. Del texto

que el sol bañaba

porque se dedicaba con regularidad a este trabajo, a la misma hora, en el mismo lugar y casi en la misma posición, sobresalían vocablos y algunas expresiones que ella interrogaba con su pensamiento meditabundo: «en el llano abandonado», «y ciego los cielos perdido», «hijo único». Pronunciaba para sí misma el texto, casi con la boca cerrada y, a veces, levantaba la cabeza hacia la ventana abierta, creyendo que el batir de las palabras y los remos se aproximaba. Bebía un trago de agua, volvía a la vibración de su distante murmullo: y, como sentía cada vez un dolor más punzante por no poder acompañarlos en el exilio, escribió a su interlocutor: «Si yo muriera ahora.»
Federico N. recibió la carta.

Lugar 16 –

Zaratustra era el lugar que habitaba y el gato que poseía. En un extremo del escritorio tenía un libro que lanzaba un anatema contra él, Friedrich N. Abría sus páginas y sumergía el rostro. Tenía también el escrito de Ana de Peñalosa y muchos más papeles entre los cuales se encontraba

dicho
que el Libro de las Comunidades
debería pasar por Nietzsche
pero creo que, en el futuro,
se hará difícil escribir
porque Nietzsche es un hombre
del libro. Bigotes, cabellos
negros. Esos adornos capila-
res me impiden proseguir.
Veo sus ojos hundidos
entre los bigotes y la frente.
Apenas podría dejarme lle-
var por los ojos si fue-
sen profundos. Lewis Carroll.
Puso la mano en las órbitas.
La mano entra y fluctúa: es el río
por donde descienden San Juan de la
Cruz y Tomás Müntzer en su
barco.
N. los llama y ellos desaparecen
meditabundos.
N. se desviste, queda desnudo, solo con el
cabello, el bigote, el vello del

pubis. Recibe de manos de Ana de
Jesús una túnica. Se cubre con
ella. Ante el espejo se somete
al corte del bigote y del
cabello, le pasan una cuchilla por
el cráneo que queda completamente
calvo.
Me mira y me dice que pue-
do empezar a escribir. Yo le agra-
dezco la misericordia y me sien-
to ante él observando
la túnica, el blanco del libro y el
blanco libre. No consigo imagi-
narle el tono de voz, ni el per-
fil de su escritura. Ese cuerpo
duro es impenetrable y ha de re-
chazarme definitivamente. Doy
vueltas, lo cortejo, le pego en el
rostro. Él me toma la mano sin
enfadarse, inconmovible en su miseri-
cordia. Abre uno de sus libros y
los dos copiamos lo que allí está es-
crito, como si fuese texto por es-
cribir. Me ejercito, el calor de su
mano me distrae de lo que estamos
haciendo. Clavo los ojos en los suyos y
sé que no llegaré siquiera a pro-
nunciar su color. Me siento pode-
rosa y, al mismo tiempo, con ga-
nas de dormir. Duermo sobre su
mano, pero en el sueño sigo sintiéndole el
ímpetu, y en busca del lugar
adonde ella se dirige

una cueva con vitrales al fondo de donde partían sonidos diferentes que se propagaban
se oía el silencio por contraste con la agitación del agua, un esqueleto de ave se había posado en la popa del barco y en seguida crió plumas y echó cuerpo de pájaro vivo.
Nos pusimos a mirarlo fijamente y yo me acordé de llamarle Friedrich N. para que no abandonara a mis hijos. Alzó las alas y le vi los ojos soberbios que ocupaban toda la cabeza que no tenía frente. Su gato estaba cerca con el pelo erizado y el verdor que le aureolaba subía por el aire en dirección a la salida de la cueva. Contemplé los ojos del pájaro. Sonreí. Juan saltó al barco, se puso a remar con la mano sumergida en el agua. El pájaro alzó el vuelo y cayó a proa, reuniéndonos para el nacimiento del exilio.

Lugar 17 –

Cuando Ana de Peñalosa supo que Friedrich N. había recibido su carta volvió a pensar en San Juan de la Cruz y Tomás Müntzer.
El gato se había echado en su regazo durante algunos momentos porque,
en breve,
se habría consumido
el fuego del día.
En las cuevas donde viven, San Juan de la Cruz y Tomás Müntzer se habían hecho insensibles a las persecuciones: por la abertura circulaba el agua y el barco atracado en la roca sumergía en las vibraciones del pensamiento el experimentado casco.
El ave describía círculos en torno a Juan. Se le posó en la mano y un frío intenso comenzó a surgir del agua y la cubrió

de partículas heladas – los espesores de los textos se miraban recíprocamente.

Hace un día glacial. No desis-
timos: seguimos vivos. Debo
hacer un esfuerzo para escribir. Qué
placer en las manos; calentamos los de-
dos para escribir.
Este día de frío solo a un día
se puede comparar.

Lugar 18 –

Leo un texto y lo voy cubriendo con mi propio texto que esbozo en lo alto de la página, pero que proyecta su sombra escrita sobre toda la mancha del libro. Esta superposición textual tiene por fuente los ojos, me parece que un fino paño flota entre los ojos y la mano y acaba cubriendo como una red, una nube, lo ya escrito. Mi texto es completamente transparente y percibo la topografía de las primeras palabras. Me concentro en San Juan de la Cruz cuando el texto habla en Friedrich N.

ha dejado la proa del barco; pasea aquí el pequeño cuerpo; los atraviesa con los ojos brillantes-agudos; anda suelto por el jardín; se establece en las plantas que Ana de Peñalosa ha regado esta mañana.

Se sentó entonces cada uno cerca del otro, con el texto sobre las rodillas, la brisa caía y empujaba las palabras al siguiente

cuerpo. Ana de Peñalosa no tenía libro, había pinchado la aguja en el tejido y contemplaba el deambular del pez

bordo y pienso que sé bordar; no sé cómo he hecho esta asociación pero en seguida reflexiono. Saber y ver. Puedo escoger los colores, he escogido los colores de las líneas que son rosa-rojizo y rojo, y he escogido el color del tejido, castaño – que, para mí, éste es el color de la reformulación de la comunidad. Lo que bordo es un insecto, siento el deseo de clasificarlo, saber su nombre, y me pongo a peregrinar unos instantes interiormente por el vasto reino animal. Con un dedo sobre la línea, prendo también los ojos en el tejido; compruebo que veo un extenso panorama, mis ojos fijos en el castaño aterciopelado parecen volverse a todos lados; saco la aguja del fieltro, el movimiento me parece semejante al de la escritura, aunque en sentido inverso.

No he sido yo quien ha trazado el motivo que bordo pero, recorriéndolo con la aguja, reconstruyo el nacimiento del acto de dibujar; pierdo un poco la noción del tiempo como si mi bordado hubiera venido de un archivo y en él estuviera a punto de desaparecer. Me sitúo históricamente al lado de otras manos que bordarían tejidos de otra época. Pregunto qué sentido darán, cuando lo encuentre, al insecto que he conocido hoy. Paso de la escritura al bordado, traduciendo como si ambos fuesen mi palabra; por momentos, me olvido hasta de que bordo, de tal modo se habían hecho diestros mis dedos y mi pensamiento, reflejado sobre el bordado, un pensamiento. Con un libro se escribe otro libro. Pues un libro es vegetal.

Cuando el reloj de la entrada se estropeó y la caja dorada se llenó de horas y de los estremecimientos del sonido me doy cuenta de que en la superficie que trabajo ha llegado el momento de cambiar de color. Con las manos próximas a los ojos, me doy cuenta, por primera vez, de la piel que descansa

sobre los huesos. Se preguntó a sí misma «¿Vendrán con alguien? ¿Traerán a alguien?» Tuve entonces la certeza de que traerían a alguien y se arregló el cabello para Nietzsche.

Lugar 19 –

Al reposar a orillas del lago acabó por sonreír; alguien había pasado como una ilusión, en un barco y remando – una sombra por conocer; oí el rumor del agua y de los remos en el esfuerzo del impulso. Se sobresaltó, ¿sería Nietzsche?; el mismo barco pasó de nuevo. Miró de frente la firmeza de la sombra, sobre todo la cabeza, donde solo se distinguían los cabellos. Oía el rumor de la voz: «Semivivos que me rodeáis y me encerráis en una soledad subterránea, en el mutismo y el frío del túmulo; vosotros, que me condenáis a llevar una vida que más valía llamar muerte, volveréis a verme, un día. Después de muerto, tendré mi venganza: sabemos volver nosotros, los prematuros. Es uno de nuestros secretos. Volveré vivo, más vivo que nunca.»
Se dirigió con él a casa, por el espeso silencio que se había hecho. Pero era una sombra de niño: –¿De dónde vienes? — Del cuerpo. Del lugar de los recuerdos y las vibraciones. – No sé lo que quieres decir. – Tengo recuerdos de que no me acuerdo: son los más hermosos; las vicisitudes de las ideas y los sistemas me afectan más trágicamente que las vicisitudes de la vida real. – Se habían sentado apoyados el uno en el otro. Después, Friedrich N. se echó en el regazo de Ana de Peñalosa, dispuesto a dormirse

(hablo solo y oigo mi voz que resuena como la de un moribundo. Contigo, querida voz, cuyo soplo me entrega los últimos recuerdos de cualquier felicidad humana, contigo, déjame conversar un minuto más. ¿Eres tú lo que oigo, voz mía? Mi futuro, que alcanzaría si me diesen el tiempo suficiente...)
por aquella noche
No se extrañó de ver al niño escupir fuego. Le dejó para ir a hacer la cena. De paso, encendió todas las lámparas de la gran sala. Al abrir la ventana, los contempló en el patio. Sin luz, seguían escribiendo: «Es la noche radiante. No habrá muchas noches así.»
Pero esas noches se habían repetido hasta su vejez que comenzó aquel día.

Lugar 20 –

Para que le hiciera compañía en las largas noches en que no venían a verla, Ana de Peñalosa adoptó un pez de color rojo y rosa rojizo que iba y venía por el agua, ya ganado por el espíritu de desposesión de todo aquello que pudiera perturbar su serenidad. Ana de Peñalosa le dio el nombre de «pez rosa-rojizo» o Suso.
Lo observaba con atención durante horas y horas: las escamas, el rosa y el rojo. Cuando había pasado mucho tiempo observándole a él y sus recorridos, vio salir de su cola el comienzo de un trazo, como perlas. Como el comienzo de un escrito, pensó. Pero la escritura no se deja caracterizar por una sola comparación. Era esto lo que estaba escrito y que rápidamente se borró; cuando, hace muchas noches, llegué a esta casa, encontré una tumba cubierta de salvias y otras plantas; aquí yace el amigo de un hombre. Alrededor de la

piedra había una gran extensión de hierba. Eckhart no había conocido a Ana de Peñalosa. Pero Ana de Peñalosa lo había conocido la noche en que bordando junto al pez Suso había visto sus sermones penetrar en el agua gota a gota y escribirse en las ondulaciones de la pecera. Era una escritura con ritmo, guiada por el pez y la evolución de las conchas: todos los seres vivos son pura nada.

Lugar 21 –

Durante el suave tiempo de su vejez nunca había olvidado
el retrato
de niño
de adulto
de Friedrich Nietszche.
El cabello liso y peinado hacia atrás era el lugar de recuerdo de la frente. Frente amplia, cabellos cortos, a cepillo, pómulos salientes. Abundante bigote caído, el corte exquisito del rostro. La voz musical; el hablar lento; el caminar prudente y meditabundo. Los ojos fijos expresaban el trabajo doloroso de su pensamiento. Eran, al mismo tiempo, los ojos de un fanático, de un observador agudo y de un póstumo.
Mientras preparaba la cena, meditaba en que visionaba un escrito vivo que podría tomar por un encuentro. Meditando, justificaba su deseo de soledad

la soledad no es más que la salvaguardia de la escritura cuando el deseo se presenta.
La soledad es la defensa del texto.
Sentada solitariamente delante de Nietzsche, le observaba, y a la noche: «Es de noche, la hora en que hablan más alto todas las fuentes que manan.
Es de noche: la hora en que despiertan todos los cantos de los que aman.
Pero estar envuelto en luz es mi soledad.
Pero vivo en mi propia luz, bebo las llamas que se escapan de mí.»

Lugar *22* –

Al mirar el cristal, se vio reflejada en él. Por una ilusión óptica estaban los dos en el exterior de la casa; en el lado opuesto al río, donde hay una gran aglomeración de árboles multicolores, y seculares.
Sobresalía el del centro, rojo – en medio de todos reposa el rojo; había después, sumergido en una filigrana de follaje verde, un arbusto blanco; y más lejos, siempre entre el verde multitonal, arbustos rosas y amarillos.
–Si vienes para morir, ven a morir a mi cuarto. – Entrado en éxtasis las deliciosas mañanas serenado por el equilibrio de las mañanas

es una cama de joven
con sitio para
un único cuerpo;

es el tiempo de la oscuridad:
el sol se mantiene todo el día
más allá del horizonte;
durante ese período
la temperatura baja
lentamente,
sin parar.
Si mis hijos vinieran,
si oyera batir los remos,
bajaría al jardín
y les diría:
alguien está muriendo
y no quiero ver a nadie.

Tenía por costumbre, en sus paseos, arder en un fragmento del tiempo. Acariciar los arbustos tiernos, aquellos que aún están por crecer; cuando hacía viento y era otoño, las hojas se movían rápidamente, provocando el rumor de pasos o de un águila. Siempre le había impresionado el frío en las manos y se detenía a escribir algunos aforismos, como si se las lavara; esa mañana (un poco antes del mediodía) había ido por una vereda no conocida. El sol, ese, conocido, se cubría y descubría. Por imprevisión, ya casi no disponía de tinta y debía escoger y condensar los pensamientos. Se echó en tierra, y un haz de rayos solares lo abrasó con su moderada claridad. Las copas de los árboles, siempre diferentes, filtraban la nitidez del retorno. Ana de Peñalosa no había dejado de sonreír: – El Eterno Retorno – oyó que decía ella sin hablar.

Pero, en medio de la mañana, había un animal pérfido, con garras; devoraba insectos y las palabras que apartaba más lejos, irreconocibles y transformados; su lengua simulaba una página cubierta de jeroglíficos misteriosos que constantemente mudaban de signo y de significado. A su sombra, Nietzsche

había sido invadido por el pavor de ser otro animal y no podía levantarse de la tierra, inmovilizada la columna – por el peso de los anillos y la multiplicidad de patas de las que no sabía, lógicamente, servirse. Un terror espeso le cerraba los ojos y la mano no encontraba en la superficie ni los restos de la escritura. La tierra y la luz se descomponían masticadas por los dientes acerados desprovistos de rostro con nombre.

– ¿Es Nietzsche? – El bicho apoyó la cabeza en el regazo; los ojos de ambos quedaron muy próximos.

(Más tarde, Ana de Peñalosa había olvidado por completo lo que había creído ver en esa mirada y ni el silencio meditabundo de San Juan de la Cruz le había hecho recordarlo. Letras nítidas e imperceptibles.)

– ¿Quién mantiene a mis hijos en sus islas?– Es de noche. Es de noche. Es de noche.

Friedrich Nietzsche echado sobre mi regazo me da miedo. El viento sopla, la luz resplandece, mis lejanos, lejanos hijos ¿por qué no estáis aquí?

Pero hoy, al amar tanto a Nietzsche, hay un obstáculo a esta evocación. El silencio anuncia inmovilidad y noche, no oscura; fluctúo en un ritmo de textos,

mi brazo desnudo descansando sobre la página,

moreno y lleno,

por envejecer.

Por escribir está nuestro futuro; en mis brazos, Nietzsche traspasa con sus ojos ciegos nuestro futuro; ve lo que es.

El miedo de que no consiguiera quedarse solo, que atravesó todos mis días de Pascua y les corrompió la posible felicidad, desapareció. Siento que me hago astillas melodiosamente en busca de mis múltiples placeres (el mayor –el de la sensibilidad del cuerpo). Comienza siempre por los ojos que distribuyen temas de meditación a los otros sentidos.

Mientras Friedrich Nietzsche muere, el pez Suso serpentea en mi pecera,
la pecera estaba deshabitada; medio llena de agua; nuestro pensamiento soplaba en la superficie
mis queridos, lejanos hijos, no volváis hasta que Friedrich Nietzsche no muera

Vuestra madre, que ya escribe también

Ana de Peñalosa

Desaparezco de este lugar. Los deseos
me conducen a un nuevo territorio, a la casa cuyas entradas no tienen puertas y las ventanas ni un solo cristal. Una claridad difusa invade todo el espacio – en el rincón más distante, la sombra es aún luz.
Soy poco más que un cuerpo sin vestidos. Me dirijo a la pecera donde está el pez Suso
Y donde el agua, la tierra, el fuego y el aire se confunden.
(A principios del siglo XIV vivía en Suabia un dominico célebre llamado Suso. Tenía una inteligencia sutil como su maestro Eckhart de Colonia.)
Bajo los ojos sobre la boca de Nietzsche que sigue echado en mi regazo
es la losa sepulcral del pez,
el pez morirá en el fondo de la pecera pero el agua y el fuego al separarse habían dejado ver un espacio repleto de árboles por donde las aletas circulaban a través de capas de hojas, ramas secas, piedras profundamente marcadas.
Vive con su espíritu y su soledad de la que no se cansó durante diez años:
sin dejar de caminar, se habían encontrado una cueva, una especie de anfiteatro donde estaban sentados hombres y mujeres jóvenes. Entre los que estaban desnudos se encontraba un cuerpo sedoso, con los senos dulcemente en declive que le habían recordado un arpa en completo reposo.

La noche, aún no del todo cerrada, se reflejaba en el agujero; poco a poco todos se desnudaban – Nietzsche, San Juan de la Cruz, Tomás Müntzer y ella misma, Ana de Peñalosa. En la completa inmovilidad en que habían quedado, comenzaron a oír los pasos de quien se aproximaba. Una súbita crispación tomó el sexo de Nietzsche y las cabezas se encendieron por encima de los árboles. De hecho, Ana de Peñalosa no sabía lo que le esperaba. El texto acababa de hacerse y había caído a los pies de San Juan de la Cruz. Una piara de cerdos avanzaba por el claro, los cuerpos de las jóvenes desnudas habían adquirido una luminosidad precisa. Donde ya no había necesidad de palabra, Nietzsche agonizaba. Conmovida, Ana de Peñalosa tocó a un cerdo
lo llevó a casa
al lugar donde había dormido
si pudiese ser ritmo
partiría de casa,
con la casa,
esa noche.
Esa noche, el mencionado cerdo se comió a F. Nietzsche contradiciendo que «no se deben echar margaritas a los cerdos».
Al comunicárseles que había llegado el momento de volver, levantó el hocico del regazo de Ana de Peñalosa
sobre el cual meditaba
y preguntó
¿a dónde?
Nietzsche se echó al río que corría incesantemente con apariencia vibrante.
DONDE, le dio por respuesta. Si te atreves.
¿A dónde? Repitió Nietzsche

familiarizado con ríos, sombras, coros, textos, patios, nombres, accidentes geográficos y genealógicos que habitaban en casa de Ana de Peñalosa
DONDE, repitió la escritura que se había impreso en el agua
con lomo de caballo,
patas de oso,
escamas altas,
olor a cerdo
y un delicioso batir de remos
Colocó a la derecha todos los libros, cuadernos y papeles. Nunca se había sentido tan tranquilamente solo, era extraño que aquella extraña Ana de Peñalosa tuviese al fraile Eckhart – el Cerdo – en su cuarto. No una compilación de los Sermones

> Quasi stella matutina in medio
> nebulae et quasi luna plena in
> diebus suis lucet et quasi sol
> refulgens, sic iste refulsit

no el Libro de la Consolación,
ni los Tratados,
sino oso, dama, sangre, rosa
si yo me concentrara en un fragmento del tiempo
no es hoy, ni mañana
pero si yo me concentrara en un fragmento del tiempo,
ahora,
ese fragmento revelaría todo el tiempo.

Lugar 23 –

Así Ana de Peñalosa leía este escrito y solo podía verlo por entre rendijas, vísceras de su cuerpo; se había despertado de madrugada; con la primera luz de esa madrugada había tenido el sueño siguiente:

> era de madrugada, yo dejaba un inmenso
> lugar desconocido con la hermana Inés y
> una hija mía muy joven, vestida de
> negro
> (el rostro igualmente escondido por un velo
> cubierto de piedras preciosas.
> Debíamos llevar a la joven a un
> lugar)
> La hermana Inés lloraba y hablaba:
> Este mundo acaba.
> Yo trataba de consolarla diciendo cierta-
> mente comienza un mundo nuevo.
> En el silencioso jardín de ese lugar, una
> multitud de gente aguardaba una limosna.
> Me encontré entonces en medio de esa gente
> e, igual que a los pobres, me fue entregada
> media hora de tiempo.

El pescuezo aureolado del cerdo emergía lentamente – cerdo de corpulencia mediana juntó las hojas del texto esparcidas por el suelo y las devoró en la mesa solo cuando una admiración perpetua y el sentimiento de que todo estaba presente se volvió el clima diario en que vivía Ana de Peñalosa. No dejó nunca más el jardín y todas las mañanas inclinaba el hocico al río, en espera de recién llegados: «¿Por qué no

tenemos un amor común?» preguntaba a Ana de Peñalosa, «tengamos un amor común», parecía decir a Ana de Peñalosa. Con discreción, una perra pequeña que se llamaba Maya salió al patio, detrás del cerdo. Acababa la madrugada y el río corría con el aspecto de un riachuelo de agua clara e impensable. El cerdo se detuvo unos instantes a reflexionar sobre Maya; en el lugar de donde ella venía no existían verdaderas ciudades – el país no estaba dominado por ningún núcleo urbano y cada pequeña comunidad había ido inventando su forma deseada de culto; se detuvo con los ojos puestos en una pequeña mariposa de color crudo, y muerta: mariposa muerta de muerte natural.
Cuando perdió del todo la memoria, no volvió a saber hacer uso de la movilidad. Llegó a ese estado en el aviario; los pájaros se le posaban en todo el cuerpo y le cubrían de plumas. Recobró plenamente la vista; su ritmo se hizo cada vez más lento (o cadencioso) de modo que conseguía desplazarse sin que una sola ave lo advirtiera por los sentidos. En los momentos en que estaba completamente ciega y su cuerpo perdía la sensibilidad se concentraba en la luz que localizaba con su nariz blanca y negra.
La decadencia de este pueblo sucedió casi sin transición a su período áureo
habían atribuido su caída a epidemias
se desencadenó en las regiones limítrofes una sucesión rápida de civilizaciones diferentes
habían atribuido su caída a un invasor venido del Norte
o
a las revueltas populares contra los padres cuyo sacerdocio, aparte de poderoso, era opresor
para nuestra mentalidad esta decadencia es incomprensible.
Llovía sobre los pequeños templos sumergidos e invadidos por la vegetación. Había llegado el día de lluvia más hermoso;

nunca, hasta este día, había descubierto el pensamiento latente de la lluvia,
su sonoridad,
su sombra.
No dejó de llover en mucho tiempo. Allí era sorprendente cómo caía la lluvia, de repente, o anunciándose por un oscurecimiento denso; en el pavimento del patio, la persistencia de toda esa agua hizo aparecer un tono verdoso que no existía en ninguna parte del templo
que estaba poblado de estatuas
(San Juan de la Cruz, Nietzsche, Eckhart, Tomás Müntzer) y se alzaba en la plataforma donde, todos los días, colocaban el corazón palpitante arrancado a un sacrificado
para que fuese llevado al dios Sol,
para que el Sol se levantara.

Nietzsche salía del cuarto en que agonizaba lentamente; se había olvidado de que estaba moribundo al oír los gruñidos, se había dirigido a la cocina para comer algunos restos, había visto al cerdo de espaldas al caer la lluvia (desmoronarse), apenas veía formarse un aura en torno a las orejas del cerdo – una melena o una corona solar incipiente. Mirando para arriba, chocaba con una bóveda extensísima, y dientes (cuando abandonó a los hombres de cierta apariencia encontró un cerdo; la piel de un pequeño mamífero muerto le había sido ofrecida en la despedida para mostrarle el futuro en las largas noches en que no venían a verlo.)

Lugar 24 –

La pequeña perra llamada Maya acompañó al cerdo por el bosque; le seguía algunos pasos por detrás cuando Ana de Peñalosa reparó en la ausencia de Friedrich Nietzsche y fue a consultar el árbol genealógico de los hermanos del Vacío Principal. El bienaventurado Müntzer era quien se encontraba inmediatamente antes de San Juan de la Cruz. No dejo de oír el arroyo que corre infatigablemente incluso por entre las ruinas del templo.

Sentada donde estoy no veo el agua, solo capto el ruido continuo que cesa a lo lejos; cambio de lugar y, a través de dos árboles, la lluvia vuelve a caer en medio de las estatuas que atraviesan ahora el período reservado a la vida mental y que no puede ser interrumpido por ninguna forma de trabajo que no sea absolutamente indispensable.

Nos sentamos a comer al lado derecho del templo; después de la refección de la mañana queda otra refección; pero no hay ninguna más después de la refección de la tarde.

A esta hora sonó un gong. San Juan de la Cruz, Tomás Müntzer, Eckhart, Nietzsche y la perra Maya habían salido en procesión de la Sala de la Meditación y, trayendo cada uno su escudilla, habían atravesado el arroyo mojándose los pies y se habían sentado en el lado protegido del templo.

El calor de la tierra mojada impregnaba las verduras y el arroz; un suave volumen de voces entonaba las Cinco Meditaciones sobre la Comida.

No recuerdo cuáles eran esas Meditaciones; solo que la lluvia caía y yo pensaba en el Sol tanto tiempo ausente, aunque Maya estaba llena del sortilegio del agua que producía aquel ruido, que brillaba, que nos parecía que se dirigía a la fuente del Sol; leyendo en los ojos anhelantes de Maya, me acuerdo ahora de que la primera Meditación fue el Cerdo; había venido hacia

nosotros a paso lento y se oía la voz de Nietzsche decir y yo que pensaba que mis libros eran tan suaves. En ese momento, la tierra se oscureció aún más y el cerdo empezó a vomitar pedazos de tierra y una masa compacta de textos: las manos de Nietzsche le pasaban por la boca y puñados de perlas corrían en la dirección del arroyo suplantando definitivamente a la lluvia.

La segunda Meditación fue la propia Ana de Peñalosa. Había venido del bosque donde, al atardecer del día anterior, había recogido más de doscientas especies florales; las había colocado debajo de una gran piedra, entre hojas de texto; hacía calor y aclaraba u oscurecía según las nubes. A su vuelta Nietzsche seguía recogiendo más especies, las especies vegetales eran inagotables. Levantó la piedra y las hojas de texto aún no habían adquirido la rigidez de las flores. Se alejó del sitio donde acababa de dejar sus propias heces, el agua del arroyo se precipitó sobre ellas, las moscas azuladas a la sombra y resplandecientes al Sol la habían rodeado, perdidas. Me acordé, me acordé con gran dificultad de que la tercera Meditación incidió sobre un recuerdo de mi infancia:

> "Era pequeña, jugaba en la playa,
> el mar bramaba y, alzando la es-
> palda altiva, sacudía la blanca es-
> puma al cielo sereno. Yo dije
> a mi madre en ese momento:
> – ¿Qué hay que sea
> más fuerte que el viento? –
> – Mi madre, sonriendo, miró al
> cielo y respondió:
> – Un ser que nosotros no vemos,
> es más fuerte que el mar que
> tememos. Hija mía, es Dios."

Al final de esta Meditación todos teníamos un aspecto inmensamente enigmático. Las expresiones de que me había olvidado eran: «qué fuerza oculta, qué furor insano.»
La cuarta Meditación tomó la apariencia del día. Seguíamos en el templo; una tristeza imposible de narrar soplaba en el viento que empezaba a levantarse; la figura del cerdo había aumentado de volumen y nos envolvía. En las paredes que delimitaban ese espacio descomunal vibraban las voces de Juan sobre la boca de Nietzsche: – Ármate de tus olas y de la energía de los elementos, reposa junto a un animal: el tigre.
Al oír que su hijo hablaba a su amante, Ana de Peñalosa empezó a bordar un tigre y decidió darle vida.
Fui entonces a la quinta Meditación. Yo estaba no sé dónde por entre el Sol, tomando mi refección con vosotros; de repente llovió, se levantó viento, yo me dirigí al Sol, hacía fresco y calor al mismo tiempo.
Yo escribo, después leo lo que escribo como si no lo hubiese escrito:
Ya no es un río; es un arroyo; ya no corre por un descampado sino por entre una vegetación exuberante. Tantos tonos de verde sobre el curso de agua, que ya no puede viajar el barco de Juan, ni hay lugar para los remos; la perra Maya flota en el agua, nada, aúlla al Sol con toda la garganta abierta. Permanece el mismo sonido. Me levanto para mirar, pues el arroyo desciende por un barranco; Maya continúa deslizándose, yo capto finalmente el verde cuando su cuerpo se esconde.
Nietzsche y yo no debíamos haber llamado Maya a la pequeña perra. Ella es, entre nosotros, una civilización desaparecida.

Lugar 25 –

Durante días y días, el mismo tiempo sombrío y calmo. Ni hojas, ni caballos, ni nuevas. En su imaginación, la casa cayó en ruinas y en las puertas estaban, detenidas, las figuras ausentes. Ana de Peñalosa creía que envejecía más, de hecho, era el pensamiento obsesivo de partir lo que la naturaleza, de aquel modo, hacía presente. Ya no escribía y las manos, ante el espejo, le parecían largas y absurdas. Quería concentrarse con pasión en San Juan de la Cruz, pero solo la sensación de tedio los mantenía a todos unidos.
Pero
si hubiese al menos cinco días en que el sol brillase,
en que la rutina del portón abierto se rompiera, en que la cabeza de Müntzer, robada a la multitud enfurecida, cayese en su regazo,
en que el río se vaciara y mostrara los pasos de los peces definitivamente perdidos,
en que ella misma supiera que, hombre o mujer, o alguno de ellos, ella era alguien
en que,
en que,
en que
a modo de casa que le perteneciera con su espacio circundante, se había dormido, se aburría y preparaba la verdadera muerte.

Lugar 26 –

Su jardín y río se había convertido en un lugar repleto de casas, con aire de ciudad, por una tarde. La observaba a través de la vidriera, prefería mirar al cielo súbitamente ocupado por

los tejados. En aquel cielo se había transformado el río en que los remos del barco de San Juan de la Cruz batían. El mito del Eterno Retorno. Se le iba la memoria como si fuera vieja. O estuviera a punto de entrar en otra vida y se estuvieran formando otros recuerdos. Los saberes que había aprendido laboriosamente en la adolescencia y en la infancia la abandonaban discretamente, sin dejar rastro. No le daba pena, ni sentía necesidad de ellos. Reparó entonces en que debía escribir, técnica que aún recordaba, lo que pensaba. La misma u otra. Moría, pero se metamorfoseaba, tomaba una forma transitoria absurda, zurcida por la nueva memoria. Comprendí que ninguna meditación, ningún texto, me serviría aparte de mi propia escritura. Había pasado mucho tiempo. En la cómoda de mi cuarto un Buda de metal y una piedra traída por el río se habían cubierto de polvo que, en uno y otra, se acumulaban con características diferentes. Comprendí también entonces, por esa época, que Nietzsche me había buscado para salir fuera de sus textos, dar largos paseos por sus márgenes. Me dispuse, esa noche, a conversar con él, empleando los términos propios para calificar lo que traducía una destrucción y acumulación de siglos. Dije lo que pensaba sobre el sexo de los libros y Nietzsche me preguntó: – ¿Y Juan?

Me senté al borde de la cama y me dormí pacíficamente, sin saber qué cuerpos abandonábamos. Ya estábamos muy habituados al placer de la contemplación. Pero, aquella noche, ese placer superó lo que podía imaginarse; allí concebimos otro hijo, un objeto, o planta, o animal, que sustituyó a Maya, la perra perdida; con qué placer cortó el pelo y entró en la fase del silencio otoñal donde había estado el río había una gran extensión de árboles, predominaban los tonos rojizos, breves, hasta los próximos días

que se echaba sobre una piedra (piedra leve) y que la tierra la arrastraba hasta el lugar donde combatían sus hijos; miró

despacio cada árbol a fin de reconocerlo para siempre. Ese nuevo ser estaba a su lado, compuesto de la profundidad de nombres y entonces se maravilló de que sus cabellos fuesen los de su cabeza cuando joven. Tomando la mano derecha de ese ser, vio a Juan de la Cruz deletreando un libro leyendo el primer ritmo de sus palabras; cuando levantó los ojos a una de las muchas cabezas vio la cabeza de Müntzer a caballo, en equilibrio inestable, pero manteniéndose siempre derecha, por un milagro; sus párpados abiertos y cerrados habían puesto a Nietzsche en su regazo. Siguiendo el caballo, un rastro de sangre anunciaba una lluvia torrencial.

Ana de Peñalosa, sobresaltada por el contraste de estas imágenes, se llamó a sí misma. En la mano izquierda, todo lo que pasaba, corría. Con desbordante ternura, le pasó la palma por el lomo, le besó solemnemente la cola. En las garras levantadas se encontró con una presencia desconocida, debía de ser el miedo surgido del viaje. Pasado poco tiempo en su compañía, se le transformó la boca: deseaba comer los pequeños pájaros posados en la hierba

porque una multitud de plumas y colores volaba hasta dejarles los cuerpos desnudos.

Se calmó pensando «el tiempo cae sobre nosotros y nos abandona a su espíritu. Durante mi ausencia, la frente de Tomás Müntzer me pidió mi cuarto para poder escribir y huir. Es el sitio impenetrable de la casa con las estaciones permanentemente fluyendo sobre nuestras cabezas.»

(El nuevo ser no era tampoco un libro. Ana de Peñalosa no amaba los libros; amaba la fuente de energía visible que constituyen cuando descubría imágenes e imágenes en la sucesión de las descripciones y los conceptos).

Dijo al nuevo ser, mientras lo acariciaba:

– Trabajé entre los treinta y ocho y los cuarenta y tres años; pero ahora tengo que recrear un nuevo lugar de reposo

destinado solamente al saber, como en la adolescencia y en la infancia. Antes fue el tiempo de aprender lo que me enseñaban, ahora es el tiempo de conocer lo que, durante todos estos años, me fue dicho. Preparación valiosa de la última etapa de la edad adulta, abandono sereno e iniciático del laberinto.
Se cansó de mirar el sitio repleto de columnas, edificios, arcos de triunfo, estadios, observatorios, casas particulares, templos y pirámides gigantescas, santuarios. Pero, en las garras que permanecían levantadas, descubrió las evoluciones del pez Suso, la impresión de no existir por sí misma, de ser una condición transitoria del tiempo y el espacio:
"Por debajo de tus garras floridas, veré bailar."

Era el final del texto, aunque final provisional.
Recomenzó a la mañana siguiente el diálogo con el nuevo ser, diálogo mudo, constituido por miradas, caricias, ausencias, pensamientos, sonrisas y miedo.

Abadía de Maredret, 2 de noviembre de 1974

LA VIDA RESTANTE

A Isabel
A Jorge y Ana

los meses de batalla

Mes de Noviembre –

el nuevo ser era un monstruo; se habían asperjado de perfume. Ese perfume les penetró el cuerpo, se transformó en un pez más, hermano de Suso; rompió un espejo pero se apresuró a juntar los pedazos para contemplar toda su imagen. Hablaba consigo mismo en el compacto ambiente de claridad cuyas consecuencias no podía prever. Tomás Müntzer no había olvidado que había sido decapitado, se acordaba de lo que le había sucedido en las muchas paredes del cuarto. Por eso oscilaba con la cabeza y su sombra inmensa alcanzaba el techo, más allá de las ventanas concebidas en ojiva. Silbaba como un adolescente; entonces vio entrar a Ana de Peñalosa y le tocó la cola del vestido. Por unos momentos pasearon alrededor del cuarto para celebrar el momento en que se habían encontrado. Ana de Peñalosa traía en la mano un libro, especie de libro con magia. Hizo un grueso bulto con las páginas. En la última envolvió la cabeza de Müntzer y le besaba constantemente la herida del cuello
que decía:
-Di a San Juan de la Cruz lo pacíficos que son los cortinajes de esta sala, siempre en penumbra y doblemente otoñal, porque aquí me encuentro y me preparo para una conversación inextinguible, aunque próxima al fin que preveo en las caras de las personas que me visitan. Llaman a la puerta y no saben si deben entrar, no vaya el sortilegio a modificarles la dirección de los pasos a la hora del regreso. Cae un sueño eterno, eterna bruma, pero, al mismo tiempo, fresco y prematuro. Malebranche, el Método y la Teoría de la Visión de Dios es el nombre del libro que tengo sobre la mesa, pero es el nombre que debía darse a una piedra.

Esto nos pertenece y desaparece con nosotros sin que nadie tenga miedo o se sienta culpable. Hablar eternamente es mi vocación.
Di además a San Juan de la Cruz, y no te olvides de Nietzsche, que el cerdo ha estado siempre debajo de la mesa. Entró disimuladamente fascinado por nosotros, que comíamos (y no danzábamos, ¿te acuerdas?) a la hora exacta de nuestro festín. Sentíamos que habíamos salido rápidamente de un lugar y que una especie de somnolencia invadía nuestro encuentro. Maya, la perra perdida por andar siempre en nuestra busca, vino a jugar con conchas en medio de la sala y huyó a gran distancia de nosotros cuando partimos.
Escribo en plena posesión de mis facultades de lectura.
En el momento en que redacto mi testamento invito a San Juan de la Cruz y Federico Nietzsche a abandonar, por un tiempo, tu casa y el río.
En la nueva vida que voy a vivir, que me gustaría vivir
con vosotros
en espacios libres
y caballos siempre en movimiento,
he pensado hacerme cazador y guerrero.
Hoy es dia 10 de Noviembre. Te pido que escojas mis objetos más amados para enterrarlos en tu jardín. Una vez colocados en la sepultura, tendrán su lugar permanente de estancia. Mucho tiempo ha de transcurrir por más breve que sea.
Antes de proseguir, te digo que, ciega, no podrías escribir. La escritura nace cuando bajas los ojos al papel, escrito o en blanco; en el momento en que el coro comienza de nuevo y las voces adquieren amplitud, sube por la mano que mantenías sobre los labios el movimiento coercitivo de las palabras pronunciadas por mí, Müntzer.
-Cuando es ya entrada la noche por lo que respecta al deseo y olvido todos los recados de que me haces mensajera, tampoco

recuerdo que el día de mañana ha de levantarse; no comprendo por qué tenemos que caminar hacia la necesidad de tu muerte: es el tiempo el que transcurre con tu decapitación al fin.

Finales del mes de Noviembre –

Aquellas noches no estaba clara la decisión que debía tomar. Se sentía, sin sombra de duda, atraída por el regreso; pero, con la ayuda de Müntzer, aquel lugar desconocido había empezado a transformarse de tal modo en cóncavo y profundo que parecía que no podría abandonarlo.
En aquella gran sala quieta había empezado a contar el texto. Ana de Peñalosa presentía la presencia de Juan, aunque no lo viera. Se perfumó las manos antes de escribir, sentada en el suelo al lado de la vela encendida y de Tomás Müntzer eternamente decapitándose. A pesar de ser depositaria de un mensaje, se preguntaba si debía partir o si, con algo más de tiempo, podría encontrar un mensajero.

Último día de Noviembre –

todavía dormía; pero despertar no formaba parte del sueño:
estaba a la entrada de la casa, el primer día que había llegado a habitarla; se acordaba del piso superior, del lento corredor en la penumbra
a donde daban los cuartos de sus amantes
formaba parte del mensaje que, durante un año, Juan de la Cruz, Nietzsche, el propio Müntzer y el desconocido Eckhart irían a vivir con ella en aquella casa;
había sido confirmada la presencia de Pegaso, del pez Suso, del oso e incluso del cerdo en lugares privilegiados, se había abierto la puerta sobre el jardín, que era sereno
e inmenso con piedras incrustadas;
el río, exiliado, vendría a habitar con ellos,

seguiría su curso más allá del muro,
y solo por las tardes se le podría ver,
aunque el ruido de la agitación del agua y la escritura impregnara todas las puertas e hiciera ceder las ventanas cerradas en sus sedimentados secretos.

Pero el miedo a tantas siluetas amadas hacía la misma pregunta:
si despertar no formaba parte del sueño,
es necesario que me despierte.
La pesadilla continuaba eternamente, persistía la penumbra enlentecida sobre el río, obligado a aparecer a aquella hora. Toda una masa móvil, red o encaje – campesinos, señores y príncipes de la Iglesia – se había repartido entre la llanura, el lugar de la batalla y la fuente.
Solo al pez Suso, entre otros peces,
se le había dicho que debía descender hasta la casa sobrevolando el interior del agua. Arrodillada, Ana de Peñalosa había conseguido detenerlo, le había señalado el volumen licuado de la casa y el sitio reservado al acuario. Suso le había hablado a las manos y le había dicho:
«Yo conocí a Jonás.»

Entronizadas en el acuario, el agua y las aletas debían liberar la casa del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la Virgen María y todos los Ángeles.

Despertar no formaba parte del sueño.

Ana de Peñalosa penetró en la entrada, por cada hoja de plantas odoríferas quemada, otras, echadas en el incensario, perfumaban con su humo. La pesadilla provenía de no saber si sería aquella la casa exacta y si Juan de la Cruz, Nietzsche, el propio Müntzer, el desconocido Eckhart
desearían tener la misma última voluntad.

Primeros del mes de Diciembre –

la casa había surgido súbitamente, a dos pasos del río. Casa de no-ver, evocada por el susurro de la escritura que era saludo. Cerrando los ojos, se imaginó ciega para escuchar mejor el caminar de los que habían de venir. Cuando los abrió reparó en que, esparcidos por la tierra hacía mucho nacida, Müntzer, Juan de la Cruz, la luz y los animales que tras de sí habían traído esperaban que ella los invitara a entrar; pero la casa únicamente existía invisible, Ana de Peñalosa se sobresaltó y pidió a los libros silenciosos y a las plantas que los guiaran. Persistía la inmovilidad y la apariencia de la nada. El animal que había revestido la forma de un caballo corrió al interior del espacio demarcado y se echó; se oía el ruido de la multitud que había despertado en busca de Müntzer,
estaba escrito
que la casa soñada no podía servir de abrigo,
ni de cama,
ni de mesa,
sino de lugar de batalla.
Müntzer se palpó la cabeza aún sobre los hombros y se dirigió al relinchar del caballo; la casa se tejió de piedras, las ventanas surgieron incrustadas en las paredes, la puerta se abrió para que pasaran los que se habían atrevido a llegar al jardín.
Al sentarse en la sala de la entrada, enfrente del pez Suso que nadaba en el acuario, Juan de la Cruz se ensimismó y preguntó: «¿Adónde voy?»
El río pasaba por debajo de la casa, se oía una corriente constante. Habían apoyado la frente sobre las rodillas y las fuentes corrían en un fluir repentino, tantos pensamientos y tan intensamente se le ocurrían a Ana de Peñalosa que creyó que o el momento de su muerte o la muerte se le estaban acercando. Pero el caballo le decía que era la mitad del viaje, que pasada la casa estaba el fin del más.

Una araña de plurifacetado esplendor subía por la pared; y las plantas invadían discretamente la casa, tomaban posiciones en las ventanas y en medio de los cuartos donde había caído la simiente: «Oh, hijos míos – dijo Ana de Peñalosa - ¿qué es esta casa para vosotros? ¿Quiénes sois vosotros para esta casa?» – Vi un animal tan bello con forma de hijo, pelo suave de Juan, garra erguida de Müntzer, ojos fugaces de caballo, cola viajera de pez, lengua colgante de Nietzsche.
-Soy Eckhart – dijo el animal – y he venido de lejos para decirte que, en muy breve, tendréis mi presencia.
-Si no os reconozco... – les pareció a todos que la casa estaba deshabitada. Habían dejado el libro en la tierra y los dos se amaban extrañamente cambiando las páginas, los bichos, los pensamientos, la voz que había de tener el texto y el cuerpo que había de contener la tierra.

Durante el mes de Diciembre -

Cuando Ana de Peñalosa volvió a su cuerpo, encontró a Eckhart en el jardín. Lo reconoció por la profusión de verdor en el lugar en el que él se sentaba.
-Has traspasado el silencio del atardecer – dijo ella.
Se dejó caer hacia atrás, meditando.

Una noche del mes de Diciembre -

Si no se abre la puerta, la casa no existe. Se ve al fondo y declara años por vivir; habitada por la escritura, en cada sala se mueve una mano, va expresando los futuribles que los ojos ven, proas proyectadas hacia delante. ¿Dónde está el niño? ¿Dónde está el viejo? ¿Dónde está la edad madura? ¿Dónde está mi segunda persona imaginaria, dónde está la tercera persona de la Santísima Trinidad en la que Juan dice que habita?

-Juan – preguntó Ana de Peñalosa - ¿por qué has querido una casa tan grande?
-Oh «Ver», ¿no tenías tú el mismo deseo? Hace falta tener valor para acabar su cuerpo. Si tú supieras cuántas sombras van a quedarse a vivir con nosotros, surgidas de tu cuerpo maternal, cuántas sombras se reducirán a nada, de noche y a lo largo de las paredes, y por la mañana vendrán a echarse en tus brazos, en el momento en que me confías tus sueños...
-Juan, ¿por qué has querido un jardín tan grande?
-Oh «Ver», ¿es que no sabes que el río debe pasar por el jardín y que, entre nuestros compañeros, hay todavía muchos barcos desconocidos?
De noche, nada existía salvo la llama. Sobre el agua, era el fuego fatuo del río. Aunque nadie estuviese presente, para Ana de Peñalosa la certeza se había hecho tan intensa que hacía ya mucho tiempo que miles de remos batían. Cerró los ojos para ser poseída por la llama. Era del pábilo de la vela de donde sus hijos nacían, en noches tempestuosas o límpidas, los daba a luz siempre en lugares diferentes, ora en la playa, ora en la sangre, ora en el lugar más recóndito de la casa. Rápidamente crecían con varias formas, voces, estaturas. Y partían de la casa discretamente, sin que ella lo supiese. Fue así como nació Juan en el lugar de Fontiveros, sobre la tierra y sobre el río, en un lugar y en otro, ahora y para siempre. En un tiempo y en otro había sido dado a luz y desde siempre había dialogado con su madre, al filo de la palabra. Inventada la página, marcó un territorio para los hermanos de su inmensa fratría: cerdo, caballo, oso, pez.

Mes de enero –

Ellos, los animales, tenían que venir. Pero y si no viniera ninguno, si ella pudiera mirar los lugares donde estarían los animales, si vinieran. Si sus hijos permanecieran para siempre

vivos, no en su recuerdo sino por contraste de su ausencia con el espacio de la casa. Cómo explicar que era así como deseaba convivir con Eckhart; encontrar, al retirar una cortina, el sonido plausible de su voz, no ver en la pared blanca ni siquiera su sombra; después de cerrada la puerta ponerse ante los Sermones, ponerle la mano encima como sobre un cofre abandonado de pensamientos videntes; quedarse así echada acompañada por la luz hasta que Nietzsche viniera y Müntzer le explicara al oído la duración del mensaje, que era ambiguo pero muy oportuno. Debía ser transmitido aquella noche en que estaba a la espera de sus hijos;
probablemente no vendrían;
que vendrían diciendo suavemente a su lado: «Estamos ausentes». Cada cual comunicaba siempre con el cuarto siguiente; pasó una hora con la cabeza inclinada sobre las sombras que crecían, pues ya hacía mucho que le sucedía que no podía llegar a la noche sin que empezara a releer.

que, en secreto, raras veces le visitaban
ella se dejaba estar en el mismo lugar,
enunciado por el libro.
Aunque también embarcaba
para sus tierras de España
que era una tierra más acá de Portugal

donde ninguno de sus hijos, ni ella misma, había ido todavía.

Perseguía un ruido, comprobó que se trataba del
ruido de la muela de un molino movido por
agua. Se encontró con una mano en el batiente
de la puerta, asociando el batir constante
con el batir de los remos y la meditación.

Una mañana del mes de Enero –

Al entrar, se acordó de una torre. Subió las escaleras y vio la harina de trigo en que el movimiento redondo de la muela

rasgaba la concavidad de la fuga. Invadida por la somnolencia, juntó algunos sacos y empezó a mirarlos a través del techo y sus arañas, y sus telas: había una presencia en aquel lugar, vivía en el interior de la soledad; la masa de poco peso de las telas de araña forraba el techo, marcaba un espacio poseído para siempre y la presencia oscilaba a izquierda y derecha, imperceptible. Entonces fijó los ojos: era la presencia de Eckhart y aquel el sitio donde él continuaba existiendo, pero ¿dónde? Un poco más allá había una tela de araña eternamente reflexionando, como hacía mucho tiempo transparente y abandonada; en el rincón más ínfimo y más diáfanamente tejido, había una figura minúscula que se le apareció con perfecta nitidez y sin engaño. Eckhart, solo. Tan pequeño, liberado en su tela, rememorando sin ataduras su larga vida y las dulces excomuniones que había sufrido. De repente, se volvió tan insignificante y ligero que Ana de Peñalosa ya no podía verlo; pero sabía que él oscilaba, radiante, por encima de su cabeza. Oyó claramente:

-«Estoy aquí. Di a Müntzer...»

Se apagó su voz.

Desde aquel día supe que debía transmitir no solo el mensaje procedente de Müntzer sino el mensaje de Eckhart para Müntzer. En la absoluta ignorancia en que se encontraba, regresó a casa a consultar con su expectativa y su soledad. Pensó que, si echaba al río el pez Suso, algo podía suceder; metió una mano en el acuario, puso otra sobre el cristal; se dirigió al jardín con el pez Suso sobre el vientre; al llegar al río, abrió el agua con una mano y allí dejó caer a Suso, que regresó a las fuentes, o sea, al mismo punto voraz,

que estaba, de nuevo, en el molino.

Las telas de araña eran idénticas, igualmente dispuestas.

Oyó la voz:

-«Di a Eckhart que...» – Después el silencio o el golpeteo de la muela.

Todavía en el mes de Enero –

«Hoy he recogido una palabra más». Oyó entonces el habla del punto–voraz, y se quedó a oírla sin saber,
inmóvil,
haciendo compañía a los objetos,
pero especialmente a todos los cuadros
que había colocado en el suelo apoyados en la pared
de su cuarto;
en ninguno se representaban más de tres personajes;
mientras oía la quinta Sinfonía que Beethoven tocaba,
el gato blanco
se echó en su regazo
frente a los cuadros.
Ana de Peñalosa
miraba las imágenes,
desde la bien amada figura
de Lorenzo de Médicis
con el dinero en la mano
con que le había comprado la casa
para Nietzsche, Eckhart, San Juan de la Cruz,
Suso, el caballo, el oso
y el cerdo,
a la imagen de una joven flamenca del siglo XVI
y al grabado de un matrimonio
de campesinos
comprando la cuna
para su primer hijo.
Su mirada se fijó
en los ojos del gato
y en el caos que de Beethoven nacía;

la pata del gato le descansaba
en la mano
y se oía en toda la casa
el rumorear de la palabra
y de su garganta.
En tales objetos se deleitaba,
todos eran conocidos
y habían venido de lejos,
principalmente la cuna
para el niño.
Era la cuna de Beethoven,
podría haber sido; en ese momento
su padre pagaba a un chamarilero
su cuna
y

Beethoven había enloquecido a Nietzsche; la boca de Nietzsche había adquirido un aspecto singular, emitía el poder que componía Zaratustra y el libro deshaciéndose hasta los márgenes; articulaba el silencio, y la máscara del miedo impregnaba la zona polar de la boca del oso. Entre la contracción de Nietzsche y los oídos de Beethoven, Ana de Peñalosa se había quedado abandonada en ese momento conoció la forma de su claridad que en otro tiempo se había llamado amor perfecto y entró en ella la campesina del cuadro, sonriendo embarazada y codiciando el dinero que Lorenzo de Médicis había dejado sobre la mesa.
«Pienso en vosotros; deseo ir a vuestro encuentro y, al mismo tiempo, recibiros en esta casa que siempre os desea. Estáis vivos y no espero recibir personajes ilusorios. Hace días me habían buscado, habían dejado el nombre en la sala de la entrada, cerca de las rosas, o del lugar eternamente con diamantes. Leí sus nombres y vi que, entre ellos, había venido Eckhart, el que encontraste en el molino, balanceándose en

una tela de araña, pero del que aún no he captado bien ni la petición ni el rostro. Algo de parecido con vosotros debe tener para que yo ya lo ame. Dejó su señal imperceptible en la mesa junto al nombre; era un soplo de arena en medio de una gota de cera. Mañana voy de nuevo a buscarlo en el ruido del molino; pero son tantas las telas que no lo veré si no se anuncia."

-Oh Médicis, siempre el mismo dilema – pronunció en voz alta y clara junto con la campesina, en la misma pesadilla. – Mis amigos, especialmente Müntzer, me dicen que debo continuar escribiendo.

Pero este escrito no se convierte en dinero. Exige tiempo, contemplación, escenario.

Miro tu retrato colgado de la pared un poco como una prostituta. Estoy enamorada de tu mano que sostiene dinero y plata, de tu pelliza, y le muestro mi escritura como si le mostrase un cuerpo

que tal vez él ame o desee.

Alto Médicis, Mecenas de las artes, muerto en su túmulo y en este retrato, cómprame el tiempo que necesito.

En el mes de Febrero –

Transcurrido el tiempo, escribió que su tierra había sido invadida por el mar.

Olvidada, desde entonces, del mensaje entregado por Müntzer, se sentó en la playa a observar las olas, buscando el lugar donde se encontrarían sus hijos; pero era una extensión demasiado vasta en anchura y profundidad. En la pesadilla, viajó en los brazos de un ser fantástico que escucha los ruidos tenues, fénix renacido de sus propias cenizas que siempre había seducido. La cabeza de Müntzer también soñaba. En casa, en el desván de la ventana, se encendió una luz, ojo único del monstruo. Irrumpían voces

de las fauces del
animal que derramaban fuego y una lengua insistente,
verdadera lengua perteneciente al pasado de Müntzer; y no amanecía, al contrario; de nuevo las horas meridianas de la noche se aproximaban.

En la noche del mes de Febrero –

en esa noche, cuando por primera vez se quedó solo en casa, con todo el tiempo por delante y el espacio vasto y fragmentado por las reminiscencias y los muebles, empezó a sentir correr, por debajo del pavimento de su cuarto, el arroyo de
Juan;
todavía no se había peinado y la mitad de los cabellos inundaba la página, la cara vuelta hacia la pared por detrás de la cual corría el arroyo; y allí
lugar,
momento,
oyó el rugido de una voz de animal con resonancia humana que tal vez se hubiera arrastrado hasta el río y con el río hubiera confundido sus patas abisales y la melopea de su
sangre
aunque ella sospechara
que nunca podría precisar
de qué género de animal
se trataba
y era mejor así
porque insectos, imágenes de animales, dibujos de animales, osamentas de animales, clasificaciones de animales,
batracios,
gusanos,
también existían
y ese animal,
un hombre

o anfibio
había venido a echarse al río de Juan.
Supe entonces que, en aquel
momento, el río tenía escamas
y que entre las hojas
que componían el cuerpo del
pez Suso
el texto viajaba
con nombre libidinal.

En el mes de marzo –

Y, viajando, Juan adolescente entró en casa para descansar en el arroyo

y junto a los oídos de su madre.

En su cuarto había una multitud de objetos que Ana de Peñalosa había comprado para repartirles la vida.
A salvo del agua, una piedra pequeña reposaba en el reborde de la ventana; Juan la tomó y, nómada, inició con ella su meditación; al instalarse en el cuarto, se volvió aún más adolescente; su cabello rubio le caía por los hombros y en la única cama, por la noche, descansaba eternamente.

Sigue el mes de Marzo –

Cuando su madre subió a verlo, se desnudó para volver a nacerle el cuerpo desnudo.

Madre de los objetos, he dejado a propó-
sito a la izquierda la hoja
en blanco; hoy he despertado so-
ñando que no vivía sola
en esta casa sino con mi mari-
do, padre de Tomás y de Juan; y
que Hadewijch era amada por

él y nos amaba; y, al princi-
pio de la tarde, que era ardiente e
intemporal, nos había venido a visitar
abriendo los libros que yo escri-
bía; parecía haber dirigido un gru-
po de mujeres de gran fe,
probablemente una comunidad de
beguinas; le he dicho que
mi marido la deseaba y que yo
le pedía consentimiento para
desnudar su cuerpo, primero
de cintura para abajo, por consi-
derar esa parte la más secunda-
ria, después de cintura para arriba,
los hombros y los senos que son los
lugares privilegiados de las fuentes
y la boca. Hadewijch me miró
sin pronunciar una palabra, el
rostro iluminado por un con-
sentimiento grave que me parecía ser
el fin de una larga espera.
Llamé a mi marido y entramos
en el cuarto que yo había preparado
casi desnudo y velado. Hadewijch
estaba inmóvil. Casi en la oscu-
ridad, encendí una vela cerca
de sus pies y la liberé de lo que calzaba;
siguiendo la clari-
dad, miré hacia arriba y tomé
algo de ropa ropa en mis manos y
en la sombra de la vela se mostró
quien era.
En este momento, sus piernas
se doblaban de peso y de nostal-

gia; la despojé de la túnica para mostrar a mi marido donde se formaban los senos. Hadewijch cayó de rodillas diciendo «Os amo, os amo».

Salí despacio, con prudencia, en medio de una caótica mezcla de alegría y sufrimiento que intenté ordenar para empezar a escribir:

En el mes de Abril –

Ya hace mucho tiempo que los perros y los niños, en su vertiente de lobos, presentían la Guerra; los perros bebían agua en los pozos y ladraban; los muchachos corrían por las salas hasta entonces cerradas y con gritos y las uñas largas mataban a las arañas y destruían sus telas; aprovechando el polvo hacían arabescos de lanzas, de empuñaduras de espadas, de arcos de flechas en los espejos; cuando la noche caía no descansaban, susurraban entre sí como árboles al viento.
En ese insomnio, Nietzsche no dormía; «Una guerra más», decía con ironía para sus adentros, con cierta actitud de indiferencia porque ya había muerto y se había preparado para morir varias veces; pero pensaba en los otros miembros de la Comunidad, en todos los acontecimientos e imágenes que la Comunidad había creado y que le gustaría ver perdurar hasta el fin de los siglos, aunque supiera, con su alegre saber, que era risible; entonces se dispuso a ir a hablar con San Juan de la Cruz, algo que nunca había hecho. Tuvo el presentimiento de que, en aquel instante, él estaría con la jauría de los muchachos organizando la defensa de la guerra; «Lentamente enloquezco», constató con tranquilidad. «¿Por qué me vienen al espíritu estas ideas impensables?»

Pero, sin ilusión, Juan de la Cruz organizaba la jauría. Se había transformado en el perro más próximo al lobo, de dientes acerados y andar ligero. El deseo de escribir se le había erigido en la cola fuerte y con sus propios ojos que había conservado observaba fuera de la ventana los indicios de la guerra. En cuanto olfateó todos los cantos,
así metamorfoseado en monstruo,
que había aceptado por ser noche oscura,
soltó un aullido desgarrador,
llamando a Müntzer.

En el transcurso del mes de Abril –

la primera campesina había llegado al portal de la casa huyendo de los Príncipes y Hadewijch, apenas despierta de hacer el amor, corrió el cerrojo:

-Vienen a atacarnos todos los Príncipes.

Después de la llamada desgarradora a Müntzer, para que esta vez no perdiera la batalla, San Juan de la Cruz, todavía transformado en perro, condujo a la campesina a su libro y supo que se llamaba Beatriz. En esa sala Ana de Peñalosa, más serena, oraba sin cesar maldiciendo a los Príncipes de la Iglesia y a los Príncipes.

En el momento en que el combate
se preparaba – la defensa y el
ataque – Hadewijch había subido al
cuarto más pequeño de la casa;
echada en el suelo sin alfombrar,
había perdido su Espíritu:
súbitamente su cuerpo había
apareci-
do desnudo a Nietzsche, tal como
era, encarnación de perfumes de
permanente dulzura y claridad;

pero su cuerpo ya había estado
desnudo apoyado en la ventana e
incitan-
do al combate, cuerpo a cuer-
po, a los miembros de la Comunidad
de la que ella formaba parte;
habían venido a desnudarla y pasar
cada
arma por su piel;
cuando le llegó la vez a San
Juan de la Cruz le dejó la pluma
en el ombligo;
y Nietzsche, con sus propias
manos, arrugó el papel en
sus pechos, entreviendo como
en visiones por la venta-
na el renacimiento del mundo que se
aproximaba;
Hadewijch nacía en su lecho
cubierta y tocada por tantas ar-
mas improvisadas;
cuando recuperó su Espíri-
tu, la casa pareció oscilar y des-
moronarse por entre los estruen-
dos de la batalla;
continuaba desnuda, cubierta por el
polvo
luminoso de su piel;
su sexo sublevado tenía firmes
nuevas olas; se dirigió a la
puerta pero sus nalgas fueron re-
tenidas por la luz y por Beatriz que
imploraba:
-Hadewijch, ayúdame a

reunir las fuentes, los peces y los caballos.

A finales del mes de abril –

Mientras Hadewijch desaparecía, el rumor y el miedo de la batalla penetraban por las ventanas y alcanzaban toda la casa, hasta los cimientos y el horno; forrando las paredes, dispuestos a confundirse con la tierra, las hojas y los textos traídos por la jauría habían encontrado precario abrigo. Frases repelentes y dulces, voces escritas, aceptaron quedar encerradas a la expectativa. La rendija, por exceso de prudencia, fue revestida de excrementos de caballos y un olor nauseabundo iba a esparcirse sobre quien osase reabrir la puerta del horno;

«Menina y moza me llevaron de casa de mis padres para tierras lejanas; y cuál fuera la causa de que me llevaran, era pequeña, no lo supe».

En el mes de Mayo –

Cuando Ana de Peñalosa transmitió a Nietzsche el parecer de Müntzer (que la defensa una vez más parecía impracticable y la derrota, al caer la tarde, sería probablemente segura), Nietzsche respondió: - Veamos dónde nos lleva la escritura. Ante la sonrisa de todos los perros de la jauría, entre los cuales ya se encontraba el propio Nietzsche, los enemigos retrocedieron cien pasos. Sus lanzas no tenían igual, salvo los brazos levantados de los miembros de la comunidad que sumaban millares de garras de lobos, de patas de oso, de alas gigantescas de pájaros, de aletas de monstruos marinos. Entre ellas los campesinos circulaban con total seguridad y, poco a poco, se transformaron en mariposas enormes que sobrevolaban los dos campos de batalla; revestido de tales

poderes, Müntzer había modificado el sentido de su apreciación y había entregado a Hadewijch, como recuerdo del pasado, la cabeza decapitada; accidentalmente, en una hortensia color de rosa que Hadewijch había dejado en la ventana, una araña había tejido sus hilos y había unido con una bóveda varios pétalos; Ana de Peñalosa volvió hacia ella el
rostro envejecido,
había recorrido sala por sala
meditando en el descalabro de la batalla,
aunque, de hecho, no leía, ni oraba,
avanzaba solitaria entre el enemigo.
Con las manos encendidas, lanzaba fuego a los carros de guerra, pero ya las piedras de las catapultas alcanzaban el horno donde la comunidad se había recogido. En la sala de entrada, cuando Hadewijch reaparecía por entre las nubes que se acumulaban, la tela de araña adquiría proporciones gigantescas y Eckhart reaparecía en su cuerpo de tamaño natural; en su meditación, Ana de Peñalosa se preguntaba a sí misma si debía hacer que perdurara la tela o liberar la flor; con aquel don de ubicuidad rápidamente adquirido, caminaba en mitad de los estrépitos que a lo lejos se producían.

Pero los miembros de la comunidad, apoyados en las paredes del horno, recuperaban las fuerzas y descansaban. Se enfrentaban con el olor pestilente de sus propios textos.

Pero,
cantares, trovas y romances de amor de campesinos y artesanos del vidrio que Nietzsche, San Juan de la Cruz, Tomás Müntzer, ya habían oído y nunca habían escrito, se acumulaban en las paredes como una capa de esmalte

soplo, vidrio, imágenes:

«Reginaldo, Reginaldo,
Paje del Rey tan querido,
Bien pudieres, Reginaldo,
Dormir de noche conmigo.

-Te burlas de mí, señora,
Por ser yo vuestro cautivo
-No te lo digo burlando,
De veras yo te lo digo
-¿Cuándo queréis, vos, Señora
que vaya a lo prometido?
-Siendo ya la noche entrada
cuando el Rey esté dormido.» Donde se comienza a tratar de la Noche oscura del espíritu y se dice en qué tiempo comienza. No se admiten tampoco adultos en la Comunidad sino después de una larga Catequesis. Pero ¿qué podré decir yo? Nunca tuve un Padre de la Iglesia que supiese decir o mostrar qué es el verdadero Bautismo.
«El castigo que te doy
Por ser mi paje querido,
Es que la tomes por mujer
Y ella a ti por marido»; «no hay hacha que corte la raíz al pensamiento. Ya morí, ya me enterré y ahora ya estoy aquí. Ni la tierra me cubriera, sin despedirme de ti»; donde se comienza a tratar de la primera causa de esta Noche, que es la privación del apetito de todas las cosas y la razón por la cual se le llama Noche.

Después Nietzsche se leía (o se descifraba) a sí mismo: «Obligáis a todas las cosas a aproximarse y entrar en vosotros, a fin de que refluyan en vuestra fuente, como las dádivas de vuestro amor.

En verdad es inevitable que un amor que da tal se torne el destructor de todos los valores: pero yo llamo saludable y sagrado a ese egoísmo. En verdad os lo aconsejo: apartaos de mí y defendeos de Zaratustra.
Tal vez él os haya engañado.

Poco reconocimiento se tiene por un maestro cuando se es su discípulo para siempre»; «estando doña Infantita en su jardín sentada, con el peine de oro en la mano peinando su

cabello, que tan bien peinaba, vio una gran armada; el capitán que en ella venía traía la nao bien guiada: no hay letrado que diga cuál sea mi intención».

En un día del mes de Mayo –

Se sentó agradablemente traspasada de frío, a la espera de poder ordenar los acontecimientos en el tiempo y delante de la puerta del horno, sin acordarse de que los Señores y los Príncipes se aproximaban y los tambores ya resonaban a lo lejos con el anuncio del triunfo: un hombre horrible con una espada y cubierto de armadura había aparecido de pie frente a «guardad vuestro caballo, que os costó amaestrar»,
sin que se supiera cómo había entrado; y allí mismo, con fuerzas decuplicadas, se disponía a decapitar a Müntzer
que, a las puertas de la casa y el jardín, no había dejado su caballo olvidado y se disponía a guardar la cabeza.

Operarios vidrieros habían acudido, con sus instrumentos y materiales de trabajo, y soplaban botellas y globos de colores que circulaban vertiginosamente cerca del verdugo
y chocaban, quebrándose, con su espada.
Sus múltiples pedazos invadían el texto,
y una masa compacta de vidrios y de palabras
avanzaba al centro del horno
donde el recién llegado amenazaba con su arma. Se había convertido en una figura gigantesca
con voz pesada y amarga:
«Yo soy aquel oculto y gran cabo,
llamado Adamastor»
y trataba de hacer oscilar los cimientos del horno con sus miembros descomunales.

Pero la masa compacta le había rodeado los pies, y los vidrios y las palabras súbitamente mortíferos proferían amenazas, y sin dejar de arrastrarse,
luz, cresta, y, manifestaciones, vidrios, botellas, pareceres
le habían robado la luz de los ojos nada se había dejado al azar, cada sala tenía ya su destino; en cada una se libraría un combate, y o saldría vencedora o con adornos y muebles dañados;
en el comedor, encima de la mesa en que se veía todavía el árbol derrumbado, el Príncipe se sentó con su escolta y sus lacayos, sus aduladores y sus animales de recreo, desde el bufón al gran lebrel. Las estúpidas preguntas le brillaban en los ojos y el banquete recién comido le hablaba en los labios. Sin embargo, era hermoso, y Hadewijch en un momento hubiera podido de verdad codiciar su lecho para matarlo. Nada más atroz que la música que se oía en las patas de los caballos. Música fúnebre, triunfal, llena de embustes y lacerantes dilemas
la viuda de Müntzer
(que aún no había muerto)
preñada y ultrajada,
había sido arrastrada al centro de la mesa y era en su cabeza inclinada donde el poderoso Príncipe fijaba los ojos
«Suplico con toda humildad que Vuestra Gracia Principesca se digne bajar los ojos a mi gran miseria y pobreza.»

Entonces habían visto aproximarse, arrastrada por los Príncipes, la máquina incendiaria del deseo; con profundo pavor distinguían en el primer piso primates armados y perros de cabellos de oro catapultaban por las rendijas abiertas los miasmas de la peste; un río de mendigos y enfermos irrumpía sin cesar dentro del horno y penetraba en la masa compacta de textos y de vidrios; los pies del coloso empezaban a ser triturados y Ana de Peñalosa contemplaba sus ojos cada vez

más desorbitados y llenos de terror; múltiples textos entonaban su escritura y los campesinos, Müntzer con ellos, nos comían en las paredes y gritaban al enemigo; pero los textos no se consumían, podían verse en los cuerpos transparentes, uno había ido a echarse en el regazo de Hadewijch, otro ladraba en la boca de San Juan de la Cruz y otro se había erizado en los cabellos de Nietzsche.

Ante esta inesperada resistencia, el coloso, con aquella masa compacta pegada por todo el cuerpo, comenzó a emitir una canción de cuna intentando dormir a la batalla; pero, si se aguzaba el oído, podía escucharse un tumulto irreconocible: podía percibirse claramente cada voz, cada sonido y el lamento de Hadewijch:

Oh Ana de Peñalosa, esta noche no he dormido mucho – he estado bastante atormentada, primero porque me quedé con Nietzsche en la cocina y porque la mañana anterior me habías dicho que esa tarde íbamos a rezar y yo tenía la sensación de haber faltado a una promesa, aunque estaba un poco asustada por la idea de rezar, porque no sé muy bien cómo se hace tal cosa – pero esta noche la luna estaba tan bella, y en el juego de la luz y la sombra vi a aparecer un extraño hombrecillo hecho de ramas y hojas secas; se frotaba los ojos (había llorado mucho) pero seguía allí y, de repente, comprendí que, en realidad, tenía la forma de una cruz; y me acordé del libro que ayer por la tarde había llevado y que había dejado abierto en la página que tú me habías mostrado; el extraño hombrecillo hecho de ramas se hallaba precisamente encima del libro; entonces, en vez de reírme, tomé el libro y comencé a leer.

ahí debía de haber una sala, sala
de la argolla de la fuga, y el mar bra-
maba en su vacío; pero nada
había, a no ser una pared
atravesada de miradas en-
tronizadas en una alfombra y que to-

maban la forma de espirales de
colores aparentemente indefinidos.
En otros tiempos, había pe-
netrado allí pero después, llegada la épo-
ca del olvido, su memo-
ria se ejercitaba sin cesar en
murmurar fragmentos hasta que lle-
gara el momento en que, tras producirse una
enorme explosión, ella mis-
ma formara parte de la alfombra en
cualquier punto oscuro.

En los últimos días del mes de Mayo –

Hadewijch murió; cayó en el enlosado durante la batalla aunque de muerte natural. Escribía sentada con la hoja sobre las rodillas según su costumbre, dibujando las palabras con la pluma a medida que las escribía; se estaba en un momento interrumpido de la lucha, en el momento en que los perros, en grandes baldes de agua, mataban su sed, y las mujeres lacrimosas entonaban melopeas a sus futuros muertos. Súbitamente, tuvo sed, y arrastrando los vestidos, su bellísima boca transformada en boca de perro con lengua colgante se zambulló en el balde; rodeada por los perros de la jauría que ladraban saciados, siguió escribiendo con la mano sobre el vestido; y, de repente, como si ya no viera, se quedó con la lengua sola en la boca y la mano ondulando en el papel vacío de escritura
muerte, muerte, muerte,
dijo tres veces,
dejando caer el papel, los ojos y la cabeza.

En el mes de Junio –

Los perros de la jauría lanzaban un aullido y sus retratos de lobos se hicieron enormes en las paredes del horno;
ya en estado de reflexionar sobre lo que iba a pasar, una tarde en que estaba sentada delante de la puerta
cuando la noche cayó, aún no había salido en todo el día; esperaba pacientemente, solo para sorprenderla en la oscuridad.
Hadewijch había escrito: perdí la memoria; tú eres mi memoria y me iluminas; así salgo de mí misma para caminar en la velada oscuridad en que hay grandes árboles y grandes rostros a cada lado:
únicamente un perro de la jauría no se transformó en lobo; era un perro que escuchaba música y vivía en su pelo castaño siempre cerca de la alegría y de la muerte, por ser la melodía de su dueño inventado; el perro se llamaba Hadewijch y se echaba en un cuarto de la casa sobre las almohadas,
en el comedor,
lugar privilegiado de la casa,
donde nunca se comía
y, principalmente,
a la cabecera de la mesa;
no había querido morir aún;
fue al colocar una botella de vino en el armario, para los visitantes que vendrían en alguno de los próximos días,
cuando sintió deseos de sentarse en uno de los extremos de la mesa, para mirar la profundidad de la sala contigua. No era lugar ni muy lleno ni vacío, se dio cuenta inmediatamente de que otros seres venidos no se sabe de dónde se habían sentado con ella, esperaban; su gato e imagen no había entrado, se había quedado en la cocina, en la poltrona donde dormía; uno de los seres emitía música, otro, a distancia, le había cerrado los ojos; Tomás Müntzer, presente y muerto, la invitaba a entrar y ver su muerte.

En los meses de septiembre y octubre –

Por aquel tiempo, los días para Hadewijch, en virtud de mucho amor transformada en Ana de Peñalosa, eran duros como piedras; se sentía sin memoria, privada de su sed de aprender, traicionada; una especie de vejez extraterrena se anticipaba al tiempo de su vejez; Nietzsche subía mansamente en sus libros, en el apogeo del texto; y ella esperaba todos los días su sed de conocer, que el amor de Nietzsche rebasara el texto y viniera a su lado; detestaba también su sexo, lo quería intemporal y sin forma, su amiga Hadewijch no venía a verla, presa de una crisis de adolescente

pero el ser sentado ocultamente en la
silla emitía música y Tomás Müntzer eternamente amado hablaba del paso de la muerte
«Sabes», decía él sin voz
articulando el silencio,
articulado en el silencio,
«Sabes que serás en todo el tiempo»; invadida por extraordinario impulso, le apeteció levantarse, echar agua en el balde y lavar el suelo para que brillara; y la sed de saber le había llegado con la visión, soporte y abertura del miedo, visión sin imágenes, totalmente oscura y seductora,
a veces manchada de sombras y palabras. Se levantó una fuerza enorme, vestida de hombre y de mujer, y con un único ojo. Durante mucho tiempo se agitó en convulsiones con la perspectiva de unificar los cuerpos, y su deseo no llegaba al fin. Se volvía entonces contra sí misma y hacía el amor metiéndose el ojo en la boca y las manos en la extremidad del pensamiento. Parecía no poder existir antes de la muerte, y muerta parecía sin descanso agarrarse y volver a la vida. En ella no había forma humana y todo era noche y vago. «El tiempo que pasó en mi casa me hizo olvidarme de mí misma. Me apareé con ella;

cara con mano.»
Se esforzó en leer las palabras pero estas explotaban y rodaban sin dirección precisa más allá de Nietzsche y Müntzer.
¿Había orado?
¿Envejecido?
¿Liberado el cuerpo?
Por la mañana comenzaba otro día y de todas partes llegaban noticias de locura y guerra; hombres extraños tomaban el poder y eran imitados. Quien estaba allí con ella sentado a la mesa acabaría por partir; y tendría que volver a la sala privilegiada para soportar sus senos, uno de los lugares aberrantes de su cuerpo; pero Müntzer, cuando indirectamente le hablaba, le decía: «¿Sabes que serás en todo el tiempo? ¿En toda la forma?» Veía el horror de las caras filtrarse a través de los vitrales y las caras eran horribles y todas se inclinaban hacia ella; los colores perforaban las caras con mil agujeros y su cuerpo había acabado en ese momento de encontrar lugar para las manos; encontró entonces otras manos de uñas muy largas y con piel de tacto desconocido; se retiró en esa visión y entró en su cuarto, medio dormida de tristeza y amor. Estaba al lado del punto-voraz, había acabado de tomar posesión de tu memoria, oh rostro monstruoso que atraviesas el vitral. Reconocía los perros desfigurados por la lucha y los cuerpos de Nietzsche, Juan de la Cruz y Tomás Müntzer totalmente desmembrados. Mi horror tan triste se puso a cantar con una voz dulce salida de mi boca, los seguía fielmente como si estuvieran muertos y fueran a ser enterrados. No podía alimentarme salvo de tristeza y mis suspiros habían despertado a Eckhart que acababa de escribir en el fondo de su tela si no se podía intentar fuere lo que fuere hacerlos volver a la vida.
El perro de la jauría, cuando oyó la señal de la batalla, se tumbó como siempre para dormir, con las orejas colgantes de hojas; sus ojos abiertos se acordaban de que antes había sido

Hadewijch y que se había transformado en perro; sus semejantes se transformaban en lobos y afilaban los dientes, pero Hadewijch resistía a su metamorfosis ante el espejo
y durmiendo.

Así sería encontrada después de la batalla,
lejos,
olvidada entre las páginas de un libro
viejo
y
de Eckhart

los capítulos de la espera

Capítulo I –

Una tarde, en que la palidez del Otoño penetraba por todas las ventanas y Nietzsche, en uno de sus cuartos, entonaba conceptualmente las palabras antes de escribirlas, temió que el poder expresivo del lenguaje, por excesiva abundancia, la abandonara; día de difuntos, día de cualquier año, en cualquier tiempo, formulaba preguntas sobre preguntas, deseaba descender a ras de suelo, abrir la puerta sobre la meditación de Nietzsche que escribía, sentado a la mesa; oía constantemente un caballo avanzar por la casa y reparaba en que todos los hombres y mujeres que había conocido, en el tiempo de su vida, equivalían. Acabado
su tiempo
se interrogaba a sí misma sobre el destino del tiempo desaparecido
mientras Nietzsche, siempre de espaldas y de frente a la escritura, no la
oía entrar
porque ninguna de las personas que habitaban la casa, o la visitaban, se dirigían mutuamente la palabra. Lugar de concentración de gestos, el agua caía constantemente en el rincón más apartado del patio, y animales y plantas se confundían con aquellos hombres.

Así se formaban largos días y rápidamente volvía el Otoño, Nietzsche, heredero de Juan, siempre pensando; Ana de Peñalosa vivía permanentemente enamorada y envejeciendo; se dirigía a sí misma preguntas que comenzaban: «Qué sentido, qué sentido...» «¿Es justo o es injusto?» «¿Cuál es exactamente, en el espacio, el lugar de esta casa?» «¿Será beneficiosa la regla del silencio?»

En ese momento Nietzsche dormía sobre la hoja y Prunus Triloba, su arbusto en el jardín, amarilleaba en medio de la claridad; en un resto inhóspito del patio Hadewijch vivía

retirada (se había sellado la boca con una flor); cuando la flor se marchitaba, dirigía la punta de la lengua al cuarto donde vivía Ana de Peñalosa y, con los dedos afilados, cogía otra flor.

La nuca de Nietzsche brillaba en el principio de la tarde pero aún continuaban cayendo hojas; Ana de Peñalosa quería acordarse de una sola frase de Nietzsche, pero la memoria se negaba a querer que fuese necesario. Un gran crepúsculo inundaba el escrito y todos los hechos y conocimientos se inscribían en un contexto de máxima
originalidad;
eran derrumbados,
triturados,
ni el derecho ni el revés existían.

Aunque Nietzsche no estuviera dormido, por la regla del silencio era como si durmiera, no podía dirigirle la palabra; pero la regla del silencio guardaba las visiones ardientemente deseadas, en la casa los seres se encontraban sin reconocerse o pasaban unos por los otros fascinados; y así se tejía un tejido consistente, en que el espacio y el tiempo no dejaban ni arrugas ni vestigios; ninguno era loco ni célebre, ni pobre, ni ignorante, ni viejo, ni joven y el propio perro Jade se sentaba a la mesa y, con los ojos muy dulces, tomaba la palabra
y Forsythia y Spirea se mantenían verdes y húmedas con el sol otoñal, privadas de agua.

Capítulo II –

cuando intervinieron las pasiones, fue otra forma de guerra; al principio no se sabía qué trama se estaba preparando, solamente Ana de Peñalosa, reabriendo la puerta de su cuarto, verificaba que muchas bocas se cerraban (sonriendo) o se abrían (gritando),

pero
en esta visión,

no hay pasiones; desde aquí me abro al espacio creado por la casa, dejado en mí por el jardín, que flota en el aire como un insecto repleto de metamorfosis, la guerra y el dolor son impensables. O tal vez solo se presenten bajo la forma de nostalgia o de pacífica inquietud: ¿cuánto tiempo durará esta paz? ¿Cuándo acabará? De seguro, no acabará ahora, sino que en breve se presentarán rostros amenazadores de guerra. Si viviéramos así, simplemente para preguntar
entonces ya juntó las hojas que habían caído ayer, reparó en cómo súbitamente, hacia las cuatro horas, se supo que la tarde acababa sabe de qué especie (vegetal) es esta noche fue un gusto amargo cortar las últimas dalias tumbadas por la helada.

Llegaría a sentir amor por quien así
hiciera silencio, me gustaría recibirlo aquí.

Capítulo III (mucho tiempo después, todavía sigue la guerra)

Durante la guerra, Ana de Peñalosa descendió al río, río que pasaba por debajo de la parte este de la casa; arrancó del suelo a Prunus Triloba, a Spirea, y los colocó en el barco frente a ella, como seres humanos. Tiempos de invierno, las ramas estaban desnudas y las raíces húmedas; la batalla continuaba y, por los gritos perdidos que venían del horno, podía imaginarse que la victoria ya no permanecía indecisa. Miraba con dificultad a través del polvo, pero estaba firmemente decidida a ir a los cementerios a pedir auxilio a todos los campesinos muertos.

La figura de Nietzsche, su cabeza de piedra, colgaba de los arbustos;

San Juan de la Cruz, impotente en palabras, se había lanzado desnudo en medio del frío
gritos suaves de mujeres pasaban por las ondas
porque una especie de furia y de sonidos paralelos conducían al río; Prunus Triloba y Spirea habían forjado remos, y la sala de meditación se hizo más amplia,
se desplazó, centelleando en el fondo del agua,
y reanudó el camino
con objetos, ventanas y bóvedas fluctuantes,
el incensario, las velas,
la gran alfombra del centro,
el perro
y la bandeja solitaria con la fruta: Pienso en la dispersión de los objetos; en la culpabilidad que su acumulación provoca. Representan dinero, poder, inversión de una energía que es poder, forman el séquito de los muertos, ocupan el lugar de los muertos e, inesperadamente, rebasan el presente y las mórbidas conclusiones desprovistas de utilidad. Necesito probar todo para explicar sus orígenes.

NIETZSCHE
era un hombre único,
un hombre muy atormentado,
lleno de piedad,
muy desagradable
a los ojos de los otros
y a los ojos de sí
mismo.
Sufría por una idea
fija:
"Hay cosas extraordinarias que me hacen pensar".

Sucede que siento un flujo energético dulce, potente, sereno y envolvente que tiene su punto de paso en Hadewijch.

Que lo siento, es un hecho. Que nada opongo a eso, es otro hecho. Que ese fluido me atraviesa y lo envío a Ana, es igualmente un hecho.

Siento así una corriente no intermitente de flujo de una gran calidad. Una calidad que evidentemente depende de mis experiencias pasadas.

Así deseo que esa corriente se mantenga, se amplifique, gane en calidad. Una calidad ontológica, esto es, que no solo hace vibrar los sentidos, sino que alimenta el ser y, probablemente, tiene efectos benéficos y transformadores a nivel cerebral.

Se habían puesto una vez más en camino sin saber hacia dónde iban, guiados por una fuente que se desplazaba por el aire; Ana de Peñalosa, sin separarse de Nietzsche, casi no la veía; un remolino de nieve se esparcía por el aire, y los rostros, aunque próximos, parecían invisibles por causa de las lágrimas; era una tierra de duras experiencias y tantas metamorfosis que el propio camino ahora se les figuraba una espesura, y la nieve, polvo. Juan de la Cruz, con su voz melodiosa de palabras, se separaba de sí mismo y de su texto y, a veces, sus manos apuntando al caballo recordaban a Nietzsche y su cabeza arrebatada. Pero el mayor tormento, para Ana de Peñalosa, era distinguir delante el rostro de Hadewijch y sobre sus hombros la carga de Nietzsche. La fatiga crecía en espiral y todo parecía repleto de sarcasmo. El perro aullaba desesperadamente y el corazón de Ana de Peñalosa no se separaba del amor continuado por Nietzsche en Hadewijch y a cada momento abandonaba la delantera.

Los otros la habían visto entonces desaparecer de entre ellos, y en ese momento, Nietzsche, o Ana de Peñalosa, dijo, soltando el alto cuello de Hadewijch:

Sentí que tú querías hablar conmigo,

de verdad y verdaderamente; que, a falta de compañeros contemporáneos, habías venido hasta el borde de

mi cama reflejada en el agua; también estabas reflejado en tu libro como si tu boca leyese lo que escribías. Sentí entonces amor por ti, más y menos que pasión, una especie de modificación de los sentimientos del amor. Tú me ayudabas a escribir, yo era una de tus necesidades más amadas. Me adhiero a la manera en que vives, hago un acto de aceptación. Te quiero tal como eres, páginas y páginas separadas del amor humano. No tengo nada que hacer, pero puedo gastar dinero y pensar en ti incansablemente hasta que tu sexo de escritura se vuelva vivo. ¿Será verdad que me amas? Crear amores nuevos es una tarea aterradora y de un peligro mortal
pero ya más lejos el rostro de Ana de Peñalosa se formaba, en el mismo momento en que se oía el estrépito de patas de caballos. Un fuego sin centellas arrasaba el campo y el tiempo no había llegado todavía al Templo. En ese momento, Hadewijch huyó hacia Nietzsche. «Por misericordia», dijo él, «acampemos aquí. Quiero escribir Zaratustra». Pero eran las primeras palabras del «Cántico Espiritual» las que le salían de la boca mientras su amor perdido vagaba a lo lejos; y así fundidos en una gran angustia, se llamaban los unos a los otros y a sí mismos: Nietzsche, Juan, Ana, Hadewijch, caballo, oso, pez, Eckhart. Se acordaban de todos los otros nombres que podrían haber sido, mientras Médicis, contando el dinero destinado a sus obras

los miraba con piedad.

Ana de Peñalosa vio entonces un dedo suyo en la mano de Hadewijch y el alma de Nietzsche en su seno; interrogándose sobre el sentido de la muerte y desistiendo de encontrarlo, volvió la cabeza. Le apeteció toparse con una puerta, transponerla y vagar por el mundo definitivamente sola. Pero la cabeza de Nietzsche estaba clavada en su cuerpo
¿quién podría concebirlo sin alegría?
Deseaba dormir en la sala de meditación,
Pernoctar aquí antes de pasar el tiempo;

la ventana es la más bella
que he visto y concebido,
duerme en el exterior de esta luz
y de esta casa,
pero velando por ella.

¿Y si no nos tuviésemos piedad?

Nietzsche está próximo a Ana
sin vida, ni muerte,
él mismo
ni ser perecedero
ni eterno.
La serpiente que no puede
dejar la piel, muere,
este texto es secundario
como el agua de la lluvia en un gran mar;
me quedo esta noche de vigilia,
dormiré fuera de mi lugar habitual,
para que incluso nuestros sueños,
durante la noche
sigan esa corriente.

Capítulo IV –

Llevados por la corriente, pasamos por un país lleno de contradicciones; nos preparamos para volver a los trabajos del trabajo; llegamos al mar en pocos días, en el promontorio; habíamos seguido siempre el río en sus múltiples aspectos; los campesinos habían sucumbido arrastrados por el cielo de brillo permanente.
Para llegar ahí es necesario que el
destino tenga paciencia
y que nada aparentemente cambie.

Viajamos calmosamente,
atravesamos este país perdidos en todos los países, con Hadewijch, que se unió a nosotros. Otros seres femeninos se habían unido pero no sé quiénes son, me siento más acompañada en medio de mis hijos, y místicos
que traen
libros,
visiones
y espadas
y están decididos
a volver a la guerra,
pacífica,
en que perderemos nuestra sangre
y si fuera necesario,
las pasiones por nosotros mismos
por las plantas
y por los animales.
Beatriz,
la campesina,
que no es
precisamente
como nosotros,
ya habló a
Lorenzo de Médicis,
al principio de las escaleras.
Nos sentamos a su lado
y escuchamos sus imprecaciones
y quejas.
Juan se echó cenizas
sobre la cabeza.
Llegamos a este día
todavía vivos.
Lorenzo de Médicis
avanzó dos pasos

y clavó diamantes
en nuestros ojos
para que no viéramos
el fulgor del texto.
Hadewijch reunió
nuestros despojos
y juntos enterramos
nuestra muerte
provisional
mientras
millones de campesinos
y tierras solitarias
fluían lado con lado
como un río.
Entró entonces en el camino, con ellos, una gran tristeza, un gran miedo, un gran odio. Mirándose a los ojos la luz íntima de los ojos huía y la guerra sanguinolenta de
los grandes campos de batalla
se manifestaba en las palabras que preferían
o casi no preferían.
Intentaban escribir cartas sobre las piedras cuando paraban,
pero en aquel momento no sabían escribir,
ni Nietzsche, ni Juan,
y la noche caía,
penetrada de celos
y de teologías. Cosiendo el texto, Ana de Peñalosa se aterrorizaba y solo Hadewijch había conseguido la gracia de evaporarse en el miedo
aunque el combate pasaba por su cuerpo y por el silencio, siempre invisible. Caída la noche completamente, los árboles rumoreaban, el mar rumoreaba y las estrellas brillaban, navegantes y olvidadas.

Allí se acababa la tierra y comenzaba el mar, con los múltiples aspectos del viaje a otras tierras, en la misma tierra.

El río se había extinguido, Nietzsche deseaba tirar un cuerpo al agua, incluso el suyo, y lentamente, de forma contradictoria, entre las olas y columnas de cólera, de envida, que alcanzaban a Eckhart, la campesina, Ana de Peñalosa, Juan y Nietzsche y Hadewijch vuelta a su sexo, antes de la metamorfosis,
habían pisado el tenebroso mar de Occidente.
Había paz en las aguas,
y una inmensidad de señales,
pero ninguna estaba fuera y habían llegado a la casa, en el centro de la guerra. La paz que sentían era la paz habitual, Beatriz estaba vestida de púrpura y se había sentado en el lugar de
Ana de Peñalosa
que flotaba;
así habían recuperado la serenidad de la escritura y habían pedido vivir juntos unos años más, aunque en aquel día Beatriz les enseñase a hablar su lengua y velar su cuerpo;
porque a la una de la noche hizo de muerta y se echó en la gran mesa del comedor, entre todas las penas; al mirarla y sabiendo que a la mañana siguiente recomenzaría el combate, se habían tumbado en una gran meditación
que perfumaba la sala de todos los miembros de Beatriz y de sus excitantes deseos:
uno a uno los campesinos entraban y ocupaban las sillas ya asignadas; sin cuerpo preciso, se dejaban caer en un único cuerpo, muerto en medio de la mesa. Un soplo atravesaba el aire, apagando la claridad y sustituyéndola por velas; el tiempo retrocedía y, en un momento dado, la muerte resucitó igual de joven
que era.
De su mirada abierta,
salían armas,
gritos,

perros,
caballos,
serpientes,
y puños levantados de hombres, sin estigmas de escritura. Ana de Peñalosa había abierto la boca y Hadewijch le había dado la mano por encima del tiempo y de sus hijos libres de sus textos

olvidados de escribir,
escribían todavía
porque una gota de sangre
se extendía en la hoja y cerraba las
palabras y el peligro de Franke-
hausen que se anunciaba.

Si le odiaran la escritura, se quedaba entre los tejidos y las plantas.

Mientras tanto, de lejos le llegaban los ecos de acontecimientos salvajes, su pasión por los tejidos y las plantas se volvió tan suavemente violenta que delante del horno aprendió a hacer pan
mientras, al mismo tiempo, oía la llamada de los hilos y los tejidos,
secretos,
nerviosos,
profundamente escritos de dibujos.

Tejedores y panaderos venían a verla cuando estaba sentada, con los ojos fijos, y poniéndole familiarmente las manos en las rodillas, hablaban de sus hijos, placeres y sufrimientos.

En ese contacto, Ana de Peñalosa lloraba su escritura y daba sus manos adormecidas y descubiertas a todos los trabajos.

Hasta que un día, su escritura le apareció a la entrada del horno,
con forma de hombre y de mujer, y de permanentes cenizas y llamaradas.
Caía la noche y, sentados en círculo, oyendo el viento que nada tenía con el tiempo, pensaban en cómo darían combate y dónde reposarían sus vidas,

tenían necesidad de ese anonimato
donde se produce la escritura, o sea, ellos
con todas sus cosas, su
destrucción y su renacimiento; escribían sin lugar, mirándose por debajo del ca-
mino de los márgenes como por encima del ca-
mino de sus pasos. Miraban
el mundo entero y a nadie. Conocían el mundo entero y nada.
Repetían: "Estas horas de la mañana
son palabras y letras". "Y visto que
en ellas me sumerjo, me rodeo de verda-
deros tejidos y objetos del tiempo que ha de venir".
Hay momentos del futuro en que ya
no se desea nada más: Aspiro al
tiempo en que, contigo, formaré parte

del tiempo. Si yo formo parte del espa-
cio, ese relieve acabó de imprimirse
cuando llegué junto a ti; de tanto
amarte

mi querido hijo, mi querido
amante, mis queridos hijos, mis
queridos amantes,

envejecí prematuramente
pero siempre rodeada de esta verdad – la verdad necesita ser poderosa; Nietzsche me cuenta en secreto que, con el tiempo, nos indigna ver, ahora y siempre, con qué crueldad hace pagar cada uno sus pocas virtudes personales a otros que, por casualidad, no las poseen;

Juan reposa sobre mi regazo y siento el balbuceo de sus palabras que no me pertenecen a mí sino a él. Y Müntzer, mi amante más allegado y más infeliz, hace el amor conmigo a la hora de su lanza partida y su caballo fatigado. En las paredes de mi cuarto, miro su sombra que se impacienta pero su tiempo de morir finalmente no llega; estamos de nuevo en vísperas de una nueva batalla y tengo miedo del balbuceo de Juan; Hadewijch viene tan raramente a hacernos compañía que, a pesar de su juventud, acabará por desaparecer: entre nosotros no hay quien sea eterno. Vosotros sabéis todo esto, pero si nunca lo hubierais vivido,

os escribo hablando de mí misma
cuando me pierdo en el inicio de esta ba-
talla y en medio de este río recorrido
de ilusiones. Nietzsche aún me habla:
«Ah, lo más radical contra
el amor es el viejo remedio radical –
el amor compartido». Si Hadewijch
viniera a participar en la batalla y si yo,

sin miedo, aún supiera escribir su
nombre, iríamos lejos en medio de las
aguas a lomos del caballo hasta encon-
trar a Müntzer. Pienso en él noche y día
sin olvidar a los otros que son tan-
tos e innumerables, como tigres, interdictos,
leones, celos y flechas, campe-
sinos y panes. Si murió y dónde mu-
rió. Aquí quería peregrinar, en el apogeo de
sus cenizas, y hacer con ellas un hi-
jo para Hadewijch.
Con los ojos llenos de lágrimas, abando-
no mi cuerpo donde hubiera hambre y
espíritu y pacíficamente la envidio pa-
ra siempre. Así hostilizada por estas
lanzas, conocí a Müntzer en su tiem-
po,
en su tiempo eterno,
y ligero,
donde Juan
esperaba
que viniera.

Capítulo V –

Deprisa, pasaba el tiempo unido al tiempo; allí Hadewijch se encontraba invisible

o sea,

o sea

que así fuese para siempre. En la división del horno había una mesa de belleza singular con un mantel blanco bordado, de casa de mi madre y de mi casa

donde en lo blanco estaba todo dicho, lo que se había hecho, lo no hecho y lo que quedaba por hacer; allí había dejado la pluma aguda y ágil encima de Hadewijch y encima del mantel; un paño color de fuego estaba al lado derecho y pensaba en la oscuridad dejada por la vela que el pensamiento siguiente contendría algo de Hadewijch aún más inefable; ella misma había creado el contenido de la sala del horno, mucho mejor que lo habían hecho otros antes, se lo había dicho Eckhart cuando, de niño, se complacía en hablar sobre los ángeles
y otras figuras y
materialidades invisibles.

En el patio, la nieve acababa de derretirse; deseó desaparecer sentada en el suelo o en esa silla al lado de la luz

como si la larga serie de meditaciones y los acontecimientos de la guerra le entregasen, al fin, un alma. Finalmente, Eckhart, de manera esperada, acababa de entrar. Levantaron la cabeza, le saludaron con la mano, pero Hadewijch dejó caer una lágrima y cerró el libro. El cactus que había estado expuesto a la helada de febrero había sucumbido definitivamente. Las voces comenzaban a retumbar, mi voz y las voces, las voces
(Beatriz, Hadewijch, Nietzsche, Müntzer, yo, Juan, Ana):
Dime, te pido, dime

Si te dispones a vivir el ciclo eterno.
Siempre lo habían imaginado echado a su lecho, encerrado en su cuarto
pero estaba de pie, con los ojos entrecerrados, oliendo una camelia
(en el momento en que yo era una inmortal, a ciertas horas del día perdidas del tiempo, no tenía ningún conocimiento, ni siquiera impreciso, de tu recuerdo)
y, mientras tanto, la memoria de las secuencias temporales separadas de mi soledad, súbitamente apareció en la puerta
y te amé, visto,
pero la mayor parte de las veces, a esa hora,
yo sabía encontrarte en casa de Hadewijch
a quien llamaré Hadewijch
porque me agrada.

De cualquier modo, me he encontrado hoy con la duración, los objetivos serenos y delicados de la duración

Durante la noche, delante de la ventana, recuerdos homicidas acompañaban a la madrugada. Era duro, clarificado súbitamente. Pude soñar conmigo mismo echado en la tierra, intentando volar a partir de mi mano

todos los días eran especiales. Pero en un día principalmente tocado por un monstruo animal al que llamó numen por desconocerlo, en su visión o sueño lúcido, el nombre, más allá de la primera letra – una n – se sintió, o se encontró, o se pensó en un punto de la tierra habitado por una casa donde no había personas sino seres vivos, cada uno perteneciente a un espacio o a un siglo.
Se había llegado al momento pasajero en que cada morador de la casa, si era femenino, elegía su hombre animal objeto para hacer el amor con cuerpo e inteligencia. Durante el año, cada miembro de la Comunidad pasaba por ahí al cuarto de la torre que alfombraba toda la casa en el último piso. Era el

último espacio concebible, con ventanas tapiadas y silencios imperceptibles.

Sus mujeres animales objetos de sexo femenino entraban en procesión y saludaban al monstruo pletórico en la pared que era también un ser igual y vivo. Sentadas inmóviles, sabían que nunca más tendrían hijos porque el tiempo había sufrido una alteración conceptual, después de todo.

¿Cómo hacer? Tan ciertos eran esos seres coloridos y múltiples que las formas de hacer el amor manaban de mil fuentes, gestos y palabras, miradas sobre objetos. Un no empobrecido lenguaje universal estaba escrito en la sala bajo las patas del monstruo. A él se aproximó el ser más miniatura, flexible y sonriente. En la boca del monstruo había brillo y tinieblas, el pelo era negro. El nombre empezaba por N., del ser que avanzaba por el suelo, nada sabía. En ese instante, un estruendo atravesó la casa, como un color aún no visto precediéndolo con miedo.

Capítulo VI –

Mi cuerpo y mi espíritu sufrían tantas mutaciones que me sentía suspendida al borde de un abismo, simultáneamente rotación, elevación y caída; dotada de dos lenguas, entre muchas otras que se me presentaban menos persistentes y visibles, pasé a casi solo habitar el piso bajo, olvidada de la guerra y la cabeza decapitada de Müntzer. Entre hilos, colores, pasión y templanza, huevos de Pascua que había decorado con Nietzsche al lado, el permanente desplazamiento de objetos y muebles, leía nuevos libros y practicaba nuevos escritos sobre la tabla de planchar. Poco a poco me derretía, me volvía corriente, frase, planta, planta pequeña y piedra, y me veía minúscula en medio de todos con la gran bóveda y la gran arquitectura sobre mi cabeza. Varias imágenes de mí

Ana de Peñalosa
volvían,
iban por el mundo
y me encontraban en el mismo lugar en espera de mis hijos. Hadewijch se había vuelto sutil y amada, siempre ausente, y su cuarto desnudo y florido encima de mí recomponía la esperanza de mis sentidos.

lavando, cosiendo,
planchando muestras ropas de eternas sombras, bordando huesos de mis hijos, me sumergía en la noche sin pensamiento y sin sueño, al lado de la lámpara de la vigilia. Oía la guerra a lo lejos, reflexionaba sobre lo interior y lo exterior y la ligereza de los pasos; abierta la puerta, los viajeros extranjeros no la sorprendían, los dejaba entrar callada y les indicaba los cuartos sabiendo que la respuesta estaba suspendida sobre la casa; su tejido preferido era un tejido negro que antes había solo azul; espolvoreado de estrellas había venido de España y con él haría un delantal
si supiera coser; entre los dedos palpaba su estructura de tejido, su color imaginable. Lo más extraordinario eran las arrugas que alisaba clarificando el paño como si él ya no pensara; se deshacían entonces los conceptos, y los prejuicios,
y las perecederas representaciones mentales. Ni Hadewijch, ni Nietzsche, ni San Juan de la Cruz, ni Eckhart, ni Beatriz, ni Lorenzo de Médicis, ni Müntzer estaban presentes, pero se confundían con celebradas palabras y dulzuras reales. Quien pasara de una sala a otra y probara la dirección de su rostro sabía que el bien/mal se había roto y que amores omnipresentes cubrían todo. Su marido se había vuelto concreto y lleno de metamorfosis. Una tarde sabio y envejecido, otra tarde joven como era sin dejar de pensar en Hadewijch ni de destruir el pensamiento. Era aquella sala un lugar de ocio y trabajos, de un orden delicioso poco perceptible; era
Al-Hallaj todavía un desconocido

envuelto en libros tejidos y en círculos.
Se había derramado en todas partes o en un rincón,
de modo que buscarlo ocupaba discretamente a Ana de Peñalosa
día y noche en el ocaso de su vida.
Día y noche,
sin descanso pero pausadamente,
aguardaba la revelación de Al-Hallaj. Le había sido dicho que un primer vástago salido de su cuerpo le conduciría al sitio pacífico donde Al-Hallaj florecía sin rostro
igual que Müntzer florecía sin cabeza. Lo que pasaba le llenaba de conocimiento, había dejado de lado todo trabajo salvo el de la costura, no fuera que el paso de Al-Hallaj le sorprendiera sin consciencia. Situándose fuera de cualquier moral, de cualquier sistema de principios,
encontró de nuevo a Lorenzo de Médicis tal como lo había visto en el retrato cuadrangular (de medio cuerpo)
se había ido el sol, aunque todavía no habían dado las cuatro de la tarde,
el jardín había perdido el resplandor que lo había creado,
las poderosas jerarquías producidas
por las diferentes tonalidades de luz. El jardín se le figuraba una península ocupada por un gran desierto. Se dirigió al portal porque presintió la proximidad de Lorenzo de Médicis, las patas lineales de sus caballos. «No será Al-Hallaj, es Lorenzo de Médicis», dijo para sus adentros remangándose el vestido
y penetrando en la penumbra de otros pensamientos. En la fachada de la casa, la silueta de Lorenzo de Médicis había aparecido
entre los balcones,
y ella misma sentía un gran consuelo,
un deseo apenas explícito
de retornar al pasado,

y a su familia real,
compuesta de padres, abuelos, hermanos,
amigos y siervos,
perros, dinero, colecciones,
títulos, tapicerías y sedas. Iba así por donde Lorenzo de Médicis se recortaba, embriagándose de reseda y de la perfecta luminosidad del sol que había vuelto sutil y más tarde. Había cerrado los ojos sobre todo, seguía la mano de Médicis que huía en la sombra al dejar caer sin el menor ruido sus recuerdos. Sin saber dónde la llevaba, miraba con discreción la tierra y los pies y la larga mano revestida de guante hasta la muñeca y adornada con un anillo no circular pero que, por una paradoja, acompañaba la forma redonda del dedo. Al-Hallaj se había esfumado por entre la multitud opulenta del jardín, había partido sin darse a conocer, ni para salir ni para entrar había abierto el portal cerrado. Sin dejar de seguir a Médicis, su mano y manga de marta, repletas de memorias y estigmas, traspasó la penumbra de la casa y al sentarse en una silla de amplio asiento, se imaginó en un libro, libro donde él la había lanzado.

La tarde caía sobre las ventanas del comedor
vidrios, vasos, jarras y tazas. En medio de la mesa, la mano de Médicis reposaba en un centro de flores. Ana de Peñalosa le apoyó la frente en los dedos,
él le imprimió en la cabeza la presión del anillo cuadrado y, al levantar los ojos, le dio un alto vaso de cristal y oro
donde se había sumergido el pensamiento de Al-Hallaj
y que Médicis le daba como regalo. En el eterno retorno, Ana de Peñalosa vio

A Nietzsche viniendo de lo oscuro
e impregnado de lengua
que bajaba por el río,

el río de la idea.

en la secreta maduración
navegaba con un
denso libro de agua.

1 en todas partes, y por todas partes, se veía a Hadewijch extendiendo su cuerpo y sus tierras, leve como vivo es el pez.

2 se había hecho a sí misma el amor
en el fondo del barco
y todos sus pensamientos
amados estaban con ella

plantas,
gatos,
perros,
y seres de originalidades inmor-
tales.

3 el barco se balanceaba por entre la escritura de San Juan de la Cruz que seguía su decadencia.

4 antepasados y descendientes, tierras de Portugal y España, Flandes y Brabante bajaban el río curso de agua y mente de Hadewijch.

5 y Müntzer meditaba sobre el Estado no destruido aunque por abandonar.

6 con esa idea se echó en el fondo del barco, por entre Ana de Peñalosa y Hadewijch y las demás cosas imposibles del tiempo.

7 su miembro erecto no decapitado buscaba refugio en el agua que circulaba vertiginosamente:

8 seamos singulares y totalmente desprovistos de importancia.

Prunus Triloba era alto y verde, era un nombre, una voluntad y una representación; a distancia de un brazo de la casa lo habían plantado la pasada primavera con mucha esperanza de inspirar textos y sin ninguna previsión de futuro; quien lo había plantado le atribuía el parentesco con cualquier cosa y él crecía con una punta verde siempre destacada de las otras y, por encima de la raíz, una tierra impecablemente limpia; sus flores de color rosa florecían y se marchitaban en pocos días, su primer año de vida y de inspirador de textos se había mantenido desconocido para todos y para mí; con cualquier cosa se emparentaba, mientras tanto; al florecer en primavera se le diría florecido de reminiscencias queriendo llevarme al aire del jardín y a un nuevo tiempo. Con certeza me conocía profundamente y era de una paciencia inefable conmigo, siempre más allá o más acá de mi cuerpo; sin perturbarme en la posesión misma de mi luz; el sol que él veía no era el mismo, una conjugación inexplorada de energía y decires donde yo, cuerpo separado, no había llegado todavía.

Por eso, todas las madrugadas, cuando empecé a bajar al jardín antes de que naciera el sol, me sentaba en la estera con humilde figura y le preguntaba como a un libro despojado de texto y ya leído por otra escritura: "Dime, Prunus Triloba..."

9 Llegamos a ese territorio después de un largo viaje, sin niños, con compañeros y animales. Todavía transportábamos el papel con la escritura; Ana de Peñalosa, siempre presente entre nosotros, se sentó en esa posición en que deseaba poder pasar el resto de la vida.

Su gloria ya había partido, pero nos había dejado el territorio que nos sirvió de meditación. Nos sentamos sobre él como si estuviéramos reclinados.

Territorio de meditación. Siempre lo habíamos creído deseable y lo habíamos puesto sobre el pecho.

Capítulo VII –

Lo que se meditaba acontecía a ras del suelo del patio; estaba ya anocheciendo aunque fuera todavía el fin de la tarde, dando de comer a un gato blanco que había encontrado refugio debajo de un carro; todo era luz azulada sobre las piedras; había un gato aquí, otro allí, el perro desorientado no sabía si correr, ladrar o callarse. Pero el gato flaco y tímido, fusiforme, había subido a la balaustrada con Fokouli, nuestro gato blanco, donde se mantenían a una cierta distancia. Yo lo veía desde abajo; echada en el suelo encima de la estera me sentía una hija de la noche, quería vivir con ellos y entre ellos, no quería volver a ser nombrada por los hombres. Cada uno de ellos me deseaba. Sobre todo, la caricia, incluso antes de la carne cortada en pedazos, tal vez antes que nada oír el nombre y la penetración de un tiempo en el que los hombres, de continuar así, habrán desaparecido.

Yo tenía la impresión de oír voces, que mi gato y el gato tímido me decían: «desaparece con nosotros. Larga es la noche, déjate llevar de casa, que ya no es la de tus padres, a nuestras tierras».

Pensamos encender una vela porque esta constelación de gatos y de territorio obsesionaba a nuestros espíritus; sin dejar de meditar, concluimos que el tiempo del fuego en las velas había llegado al fin, todo lo que se ofrecía a la vista tenía luz
propia

era una estrella de grandeza profunda.

Capítulo VIII –

Esta mañana hablamos con alguien que emerge de esta penumbra pero que, viviendo en la ciudad, no tiene territorio. La cabeza de Müntzer que seguimos llevando con nosotros aunque sea pesada y sangre repite constantemente a Beatriz: «El misterio del mundo no está en la ambición de los poderosos sino en la voluntad de esclavitud de los pobres». Ana de Peñalosa habla sin cesar, no es hombre, ni mujer, corre entre nosotros bajo la forma de un cerdo inmundo:
«Oh Müntzer muy amado,
recapitulo estos días que me pesan como un bloque indivisible de tiempo. Solo por la mañana, en el clima habitual, nos volvemos líricos y un poco liberados en la posesión de este nuevo territorio, pensábamos siempre en ti, disfrazado en sombras de escritura. La ansiedad era menos intensa, el río de Hadewijch había venido. Aun cuando fuera un espejismo, la hoja quedaba repleta, yo escribía por costumbre de
tener visiones
incluso ahora, cuando las tierras de Portugal me parecen una vergüenza, sé que bastarían múltiples desplazamientos por el territorio
caer todas las mañanas en amnesia
perder todas las posibilidades de identificarme
y tener nombre,
los lugares comunes de la cultura olvidados. Seres de procedencia anónima se contemplan en silencio y en los márgenes. Lanzamos el Estado a nuestro mar inmenso,
abismo donde queda encantado para siempre.

En prenda de comunión con lo eterno, Ana de Peñalosa dio un pelo de su cuerpo a Müntzer:

- Dejemos a cada uno lo provisional. Para nosotros dos lo que sea eterno.

Los días son diferentes en los diversos lugares. Cuando vienen Beatriz, Nietzsche, Hadewijch, Müntzer, el gato o Juan, ellos no son varios, ni muchos. Son
una parte de mí
que soy una parte de ellos.

Capítulo IX –

La noche va a caer. Veré oscurecerse los cristales y encenderse la luz dentro de la casa; me doy cuenta, sin que en este momento sea capaz de describirla, de que hay una vida recóndita de enigmas, incompatible con una reunión de personas sometidas a una ley común. Quiero retener el hilo de este presentimiento pero, de repente, nada más se da a conocer.

Caminando de esta forma tengo miedo porque no soy cobarde y la próxima vez intentaré también ver en esta enigmática claridad; andábamos desnudos dentro de la casa sonriéndonos los unos a los otros sin hablar. Aprendí a ver en cada cuerpo un espesor propio;
de este modo, pasé por el camino donde San Juan de la Cruz se encuentra habitualmente; es el único lugar de la tierra donde en cuanto llego no evoco su figura y sus pasos, sino que lo veo; en medio de tantas peticiones, de tan dobles secretos enigmas, mi rostro fragmentado y esparcido por el tiempo se sosiega, presiento la nueva partida. Despojado de la larga túnica me hace señas con los dedos y bajo la cabeza sobre sus pies que avanzan:

- Has tardado en llegar–. Pregúntame por vosotros, por Prunus Triloba el árbol loco,
por los nómadas. (De hecho, necesito volver. Es difícil volver, o no volver,

pero para nosotros la ausencia de movimiento es imposible).

Allá,

ya nada pertenece al mismo cuadro de antiguamente. Somos el fruto de una experiencia de exilio y tenemos una lengua y una libertad propias. La practicamos durante infinitos años en una casa abierta y cerrada. Nos desplazamos con todos los espíritus.

En ese país ya vislumbro ausencia de fronteras y terrenos vagos.

Juan,

Empiezo a recordar dibujos de mar, conchas, dudas y pensamientos muy salados

Juan,

en este camino es siempre tu país.

Tu casa y paisaje sin que yo sepa por qué.

Recapitulando lo que he escrito,

es como si yo dijera:

Siguiendo a mi soledad,

me dirigí contigo...

Juan,

la Historia de los Príncipes es una sucesión de intrigas, conflictos de poderes, muertes sutiles y violentas.

Los eruditos conocen hasta la saciedad la Historia y, sin embargo,

quieren experimentarla,

sin sacar las fatales consecuencias de lo que conocen.

las lecciones

Lección I –

Ana de Peñalosa llegó al final de la vida. Que sea el fin le es indiferente, no tiene mucho sentido. Una vez más piensa
utilizar
la escritura
que siempre le sirvió
de laboratorio
y alquimia.

Reflexionando,
se dijo:
No será un arte demostrativo.

La escritura,
la ve escribirse lúcidamente,
es el fundamento de esta realidad.

Lección II

Habíamos llegado a un lugar habitado por un caballo. Era un lugar verdadero, en medio de un enmarañamiento de verdor, con un olor acre y perturbador.
Prunus Triloba estaba a la puerta de la cuadra, plantado en el suelo y dando al caballo del Príncipe una ligera sombra. Tomás Müntzer conversaba con el Príncipe, Enrique, octavo de ese nombre en el trono de Inglaterra antes de subir al poder.
-Pues como te digo –dijo el Príncipe – quería morir en un campo de batalla y a lomos de este caballo.
-Pues como te digo – dijo Tomás Müntzer retomando el discurso anterior – éste es un breve encuentro. Fue una casualidad que tuviésemos el mismo caballo y la pasión por Prunus Triloba, el mismo árbol.

Cuando partamos de aquí, ni siquiera te buscaré para felicitarte por el nacimiento de tus hijos, ni siquiera me mandarás buscar para evitarme cualquier clase de muerte.
-Cualquier clase de muerte –repitió el Príncipe meditativo
Era al caer de la tarde. El caballo del Príncipe dormía, pero de su cuerpo salía una sombra del propio caballo andando, al trote, al galope, transportando a lomos a un caballero.
-Observa –dijo el Príncipe a Tomás Müntzer –. En el caballo hay un caballero y por todas partes sangrientas intrigas y execrables derrotas.
-Todos los tiempos son iguales.
-Esas voces sangrientas – continuó el Príncipe – las devoro como una pieza de caza. Pero ¿qué hace aquí Prunus Triloba? ¿Es una mujer?
-No lo sé – respondió Müntzer – Es un árbol loco que me ha acompañado a lo largo de la vida, que se sienta cuando me siento, que se levanta cuando me levanto. Es un perro.
-Un perro guardián – dijo el Príncipe – No. Es un árbol aún joven porque es arbusto, destinado a indicar el tiempo.
-Así sea – dijo Tomás Müntzer - ¿Quién lleva a Pegaso? ¿Tú o yo?
-Él duerme todavía – respondió el Príncipe – Vamos a despertarlo para que nos haga compañía.
-Este caballo dormirá siempre –fue la profecía de Müntzer.

Lección III

Nos dimos cuenta de que, empleando veinte veces la medida, sacó la harina del saco volcándola de golpe sobre la abertura; veía la harina correr entre los dedos la tempestad de arena; era de una edad suave, con pensamientos poco veloces y sonrisa precisa; hacía mucho tiempo que oía un estrépito semejante a una voz que golpeara; atravesaba con la misma intensidad las

ventanas altas y las paredes de la capilla abandonada; que pan fermentaba en la profunda amasadora. Al momento siguiente, cuando salió del entumecimiento en que procuraba reconocer la naturaleza de las voces, un pobre de apariencia atravesó el umbral de la puerta y, antes de callarse durante largos momentos,
dijo
que había sido un loco intento y una catástrofe.
Así fuimos testigos de la queja de un pobre desconocido:
es un lugar que está fuera de la casa, donde podré quedarme si no hace mucho frío. Atravesé todo el bosque para encontrar un sitio donde descansar. En la aldea, en todos los sitios, había alguien o un rastro.
Volví, por tanto, aquí, al sitio de trabajo que, al no funcionar, sugiere un doble silencio, un silencio redoblado como redoblados son ciertos dolores densos.
Mi padre también solía regresar al sitio de trabajo, en la calle de las Espadas, en Toledo, cuando anochecía, y creo que por ser noche.
Lejos, oigo los últimos gritos de los niños, contenta por verles partir. Es la hora del viento que, hoy, agita incesantemente la copa de los árboles. Pienso en mi pobreza, en cómo continuarla. Necesito saber lo que pasará con exactitud y paciencia, esto es, minuciosidad. Después empezaré a escribir. Pero el viento no cesa, será desgraciadamente una noche de viento, dejé las ventanas de mi casa en ruinas donde puse la comida para los gatos en uno de los parapetos.
Aquí hay todos los utensilios necesarios para hacer el pan. La pala. La harina. Los campesinos. Los pobres. Aquí está una vez más Müntzer con la desesperación de perder la batalla. Tan abatido ante un Juez que, sin embargo, no es Señor de la especie humana. – Se cerró en sí mismo:
- Sacrificado a las decisiones arbitrarias del Conde, mi padre acabó sus días en la horca.

-Curiosa coincidencia – susurró Müntzer casi sin voz -. Mi padre también.
-Y a mi madre – continuó el pobre – le golpearon varias veces por nada.
-A mi madre también la azotaron varias veces. No murió vieja ni joven. Curiosa coincidencia.
-Yo soy hijo de la nada.
-Yo también.

Lección IV

Consolación para Müntzer:
-Aquí te traigo la Missa Solemnis que Beethoven ha de escribir dentro de tres siglos; de momento es nada, nada que te ofrezco; en breve también sufrirás tu muerte, tú también serás nada; que esta dádiva de voces recogidas por nacer pueda consolarte; pasado y futuro, Müntzer, son únicamente nada.

Igual que el presente.

Medité muchos años de mi vida sobre el vacío; esperando, dejé de existir
pero tengo el sagrado poder de ofrecerte esta Missa Solemnis que nació de mi sangre antes de nacer de la sordera de Beethoven.

Te habla tu padre o el padre de tu padre ignorante,
muerto en la horca.
El vacío no pasa sin que se sepa.
Müntzer de mi nombre,
o sea,
Müntzer, hijo de la nada.
Como Beethoven, sordo, escribió esta música,
tú, perdiéndola, tuviste la visión de la batalla.
Un poco más y vendrá el dolor definitivo
y el momento siguiente.
Mis palabras son ignorantes,

pero tú conociste el auge perdido de la batalla.

Te he traído, pues, la Missa Solemnis,
desconocida aún,
para que en ella reposes el Espíritu.

Lección V –

Muerto Müntzer,
su cabeza descansaba en el brazo y el deseo de existir había pasado desprovisto de dolor o pasión excesivos.

Como un pez lanza la cabeza al agua, el pobre acumulaba palabras, sin exceso y con lucidez. Su espíritu sereno había sobrevivido a la prueba de Müntzer y comenzaba a considerar que la pobreza tenía sentido.
Estando en el lugar de Prunus Triloba, con Enrique VIII, no ambicionaba el poder del dinero, el poder sobre las mujeres, ni el poder de tejer jerarquías y alzarse sobre ellas. Reconstruía la nada tan vasta, que durante las horas del día no abría los ojos, ni sonreía por las bocas de personajes poderosos que lo rodeaban, con mantos y los más diversas signos de realeza.

Escribía a oscuras, con clarividencia e ignorancia. Su única luz encendida sobre un tronco de árbol iluminaba una espesura frágil y retráctil. Un ligero encantamiento pronunciaba su nombre, que era el de pobre. Quién podría creer que de los clamores de los campesinos que habían llenado durante años y años Alemania entera había de nacer Federico Nietzsche, hijo y hermano. Hijo y hermano, susurro y tentativa, caída de agua y caída del espíritu. Una negativa que hizo temer las tierras espaciosas de Alemania, inconsolables por la pérdida de sus más perfectos hijos: esta turba campesina que, perdiendo en

Frankenhausen, hizo perder a Europa que, desde entonces, descansa, en hibernación, en la cabeza de Müntzer.

> era pequeño, se acordaba de un día como aquel, el viento y las nubes: «una sucesión de días en el mismo año de mi vida. En el comienzo del Otoño atardecía lentamente, se esperaba el cantar del viento.
> Se sumergía, delante de mi casa, en el movimiento de las hojas que recortaban, con cadencia, el aire. Soñaba con la cima de la noche, su punto más alto. Lo que acabó por venir a mi encuentro más tarde provendría de ese día en que hubo muy pocos acontecimientos. Tuve entonces este último pensamiento mío:
> Mi mujer estaría en el jardín. Sería un momento pasajero de la tarde, el óvalo del rostro sobresaldría
> del tejido
> a fin de que la tristeza pudiera ser concisamente revelada».

Lección VI –

Todo esto es típicamente femenino – mi amor por Hadewijch y por Müntzer; hace días que coso sin cesar, preocupada por todos los acontecimientos; hago vestidos que visten las paredes de la casa, las paredes del mundo, pues finalmente los imagino sobre caballos que parten
y los llevan.

Son múltiples presentes para Hadewijch
que como yo
escruta la Historia;
es tan misterioso que se acabe con nuestra muerte,
que pienso
en la vida de Müntzer
ya trabaje, coma o escriba o ame.

Amo a Juan de la Cruz, como todo el mundo sabe, y sus pasos alargados y leves. Pero amo también lo que está lejos de aquí en el espacio y el tiempo,
la cercanía de mi perro y nuestros animales,
flores y plantas que avanzan por el Otoño. Es la primera vez que leo el Príncipe, aunque no obstante yo misma haya deseado ser uno de los grandes de este mundo,
vagina o phallus. Poco a poco, mi gloria cambió de
lugar,
alimento y no soy escritura, voz baja o callada.
¡Ah, los Príncipes! ¡Ah, los reyes! ¡Ah, el Estado! ¡Ah, las inmensas ciudades! Yo, mujer de Müntzer, fui su último pensamiento en la tarde leve y en la jaula en la que lo dejaron expuesto; desde entonces me disfracé de mil sombras hasta nacer con Ana de Peñalosa un día de Otoño de Noviembre. Hadewijch era entonces una niña y escribía baladas y poemas, nuestros consanguíneos. Alguien, con nuestro rostro, no puede andar en paz por las calles.

Me convertí, pues, en el pobre. A mi perro llamo Señor, lo que es una burla más. Yo no tengo Señor, ni tampoco nadie que sea mi esclavo. Soy pobre. Estos días son extraños. Incluso en las tardes en apariencia más tranquilas pulula el caos.
-Ven aquí, Señor, ven aquí a mis pies -. Me senté a la puerta como dije, la noche es lunar y profunda. La luna pasa vagamente bajo las nubes y los perros, amigos y enemigos de Señor, ladran. Es un murmullo canino, con palabras y música:
-Vivo en este momento pobremente, tengo hambre y dolores en los oídos-. Esa mujer, mujer de Müntzer, llega y le pregunta:
-¿Tú eres el Señor? Dile que no ladre -. Le respondo que son extraordinarios los días en que no tengo que salir a pedir limosna.
-Hoy no ando por los caminos.

-Yo ando. Si Müntzer estuviera vivo, tendríamos los mismos años.

Lección VII –

Poco a poco el pobre se convirtió en Hadewijch en el transcurso de la noche que fue blanca. No dormíamos no porque hubiéramos decidido
no dormir,
pero ¿por qué no dormíamos?
Todavía siendo pobre y en los últimos momentos de su transfiguración
en Hadewijch
decía
que hasta los seis años había estado siempre en casa de la abuela, salvo algunos momentos de estancia en casa de la madre, también llamada Hadewijch. El primer lugar era oscuro e iluminado sueño y lucidez el segundo de una claridad permanente, con enorme prudencia y menor realidad
Ya con el rostro de Hadewijch perfilándose
dijo
con una voz infinitamente pobre: - Yo era la juventud de mi abuela, siempre sentada en el rincón, cuyos ojos azules me habían entregado con profunda precisión a vos.
-¿La voz? – inquirió el pobre que, por momentos, permanecía como él mismo.
-Había muchas huellas de ti en toda la casa y en nuestra manera de vivir. La gente vieja no siempre es vieja de sensibilidad. Después de dos generaciones, estaba mi juventud y yo. Una vez que hube nacido, vivía con un espíritu de niño. Mi primer recuerdo es de luz y penumbra y yo dentro de ese círculo que clarea hacia los bordes. Hay una pena profunda ligada al compartimiento de un carruaje. Nos acervábamos a

momentos angustiosos, pues yo debía tener tres años. Me quedo sola sobre el banco, puede haber una multitud de personas a mi alrededor, incluso personas amadas como una criada, pero la pérdida es irremediable: acaban de separarme de mi madre.

Debió de seguir un verano en casa de parientes. Era un lugar extraordinario para una niña urbana y como yo. Había una casa donde predominaba la madera vieja, un extenso balcón daba sobre un jardín/huerto en que animales, hortalizas, flores, depósito de agua y pozo con roldana vivían unos al lado de los otros en la paz de la tierra y en la curiosidad de mi espíritu. Más allá de ese huerto había un gran espacio de árboles y plantas donde se entraba por una cancela. Pero no se podía entrar siempre, era necesario ser invitado por el vecino. Me gustaba, entre una multitud de cosas deseadas, subir al borde del depósito y soñar, por entre el movimiento de los brazos y la altivez de la fuente, que echaba agua del pozo. Recuerdo que una vegetación rala me cubría de sombra y que yo miraba su proyección en la tierra, sintiéndome elevada. Los perros de caza de mi tío, Escalda y Tajo, que son ríos, corrían en libertad por el huerto, por todas partes. En un lugar más oscuro, en forma de triángulo, daban interminables paseos las gallinas. Mi tía, dama y mujer de campo que las criaba y mandaba matar con el mismo amor, aconsejaba y mandaba repartir bebida caliente y momentos de reposo a los que venían caminando desde muy lejos. La mayor parte le traía presentes, pollos y tortas de aceite. En la cocina había siempre una vieja sentada rezando un tercio del rosario por nuestras intenciones y muertos que habían de llegar. Incluso con las ventanas abiertas, una religiosidad de Iglesia flotaba en la casa. Más allá de las ventanas, una religiosidad pagana, mi amor extraordinario por los troncos de árbol y por la penetración de cualquier luz.

Aunque en la casa hubiera luz propia, yo amaba especialmente la llama de las velas y los candelabros; eran para mí el día de la noche, el lugar donde los ojos tenían un último despertar antes del sueño. Mi lecho era antiguo, y una reconstrucción de mi padre, con un Cristo crucificado que todavía hoy conservo y fue uno de sus primeros regalos, colgaban a la cabecera. Siempre me dejaban una lamparilla encendida, otra llama, y no recuerdo si una criada dormía en el mismo cuarto o en otro cuarto al lado. Cierto que no dormía con las otras dos criadas, pues en la familia tenía un lugar especial; era ahijada de mi abuela, a quien estaba directamente ligada por amor y estricta obediencia, aunque era mujer inteligente y sin temores. Varias veces me hablaría de otras realidades, más tarde.
En ese momento veía las cosas mucho con mi espíritu, las dos escudriñábamos, en la connivencia del silencio, el fondo luminoso de la caverna.
Presumo que ya debíamos dar bastantes paseos, como siempre que estábamos en el campo, sucedió después. No conocía mucho ni la utilidad ni los nombres de las plantas, pero valoraba su presencia y contaba de todos los seres acontecimientos que los rebasaban.

Lección IX –

De aquel momento de mi vida, mi padre, que todas las semanas me enviaba desde lejos curiosos mensajes, guardó un tesoro de recuerdos. Una vez que vino a pasar una semana con nosotros y estando en la ventana de guillotina, vio a un mendigo en la Plaza. Manda venir a casa al barbero para afeitarle y cortarle el cabello. Manda ir a buscar una camisa y ropa blanca y manda darle de cenar.
Al observar en uno de esos recuerdos mi rostro, recuerdo la proyección en el espejo de mi imagen de hoy. Sobrepuesta, pero más próxima, contemplo mi cara envejecida, el cabello largo

que cae sobre los hombros como una pluma, no castaño oscuro: ya blanco. Al fondo del rostro de hoy y del rostro envejecido, el rostro de niña. Y todo debe ser la misma cara donde miran los ojos.

Lección X –

El pobre no había dejado todavía a Hadewijch mientras ella hablaba. Con las manos en las rodillas, contemplaba sus propios huesos y el recuerdo del habla. Era un oído atento. Oír y ver hasta el gran escenario de la sala de los manuscritos cerrada, solo abierta para mi padre y para mí; oír y ver hasta las ventanas y la puerta era la vocación específica de la casa, con pasillo y cuartos y salas que brillaban de limpieza, profusión y tranquilidad. Allí esbozaron su destino mi aparente monstruo fabulador y mis visiones posteriores:

en la casa,
por donde pasó Ana de
Peñalosa,

hoy la lluvia y el viento sustituyen al sol,
lo que es igualmente claro en mi espíritu. Además de
ser el hombre
que hacía nuestro dinero.
Médicis,
¿quién sería?
De niña vertí mi sangre en cada cuarto, en una difícil lucha sin tregua; en cada umbral una pregunta sobre quiénes eran con tantos años y tantas muertes irremediables; la facultad de iluminar que yo tenía; flotaba sobre esa familia mía el deseo de comprar el pasado, de nacer súbitamente con vastos recuerdos de familia,
¿o ese pasado ya existía como pertenencia suya,

o había sido interrumpido en un momento imprevisto? Esta especie de enigma de pureza pesaba mucho, tanto que mi padre, mi criada y los ojos azules de mi abuela Hadewijch parecían coexistir con un refinamiento de principios y hábitos que incluían una cierta continuidad de educación y tiempo. Ana de Peñalosa tendría un pasa-
do de dominios,
de poderosa belleza o de noche oscura

Mesus, vecino de Medecisa, poseía inmensas riquezas; era un adorador del sol en los objetos y en el lujo con que vestía y trataba a los esclavos; su opulencia de palabra y escritura no tenía memoria, y de todos los reinos y ciencias de la tierra poseía colecciones y exactos conceptos; su difunto padre, de obnubilado espíritu, había enloquecido de contemplar el brillo; pero Mesus, todopoderoso y sin miedo, vivía entre pieles de gran fragancia y se decía que acabaría por quedar ciego entre las aguas luminosas de su jardín

¿o era una larva depositada en el presente, en la ausencia de tiempo y espesura? Varias veces, abriendo las puertas y deteniéndome entre las salas con cólera, quise sorprender aquel secreto. Varias veces recorriendo las iluminaciones, o sentada en las pieles, quise sorprender el espíritu de quien había leído
los manuscritos,
y cerrado con tanta exactitud las ventanas.

Me inclino ahora por la versión de que debe de haber existido una cierta antigüedad, pero absolutamente original e inesperada. No nobiliaria y de ordenado árbol genealógico sino

Lección XI –

El Señor dijo a la sierva:
-Comienza a venir el tiempo en que la luz desvela todos los rincones de la casa. ¿Limpiaste toda la suciedad, todo el polvo?
-Todavía no – dijo la sierva -. He ido a meditar sobre lo limpio, y sobre el cerdo sucio. Una gran confusión descendió sobre mi oscuro espíritu. Lo que llamamos polvo ¿no es materia de nuestras bocas que traza sus vibraciones por las paredes y el suelo? Lo que llamamos suciedad ¿no es más que una faja más sombría entre la claridad y el sol?
-Si sabes más que yo te despido de mi servicio.
-Permíteme acumular toda la suciedad y el polvo en un saco y dejarlo, al mismo tiempo, en todas las esquinas de la casa que el sol desvela.
-Si me hablas con enigmas voy a despedirte sin monedas de oro y sin sandalias.
-Mis pies floridos ya se encaminan a la puerta,
voy a servir,
a quien me espera.
-Seas confundida en su casa que es un laberinto.
-Llevo en mi bolso el lienzo de los siete nudos: «cuando todos los nosotros del corazón se deshacen, entonces aquí mismo, en este nacimiento humano, se vuelve inmortal o mortal.»

Lección XII –

Si con Hadewijch, Müntzer y los que en su casa habían encontrado una forma y se habían manifestado, viajáramos lejos, realmente lejos como lejos está el nacimiento del sol, tal vez encontráramos la continuación del viaje:

también esta vez, siguiendo la mirada, Ana de Peñalosa dejó la casa. Sin recorrer ningún camino se encontró en la ciudad, por la noche, rodeada de encarnaciones, vías, detalles; era un

sobrevuelo nocturno, una anticipación del futuro estado, ningún pensamiento, ni la propia contextura de la escritura, había partido consigo. Lejos, sabía que aún
estaba en alguna parte
pero se trataba de otra imagen de su cuerpo
se había puesto a trabajar la tierra teniendo enfrente a Prunus Triloba Pleno y, al lado, a Beatriz que no soportaba el silencio
elevando sin cesar su espíritu
miraba su imagen doble que lanzaba las simientes.
La elevaba el deseo de partir.

Lección XIII –

Penetró poco a poco en un reino en el que plantas y animales hablaban sin voz aguda ni silencio acusador. Había pasado el momento siguiente y me había quedado frente a la puerta abierta como quien para y se evade. Amanecía en el sitio de lo oscuro y, detrás de ella, sus objetos se alineaban dispuestos a la angustia del éxodo. Prunus Triloba, que iba a dejar, florecía deliciosamente y guardaba las visiones que permanecían enterradas en la tierra sabiendo que el mundo es vasto y limitado. Sin una lágrima, Ana de Peñalosa se volvió y liberó a los objetos en una gran cueva que había hecho dentro de la casa. Al alzarse un murmullo de sus bocas, los miró interrogante y encendió las últimas luces. Habían clavado la mirada en ella dispuestos a despedirse y ni uno solo pedía a su mano que lo llevara, dado que eran pesados y presumiblemente mortales. El gato sin casa traspuso el silencio y, en particular él, no se disponía a acompañarla, pues Ana de Peñalosa, con los colores de su vestido, se había sumergido de tal modo en el verde que ya era solo vegetación y agua.

Lección XIV –

Se habían callado los objetos reflexionando sobre el tiempo y la nostalgia que había de venir, pero una figura fiel se había inclinado sobre ellos y derramaba un espacio ingobernable penetrado de aire y cantos de marineros anónimos. La casa desaparecía detrás de ella y ella hablaba sin cesar con una palabra para cada ser. – Es un rapto – dijo al portón cuando se cerró -. Pero sin violencia –dijo la primera piedra – no podría partir.

Lección XV –

Tras la partida de Ana de Peñalosa distintos tipos de pensamiento habían invadido la casa. Varias inteligencias autónomas trazaban su destino sobre los libros que hacían y eran secundarios, era primordial el registro de una vibración pensante en un lugar. La larga narración que iba a dar comienzo no provenía de la descripción interpretada de sus vidas, sino de la evolución de sus acontecimientos íntimos que tal vez viniesen a coincidir en algunos puntos con la aventura universal, su experimentación y fuga. Había llegado al fin de una profunda melancolía, pues no había dejado de querer saber más sobre Hadewijch y sus compañeros. Cerca, Hadewijch le había enviado un mensaje para ti, para tu aniversario.
Sumando el tiempo ¿qué tiempo, qué tiempo quedaba, qué era el tiempo?

Lección XVI –

¿Qué verbo le estaba destinado?
¿Qué era el tiempo?
Las flores rojas que caen de los arbustos eran de una época maravillosa. Apenas son flores ahora, pues falta la presencia de Hadewijch, a quien estaban ligadas; cerca del portón, en el mes de junio, se alzaban los cerezos y los lilos. Un suelo no recorrido conducía a la puerta de casa. Viajaba un perfume de múltiples diferencias que una enorme cisterna de agua recogía. Sin querer me levanto para el trabajo sin dejar de pensar en el placer (solo él despierta mi espíritu). Hadewijch, que yo cultivaba, no atravesó más la puerta. De modo que me pregunto si las flores son todavía las mismas o si Hadewijch, además de imagen y sitio de encantamiento, no es aún una persona y espíritu.
(En el huevo primitivo no rugía la representación ni la idea. Los celos dormían con la boca cerrada).

Lección XVII –

Está en cualquier lugar, y la noche cae, casi ninguna luz se refleja en la cortina de la ventana. ¿Qué está haciendo? ¿Con quién habla? ¿No dice nada? Cerca hay una niña que nació en estos últimos días, madre e hija están ligadas por un lapso de tiempo. Hay más personas en la casa pero el conjunto de la figura y su hijo está pensando en otro espacio y otra época. Con aires soberanos se acerca a la cuna y escudriña el rostro de la niña que aún no tiene rostro. Esa niña, su hija, la libera de tener hijos. En eso medita,
con la esperanza profunda de recuperar el tiempo
en todos los sentidos,
y de caminar libre
sin vanidad
ni

momentos
de insoportable tristeza.
De ese rostro, en la cuna
aparece un pájaro furtivo
que la envuelve en luz verde
y pesada – la luz negra se rasga y deja ver un manzanal
lleno de frutos
y aves ligeras como migratorias.

Lección XVIII –

Miré atrás y vi que me seguían. El camino de mi deseo es inexorable; debo trillarlo; lo exigen aquellos con quienes me encuentro.

Tras sembrar los girasoles, subí, deprimida, a mi cuarto. Tomé una pivonia, aunque raramente tome una flor. La puse en el vaso con lazo de plata del parapeto de la ventana.
La mosca zumbó y, súbitamente, cayó el silencio, la pivonia con su corola plisada me atrajo varias veces la mirada. Suntuoso rojo fuego.
Los muebles del cuarto, los cortinajes gruesos tienen una blancura arenosa, mis ojos se sirven de la luz para estar seguros, en cualquier punto; y entonces, subiéndome por el vientre, tengo la certeza de que yo vengo a mi encuentro, niña crispada de sentimientos un día a los cinco años. Estoy doblemente presente, soy una doble persona o imagen, y la sombra de estos ligeros momentos es roja, como la alfombra en que estoy sentada frente al libro; vuelvo las páginas y me encuentro con un castillo un castillo, y me encuentro con una rana una rana; el agua anda por ahí próxima como la falda redonda de las mujeres, señoras y siervas protegidas.
En todo el cuarto,

en este o en otro,
hay un clima de amor naciente,
es el momento de mi nacimiento consciente. Bajo la cabeza a la figura de fuego, sus brazos voluptuosos e infantiles. «Color de Fuego», repito varias veces, presa del ondular de las páginas del libro. Color de Fuego me toca riendo con aire pensativo, de ponderada infancia. Desdoblada en varias personas perdidas en los tiempos, pierdo la voz. Mi mano se dirige al sitio donde puedo verla, y doy la mano a Color de Fuego,
levantándola. Su belleza indefinida no tiene fin, posa los pies en el suelo, en el aire, se balancea prometiendo que existirá eternamente, lo que creo. Estaba hasta ahora escondida para mis sentidos (como por detrás de un peñasco) aunque hubiese visitado a varios seres que la habían recibido con indiferencia. Por eso volvió a la casa familiar, después de buscarme sin éxito en diversas tierras, inclusive en la tierra en que por última vez nacemos y que está ahora abandonada a cementerios e insípidas batallas. Color de Fuego apoya el rostro en mí y se entrega al placer de verme extendida, dispuesta a darle interminablemente a luz, y a mantenerla viva.

Lección XIX –

De mitad de los vidrios que no cesaban de difundir la luz; de mitad de los perfumes que eran vuestras voces de plantas; de mitad del cuerpo de Hadewijch que se presentaba ahora bajo la forma de pajarillo perfecto; de mitad del ladrar de los perros que nos llamaban, había nacido el acogimiento de la figura.
Su nombre era Juan, y era viejo,
aunque pobremente vestido se hallara,
se veía que había sido un grande en cualquier mundo.

Me trasladé
junto a él
para hablarle,
sus ojos indecisos se habían cerrado.
-Eres tú Juan o Müntzer – le pregunté,
presa del perfume distante que me guiaba.
-¿Eres tú Ana de Peñalosa, o Hadewijch o Color de Fuego? –me preguntó él en el lenguaje de los perfumes graduales
que yo había descubierto desde esa mañana.

Lección XX –

Vuelvo a su cuarto y me encuentro a mí misma, forma sutil con la cabeza colgante, un espacio de azul en los brazos
y el olor estelar de las horas. Un profundo sentimiento se acoge en este
cuerpo mío,
y en ese momento Juan de la Cruz habla por señas que yo entiendo
como si con ellas estuviese vestida,
o con ellas me deleitase; el azul es triangular y verdaderos astros en él habían caído; hay estrellas sobre estrellas, estrellas de todas las edades, estrellas maternales y viejas como Juan en el principio de la luz. De esa forma azul nace
alguien cuyo nombre no conozco, y me exige silencio,
siempre silencio. (A partir de ahora me pondré siempre oscuros vestidos negros,
lagos con pequeñas señales, esos colores nocturnos son la extrema intensidad de la luz,
¿qué digo?)
Juan me mira con complacencia sabiendo que yo sigo mi camino que es oscuro,
noche oscura. – Mira como hacia atrás todo está perdido – me dice él – es

el pasado que pasa. - Mira como hacia delante todo está perdido – es el presente con destino.

Lección XXI –

Me habían hablado de la calidad de lo que escribía, ahora escribo tímidamente tirando los papeles al suelo; el azul anda conmigo; nuestro escrito poco a poco se volvió tan frágil que estuvo a punto de perecer. Sueño que, en el lugar donde pongo la cabeza, ha nacido una piedra. Hadewijch, sin apartarse de mí, quiere darme a alguien a quien yo ya conocía de un retrato. Es una mujer en quien los sexos son lugar predominante del cuerpo y se pone ante mí contando la calidad de mi escritura
de mi vivir
y morir. Hadewijch me dice: «Pon la mano sobre ella». Hadewijch me dice: «Ve a buscar el cofre donde, abierto, está en reposo y con delicadeza el paisaje». Cuando ella entra, recorro primero sus libros y la parte cerrada de su vida; las dos nos miramos sin destino aparente; pasa una nube venida de Portugal y nuestras miradas se alzan y se descubren; dormimos toda la noche teniendo sueños y horas incalculables de vigilia y el día se transformó en un vendaval profundo. Hadewijch nos sirve en silencio y sin agacharse, por entre cactus y otras plantas que rompen la tierra del cuarto y se abisman en la ventana. A uno y otro lado esa mujer y yo contemplamos a Hadewijch; lleva unas sandalias azules en las que producen un rumor flores que parecen caídas al agua en cuanto sus pies se mueven; una hoja secundaria de cactus nace de la hoja principal y orienta el verde sobre el vidrio. Aparentemente inertes, progresamos sin cesar en un pensamiento escrito; Hadewijch entona ahora una melopea cuyo sentido sigue siendo un secreto y cae sobre nuestros textos escondidos como un velo; otros cactus de hojas numerosas detienen nuestras

voces
porque
nos sentamos las dos a recibir instrucción sobre los principios y misterios. Pero lo que atraía nuestra mirada era la partida de la carabela.

Lección XXII –

Nuestra vocación era crear instituciones y libros y murmurábamos como un eco que retumbaba en la sala abovedada:

para que mi voluntad sea voluntad,
es necesario que otras no sean,
sombra sin medida,
grandeza y sombra. Ella y yo, por la ventana abierta,

nos pusimos entonces a imaginar al rey estéril en el rumbo del río. Nos sumergimos en la imaginalia mundi y dejamos vivir ahí nuestra vida. Escribíamos mientras él hablaba, no lo que él decía, sino el eco que sus decires provocaban escribíamos, por casualidad, sobre papel de carta

mundo errático, continente perdido; conseguido por voluntad, por astucia o equilibrio presupuestario. Conseguida por voluntad y por astucia la liberación del yugo.
Alzábamos las voces en nuestro escrito: su poder era una representación de los otros sobre él, capacidad de creación mantenida por un golpe de poder, el poder no era su poder, eran las impotencias que no eran suyas.

Lección XXIII –

Nos confesamos la una a la otra: —Qué triste me deja la desposesión del tiempo.

Ya embarcadas en la carabela, dijimos con miedo: —Voy a ver.
En el puerto la carabela estaba en la noche que se oponía al día del año;
gaviotas negras bordeaban las velas,
y estrellas se enraizaban en las casas del puerto
porque el río es celeste
y la mutua muerte puede encontrarnos en el camino.

Lección XXIV –

La narración comienza en la exaltación del fin del almuerzo; fuego e historia. ¿Será libro? ¿Será anunciación? ¿Será figura? No sé, verdaderamente no sé nada de esta secuencia; estoy sentada a la izquierda de la ventana
sobre la alfombra de azulejo que se extiende hasta la puerta
es el comienzo de la tarde
y la joven escribe
a quien ama
sobre lo que ama

La sombra es tan discreta que le cubre los pies de un fino olvido; recorriendo con los ojos la luz no hay nada que le desagrade; con constancia, la onda del cabello le cubre la oreja y la voz se encamina a la punta de los dedos; constantemente el tiempo retrocede y la sorpresa le inmoviliza la mirada en un punto verde, que es aún un color desconocido; se le sofoca la garganta como si estuviese excesivamente perfumada; una constelación de enigmas se forma con el nombre de malva; descifra el verde ya remoto de la cuadratura de la ventana; se echa hacia atrás recordando haber sido llevada por el río, y su cabeza cubre la de Müntzer
que acaba de perder la historia
o su cuerpo.

Lección XXV

La carabela construida para gran velocidad y rutas marítimas próximas al viento navegaba sobre las olas al través; todo el mar se sumergía en su cabeza y el verde – mirada desconocida - le había quitado la posibilidad de expresarse.

Al mar, Pan lo había llamado fuerza verde y perversa y levantado en su lecho
lecho de dormir,
lecho de muerte,
clamaba por la corrupción final del mundo; su pie fuera de la cama era musculoso y estaba apoyado en la punta; si en él se quería leer su sexo, los ojos debían levantarse en la oscuridad hasta el rostro dulcemente incomprensible según nuestra experiencia moral de los rasgos fisionómicos; abrió la ventana que daba sobre el mar y su mano, o ala derecha, se tornó un pez evadido.

Monstruo indecible, confundía en estos últimos días el tiempo en un extraño aspecto: la morosidad de la vida; el ruido que lo perturbaba, sin causarle temor, se depositaba, solo, en el fondo de la carabela.
Ana de Peñalosa estaba en la casa de Julio y Agosto aguardando la aproximación de ese mar:
sus huéspedes, de rara presencia, tenían que llegar.

Jodoigne, 6 de agosto de 1977

Texto para
La Restante Vida
(postfacio)

«El hombre solo muy lentamente
aprende su nombre.»
Guillermo de Occam

Esa imagen está falseada.
En las grandes revueltas campesinas y en las tentativas de autonomía urbana no fue la burguesía quien obtuvo el éxito sino los Príncipes quienes se afirmaron.
Fue en libro como se dijo.
En libro será desdicho.
Veamos.

Todas las guerras han sido una sola batalla, de reyes queriendo guardar y expandir su realidad, de burgueses deseando ciudades libres, de campesinos lanzándose furiosos hacia donde esto acaba y lo suyo comience, de clérigos y de soldadesca repartiendo palabras y armas a la fama, el dinero, y el reino de Dios próximo.

De hombres, ni sombra. Varios son, siendo numerosos, quienes se niegan mutuamente ese nombre, el suyo que de todos fuera.

La ilusión de un solo hombre, el objetivo de un universal humano, es la justa expresión próxima al punto-voraz, en que arrancar ojos es lo que más vale porque un vencido vivo es una señal visual excesiva. Señal de que no hubo Edad de Oro, ni la está habiendo, ni él mismo –superviviente- sabe cuándo la habrá.

El superviviente tiene aquí el nombre de Pobre. De él no se puede siquiera decir que sea un pobre hombre. Hombre no hay, el pobre es la imagen de la parte perdida de la batalla.

Imagen que en este texto es Figura, o sea, resto y arquetipo.

¿Qué resto nos ha quedado, qué resto vamos heredando?

Una batalla continuamente perdida (esa es la definición más genérica del tiempo), en beneficio de los príncipes y, cuando éstos estén muertos y rebasados, en beneficio de sus sucesores poderosos. Nos ha quedado una concepción de lo real, una sombra, un espacio vacío y una virtualidad.

La serie de los éxitos, nuestra derrota, confirmó a los príncipes en su empeño: querían una sola realidad, acabamos por pensar que solo había una realidad. Incluso muertos, hace tres siglos muertos, nos ha quedado ese reflejo: lo real es lo social, realidad solo hay una y esa no es nuestra, excepto si por riqueza, astucia o mérito nos tomáramos por príncipes. Y en cuanto tales continuaremos la batalla. ¿Por qué no extraña que se llame poderoso a aquel (¿qué otro nombre darle?) que nos tomaba por partes de su fantasma insatisfecho y podía arraigar en nosotros abiertamente y puede arraigar en nosotros clandestinamente, como medio servil de su encantamiento? ¿Por qué no se encuentra trágica esa idea de que el mundo es lo social más el paisaje encuadrante donde se encuentran las imágenes del poder? ¿Qué otra cosa es la historia sino ese lugar donde los poderosos realizan sus fantasmas, realizaciones que se cifran en vidas, que el texto dirá fatalmente prehumanas, en infinitas vidas humanas, cuando ya solo una era un escándalo irremediable? ¿Por qué tardar en manifestar la nostalgia del momento en que las imágenes del poder habían dejado de andar libremente, imprevisibles, hambrientas y tiránicas?

Este texto desdice esos otros que habían anulado este resto, este inmenso resto; que para callar ese escándalo milenario habían concebido las relaciones entre los cuerpos prehumanos como trueque de servicios mutuamente ventajosos para el señor y para el esclavo, para el príncipe y para el

campesino, para el jefe y para la soldadesca, para el clérigo y para el fiel. Unos daban protección y nombre a esos otros que, a cambio, daban sus cuerpos ser-viles.

Este texto dice que no habiendo memoria del ser humano más vale guardar en la memoria el resto, todos los restos, la vida restante. Este texto dice que no nos ha quedado solo una idea de lo real, dice también que en el resto nos resta una sombra: la de la venganza sobre los restos.

Está claro, de aquella limpidez de guijarro pulido por inmemoriales corrientes de agua, que la venganza no cambia, ni inaugura, pero da sucesores imprevisibles a los maestros muertos; la unión hace la fuerza del nuevo maestro, como la desunión fue la suerte del maestro antiguo.

Las mismas oleadas de la batalla habían dejado este lugar vacío.

¿Este? Sí, el lugar social, desembocadura atractiva de nuestra mirada. Se dijo en libro que el hombre es animal social. ¿Habremos leído bien, si lo social es la evidencia de que ese animal nunca consiguió ser hombre? Si animal hiere el oído, digamos cuerpos prehumanos que jamás se habían adherido a otra cosa que no fueran los variados nombres que habían ocupado en la batalla.

¿Es porque se llama hombres al Señor y al esclavo, realidad únicamente existente en el lenguaje, por lo que esta es la impostura donde quizá duerme nuestra esperanza?

Porque el pobre (otra impostura donde tal vez duerme una esperanza nuestra) no es solo el resto, es un arquetipo.

El texto disipa inmediatamente esa impostura: el pobre no es el proletario. Es un nombre cuyo carácter singular no residirá en la venganza sobre el maestro, ni en la redención por cuenta de otro, de otros prehombres. Su mutación la hace propia, por su cuenta y riesgo. Y eso es señal. No será agente de conservación

de lo que es, ni fautor-emblema de la revolución que será.

¿Por qué escogerlo entonces?

¿Por qué escoger esta imagen de prehombre con preferencia a todas los demás? ¿Por qué identificar este texto con la imagen del superviviente?

Porque él es el único que nos permite pasar más allá del Príncipe. Ya todo le ha abandonado. Él es pues el primero en que (y no en quien) la facultad de creación de lo interior se podrá ejercer plenamente, ya que en lo exterior, en el espacio social considerado como única realidad, él es nadie, una cosa de nada. Desprenderse es la regla del abrir.

El texto no avanza razones.

Escribe solo el paisaje que mira y en él, como un observador emboscado, ve que fue en lo que llega a tomar el nombre de cuerpo humano, más exactamente, en sus diversos nombres (pues solo estos existen porque lo humano es aún un dato teozoológico, pero no social y, mucho menos, introspectivo), donde hace tres siglos nació la nostalgia de ser hombre. La nostalgia que, en contra de lo que se cree, no alcanza al pasado, sino que es acto «aguado» de futuro, del que no se podrá por mucho más tiempo impedir que llegue, en la esperanza de que el Ausente no sea un Monstruo, como siempre, aunque esta vez no.

Se dibuja así, no un mito fundador, sino un mito final.

El hombre será.

Todo lo que tenga cuerpo de persona podrá ser humano.

Todo lo humano será socialmente insignificante, o casi.

Lo insignificante resguardará en lugar íntimo de cada hombre las variadas imágenes (príncipe, burgués, pobre, campesino, clérigo, soldado et alii) de las metamorfosis enemigas que han balizado su histórico devenir.

Imágenes todas ellas, pobres de hombre, enredadas en ese arquetipo final, como si lo íntimo no fuese solo

sedimentaciones pasadas, sino igualmente ensenada de captación de cosmogonías venideras.
Es en el exilio, en el exterior del exterior, donde la red de figuras, como Ana de Peñalosa, Nietzsche, San Juan de la Cruz, Eckhart, Müntzer, Hadewijch y otros se instala para la recepción del mito de la vida restante y se pregunta si habrá un lugar en el cuerpo humano, en los cuerpos entre sí, donde a fantásticas modificaciones cosmogónicas correspondan lentísimas mutaciones sociales.

Ya que ninguna vida podrá jamás ser perdida.

El texto es, pues, ambicioso en lo que se inscribe, por las exigencias que derivan del mito final: extensión a todo el cuerpo zoológicamente humano de la dignidad teológica de las almas. Será inconcebible que almas inmortales acompañen cuerpos jerarquizados.
El alma y el cuerpo no existirán separados, ni serán dos, porque el cuerpo estará consigo mismo, asumiendo por el sentimiento el acceso al sí y a todas sus cosmogonías propias, de tal modo que ningún cuerpo podrá ser naturalmente el ejecutante de imágenes ajenas de poder. Siendo así, las finalidades de lo humano estarán a cargo exclusivo de la propia especie prehumana.

Lisboa, 28 de septiembre de 1982

A. Borges.

EN LA CASA DE JULIO Y AGOSTO

Prólogo

Por lo que me dice la Gran Dama, os he perdido en las volutas y cortes bruscos de mis cartas. Es vuestro sentimiento unánime.

De él parto porque, si aún insistís en leerme, voy a poder habitarlo por dentro.

Es evidente que no cuento vuestras vidas.

(«No sabe contar la historia de nuestro soplo», decís),

ni en ellas por cierto cuento mucho.

Os conozco de nombre, Margarita, Eleanora, Marta, Beatriz y Vos.

Sé dónde estáis. Me dicen lo que hacéis. Y construyo un punto de vista.

Nadie que me lea podrá imaginar lo que fueron vuestras vidas,

pero conocerá, así lo espero, el fin en que os ibais convirtiendo. Vinieron, estuvieron y dejaron.

Solo lo que dejáis me interesa y ejercito mi espíritu en comprender los haces de luz que permanecen. El fuego abandonado y búdico en los lugares de vuestras estadías. La vida creciente de vuestras muertes, hogares.

Cuento así lo que va dando la muerte, la figura posterior de la metamorfosis que os mueve.

Dejad que entre en vosotras: encender mi luz en la claridad íntima que cultiváis. Vengo con el punto de vista de la muerte, no la que os da miedo, sino aquella de la que os despojáis a medida que crecéis en el ser. Sois la preciosa materia prima de la desnudez que ha vencido la inocencia y engrandece la virginidad.

Escribo aquí cosas muy íntimas, que deposito en la intimidad que solo a vosotras pertenece. Si permanecieran y pudieran dormir un discreto sueño, veréis que os miran. Punto de vista éste que dejáis reposar y, en el sueño, os anuncia la figura posterior de vuestra virginidad luminosa.

No habéis dado a luz la Nada.

No habéis amamantado al Ser
y a su terrible Trama.
Vuestro cuerpo no ha servido para continuar, singular único, ha dejado cunetas. Idos volviendo,
y ellos os preguntan cuántos tenéis, si fue difícil tenerlos, si tienen padre y nombre reconocido o si habiéndolos tenido no los mostráis por vergüenza de la bastardía.
Si hay flor, la flor no está en el jarrón, ni escondida. Tanto os preguntan si el árbol es fértil, como si seréis jóvenes y experimentadas. Insistentemente os pedirán cuentas de los frutos ausentes, como si vuestro ser debiera quedarse parado, atónito, en una especie mortal de constante Otoño.
Si no has venido para alimentar, ¿qué has venido a hacer? os exigen.
Reparáis con certeza en que salto, de frase en frase, procurando no abandonar ningún sentido a su incomprendida suerte. Parece que busco dejar inacabadas las imágenes de que me sirvo para habitar por dentro vuestro sentir. Incluso hay sonidos que no van juntos y los escribo al borde de la disonancia.
Es cierto.
Escribo lo mismo que de hecho sois fin. Movimiento que abandona el fruto y la flor, a lo largo de la cuneta en que os vais quedando, fuerza soberana entre ser y no ser la mujer que esperaban por su fruto.
Digo pues que todo les dejáis hacer a los que hayan sabido ver.
Mi punto de vista, ¿por qué no decirlo hasta el final?, es la forma amatoria de mi conocimiento que, si lo deseáis, deposito en la luminosidad íntima de vuestra soberanía aún incompleta.
No os inquietéis con las volutas y cortes bruscos de vuestras vidas, mi correspondencia entre nosotros, que el fuego, Unión, no es historia que podamos contar.

(Tercera carta de Luis M.
a las Damas del Amor
Completo)

1ª Parte

Tajo–río

(I)

En la casa de Julio y Agosto,
hay muchos meses, años, implantados,
y toda la gama de espíritus. Cuando le recorro la fachada en el sitio del macizo de ortigas, le penetro las paredes, me quedo en el interior de su navegación, lo que es singular para una casa tan espesa y pesada. En la última ventana del ángulo derecho,
que ahora se mantiene hasta el anochecer entreabierta, observo el descendimiento de la cruz de toda la gloria. El hombre sentado, siempre atento y ausente en la presencia, parece que estuvo ahí toda la vida y en un camino desconocido. Su mujer ocasional y eterna era un fenómeno estrechamente relacionado con la distancia: con frecuencia se preguntaba cuál sería la cualidad del recuerdo. Al pensar en Brabante donde se encontraba, en los lugares y el tiempo que había dejado, la emoción sentida ahora parecía mucho más profunda y, en ciertos aspectos, más real y emparentada con la realidad. Lo que había sucedido era una cierta inconstancia más de la energía o módulo, que daba al mínimo detalle una singular agudeza y amplificación de sentido. En el patio principal empedrado, hierbas dañinas, y extravagantes, cuyos nombres solo conocía en lengua extranjera polygala epervière tussilage laitue des murs se marchitaban para ser arrancadas; las telas de araña, solo esplendor de trama y libres de las domésticas asociaciones de ideas, reposaban en las paredes olvidadas; por hablar sobre el hombre cuando de hombre y de sexo iba a ser liberada, subió lentamente las escaleras y lo vio sentado junto a la mesa:
sin circunnavegación no hay tierra, sino idea de tierra.

(II)

Después de la partida de Juan, Müntzer, Nietzsche, Suso, Hadewijch, Eckhart, Médicis, Ibn Arabi y Al Hallaj, diferentes tipos de pensamiento habían invadido la casa. Había acabado la lectura de «Las Damas del Amor Completo» y varios personajes se sentaban a la mesa, A. Borges, él mismo – Luis M. y las demás figuras que, con sus visiones, definitivamente hacían desaparecer el sentimiento de monotonía de la vida en la casa. Varias inteligencias autónomas trazaban su destino sobre los libros que hacía y que eran secundarios, primordial era el registro de una vibración pensante y reflejada en un lugar y en un material perfectamente desconocido. Su eficacia no dependía de la memoria, sino del conocimiento. Mirando a los escritores sentados en torno a la mesa, comprobó que este término estaba vacío y que sus imágenes se definían, sobre todo, por la posición de la mirada y por el abandono de la antigua forma de lectura y escritura. Meditando sobre sus destinos comprobó que la nada se aproximaba, aunque impotente. La larga narración que iba a tener lugar no provenía de la descripción interpretada de sus vidas, sino de la evolución de sus trayectorias íntimas que tal vez viniesen a coincidir en algunos puntos, con la aventura universal, su experimentación y fuga.

(III)

Entre ellos estaban Jazmín, Marta y María. Jazmín es el ser de la diferencia. Se presentó a mí sonriendo porque encuentra natural todo lo que los seres diferentes de él hacen. Es alguien con adolescencia y raíces en la mejor edad de la vida. Se diría que conoce el vacío del Paleozoico y tiene una noción de lo que son seiscientos millones de años. Ha contemplado dinosaurios, pelicosaurios, tortugas gigantes y la

inscripción antecesora de la nada. Me habló usando el silencio y la sonrisa. Estábamos Luis M. y yo, esa noche que fue una duradera madrugada, sentados a la mesa del agua y de hierbas medicinales, ante la llama baja de la vela y de dos imágenes, el castaño tejido del mantel y el rosado de las tazas.

Llegó el momento de salir de la Historia e ir a vivir al mundo de seiscientos millones de años – nos dijo sin usar ninguna forma de expresión. Estaba envuelto en una gran cantidad de especies, él mismo era una especie rara; vivía solo con aquellas especies múltiples, en una casa que daba al jardín, en un jardín que daba a la casa. De cada especie no había más que un ejemplar y se reconocía en la diferencia la misma evidencia que en el indicio.

(IV)

Luis M., tercer amante elegido, había venido hacía doce años, pero se había mantenido invisible como si estuviera por nacer. Ahora que allí había llegado, era el rumor del silencio, y su concentración recordaba a Juan de la Cruz, Eckhart. Para Ana de Peñalosa, la juventud pasaba (dentro de cuatro años tendría cincuenta) aunque mantuviera la infancia en el rostro. Además, Marta y María vivían con ellos. Marta realizaba el retrato de María. O exactamente, los diez retratos, Mujeres que cambiaban en la visión de María, transcritos muchos levemente.

Ocurrieron entonces cosas curiosas que estaban destinadas a impedir el transcurso normal de la nueva anunciación.

(V)

en esa casa lejana donde habitualmente era feliz y bien imaginada, se habían formado vagas horas de una gran

tristeza; los días se llenaban de una gran jerarquía que dominar; las pulgas habían abandonado el cuerpo del perro Piedra e invadido los cuartos donde dormían; las sentían picarles las piernas mientras escribían y, una vez más (ya fue así el año pasado), los días de este mes de Julio quisieron mostrarles que son un lugar de ilusión. El trabajo de la casa se le representaba, a ella, como invencible, unas tras otras las pelusas se acumulaban y le exigían la agitación y el esfuerzo mental de eliminarlas; el jardín, con una pujanza indescriptible que no había visto nunca, había rodeado a Prunus Triloba casi hasta derribarlo; y no solo esto le había llegado a causar abatimiento sino también, repentinamente, la desregulación de su vida financiera; cuando bajaba a la cocina, a los gatos recién nacidos que había llevado para salvarlos, junto con la gata, ora los amaba, ora los detestaba. Por su causa había desamueblado la sala de la entrada, y sus puntos de referencia y de descanso habían desaparecido; a media luz abría el principio de la Historia de Portugal como si ella tuviese que ver con eso: «valles profundos y húmedos favorecen el aislamiento», mientras el tiempo camina hacia el lugar donde Luis M había nacido.

(VI)

En el almuerzo se habían dicho que esta narración sería también una meditación sobre las raíces: tierras incultas, paisaje de dehesa, campos desnudos de cereales
en barbecho,
viña, olivar,
todo esto se había sedimentado en las visiones de Brabante, que era otra calidad de tierra; por eso se confundía y el monstruo aparecido en cada etapa de su vida

acechaba el descubrimiento en medio de un secano donde contar era vago como un soplo.

(VII)

María y Marta ocupaban una extensa sala de tres ventanas: Marta necesitaba toda la luz, María necesitaba alguna sombra; con las manos en barbecho permanecían durante el día, aunque estuvieran libres para mirar y temer; María se había cambiado de vestido mientras venía del cuarto del fondo donde la pared luminosa la fundía con la noche que caía. Marta sabía de qué se trataba, dirigía el preciosismo de las líneas.

Luis M. se entregaba al trabajo
sin ninguna ilusión,
y Ana de Peñalosa escribía
por fin cansada de escribir
«en la figura colgada de la pared, y en un día de julio muy frío...»

(VIII)

Era necesario hacer el inventario, la relación de los bienes dejados.
Un día tras otro
caen a plomo. Las estrellas son la luz, brillando no mueren. Pero ella no es estrella. Se arrodilló junto a la caja en que guardaba los objetos de valor, se sentó sobre los talones olvidando las varices que comenzaban a cruzarle las piernas. Lo que le venía a la boca era «año»; varias veces pronunció esta designación como sobrenombre del baúl; ya había intentado ordenarlo varias veces, pero el tiempo en él contenido le causaba temor con tantos rostros oscuros. El diario comenzado en febrero se interrumpía en julio, continuaba un año después, año en que Plantin-Moretus había comenzado a publicar el

atlas de Ortelius. Enero, marzo, abril, 6 de mayo, por la tarde: «El inicio de la decadencia es la plenitud». Al año siguiente: «La insensibilidad es, en el plano emotivo, el equivalente de la estupidez». El 15 de marzo: «mi dolor es la nostalgia de estar entre dos paraísos: el terrenal, que ya he perdido, y el divino, que no conozco»; 27 de abril: «que es humana esta ceniza en que me vivo»; 29 de abril: «yo nací para destruirme durante la noche y conquistarme por la mañana»; 25 de mayo (jueves): «naciste para el amor absoluto. Por tanto, no te aflijas cuando, en la tierra, ames todo lo que sea vislumbre o imagen de mi amor absoluto»; 26 de mayo (domingo): «Mi hija tan sola que yo, Dios, me apaciguo y me admiro»; 6 de julio (miércoles): «aquí no tendrás boca sumisa, ni rodillas para siempre arrodilladas. Aquí serás solamente eternamente intensamente amado». Tarde del 9 de agosto: «Ármame para la vida con un cuchillo en la boca». Uno de esos años estaba cubierto por un deseo permanente de dormir: «dame la gracia de ir a dormir»; 28 de noviembre (jueves): Muerte de la abuela. A los treinta y tres años: «No inutilicemos con desesperación nuestro sufrimiento humano». Sin fecha: «poco antes de las nueve de la mañana voy a la Biblioteca. Por las ventanillas del carruaje miro los detritus de la ciudad amontonados junto a las paredes. Si no fuese por el mal olor, la basura sería bella». 27 de Noviembre: «Hay en mi vida períodos demoníacos».

(IX)

Y nada se había perdido; la aún pequeña planta trepadora era sagrada. La había atado con un hilo y le había colocado la alianza en la punta; después, mirando la luz por detrás de ella, había sentido pertenecer a una especie invisible venida del mar que clama socorro. Mareante era toda la ventana con la trepadora en la visión del blanco y de destinos

marítimos; incluso las casas eran lugares transitorios del mar cuando él venía a tierra.

En la periferia de la madrugada, se levantó de la cama, con profunda añoranza del destino de Luis M. Entró junto a él sin hablar, ni desorden, y en breve, sin ninguna razón aparente estaban hablando sobre narraciones, quillas de barcos. Luis M. decía «el exilio nos ha llevado a hablar la lengua por dentro y a mirarla por fuera». Al fondo del cuarto estaba la columna trepadora donde siempre estaba presente el deseo de nomadismo; delante de la oscuridad. Era una columna de aguas silentes vueltas hacia puntos diversos
y también a Portugal,
torre claveteada de olivares,
alcornoques,
episodios, décadas, peregrinaciones,
crónicas y estadías suaves visualmente desaparecidas.
Escribir, pintar, guardar melodías.
Crear formas eternas.

En el olor de la enorme cama abierta, en la claridad dada a leerse, se imaginó, o realmente estaba, en un lugar en que se proyectaba en el suelo la sombra de una corteza como arcilla candente; más tarde, reflexionando, me decía que yo había descubierto mi realidad
de Hombre;
sin embargo, ese descubrimiento recibía no solo una formulación sino, ante todo, una formulación abstracta;
el descubrimiento era el levantar de un velo:
el cuerpo ofrecido es un cuerpo de sentimientos; la ofrenda del cuerpo es la dádiva del corazón;
fue el corazón el que irrumpió en mi campo perceptivo.

Era el reino vacío e itinerante de los juegos, con la puerta abierta al cúmulo de la tempestad.

El jardín que crece y busca la nueva geometría de los macizos y de las flores esparcidas, está cubierto de una

humedad que lo subraya pues ha llovido sin que el agua pudiera depositarse y perturbar la atmósfera nórdica del verano; recuerdo con la agudeza de la presencia, otra mañana constante de julio:

- ...nosotros nos amamos. Solo practicamos actos de violencia y de supervivencia. Amantes no somos. Soy amado.

Marta y María habían venido. Trabajan sobre un huevo que contiene las simientes del futuro y cuyo potencial múltiple está indicado por una serie de aberturas y los cinco triángulos que son los órganos del entendimiento; se apoyan en la ventana intentando mirar hacia fuera pero están atentas a nuestra profunda melancolía y María nos afirma «yo soy amada por un desconocido».

Si solo puede amar quien ya ha cumplido su destino, me dejo apartar del cuarto y me escondo en el depósito donde las aguas de lluvia han bajado a tierra sin forma final. Pero oigo también que solo tenemos la experiencia de amar infinitamente con un estremecimiento.

(X)

luego estaba también el problema insoluble suscitado por la madre y las cuatro gatas que había traído a casa
después de que dos gemelos
hubiesen matado a una quinta. ¿Con cuál de las gatas quedarse?
¿Si me quedase con Cisca y echara a Bergamota, Margarita y Estrella? ¿Si me quedase con Bergamota y echara a Cisca, Estrella y Margarita? ¿Si me quedase con Estrella y echara a Bergamota, Margarita y Cisca? ¿Si me quedase con Margarita y echara a Bergamota, Estrella y Cisca? No era una cuestión bizantina porque Bergamota se relacionaba de hecho y en espíritu con el conocimiento y la ruptura viajera de escribir;

porque Estrella era un recipiente luminoso, aunque en su paso y en su permanencia murmurase tinieblas; porque en Margarita se había creado un sólido campo de batalla y el saber disponible había generado la voluntad de poder; porque Cisca, en las noches sin fin, era un huevo en un valle de frío y de brisa extraños.

(XI)

Durante todo este periplo el tiempo pasó –algunos días-, lunes, martes, miércoles, más concretamente; en ciertos momentos, la casa y sus dependencias, el jardín que evolucionaba en permanente combustión, parecía poblada de hombres y de mujeres, de las gatas, sus antepasados y descendencia, de perros de la Edad Media en gran número. Había colgada del portón una guirnalda de flores que derramaba un perfume igual al de la madreselva en los beguinatos que no podía ser religioso canónicamente. Esos seres, sin ser religiosas, poseían estatutos particulares y llevaban una vida de naturaleza sagrada. Mujeres jóvenes, como Marta y María estaban en ellos aunque no desearan encontrar ni directrices espirituales, ni protección de hombre; la posible partida de una gata llenaba las mentes y los corazones de inquietud; como si en la noche, al abrirse el gran portón, los hombres hubieran dejado en soledad a sus mujeres; aunque nadie hubiera sido muerto o hecho prisionero en la guerra o en las Cruzadas; aunque aquellas mujeres no tuvieran una vocación religiosa definida ni buscaran apoyo junto a los clérigos o vida retirada que les permitiera dar sentido a la existencia; aunque tampoco hubiera un ideal de pureza, ni de pobreza.

(XII)

el primer ser femenino en aparecer sería, luego, el primero en partir. Caía deprisa una noche de sol y neblina, los girasoles que sostienen el verde contra el muro mantenían, según mis intenciones, su puesto de vigilancia. Desde las ventanas todos repararon en que había piedras agudas por todas partes y que detrás de ellas se escondían las gatas igualmente centelleando; sus cuerpos ágiles nos parecían cascadas.

Margarita se levantó, entonces, y nos miró, por casualidad, mientras caminaba; todo es fugazmente pasajero,
o sea,
solo aparentemente el tiempo pasa; pero, después de su partida, Marta se encontró con la belleza de Margarita en el espejo; sus ojos azules, o sin referencia, resplandecientes; su rostro de gata no nos parecía
fantástico.
Nieuport,
en aquel lugar
tenía un mar
de espumas bajas
como no se ve en la costa de Portugal; ella estaba detrás del cristal, enfrente de Luis M., que se había ausentado en el paisaje territorial del libro; así sin compañía se abandonó al placer de estar sola pensando intensamente en las beguinas perdidas o halladas detrás de las pequeñas ventanas que daban a los troncos de los árboles seculares,
y que procedían de diferentes familias, fortunas y generaciones; ella misma, Margarita, se había entregado a la libertad de abandonar durante meses el eremitorio, aunque creyera que estaba obligada a partir; pero al estar con Luis M. en el recinto ajardinado mirando el hormiguero que atravesaba la tierra y no poder inmovilizar y volver inocente su instinto de gata, él, con las manos dibujadas en el aire le dijo que había muchos conflictos afectivos entre las beguinas y que el círculo de compañía abarcaba el alejamiento y el viaje; sin misterio,

Margarita desocupó el espacio en su cuarto, abrió el armario y deshizo la cama, dobló las sábanas. Una plácida humedad le impregnaba los pies y los ojos codiciados por su extremada visión
o repelente belleza femenina
que los cátaros detestaban y Luis M. siempre le aconsejaba no esconder.

(XIII)

Vestida de negro, la cofia blanca, ¿qué es un tejido?
Luis M. dice que es un paisaje, como también dice que es importante que las beguinas y yo hagamos el pan y algunos trabajos, pesados por su monotonía y por la presencia de personas tan diferentes de nosotros. Luis M. dice «de otra especie».
Tengo que partir y no es fácil, cómo amo esta multitud ordenada de casas y la presencia discreta de las beguinas; nuestros conflictos son temporales e intemporales y jamás vertemos verdadera sangre. Eleanora, Marta, María, Blanca, me han contado sus vidas con miedo pero con claridad y espero no haberlas herido con mi escucha atenta; no es fácil ser mujer de saber, ¿y quién puede protegerse de no amar, en este mundo? Si me es difícil dejaros (a los seres vivos) no me es menos difícil dejar los árboles. Solo a Luis M. tengo la impresión de no dejarlo, pues su mano grabada en la escritura me acompaña y me depara un amante futuro; hoy es día 6 de agosto, día de la Transfiguración del Señor; de herejía también nos acusan y tal vez también sea por eso por lo que parta; le dije a Eleanora que no me dejaré guiar sino por mi viaje, ella arrodillada se levantó y me respondió
más alta que el cielo y la montaña
en lo que humildemente reconozco que las enseñanzas
de Luis M.

ligadas a la nobleza natural de nuestros espíritus
nos liberan;
no descuidamos tampoco nuestra economía,
que es la luz de la casa,
y le dije a Blanca que mantuviera cerrada el arca de los encajes hasta que fueran razonables los precios en el mercado.

Me aproximaba al conocimiento con ellas
que surgen en rápidos de agua que entran por las ventanas y las adornan con reposteros que parecen repugnar a la razón, igual que en el sueño vigilante que habitualmente tengo; la voz de este hombre que canta, que ya ayer cantó toda la noche, se volvió más atractiva de lo que yo podría suponer, y no sé
por qué canta,
dónde canta,
ni cómo su canto llega a mi cuarto, así sea mi mesa de trabajo de escribir, de hacer nada o encaje. Procede del cuarto de Blanca al fondo del corredor, que vive conmigo y supongo que es la voz cristalina de Blanca que ha tomado ese aspecto de trovador pues el conocimiento puede ser todo menos inesperado; aquí, en la casa, la voz dice que no hay herejías y no me he admirado de querer partir con tantos motivos evidentes para quedarme; apoyo las manos en el cristal de la ventana donde la madreselva se clava.

Reconozco que Alfonso, el Sabio, tiene mucha sabiduría, y que estas melodías son traídas aquí porque aspiramos a las migraciones sucesivas; no somos sedentarias, ni caminantes pero yo aspiro a atravesar las tinieblas.

(XIV)

Llueve serenamente y estamos en verano, es un tiempo de prueba para las beguinas; no quiero que avance la noche sin escribirte, Eleanora, pero estoy completamente despojada de imágenes y de relato; sin embargo, quería prevenirte, sin

que debas darle mucha importancia, de que va a llegar el tiempo en que los hermanos del libre espíritu serán perseguidos por las jerarquías y que nosotras, las beguinas, los esconderemos en la tela de araña de una amplia red clandestina.

esta tarde, cuando cosía sobre el negro, lo que me ha sucedido muchas veces sin atribuirle influencia, me puse a considerar el cuño de nuestro vestuario; ahora, mi forma preferida de trabajar es leer y coser conjuntamente y, entre ambas duraciones, escribo; de modo que hay tres campos de ejercicio, la costura, el texto y el libro,

sin olvidar la vela encendida, el parapeto de la ventana y, detrás del cristal, la madreselva de la que ya he hablado, y se confunde en la experiencia; en mi vida seglar, cuando aún creía en las relaciones singulares del amor, tuve enormes decepciones caritativas; y hoy, al ir a abrir el Libro de ponderación de Luis M., como él me permite que haga para que todos nos impregnemos de múltiples perspectivas y no menos contradicciones y sueños, vi a quién le dirigía una carta – Hadewijch-, que ya en tiempos agitados contribuyó al conocimiento de la tristeza por parte de Ana de Peñalosa; es una elevada carta sarracena, o invasora; «no es un recuerdo, es un paisaje»; «en cierto momento de tu sufrimiento, me enviaste un paisaje de una duna frente al mar; paisaje con olores de marejada en que reposo mi espíritu para ver el tiempo»; «ningún ser de compañía en él habita, pero yo lo veo, y me parece que la duna no debía estar siempre desierta»; «estamos sentados en la arena y nos maravillamos ante la belleza surgida de nuestro vacío; yo no puedo aplacar el dolor, pero sobre la arena de la duna, en mitad de algunos árboles, hay la alegría que se reconocía frágil y preciosa»;

(XV)

Ayer me dejaron en la calle, en el centro de Amberes;
deambular es mi destino en esta plaza,
sentada a la mesa,
oso salir de la alta casa amurallada,
vuelvo a entrar,
y me quedo aquí a la espera de que el día se ignore,
y yo parta. Caminé algunas horas desde el sitio en que me dejaron los caballos, el lugar donde debo pernoctar no pertenece a una comunidad de beguinas; la ciudad se encuentra dispersa y afluye por varias vías hacia la Catedral y el mercado que descansa sin gritos porque yo no los oigo; en ninguna otra asociación dejarían salir a una mujer, pero nadie me incomoda y empiezo a creer que mi presencia, desde el vestido a los dedos, se ha vuelto invisible; no hablaré durante años y años, o tal vez el tiempo de esta breve visita a Amberes, sino con Hadewijch y el consuelo que ella me envíe; estoy en el índice por esta sombría facultad de crear seres que no son precisamente humanos pero son seres, y hasta aquí abandonados; nuestra pasión es mutua y sobrevivimos todos los días sin estímulo ni razón concluyente; nuestros cuerpos han venido a reunirse con la ciudad, en la Plaza del Mercado, y empiezo mi conversación con Hadewijch no comprensible para oídos ni instrumentos de este pueblo.

Luis M. se aleja y no esconde su cólera de múltiples sentidos. Hablamos y hablamos por sobre lo que estamos bebiendo, se encienden luces en la humedad permanente por entre rostros y risas; pero aún es de día, y en el suelo, a nuestro alrededor, sobre paños, hay indicios de un ancho pasadizo hacia la Catedral
Luis M. me entrega una carta destinada a un amigo,
y con la que yo parto
después de tomar conocimiento del contenido. Debo pernoctar en la casa de Plantin, el tipógrafo, para, en los años y años de mi corta estadía en Amberes, conocer como mis dedos

y encajes todo lo relativo al Libro incluidos los trabajos del manuscrito: estaba sola en mi cuarto y sentí estremecerse el zaguán, y una voz vaga me llamaba. Por no poder moverme de este escrito no osé abrir y después lamenté mi falta. Encontré a Plantin en la sala de los correctores de pruebas y habiéndole expresado la multitud de mis pecados me dijo que era hora de entrar. Me quedé perpleja ante la austeridad de la primera sala y él me hizo saber que en treinta y cuatro años se habían publicado más de mil doscientas obras antes de su muerte en Amberes el 1 de Julio de 1589.

(XVI)

Comenzó porque algunas mujeres compartieran la misma casa que pertenecía a la más rica; redujimos nuestras necesidades y cambiamos los medios para satisfacerlas; abrimos nuestras puertas y establecimos nueve pequeñas habitaciones con una, dos, tres beguinas. Yo vivo con Eleanora, Blanca, Marta, Maria y Hadewijch. Es un número alto pero todas somos silenciosas y yo, con ellas y sin ellas, ordeno austeramente mi vida. Todas tenemos un amor común –la aspiración a la llama de la vela; todas tenemos una diferencia común –la verdadera diferencia; cuando sospechaban quienes éramos, hablábamos poco, aunque nuestra Gran Dama nos defendiese; no envidio a nuestra Gran Dama –Ana de Peñalosa-, porque todas somos grandes. Luis M., como siempre sucede con los innovadores, fue objeto de controversia y calumniado en su tiempo; se nos unió Odilia y, ya siete, completamos el número de la casa. Tenemos también por aspiración común socorrer a las plantas, y yo me singularizo por la pulsión de la escritura,

luz preferida,
que me llevó a la tipografía de Plantin-Moretus,
aunque las razones inmediatas fuesen sutiles y múltiples como nuestras ideas, digo, afectos.

Plantin me dijo que, aunque yo fuera mujer, podía escribir en una sala próxima a los talleres, pues para él, cuenta más el libro que el sexo, y que el libro vuelve al sexo invisible; me presentó a su hija Margarita, me habló de Margarita Porete, cátara quemada viva y nosotras, tres Margaritas, nos callamos, y nos ausentamos en la profundidad de la casa que tiene pequeñas ventanas y donde cambiamos motivaciones, y yo le expliqué que no había hecho votos perpetuos,
que puedo, no importa en qué momento, liberarme de mi palabra como puedo salir de mi casa, y vivir aquí; Margarita me dice que no me quede ciega con los libros que me rodean: -Margarita, no se quede ciega con los libros que la rodean- y su hablar prende en mí, como la extensa armonía de la casa construida alrededor de un jardín rectangular lleno de largas trepadoras con las que comparo sin querer los cristales de las ventanas. La aspiración a la llama de la vela, Margarita, es real y no una imagen. Alrededor de las cinco de la tarde, una especie de presentimiento nos invade, y bajamos a la sala común donde la primera en llegar enciende la vela. Fascinadas, la miramos como si estuviésemos solas, y hoy, en vuestra casa, es ese momento el que más me falta
aunque tenga el presentimiento de que la vela se enciende, y Eleanora que la ha encendido hoy entrega el alma
no quiero decir «como quien muere», sino que en su sonrisa se eleva; es la más joven y, sin contradicción, la más vieja,
y cuando me sobreviene la pulsión de la escritura,
muchas veces hace mi trabajo
como si escribiera, y la escritura cae a nuestros pies, tan secundaria.

Plantin está conmovido porque yo me haya dado tanto a conocer; pero su discreción precipita la noche en el secreto.

(XVII)

Es una noche intensamente velada
como si Amberes hubiese desaparecido; duermo en un cuarto en mitad de la casa, y después de escribir a Luis M. las últimas líneas, abro una puerta atraída por la tranquilidad del agua; es un sótano, y tengo que bajar por unas escaleras; aunque esté casi dormida, se alza un velo: me agacho a coger un anillo que creo ver en el suelo –piso cristalino como nunca vi- y sumerjo la mano en el agua ya que el anillo no pasa de un reflejo de los relieves del techo abovedado. Pienso entonces que si hubiesen estado aquí Luis M. o Marta o María hubieran podido dibujar porque quien quiera representar solo mediante palabras lo que existe efectúa un trabajo incompleto.

(XVIII)

Hube de volver a casa de las beguinas porque me dieron la noticia de que las lluvias no habían cesado de caer; hacía, a continuación, la lectura de Líber contra manicheos, cuando fui transportada al centro de la inundación –el sencillo cuarto de Eleanora; por ahí pasa un arroyo bajo el suelo y, habiendo aumentado anormalmente el volumen de las aguas, un torrente de cieno atravesó la pared junto a su cama y se derramó, a imagen de la sangre que no se puede estancar; intuimos que una muerte inminente iba a suceder y, aunque fueran casi las cinco, nadie bajó a encender la vela. Presenciamos entonces el siguiente fenómeno, que transcribiré, pues deseo relatárselo fielmente a Luis M., e imprimirlo con rigor en la casa de Plantin-Moretus. Blanca, que tiene grandes dificultades para considerarse hermana de alguien, se puso en la ventana de la

sala común, erguida como una columna; tras ella se habían colocado Eleanora y Hadewijch; el cieno se derramaba por el terreno amurallado, y las flores alrededor del único árbol principal tomaban el mismo color; Odilia, a la entrada, procuraba desviar el curso pantanoso de las aguas; pero, al prolongarse el trabajo, se le cubrieron los pies de lodo; la última de la fila, tras Hadewijch, era Margarita, yo misma; Marta y María estaban en el suelo, con los ojos cerrados al tumulto; los armarios en que guardamos las provisiones que habitualmente comemos, de una en una, se habían abierto, y la loza rota y varios panes acompañaban, con estruendo, la corriente de agua; Eleanora se subió al centro de la mesa, dio un puntapié al candelabro que sustenta la vela (más tarde, durante la evaluación de los hechos se puso de manifiesto que ella apenas había dado un golpe seco con la punta del pie) y creímos verla transformada en árbol principal, con múltiples senos y raros frutos; el agua no paraba de extenderse y vimos reflejado un rostro sufriendo con cólera el poder más próximo que era el gran linaje de nuestros superiores jerárquicos. Si volvimos, con falso pudor, las cabezas hacia el jardín, fue para conseguir regresar a la realidad de la casa que limpiamos durante días y días entre murmuraciones, suspiros y concentrados momentos de silencio; estábamos tan cansadas que el pensamiento parecía depender de nuestros ojos y de nuestras mínimas impresiones; yo hablaba con Eleanora que me envidiaba continuadamente con sagacidad, pero que estaba poseída por una gran vibración, lo que se manifestaba sobre todo por sus paseos frente al árbol, que crecía, y por su elocuencia perturbada. Pedí a la Gran Dama que me permitiese regresar con Eleanora a casa de Plantin; acabó por autorizarlo, pues la regla de la obediencia pierde cada vez más el sentido entre nosotras.

Eleanora, en el viaje a Amberes, me dijo que era cátara y que tenía una gran dificultad para hablar conmigo por falta de

medios de expresión. Sonreí, lo que le provocó un intenso ataque de cólera que tradujo en un torrente de palabras que la contradecían y daban la razón a mi sonrisa.
- La vela –decía- era para mí una demostración; estando en el mismo lugar, era siempre seguida por mí que no dejo de recrear al Perfecto como una rana en sus metamorfosis; una vez, Margarita, vi en ella tu rostro/alma, y mil potencias que me estimulaban pues, si fuera una serpiente, desearía morir enroscada en tu secreto.

En el transcurso de la inundación, Plantin diría «au fil de l'eau», nuestras gatas perecieron y mi rostro debe de haberse transformado pues, a veces, he recurrido a cierta inmovilidad fisonómica, por no querer llorar. Eleanora, frente a mí, se estremece con los vaivenes del carruaje, y busca el sentido de mi espíritu con los ojos bajos; los animales, en su silencio tocante a la palabra, en su forma corporal extravagante me conmueven como ningún hombre.

Ella pregunta: -¿También las serpientes?- y yo escondo la cara entre las manos y lloro,
y eso la unió a mí para siempre.

(XIX)

Se me hizo evidente lo que ella pensaba: "abatido el muro común en la trasera de la casa, puedo contemplar largamente los límites verdeantes del jardín siguiente; en el pabellón, al fondo y a la sombra de muchas hojas, hay también estatuas en las que el verde me parece no ya tanto depósito del tiempo que fluye como superficie que espejea; la vieja beguina viene a hablar conmigo, a ofrecerme perejil y rosas que sobrevivirán a la catástrofe; hablamos y hablamos y ella dice que, para que nos conociéramos un poco más, fue necesario que el muro se derribara; nunca pensé siquiera en este diluvio.

Si lo que puedo concebir no es infinito, no conozco, sin embargo, el límite de mi conocimiento".

(XX)

Contemplando con atención las manos de Margarita, leí, sin dificultad, el siguiente escrito: "Luis,

déjame describir el arte de la inteligencia y del amor, y el auge de mi cólera... ¿te acuerdas de que, en las dependencias de la casa, una gata que nos es completamente extraña porque no tenemos ninguna obligación hacia ella, tuvo a sus crías, y la propia Ana de Peñalosa le llevaba leche y sobras? Supo que Yolanda le había matado a los hijos y quiso, antes de hablar con ella, comprobar si era verdad; me miró la gata entonces en el lugar vacío. Fui a buscar a Yolanda y le pregunté por qué había venido a matar a nuestra puerta y ella me respondió que solo eran gatos,
abocados al hambre.

Repetí por qué has venido a matar a nuestra casa y la besé con cólera para no hundirme en el odio, déjame describirte lo que es mi sentimiento de conocer.

Perdí la carta en que me sugerías que yo, más tarde, asistiera a la Comunidad, con Ana de Peñalosa. La carta me había hecho poseedora de un cierto poder de filiación. Por mi culpa, la perdí. Y tal vez también porque en ella me decías «y les fue dado vivir eternamente una de sus vidas».

(XXI)

En la puerta me esperaba Plantin.

-Yo vendría siempre.

Eleanora no está alojada conmigo, sino en una de las habitaciones de la misma Plaza; las cortinas de sus ventanas son de lino y cubren los cristales hasta la mitad; creo ver su

rostro detrás de la ventana, indicándome su cuarto y lugar de estadía, pues solo yo tendré acceso directo al aprendizaje en el taller y lectura consciente de los libros y manuscritos pero debo transmitirle mi luz,
de noche en paseos solitarios
o en la mesa de su cuarto que me espera.

Consulté tratados sobre la gnosis, los cátaros, la alquimia y me pareció que las dos recorríamos un futuro ya pasado; era de noche y, al final, el árbol principal se echaba en el camino; Alexandra, otra beguina, llamó con los nudillos en la puerta y comprendí que eran horas de partir y de atravesar la Plaza; de mi luz, en esa noche, nada ha quedado escrito, ella se negaba a oírme, y balanceaba su cuerpo con ironía repitiendo
el saber el saber el saber;
le dije que escasas mujeres, de nuestro año, y siglo, y milenio, tenían acceso a la ciencia, y mucho menos a ningún poder, y ella me respondió que menos mal que el viento recorría la tiniebla, y se oía, en diversas puertas, el acorde repetido de los nudillos de la beguina.

Pero se preocupó de mi salud,
que no me enfriara al salir de casa y al atravesar la Plaza, ni mirara
la vela que iba a apagar en el parapeto. Volví la cabeza y comprobé que me hacía señas,
deseándome, no buenas noches, sino que robara lo que me había pedido.

(XXII)

encontré a Hadewijch con extraño rostro cubierto de lágrimas, en el paseo que di a la Plaza del Mercado; esta dispersión por varias casas le hace sufrir, y es inexplicable. –«No creo lo mismo». –«¿Prematuras o indeseables?».

(XXIII)

Después de ver algunas horas los principios del Mutus Liber, cerré los ojos con una somnolencia inevitable; me había echado en la cama con las persianas cerradas y Margarita, hija de Plantin, tocaba un aria en oración semejante a una cábala no completada en el momento de abrirse;
la fuerza del sueño me postraba y, mientras tanto, la tarde caía como tiempo de invierno; ese día, por la noche, yo debía ir a casa de Eleanora, y darle parte de mi sentimiento profundo; no podría, tal vez, despertar de semejante sueño en que creía arrastrarme pesadamente tras una estrella que bajaba a mi cuerpo; de no despertarme para ir a visitarla a la hora prevista, Eleanora se iba a levantar de su silla, extendería el precioso encaje sobre la mesa y reavivaría el fuego con el atizador vuelto el rostro hacia la oscuridad en que continuamente crecían y desaparecían pasos. «Se diría que no había tenido tiempo de acabar el trabajo», aunque detestara ese argumento impensable. Recorrería el cuarto como quien levanta el vuelo, perseverando en la esperanza; después, un torrente de insultos debe salirle de la boca y, en contra de la regla, abrirá la puerta de par en par para que la beguina no llame con los nudillos; creo que debe terminar apagando la vela y toda la luz, incluso la de la lumbre; y, en la rápida noche que la rodea, ir sola, encolerizada con su destino, y fuerzas benignas y contrarias;
yo duermo y la estrella nacida sigue irradiando como una hidra sobre el libro cerrado en la colcha; quiero hablar, enviarle un recado, pero ya es mañana de formas vagas, e imagino que el sueño que me rompe, finalmente brilla sobre sus ojos bellos, y mal conocidos: que en cielo, como en la tierra, se evite semejante encuentro devastador.

(XXIV)

Cuando entré, Eleanora estaba echada y su rostro, sin ninguna luz en los ojos, había seguido las migraciones de sus antepasados; la inmovilidad y el aire de muerta me sorprendieron, pero no había razón alguna para despertarla el tiempo había lanzado una escalera infinita ante nosotras; el movimiento de los cuerpos celestes estaba presente en el cuarto, sobre todo en el fuego; en mitad de la chimenea no osaba extinguirse manteniendo la edad de oro; yo misma me había vestido aún más modestamente y le había traído lo que ella llamaba «robo». Lo había dejado bajo mi capa, en el parapeto de la ventana, como una sorpresa en un lugar y un acontecimiento lleno de precauciones. Al levantarse el día, que se encaminó a través de horas espesas en tanto yo retenía en los dedos su encaje y atizaba el fuego, ella continuaba muda y, al tocarle el brazo, parecía haberse enfriado y adquirido una rigidez de metal; era la edad de Eleanora, su edad, yo veía el silencio del cuarto leerlo en su boca, veinte años, no más; me acerqué a la ventana, renegando de las razones de tal inmovilidad. Atormentada, salí para llamar a la
beguina que no dormía,
pero me detuve en el corredor porque la tierra de la cama era sagrada. Eleanora ya se había puesto de pie y me dijo:

- "Yo me dormí no por decisión mía, sino para obedecerte".

(XXV)

"Luis, no estoy interesada en mi naturaleza, salgo sola sin que sea por fatiga de compañía, sino porque el deseo despiadado de aproximarme a casa de Plantin me invade en las horas de la dura obediencia. Cerradas las ventanas, cerrada la puerta, me guardo de mirar de frente, o de lado, pasando mi extensa memoria sobre los momentos más elocuentes de mi

vida; Margarita se aleja cada día incluso cuando viene; en la perla del pecho me detengo

a contemplar la desnudez de mi inteligencia y a alejar el sobresalto de los ruidos.

He regresado a la materia del libro, pero entonces sé que Amberes está demasiado cargada de símbolos e imagino la tipografía de Plantin donde vive Margarita, pues la materia de mi día a día es imaginaria. En cuanto entro en el taller busco mi canto y mi lugar, y hoy, en un sitio recóndito que creo escondido, amontoné un brazado de plantas, y cenizas, y comencé, con lenta monotonía, a desear fabricar papel, pensamiento para leerte y amplitud de vida; mezclé una rosa de color penetrante con el nombre de mi trabajo que ha de ser un Tratado de largo alcance quemado y resucitado".

(XXVI)

En dos mensajes de forma idéntica, Margarita y yo recibimos de Ana de Peñalosa la orden de presentarnos en el Hospicio para que veláramos a los enfermos. Una interrupción tan súbita nos provocó un profundo descontento pero nos presentamos escrupulosamente a las regentes con una de sus cartas. La que nos recibió no quiso enterarse del contenido y murmuró, cabizbaja, para su cuello de encaje:

-«La buena voluntad basta».

Esa noche nos quedamos de guardia sin tener aparentemente nada que decir: el fuego estaba apagado en la gran sala común que, en este caso, era una enfermería y una Capilla. Eleanora quiso encenderlo para volverlo menos secreto y para que participara en la vida de mi venida que, aquel día, estaba sin destino; menos que rutina, obediencia, y atravesar pasivamente un tramo de noche. Quería escribir una leyenda para la escena, pero la escena estaba suspendida sin contenido definido que guiara mi espíritu: dos mujeres vestidas de negro

sentadas a ambos lados de la credencia reposando los pies a la lumbre representada por los ladrillos recién calentados; estaban a la espera de la obra, o la obra las esperaba a ellas; muchos síntomas desconocidos estaban tumbados sobre las camas una muchacha llamada Alice cuyo cuerpo tiene una complexión inusitada, una rosa, una imagen de la luna en su conjunción con el sol; una planta exuberante que aún guardaba el olor de sus jugos y esencias,
pero cubiertos por una espesa nube que fatigaba las manos y la espalda al ser levantada. –Somos un flaco espíritu -dijo Eleanora.- Durante horas y horas antes de la Misa aún sería de noche y el oficio se aprendía en una relativa oscuridad.

Todo ello bastó para que las monjas vinieran a importunarlas con preguntas incluso silenciosas. Bastaban las miradas, los rápidos pasos frente a la puerta que, esa noche, estaba abierta dejando entrar un aire adormecido.- Denme su bendición- decían algunas creyendo que se trataba de hermanas de mucha luz; Eleanora volvía la cara; Margarita crispaba la mano con repugnancia y se hundía en una espera de comprensión inaccesible, de no ser la del descendimiento de un dragón santo. «Sobre todo no debemos hacer nada, a no ser leer, releer y meditar. Hasta que venga la madrugada y las hermanas regentes entren celosamente en el hospicio».

(XXVII)

«Luis, hoy no he ido a cumplir con el cuidado de los enfermos; me he quedado sola, completamente sola, me he retirado al fondo del jardín de Plantin en el espacio ocupado por un macizo de girasoles; no sé si es el Otoño, pero mi cuerpo alcanza una experiencia de muerte que es tal vez el indicio del comienzo de la obra; el viento ha cortado tres altas flores, de esas que tienen aspecto humano y cuya cabeza pende como el sol sobre el hombre; primero las junté para dejarlas en la

tierra, ya con los ojos empañados de lágrimas; después llegaron las lágrimas que dicen la verdad y me alejé hacia nuestro libro llevándomelos a todos conmigo».

(XXVIII)

Para llegar hasta el cuarto de Eleanora debo recorrer durante algunos segundos el interior de la casa donde no hay un solo pájaro ni movimiento; en compensación, hay constantemente un volumen de voces en oración y cuerpos que huyen de mí arrimados a las paredes; hay tres beguinas de estatura desigual que constantemente surgen, mujeres desamparadas que entraron allí para desaparecer; siempre, antes de entrar en el cuarto de Eleanora, veo la enorme sombra de un hombre proyectada en la puerta y, fijos en él, los dedos de una joven beguina que hace mucho envejeció; en el interior, Eleanora, de pie, también presente en la sombra que se eleva entre nosotras y dirigiéndose hacia la mesa con quien habla escribe con destreza sobre las plantas permitidas; está en el momento de ser joven y de presentarse joven al mundo, su cabellera cortada me hace bajar los ojos a la sombra del hombre que se extingue; entro en el cuarto y le cuento como lección de la noche lo que acabo de sufrir; ella escribe y echa las hojas a las llamas pronunciando el nombre de Luis; «cállate», murmuro sin dejar la entrada de la puerta y por no querer identificar la sombra del hombre. En el corredor, las tres hermanas se lamentan, como suelen antes de irse a acostar, o rezan, como suelen antes de dormirse; vemos entonces nuestro sexo perdido aparecer en las cenizas con la apariencia de un carozo abierto que ha sobrevivido a la prueba del fuego; Eleanora avanza hasta el umbral de las llamas y su sombra despojada de vestido enseña a Luis M. el profundo viaje que él desconoce. A mí, que la debía guiar y enseñar, me

invade un íntimo respeto, y con los ojos cerrados me echo en su mesa de trabajo para ser tomada.

(XXIX)

Iba a fregar la inmensidad del suelo de la sala que, al mismo tiempo, es enfermería y Capilla, cuando el niño me trajo una carta en que habían escrito como dirección, «inmensidad de jardines, palacios, iglesias, viejos conventos, eminencias y torres». Este es mi seudónimo, el que circula entre la Gran Dama, Luis M. y yo, y así reconocí que la carta me estaba dirigida. La abrí con cuidado, después de limpiarme las manos de la humedad del agua, y de nuevo como único texto leí «inmensidad de jardines, palacios, iglesias, viejos conventos, eminencias y torres». Era una orden, o sugerencia de partida, como si ya hiciera mucho que yo estuviese fregando el suelo en aquella parte del mundo, y me puse a intentar descifrar hacia dónde habría de ir: no hacía más que sentir algunas calles simétricas de futura estructura pombalina y comprendí que había de cambiar Amberes por Lisboa.

También habían escrito, en un segundo texto separado al lado del primero, que debía dejar el saber de Margarita como real presencia

vivir en la ciudad de Lisboa en una pequeña casa humilde al Oeste de la Puerta de Santa Catarina, ponerme al servicio de un hortelano y su mujer,

y cultivar la tierra. Solo por la noche, si por casualidad viniese al encuentro de mi espíritu una hora perdida, podría entrar en contacto con Margarita ya que, ella, se quedaba en Amberes, en casa de Plantin, para aprender el arte de la tipografía y, más exactamente, para recoger la experiencia de los alquimistas y la doctrina dualista de los cátaros. Tal diferencia de destino me sorprendió en un momento de gran sensatez y, después de haber extendido en un paño mis flores y sustancias simples,

después de haber sopesado que, de cualquier modo, también iba a descender a un universo subterráneo, vinculé Amberes a Olissipo donde había, al fin, nombres extraordinarios para mis gatas –Buena-Hora, Gracia, Desharrapada-, pues iría a encontrarlas vivas en casa del hortelano Alisubbo.

(XXX)

Estoy echada en la cama que es mi mesa de trabajo, mi banco y, muchas veces, mesa donde me sustento; la frente de Alisubbo y el olor tibio de los árboles frutales se encuentran a la entrada de la puerta donde el perro acecha un hueso sin atreverse.

En el profundo ritmo del cansancio...

aquí tengo mi biblioteca de hierbas; ¿no tendrá Margarita un herbario de libros?;

de noche, en esta soledad porque no conozco la ciudad, en esta soledad porque apenas conozco a Alisubbo y a su mujer, toda esta tierra de campos, yermos en parte, pero aún así trazados de sementera y huerta, con vergeles, viña y olivar, regresa con intersticios de oro hasta mi cama, y reúno en la memoria frases que me deleitan; sin embargo, nada aquí me es desconocido, y es normal, porque incluso aunque estuviese desterrada, querría ser cátara como los cátaros, y polvo con el resto de la tierra. Si es verdad, como me enseño a mí misma, que cada ser que encarna posee, en lo invisible, su correspondiente celeste, el Ángel, tengo el vago presentimiento de que él está más presente aquí que en Amberes, y que tal vez sea posible no llegar a procrear nunca como Alisubbo detrás de la cerca.

Estoy menos agradable a la vista que antes porque, por prudencia, me dejé caer el cabello, y me ensucié el rostro con ceniza; cuando llevo la comida a los cerdos, me quedo junto a ellos más de lo necesario, y hoy le dije a la cerda preñada: -El

embrión está en su matriz; tiene cuatro semanas y algunos centímetros; y yo todavía hablo.

Escribir no escribo; Margarita escribe.

(XXXI)

Los fieles del amor se aproximan sin esperanza que pueda ser pasajera; es noche súbita después de mi trabajo que ha consistido en varear olivos y, más tarde, recoger las aceitunas en mantas; en mi canto, Margarita ya no penetra tal como es, ni en recuerdo, ni en milagros, sino en soplo de luz. He acumulado en mi lecho varios sacos de paja, y él se ha elevado distanciándome de Alisubbo y de las gallinas que entran en casa para dormir sin miedo. Alisubbo me llama, y se queda sin respuesta. Remiendo las sábanas pensando en el fuego, y la mujer de Alisubbo, de nombre Alice, aún está en el umbral por el frescor de la tarde con la puerta abierta. Es medio ciega, casi vieja, y muy bondadosa, tras ella hago las faenas de la casa recogiéndole innumerables objetos que ella deja caer pidiendo perdón: -"Perdóname Señor porque es un castigo que no tenga los ojos de antiguamente. Perdóname Alisubbo porque son las cuatro pasadas y..." – Su soledad y la mía invaden este tiempo de las cuatro de la tarde.

(XXXII)

Dice que hace dos noches tuvo un sueño. Era un sueño que hice mío. Le pido que me lo cuente, me dice que su ceguera le impide tener buena memoria pero que, en lo oscuro, alguien o alguna cosa quería matarme pero que otra aparición

pavorosa surgió por detrás y paralizó la amenaza de la primera de manera fulminante.

(XXXIII)

Alisubbo es errante como alma. No está quieto desde la salida hasta la puesta del sol y, en cuanto se sienta, surge un nuevo trabajo, a veces una nadería que efectúa minuciosamente afirmando que las plantas tienen su destino. Profiere también frases enigmáticas y yo creo que fue a causa de ese lado envolvente por lo que Luis M. y la Gran Dama me habían enviado aquí. En cuanto acaba de regar la huerta sube a la ciudad en la madrugada limpia de sangre sin que yo sepa qué sitio de Lisboa es su dominio; cuando regresa, se cultiva con la tierra; cuando planta las patatas lo hace con rigor y, al mismo tiempo, las eleva en el aire y les dice una palabra antes de cubrirlas. Se echa la siesta sin sosiego levantándose mil veces para cuidar un tronco, desviar o matar insectos, enderezar una judía verde, o trepadora, echar agua al maíz que se seca de sed; ni de noche se acomoda definitivamente para dormir

se levanta para apagar o encender la vela, llamar al perro que se aleja por ahí, partir la última leña de la que se ha olvidado. Alice me confió que su nacimiento es un misterio turbio.

- Ni ser mortal, ni ser inmortal, ¿pues qué es? –me confesó ayer, en una conversación junto a la cama antes de irme a dormir.

- Te espero allá abajo –dijo Alisubbo porque quería hablarme.

«Allá abajo» es el sitio dorado de los terrenos de cultivo, con flores que son la salvación en este final de septiembre, dalias ciclamen y amarillas, lilas, blancas, y de colores para los que aún quedan palabras por conocer; hay también con nosotros

girasoles, los que aún persisten y los que mueren. No pienso que sea la casa de Alisubbo sino el jardín de la Comunidad y que Blanca, Marta, María, llegarán aquí a tener como enigmas ponderados y resplandecientes; hay también limoneros y petunias, y trepadoras que se inflaman en mi mano cuando las toco; proyectan campanillas amarillas sobre nuestras cabezas que están cerradas a nuevos pensamientos; hay también geranios, y una multitud de plantas olorosas desde menta a romero, y no sé por qué razón él me quiere hablar.

Alice me mostró tierra detrás de la casa. Y yo comprendí que por voluntad de nuestra Comunidad había ido allí, no solamente para ayudar a los hortelanos, sino a aprender las cosas necesarias para la realidad de mi destino.

Ese día Alisubbo nada me dijo y a la mañana siguiente había neblina, lo que es raro en esta época entre estaciones. Yo no sabía lo que quería decirme después de tan larga duda: «Si yo pudiera...». Tal vez si pudiera haberse vuelto de pronto casi mudo igual que su mujer era casi ciega; de repente se quedó tranquilo, sentado debajo del olivo sin un movimiento ni de gestos ni de palabras; uno al lado del otro, Alice y Alisubbo no se hablaban al modo habitual, dejaban reposar entre los dos el distanciamiento, lo que en cierto modo era idéntico al tipo de relaciones que yo deseaba mantener con Margarita. Detrás de la casa estaba la choza particular de Alisubbo, al igual que estaba la alberca particular de Alice rodeada de olivos, los árboles de este país.

(XXXIV)

Margarita,
estoy en casa de un hortelano, a las puertas de Lisboa, ciudad que nunca había visto y debo ver, según me dicen, desde lo alto de una de las colinas para poder observar el Tajo-río, y la

desembocadura en el mar. Alisubbo me lleva allí mañana y, de deseo, casi no puedo dormir ni escribirte.

(XXXV)

No sé por qué, pero en casa de Alisubbo nunca hay manifestaciones de cólera; es como si siempre ardiera una vela sobre nosotros y capturara cualquier otra especie de fuego; él se agacha repetidas veces al suelo y creo que dialoga, en total sosiego, con la tierra que lo ha de hacer.

El viernes Alisubbo fue víctima de un gran sobresalto; le abrumó una visión y me dijo que, aunque lo desease mucho, aún no podría
llevarme
a Lisboa,
al Largo do Convento da Encarnação,
tan pronto.

(XXXVI)

El agua, solidificada por el frío, cristaliza siempre con el mismo sistema; día 30 de noviembre, hoy nieva sobre el patio interior, el reloj de sol que marca el centro ya está cubierto. También mis días se han visto cubiertos por la partida de Eleanora y no he osado, con el respeto que les es debido, hacer ni consultar los libros. El tiempo ha pasado y ya no es Plantin quien reina sobre la Casa, sino su nieto Baltasar que nos anunció que su lema será una estrella. Nadie repara en mí, no por indiferencia, sino porque quieren dejarme vivir, y puedo quedarme sentada la hora que necesito junto a la fuente que tiene la forma de una silla y que se apoya en la tierra con garras. Tamaña inteligencia y trabajo veo en la viña alta colocada por Plantin que sonrío constantemente a la luz del invierno, aunque andando y con los ojos bajos, la perspectiva

mude: podría parecer un patio carcelario liberado por la procesión hermética de las ventanas y por el cielo de las tres estaciones del año; el sol ha iluminado ahora uno de los treinta y seis cristales de una ventana, por mí ya contados.

Sin el fuego, no puede efectuarse ninguna combinación, ni siquiera la del agua; me mantengo tan joven como era y aquí siguen respetando mis aptitudes para actuar y pensar como reflejos de la belleza.

(XXXVII)

Eleanora agua,

mal te imagino donde te encuentras. ¿Qué es el país de Portugal? Comencé a estudiar la lengua en que habitas con tal deleite que ya puedo contarte en ella mi vida como casi corregir pruebas de sus libros. Mira si está bien escrito lo que voy a contarte pues me decías en la última carta que, por seguir el camino del saber de infancia, en cuanto allí llegaste oíste a Alisubbo darte la bienvenida, y a Alice decirte lo que debías hacer y donde te debías echar:

hace años, un día semejante a este, fue mañana de luto: dos tipógrafos de Plantin habían sido acusados de herejía y la Justicia había entrado en esta casa; me acuerdo de que un esbirro se encontraba junto a la vid y la vasta memoria de estos libros era investigada escrupulosamente; yo estaba sentada estudiando en la sala de los correctores, penetrada por la lengua en que te escribo; me habían mirado desde lo alto y yo les había dado a entender que venía de otro reino y que mi origen era el origen de la tierra. En esa lengua les hice las siguientes preguntas: -¿Quién sois en la actualidad? ¿Dónde estáis? ¿Por qué y cómo vinisteis a parar aquí donde os sentís como dos extraños?- Un sirviente había entrado y había dejado frente a mí nuevos textos que se elevaban con un volumen que alcanzaba casi la altura de sus cabezas. -¿Dónde estabais y

quién erais cuando poseíais vuestra identidad verdadera? ¿Cuándo podréis volver a esa situación inicial, y renacer en vuestra entereza perdida? – Uno de ellos puso la mano encima del volumen, colocó sobre él su hoja de papel y creí comprender que escribía que yo era una loca o una extranjera. Yo seguí hablando en portugués: -Estoy al servicio de la Gran Dama en el lugar de mi destino; no para ser esclava sino para ser un eslabón. – Me interrogó en francés, y yo no me callé en la otra lengua: -Penetré con razón en el mundo de los delirantes... –Se quedaron tranquilos cuando supieron que era una beguina y, como ellos sonreían, yo sonreí.

Lo único que todavía preguntaron fue: -¿Dónde está la hermana que debe acompañarla? – En el cielo. – Y a partir de ahí, nuestro encuentro se cerró como un libro.

(XXXVIII)

Eleanora tierra,

no debía hablarte tanto de libros porque tú, naturalmente, donde te encuentras, no tienes a tu disposición textos, ni ocasión para leerlos; mientras tanto, en mi mesa, se acumulan las siguientes obras: la Biblia Regia, o Biblia Políglota en cinco lenguas, los tratados botánicos de Dodoneu, L'Ecluse y Lobel, partituras musicales, y basta recorrer algunas páginas para que el libro quede en mí latente en toda la acumulación de su saber.

(XXXIX)

Eleanora fuego,

fue bajo el imperio del saber como, con gran escándalo, derribaste la llama de la vela; fue un momento tan importante que nunca dejo de pensar en él, sea cual fuere la hora del día en que me ocupe. Nuestras hermanas, las beguinas, soltaron

una exclamación, parecía, Eleanora, que su virginidad, o viudez, había sido violada; más tarde, se abrió una llaga en tu pie, yo decía que el fuego se había incrustado ardiendo
eternamente y
quebrando la regla de lo permitido y lo no permitido, muerdo tu tobillo, fuera de la Comunidad, ya en la casa de Plantin-Moretus donde nada, a no ser el saber de los sueños, nos guía.

(XL)

Eleanora disolvente,

Plantin siempre vestido de negro, y el negro siempre vestido de Plantin. Plantin es un atributo del negro. Lo encontré en la Gran Biblioteca, debajo del Altar; alzo los ojos hacia el Cristo con el sentimiento de no poder consolarlo de su destino. Me quedo sentada en una alta silla, mis faldas no rozan el suelo, él me pregunta con quién aprendí las lenguas extranjeras. – Aprendí. – Tras él ya vienen los Niños del Coro que van a cantar Misa a Capela; el más bajo, el rostro elevado en una especie de concentración en las funciones que iba a ejercer, me atrajo de tal modo que volví discretamente la cabeza. Si este niño no es hijo de Luis M., ¿quién,
si no mi hijo,
o tu hijo
podrá ser? Por la noche, con el rostro de ese niño ya no presente, en la Plaza del Mercado del sábado, y en las calles como la de los Peines y Espíritu Santo, que rodean la casa, bandas de muchachos malignos derriban a los transeúntes y con puños cerrados, de metal, llamaban a las puertas que se abrían atravesadas por un hechizo que no puede describirse, aunque sus voces dijeran a coro: «los alquimistas nos engañan y nos prometen lo que no tienen; se creen, por burla, maestros de la alquimia; nos dan, en vez de oro y de plata verdaderos, un metal que nos engaña.

Ordenamos que todos esos falsarios abandonen para siempre Amberes». – Reconocí, en estos términos, frases de la Bula «Spondet Pariter», del Papa Juan XXII, y como después del cuarto creciente vino luna llena, y no quería que me encontraran, subí las escaleras hacia mi cuarto, y me escabullí por innumerables corredores. Pero a la noche siguiente, próxima por haber sido el día corto y vacío, la misma banda sin rostro atacó en las mismas calles,

en el momento en que me echaba pensando por qué razón vivía en una casa con la divisa Labore et Constantia, y el Compás de Oro como símbolo. Pensé entonces que la herejía nos cubría; me vestí con mi manto más grueso para que pudiera dudarse de si era hombre o mujer, y afronté la calle con mucho frío: «Bandas de muchachos sueltas por la ciudad causan muchos estropicios, sin que yo consiga determinar que fuerza, o jefe, los organiza. Estando en la calle, veo un grupo de esos muchachos, y decido seguirlos; surge un vehículo en ese momento, y el conductor, alguien joven, con la cabeza cubierta y sin barba alguna, los hace subir precipitadamente; en vez de disimular lo que había visto, vuelvo la cabeza y me lo encaro sin disimulo. Más tarde, otra persona que también soy yo misma, concluyó que, siendo yo una terrible testigo, tal hombre había pretendido matarme».

Fue por ese motivo, y por consejo de Plantin, por lo que traté de abandonar aquella casa, y sitios; pero me faltaban referencias y amigos en otro lugar, excluida la posibilidad de volver a integrar en nuestra Comunidad sedentaria de beguinas, o de ir a encontrarme contigo.

(XLI)

Pero no tuve siquiera tiempo de reflexionar sobre mi partida pues, no habían pasado cuatro días cuando el mismo hombre vino a verme con intención de matarme; en cuanto se

sentó, cuando lo invité, frente a mí, comprendí que estaba preparada para recibirlo; y dándole la espalda fui a la ventana y me asomé al jardín de Plantin-Moretus, que reposaba en un gran brillo, y donde las flores, con la parra, mudan de estado.

(XLII)

No me sorprendí por continuar viva, después de la partida subrepticia del hombre; tal vez hubiera muerto, pero mi amor por Vos no había cambiado, ni la acritud de mis lágrimas.

(XLIII)

Al día siguiente de la visita probable de esta muerte, estaba con nosotros un hombre que quería convencernos de que era capaz de hacer sus necesidades ante nosotros; nos pusimos, obedientes, en dos filas, y él pasó entre nosotras, agachado y con los pantalones en la mano llegando al resultado que se había propuesto; al final, formó con sus propias heces grandes bolas y nos las arrojó bruscamente a la cara; yo fui irreflexiva y, al abrir una puerta de la Casa, que Plantin cierra con llave, di con una vasta sala iluminada en que vosotras, las beguinas, sentadas a largas mesas, escribían vuestras vidas; la primera parte pertenece a un sueño.

La segunda es una visión.

(XLIV)

Las bandas de muchachos, al partir, dejaron una calma que presagia un nuevo brote de violencia.

(XLV)

Tú estabas con ellas, y te dirigí la palabra:

- ¿Cómo estás, Eleanora?
- Bien. ¿No has leído mis cartas?
- Sí. En apariencia.
- ¿Qué escribes?
- Lo que lees. – Hubo entre todas un momento de silencio, y Marta dijo:
- Tu visión te ha engañado. Nosotras no escribimos nuestras vidas.
- Lo sé. En la sombra, vosotras escribís libros para Plantin-Moretus, que yo corrijo más tarde; o, más tarde, traduzco a varias lenguas.
- Sabes, Margarita –llamó mi atención Eleanora-, el hombre de tu sueño no era un sueño.
- ¿Entonces quién era?
- Era Alisubbo, con quien vivo en Lisboa, y te quería mostrar su cuerpo...
- ... separémonos. Quería decir el sueño de Alice.
- Era Luis M. –dijo inocentemente Blanca. – Le habíamos odiado tan profundamente por ser hombre que solo nos quedaba tomarle gusto.

(XLVI)

Puse, de nuevo, el reloj a trabajar. Ya que ese deseo, muy fuerte, me acompañaba, miré a mi alrededor para escoger el motivo con el que hacer el amor. Domingo, y la ciudad está cerrada. Llego a la ventana, y pasada la procesión de las reliquias, la tarde se arrima despacio a la noche. Dentro de la sala la llama estaba encendida, vela de cera de abejas, o luz de aceite; yo no veía nada, a no ser la claridad presentida en la sombra. Margarita, la hija de Plantin, tocaba su instrumento de cuerda frente al reloj de sol, en el centro del patio interior. Sin frío y sin angustia se había sentado de mañana, el criado

le había llevado la comida, que el perro lamió. Espera a su amante pretendiendo que la música ejecutada en casa se extingue por no tener contacto con el verdadero aire.

Su amante, que llegó tarde, levantó el rostro, y no dejó de mirar para mi ventana donde no se encendió la más mínima señal. Creí reconocer a alguien, Alisubbo, como tú decías; Luis M., como diría Blanca. Ese hombre permaneció de pie junto a las siete columnas, retrocedió, se sentó en el banco de madera tan sólida que casi es piedra; apoyó la mano en el mascarón de la fuente que vierte (vertía) agua en cada momento de su vida.

Volutas y garras.

Bajo al jardín. Camino hasta el reloj de sol. Retrocedo ahora, y retrocedo, y retrocedo siempre, oyendo los pasos de Plantin entre los bancales rectangulares; Luis M., el posible, se colocó junto al busto central, en el lado sur del patio; alzo los ojos al compás cuya abertura determina el diámetro de la esfera armilar; todos los bustos de los hermanos Moretus están envueltos en laureles y frutos, el cuerno de la abundancia; ilumina la cabeza la estrella de ocho puntas, entre cada dos puntas, un rayo de fuego. De ese fuego nace la vid en los dos lados que reciben el sol. Paso por Luis M. como él pasa por mí: en silencio y sin adoración. ¿Habrá decidido para siempre no hablarnos con su propia voz?

Yo soy la más vieja, la que sucederá a la Gran Dama: Margarita. Me apoyo en el banco para que la piedra me toque. Esta noche, Luis M. es huésped en casa de Plantin, y él es el propio mensajero de sus cartas que deja, con discreción, en el centro de mi lugar en la mesa, en el centro de mi mesa de trabajo. Y luego se fue.

(XLVII)

Tuve la impresión de que había pasado la muerte, que un cuerpo sutil en sus diferencias,

había venido a exigir nuestros cuerpos,
Eleanora,
Entrada abierta en el palacio cerrado del rey.

El día 25, por la noche, cayó una helada; el día 26 hubo un poco de nieve, hoy, 27, hace frío. Mañana el tiempo será más suave; el día 29, lloverá. El 30, el tiempo será incierto.

(Sabes la importancia que todas damos al tiempo. Si te hablo de él, es porque debo hablar de él).

(XLVIII)

El río nace sobre Lisboa; es un estremecimiento toda esta niebla. Avanzamos por entre la humedad hacia el agua, Alissubo y yo, en la madrugada del 24. No conozco la ciudad ni conozco el río. Conozco ciertos aspectos que pasan por el aire, en la huerta. Mi trabajo ahora es acarrear baldes a casa, me inclino en la represa y espero al agua pensando ver Tajo-río. El perro Tajo sigue tras de mí, cuando voy cargada, la estela de mi rastro. Le llamamos Tajo para nombrar al río varias veces al día, y que podamos partir.

Después de tanto tiempo, hoy he mirado mis manos. Estoy vestida sin valor ni desviación de la Regla, y un cuello blanco acentúa la inflexibilidad de mi comportamiento.

No te cuento mi vida para que te preguntes. No cambiaría uno solo de estos afectos por los libros. Forman parte de esta inclinación personas, montes y valles, la propia huerta y el aire que nace, vosotras, todas las amarguras y fatigas,
y los baldes.

Recibí noticias tuyas que me decían textualmente: «Se quedan a mi lado, cuando me acuesto, las historias (narrativa) de la infancia, como queda la biblioteca de los místicos.

Navidad tiene para mí una significación – unión (confluencia) de principio y de invierno con caminos intermedios de vida que me visitan en sueño y vigilia. Seres pensados en sus imágenes eternas –animales, hombres, y lo que está más allá de ellos.

Si Plantin y su familia no partieran, si no pudiera encerrarme diez días en casa, tendré pena y una especie de añoranza. Los visitantes se quedarán en la puerta, no osarán entrar en la iluminación ocupada de la Casa. Ellos, o yo, nos quedaremos solos. Pide, pues, Eleanora, que tal no suceda. He de confiarte lo que habrá de pasar».

Margarita,

yo parto precisamente en peregrinación a Lisboa, lo que, por primera vez me sucede porque, más allá de mi gran deseo de ver el Tajo-río, hablando de tus votos de soledad por Navidad a Alisubbo, él me dijo que una peregrinación, o un viaje, puede ser más que una oración. Así, para que consigas quedarte sola, parto con Alisubbo a Lisboa. Él será mi guía, y su mujer no tiene celos. Y, si consiguieras quedarte sola durante diez días en casa de Plantin, seremos dos tus visitantes en nuestras genuinas imágenes.

(IL)

Margarita, deseo hacer el amor con un pájaro azul. En la época en que me confiaste que la Plaza del Mercado había sido invadida por una banda de muchachos, se aproximaba el fin de Año; parece que no ha pasado tiempo pero acaba otro año y, para celebrar múltiples cosas, voy, como te dije en la última carta, a Lisboa con Alisubbo. Durante todo el camino, después de descansar, o aún sintiéndome fatigada, deseo hacer el amor con el pájaro azul que con la altura de un ser humano, y las alas abiertas, anda firmemente a mi lado, y se sumerge en presencia de Alisubbo; Alisubbo respeta mi enajenación, y se hizo mi guía mientras veo. El deseo me prende, y me quedo

atrás, viendo si el pájaro azul también se queda conmigo. Se detiene, me mira con su color azul y sus plumas, y su pico. De mirarnos tan intensamente, volamos sobre una piedra con que levanto el peso del tiempo:
En la Madriguera hay gente de mar, y Alisubbo dice que aquí el mar es de toda la gente –pescadores, pescaderas ambulantes, estibadores, nobles que desaparecerán, monjas recoletas, y traficantes de pescado. Me conduce a la esquina de las Trinas donde existe un hospicio de las Señoras de la India – Madres de Goa: -la Casa conventual –apunta Alisubbo. Estamos frente a una puerta en cuya cerca pone: «1651. Ésta es la casa de Dios». No quiero entrar, aunque haya considerado a Alisubbo mi guía.

- Verás a quién llaman Tajo-río –me dice él.

(L)

Estas mujeres viven rigurosamente separadas en la realización de un destino; las veo pasar hieráticas, como yo, que tengo esa experiencia, nunca vi; encarnan el trabajo que hacen y las que lidian con la ropa, reservadamente, parecen haberse vuelto tejido; se complacen en la blancura de los almidonados y reconocen en la apariencia y con los ojos bajos, la urdimbre en que todas habitan. Le pregunté a Alisubbo, lastimeramente, por qué me dejaba aquí, si éste era Tajo-río. Se quedó mudo, con su mudez infranqueable, y dibujó con la mano las olas del mar. Le hice saber que prefería volver a la huerta, a los claros secretos de Alice: hizo un gesto con la cabeza, y me comunicó que tenía dónde ir sin mí.

Habíamos cruzado la cerca y llegado al comienzo de la Casa. En la gran sala en que recibían a los visitantes, las monjas pasaban sin cesar, y yo ya reconocía el trabajo que cada una hacía e incluso las oraciones que en lugares solitarios hacían. Poseían gestos preclaros, de noble origen y excesiva

nitidez; había olor a lavado, permanentemente; en la sala próxima, se abría la entrada hacia la ropería, poblada de armarios vacíos con altas pilas de sábanas de algodón y, sobre todo, lino –sencillas, con encajes o bordadas conforme a la sangre de quien procedían. Traían ajuares, como las novias.

Yo, pronto, aunque mi estancia se volviese larga, había de no ignorar sus mitos.

(LI)

Supe, entonces, Margarita, que no te podía escribir pero juré enterrar mis cartas junto a la raíz de los rosales porque «por las raíces de los rosales», según uno de los secretos de Alice, «pasa el mensajero».

(LII)

Las que cosen la mayor parte del día, son las más soñadoras; si no cortan los hábitos, para ellas mismas o para enterrar a los pobres muertos, bordan en cambray con hilos casi invisibles, casi siempre blancos; se levantan de las sillas con una levedad inimaginable, y corren hacia los altares a fijar las llamas de las velas y cambiar las flores; que un hilo de lino caiga al suelo es ya una imperfección; que un tejido se arrugue, es ya una falta; que el vestido se sueñe sobre el cuerpo, es ya un pecado.

Las que cultivan el jardín la mayor parte del día, bajan más la cabeza que las otras; se nota sobre sus nalgas desaparecidas, cuando los grandes mandiles están ausentes; miran alrededor para cerciorarse de que, en todas partes, las flores continúan frescas, y sonríen felices por vivir en contacto con el aire libre.

En el día de Navidad, casi un año después de mi entrada en este recogimiento, supe por una de las que cantan en el

coro, teniendo voces que agradan al Señor de los Ejércitos y no pudiendo proferir una sola nota de canto cuando están solas, que iría a encontrarme con el hombre que habitaba en las buhardillas, y que vivía como escondido en el convento; debía todavía estar en Siam, en Conchinchina, en Liampó, o Limpacau, mundo de ambiciosos e insubordinados venidos del país de Tajo-río. Fui conducida por una de las que cuidan a los enfermos, casi siempre viejas o viudas, y que pueden afrontar todos los enigmas de los cuerpos.

Como era de madrugada, que se veía por la ventana en pleno río, en vez de decir «buenos días», le saludé: -«Buena madrugada». Era un mercader, un pirata, un marinero, o caminante. –«Buenas últimas horas de madrugada, mercader de China» – continuó, con comedido respeto, Eleanora, todavía vestida con su hábito de monja: -«Oro de Japón, plata, seda, manufacturas de China, especias de las Molucas. Clavo». – «Corea, Manchuria, Mongolia y Tibet» – le dije mientras dejaba caer la cabeza y la monja se alejaba.

Proferidas las palabras de contraseña que me enseñara Alisubbo, solo me quedaba esperar lo que pudiera pasar; el hombre estaba sentado y zambullido en ropas blancas y castañas desde el cuello; la noche ya se volvía extraordinaria sobre la llama de la vela, que esparcía un olor de última claridad.

- Antes de intercambiar nuestros saberes –dijo él-, intercambiemos un poco nuestra ternura. – Me quitó el rosario de la mano, único signo de afecto que tuvo conmigo durante el tiempo en que clareaba.

(LIII)

Así he de decirte lo que me dijo, a su modo:

« – Hodie, puer natus est nobis.

Todo es siempre la primera vez.

Un tiempo todo dado, de una sola vez, singular.
O para que el cuerpo lo memorice, todas las veces que sea necesario mostrarse:
Un solo tiempo, un solo cuerpo, una sola forma
sin duración sin extensión sin volumen.

Así el cuerpo. Parte por parte, saboreado,
o embutido en la intimidad
del juego de niños, siempre nuevo, sin estrenar.

Del mismo modo, la Forma. Una sola, en posibilidades varias.

Uno y una; uno y dos; dos y una; dos y tres.

Uno y una, íntimos.

Uno con dos, fraternalmente.

Dos amantes, en una, atraídas por sus aberturas.

Dos amantes, con tres, hermanadas.

Fuera del Cuerpo, todo se puede guardar: la duración, la extensión y el volumen. Pero en el mío, guardo singular un juego de niños, sin otra Ley, sin mirar de otro, sin gesto ajeno».

Bajé de las partes inclinadas de la casa sin haber señalado un nuevo encuentro; pues estaba escrito que me encontraría en un desierto de gran violencia; en el desierto de mi celda, con los ojos bajos, intentando enterrar el recuerdo de Navidad en que la regla de la simplicidad absoluta fue dulcificada por una bondad inesperada de Blanca que trajo del bosque cierto árbol pequeño que compuso en la sala de entrada con sus adornos de velas y flores.

Esta comunidad de Lisboa es de hermanas verdaderas, aunque no de nuestra verdad; más allá del canto, y de las voces en oración, nada hubo. Completamente perdido el rastro de estas mujeres que veo alejarse por los corredores. Pero yo intento mirar el árbol de nuestra Navidad, y tumbarme a su sombra. Sin hacer nada. Ni escribir. En este fin de año las

beguinas se fueron a dormir, descansan. Me siento llena de trabajo en un cuerpo entero y fatigado; esta cerca, esta casa, estas hermanas dobladas unas sobre otras, este escrito, esta Navidad. Como hacía Marta, abrí algunas puertas y pasé varias veces por ellas. Descanso sobre Dante, encima de la espesura de su libro. Él lo escribió, yo lo escondo, una osadía que después te contaré. Debajo de él, hay un Nietzsche en su Aurora, este nacimiento se me reveló de aquí a algunos cientos de años, el volumen bordea lo invisible, aunque ya consistente en cierto espacio. Permanezco en este ambiente de velas y voces de varios orígenes.
Sin embargo, la voz de ese hombre me llamaba; tal vez porque parece formar parte de una gesta del principio de los pueblos, el pensamiento de ese hombre se me transmitió por el canto de un pájaro que yo identifiqué sin conocer su nombre; es uno que se posa en el tilo y que se complace en ser mi intermediario entre tú, Luis M. y, a veces, los restantes. Por esa vía os llegarán mis cartas.

Hay quien se complace exclusivamente en el mundo visible.

(LIV)

En otra ocasión,
en otras peregrinaciones que haré más tarde con Alisubbo, me he de aproximar a este Recogimiento por mar; son parajes enredados en múltiples caminos y hay cementerios entre naranjales que hablarán de nuestro paso; habíamos perdido el sentido de los muertos,
según los otros hombres,
y solo veíamos sus obras levantadas entre nosotros; será esa una época de exaltación, ya llueva o permanezca absorto el hombre; el habitante de la buhardilla no dejará su patria de inmovilidad aunque en su ámbito haya siempre un flujo y

reflujo de movimiento; me dirá, finalmente, el pájaro que es un hombre de Estado expulsado de su territorio y condenado a desparecer por consciente asesinato perpetrado por la generalidad de sus leyes; su espacio será, después, una nueva reclusión a la que deberéis buscar acceso también
por mar;
semejante figura psíquica pavorosa imagina, Margarita, que podrá ser Tajo-río, y su placer de vivir; Alisubbo hablará poco, solo para mostrarme paisajes; en estos sueños, en estos devaneos dolientes, caigo aquí la mayor parte de las veces; me vuelvo, poco a poco, la hermana que sueña, la lunática; quería evadirme a un eremitorio donde encontrar la primera respuesta a estas preguntas, a pesar de que vivir toda la vida sola y con él.

(LV)

A principios de Enero, escribo para poder soportar el miedo. O es la menstruación, o es la penetración de un espacio disolvente, en el que todo lo que me rodea, o flota sobre mí, amenaza aniquilarme; son las voces gregarias de la Orden y la universalidad de sus preceptos, que en el asilo donde me trajo Alisubbo, condenan a la intermitente reclusión en la buhardilla al hombre de estado.

Hablo de mí misma en tercera persona: «Quien lo visita es Eleanora en su peregrinación al Tajo-río, y varios días será presa de un miedo tan grande por haber visto al monstruo con razón que caerá en el más desagregado de su femenino desorden; las otras hermanas, muy escondidas en sus hábitos, no conocen el origen de su miedo; al verla castañetear los dientes y negarse a abrir los ojos a cualquier luz, la calentaron con gruesas mantas, quemaron fragancias y apagaron las velas. Se quedó en la cama como un recién nacido».

Como había tenido una crisis, visión o lucidez, esta mañana recibí una carta secreta e inesperada de una hermana que se había reconocido en mi miedo:

«Puesto que eres una mujer lúcida, dime quien soy; vivo continuamente con el miedo a los países, a la organización de las ciudades, a la familia, a la comunidad religiosa en que fui recogida con el temor de que la forma sensible de mí misma se deshaga. Entre tantas hermanas, solo hay dos o tres en las que el amor se respeta; el resto de los días de mi vida tal vez pase por una crisis invisible. Varias siluetas se destacan en este delirio tan próximo a la verdad pero nunca he encontrado entre nosotras un complaciente mensajero; días atrás, cuando pensé que en mis orígenes había sangre castellana y portuguesa, pasé la noche reconstruyendo un enorme acantilado que traía a lomos, y me quedé inmóvil en este presente, en el que solo puedo vociferar; ¿qué tengo yo de común con el monstruo si en su tierra soy sombra pasajera, y en su arena sol que escribe? ¿Tendré que ver con el monstruo como las demás? Visité también al hombre de la buhardilla. Nuestros amores fueron secundarios e inviables. Lo importante era ver, destruir, dormir y despertar en el sueño. Secuestrada, mi lengua». Firmaba «Alice», el mismo nombre que la mujer de Alisubbo.

Cuando, ya convaleciente, fui a pasear por primera vez, me encontré con una hermana muy joven que estaba sentada a la puerta del jardín; su rostro emergía de un frío nostálgico, como es el frío en estos parajes atlánticos. Me hizo esta pregunta delicada:

- ¿Le costó su enfermedad?

- No lo sé – le respondí. – Creo que enfermé para abandonar una enfermedad aún mayor.

-¿Cómo? – Y por la entonación de la voz vi que estaba allí como alguien que está de paso.

-Para que lo comprendieras necesitarías envejecer un poco más.

-No debía haberle hecho la pregunta; a esta hora ya se puede pasear, pero siempre en silencio. Lo que quería saber es muy íntimo: ¿por qué ayer me parecía loca y hoy me parece en perfecto juicio? – Se puso de rodillas frente a mí, y se parecía a ti.

-¿Fuiste tú quién me escribió la carta? ¿Para que yo te ame? – Reparé en que no solo era joven sino inteligente y que en que se decía de ella que habiendo partido su padre, hermanos y todos los hombres de la familia a los Descubrimientos, solo había conocido mujeres hasta dejar su casa, y sombras desde aquel momento.

Una vez recibida aquella carta, y aquel desahogo, comencé a escrutar con redoblada atención el rostro y el vivir de estas mujeres: había sus propias vidas, y los hábitos; los recuerdos (en su mayoría prohibidos); las familias dejadas lejos aunque regresaban en los breves pasos oídos en el locutorio. Los libros prohibidos cubiertos por el velo diáfano de los permitidos; la biblioteca, casi vacía, pero que Alice y yo, a escondidas, visitábamos para que le imaginara espíritus vivos, y le hablara de obras por escribir, de obras desconocidas, de obras destruidas y quemadas, que yo siempre retuve en la memoria; un día, dije a Alice que yo era vieja/y viejo, y no lo parecía, que de esos encuentros imprevistos con el tiempo procedían mis partes de insensatez y lucidez.

Así había sido cuando había pensado en el concepto de desorden y en lo que había sucedido en la cena del refectorio:

El rostro de una de las hermanas más jóvenes, cuando lo observo a la mesa, se vuelve demente o sonriente. El refectorio es tan espacioso y largo que todas las puertas están lejos de nosotras; las refecciones, en que todas participamos, son el mejor momento para conocer el conjunto de cabezas inclinadas sobre la comida que se compone, en invierno, de una fruta, pan de trigo, y huevos; de la hilera de ventanas abiertas en la parte superior de una pared, irradia una claridad

inclinada; Luis M., si penetrara aquí, se transformaría en pontífice, o desorden helado; nos sentamos en los enormes bancos, una a una; la Superiora se levanta y pregunta: -¿Qué es un incendio?- Alice responde: -Es el estado de un cuerpo que arde produciendo calor o calor y luz.- Y otra, de nombre que me es desconocido: -La llama destruye independientemente de su voluntad.- A pesar de la inmensidad de su espacio, el refectorio es sofocante y, cuando la luz del día declina, poca luz queda; aunque permanecía concentrada en el concepto de desorden, oí la voz de la Madre Superiora que seguía insistiendo en el fuego, como si temiese un incendio; pocas aún la oían, miraban la última luz de ese día tan abstracto; pero la oímos, en seguida, preguntar quién quería levantarse; cumpliendo su orden y obedeciendo a mi deseo, me dirigí al aparador y apagué la gran vela para que se cerniera sobre nuestra inanición la oscuridad total; entre tanto, a la cabecera de la mesa, vi el rostro de Ana de Peñalosa como si, por momentos, hubiera venido a sustituir a la Madre superiora; era su rostro menos conocido, sometido a un deslumbrante movimiento de rotación y que lentamente comenzó a captar todas las miradas de las hermanas sentadas; entonces empezamos a comer silenciosamente, tomando la fruta que era una naranja ya pelada en las cocinas; los gajos nos pesaban en la mano y en la boca, y comprendimos que Ana de Peñalosa se retiraba, orientándose sin necesidad de luz; la primera, que no quería resistir, se levantó para seguirla pero la puerta, situada tan lejos, comenzó a crepitar, aunque en silencio.

Algunas semanas después, precisamente un viernes, al mirar a la hermana que se había levantado tuve la certeza absoluta de que estaba preñada. Sin saber qué hacer comencé por callarme; las noches de invierno se habían vuelto muy oscuras pero nunca nevaba; ni había pánico cuando, en mitad de la noche, se oía un grito, pues se creía que, en aquel momento, en cualquier parte de la ciudad, un hombre había

sido concebido. Era una creencia en la que yo no participaba aunque oyese los gritos. Frente al Todo-Poderoso había siempre alguien arrodillado que ayudaba al nuevo ser a entrar en el mundo. Al rayar la mañana le llamaban «la madrina» y esta intercesión era la vocación especial del Convento. Estas mujeres estaban más implicadas de lo que yo inicialmente pensaba en los poderes errantes que provocan nacimientos, abundancias y catástrofes; subyacente a su aparente candor e ignorancia se extendía una capa freática en la que yacía una red de intrincados enigmas; a cada una decía respecto de un cierto tipo de conocimiento que sobresaldría en su discreción si fuera observado atentamente. Comprobé que me alejaba de ti, Margarita, para examinar a otras mujeres que desconocía. Una especie de vértigo me invadió y estas notas, tomadas de noche, cuando ya estaba llena de cansancio, me parecían una escritura irregular dentro de la escritura.

Si yo tuviera miedo de dejar de escribirte, o de que el escrito disminuyera de importancia a mis ojos, habría dejado de observar a estas mujeres, y de tomar nota sobre sus comportamientos. Pero el miedo, en mí, siempre ha sido vano.

(LVI)

No marqué un nuevo encuentro con el hombre de la buhardilla porque creo que ronda entre nosotras disfrazado de mujer, para no ser apresado por sus enemigos; a las mujeres les importa poco su presencia, lo que me intriga sobre la naturaleza de sus deseos, y verdaderas ambiciones; en el último Capítulo querían elegirle Madre Superiora, pero temían exponerle, o exponerla, en un lugar tan preeminente; y ahora la hermana se encarga de abrir y cerrar las puertas y sus ojos nos siguen sin incomodarnos. Nos vamos habituando, progresivamente, a otro destino.

Desnudé el centro de la cocina, me senté en ese centro a escribir; mi móvil es expresar que hay una vida de la que no se habla, y no se manifiesta, y que, sin embargo, llena, ocultamente real, el seno de la primera vida.

Hace unos momentos alguien entró, yo creía que era el trigo, o alguna especie
de gramíneas
pues hoy,
los cereales,
oscilando al viento,
están siempre en el campo de mi visión.

El trigo es como Luis M., en algunos puntos tienen una naturaleza común; quiero decir, como Luis M., o como Eckhart, o como alguno de esos seres experimentados por su más profunda y áspera naturaleza. Las hermanas me dejaron ir a un lugar donde pude susurrar palabras con esos seres, intercambiar con ellos manjares y rumor.

El centro de esta cocina debe de ser un lugar predestinado; fui capaz de captarlo como si captara un manantial de agua. Una corriente pasa por aquí; aquí antiguamente, tengo la certeza, creció trigo, y su esplendor flota en la casa en busca de implantación.

-¿Tienes la certeza, Eleanora? – me preguntó Alice que tiene un entendimiento especial con la noche, y en la noche. En el vasto círculo de estas mujeres hay un pequeño círculo en que no se habla – se entiende; algunas observan la presencia de las gatas y de los demás animales como misterios de penetrante significado; están cultivadas en el arte de los movimientos, y en un hablar en que apenas se entreabren los labios.

Tan delicado comienza a ser mi respeto
por vos,

que hallo vuestra vida conventual de una singularidad rara. Una nostalgia flota en vuestros ojos, y yo sé que no es más que el futuro del trigo muerto,
que ahora,
se os aparece,
de forma invisible. Alice me dijo, silenciosamente, que cuanto más me callara, más los animales rebeldes se me revelarían. Serás –me dio esa esperanza- admitida entre ellas, a mi juicio, si abandonas el duro lenguaje de estas señales; una gata viene a rozarse en mis piernas, y en el lugar del trigo se echa pidiendo que yo me deje atraer por esta duradera imagen.

(LVII)

Me levanté para echar fuera la basura que ya olía mal. Heloísa, la gata a la que mataron, durante el mes de Septiembre, toda la segunda camada, estaba en el bancal protegido, al lado de su hija a la que se parece como una gota de agua a otra. Después de tantos meses, en que la creí desaparecida o muerta, encontré natural verla hoy. Me miró largamente, pero yo todavía le hablé articulando algunas de las palabras que conozco.

Ahora estoy entre dos fuentes luminosas en el mismo estado en que me encontraba al comenzar a escribir.

Margarita, si pudieras deja la casa de Plantin-Moretus. Dile a Ana de Peñalosa que creía en tu palabra, y ven a encontrar en este lugar un indefinible camino
que ni es un agujero profundo,
ni el alto cielo.

(LVIII)

Me levanto a las cinco de la mañana cuando alguien pasa y llama a la puerta aunque ya antes esté despierta. No me

cuesta levantarme pronto, es como si me dirigiera hacia los lados de la noche; en esa hora intermedia, siento diluida en agua, en la transición de la luz, en los libros que tengo que leer, en el silencio que intercambiaré con Alice y sus monjas dilectas, la presencia de Tajo-río que por primera vez nos insinúa que es necesario tratar con verdadera opulencia la muerte de Tomás Müntzer, que aún ha de morir. Cada cual piensa «¿quién es?», o en un ofrecimiento, un acompañamiento de incomparable valor, y ayer Alisubbo pidió a Tajo-río que dirigiese esta ceremonia que será de una inteligencia inigualable. No me refiero a magnificencia mundanal de inteligencia, de lujos visibles, sino a toda la gama de cualidades que son como los brillantes del espacio y del tiempo. ¿No morirá él decapitado en tanto Tajo-río correrá hacia la India en secreto y procurará reunir, a partir de la disposición metódica y perspicaz de la buhardilla, un Réquiem de extensión penetrante? Aquí haremos sus funerales y daremos por finalizada la batalla.

Es de noche; el convento reposa en extrema libertad; ayer todo el día analicé y limpié libros y cuartos, con este pensamiento. El hombre de la buhardilla o Tajo-río me intrigó profundamente; en la enormidad de la casa anda encorvado, habla sin cesar con Mozart sobre el Réquiem para Tomás Müntzer. Hablan sin ruido como si estuviesen poseídos por la oscuridad; las mujeres no se acuerdan, ni se olvidan de ellos; nos ven en todos los rincones, las puertas, de pie y, durante el oficio, arrodillados con la música alrededor; sus ojos son arrastrados por una visión de dormido: el nacimiento, la vida y la muerte de Tomás Müntzer; está prohibido hablarles, y ellos no hablan. Pero su concierto resuena todavía, poderoso, en mis oídos, su fuerza y su entendimiento me persiguen sin que yo, en la acepción corriente del término, los ame; son un único ser que circula entre nosotros, y únicamente sé que, cuando salga, saldré con él.

(LIX)

Cuando salgo al corredor, las velas brillan y el aire es puro, aún sin impregnar de voces bajas, o de pasos. Quería quedarme de pie en la nave después de haber atravesado el jardín donde las tinieblas ya habían cambiado de lugar. Me demoro unos momentos, viendo a mis hermanas desfilar con facciones desnudas; se detienen junto a Alisubbo, y meditan el fin de la noche y sobre el fin de la noche; oímos, a veces, los gritos de la mujer de Müntzer, enfrentada a su penoso destino; se disipan algunas sombras, y nos miramos en busca de un auxilio que ha de venir, y ya se traduce en nuestros ligeros vuelos de insurrección, y cartas. Será a la aurora el entierro de Müntzer y cada uno le ha prometido un silencio de feroz batalla. Los árboles son tan distintos, los libros tan diferentes, las horas del día y las lecciones tan rápidas, este entierro de tan profundo significado que te pido, Margarita no tardes en venir,
Ya que el espíritu de Ana de Peñalosa, entrenado en el estado de ubicuidad, y en otros dones igualmente no comunes, está siempre con nosotros.

Tajo-río también está con nosotros en la sala, la puerta abierta al jardín. Ya le reveló a Alisubbo que es agua suplantando nuestros interrogantes. Asistimos al combate del agua y del fuego, los dos igualmente importantes para nosotras. Buscamos el Réquiem, «et lux perpetua luceat eis». Vimos esa paz hecha entre el agua y el fuego, lo que fue horrible; en esa aurora, o en el tiempo después de ella fuimos transmutadas y ya ni Tajo-río nos seducía, o entonces éramos todas su conocimiento;

En el día del funeral, como en el día de hoy, no sentía que perteneciera al género humano; incluso el muerto era Müntzer solo en su apariencia. No debo formar un ser de especie determinada y conocida, simultáneamente me es posible rugir y volar, ser amada por ti, erguirme sobre las patas; deliciosamente escribir, y escribirte, Margarita, con mano adiestrada en nuestra genealogía de milenios. ¿Te acuerdas de Corazón de Oso y de cómo nos acompañaba? También en sus últimas pompas fúnebres, los osos intervinieron para seguir a Müntzer; el féretro fue empujado por Alice, la mujer más joven de la Comunidad. Iba sola según convenía a su metamorfosis pues, en la curva del camino y al salir del jardín, debía transformarse en ser singular aunque perfectamente incrustado en nuestra manera de vivir los siglos, que está repleta de acontecimientos banales y hierofánticos. Nadie sabe con qué especie animal, o planta, Müntzer, querido cuerpo, quedará, a no ser los osos que con él irán vibrando y desapareciendo hasta el día de su amoroso idilio con una de nosotras que vivirá para ser su escritura, gobierno y espada. El lugar es ideal, abierto en la penumbra, y en el reposo de los pasos anodinos. Alguien me envió un pequeño poema de San Juan de la Cruz, con su admiración para mí, y mis horrendas estrellas que son vuestras. Desbordamos ciertamente una configuración habitual, dime si Luis M. aún tiene el mismo aspecto que tenía o ya se ha metamorfoseado. Ellas rezan a mi alrededor, son la quieta consecuencia de una aclaración aún controlada. Algunas ven espíritus más allá de lo que rezan, y la aproximación del fin de los cátaros; tantas especies se entrecruzan que yo asumo la fuerza del desorden. Pregunta a Ana de Peñalosa si puedo liberarme de lo que me ligaba a ella y asumir sola este amor sin obediencia. Si antes del final del día voy a morir, lo que es posible, como es posible vivir todavía muchos años y volverme definitivamente vuestra rebelde y fuego, pregunta a Tajo-río y Alisubbo sobre mis últimos días.

Estarán descritos en el cajón de mi escritorio, junto a la crónica del funeral de Müntzer,
que es difícil ver morir sin también morir.

Exordio:

Nadie haga hoy el amor conmigo pues un solo grito mío arruinaría vuestra paz de espíritu.

En el día de hoy, el segundo entierro de Müntzer me conmovió profundamente; mis manos aún tiemblan, aunque un oso me diera la mano y me consolara con su cadencia; y, sin embargo, yo también odié a Müntzer, aunque llore sinceramente en su entierro, sin que ose compararme a los osos que, ellos, lo conducen a través del tiempo. Séame perdonado porque fui una de las que encomendaron el Réquiem a Mozart y Mozart, para corresponder a nuestra petición, murió poco después.

No me reconocía solo culpable. Me seguía el espectro de la idea de que no supiéramos dónde lo enterraríamos; rodeamos la casa compacta, yo sabía que Alisubbo intentaba sondear, a ese respecto, la intención de cada árbol. Tajo-río había tomado el modo de su propia agua y, durante algunos momentos, creímos que Luis M. se había unido al cortejo, lo que no habría sucedido por casualidad. Era un hombre pequeño y frío, con ojos volubles, aunque hirientes sobre aquellos en que se fijaban; de ser él, estaba disfrazado de fabricante de muebles, con una sierra al lado y viruta de madera en el cabello.

Buscábamos, sin resultado, el sitio donde dejar a Müntzer para su resurrección; ni al pie de un árbol, ni al pie del banco, ni al pie de la Iglesia, ni bajo la ventana del cuarto de Alice, ni en la huerta de Alisubbo, que estaba presente. Sin saber cómo, nos encontramos en la Travessa das Izabéis, entre transeúntes y en el principio de la noche. Tajo-río presentía

que sus seguras aguas, de repente, habían visto el camino adonde deberían ir. Los transeúntes no reparaban en nosotros, éramos un grupo de mujeres bajo la lluvia, con un hortelano y un carpintero; algunas monjas, otras seglares, nos dirigíamos hacia el mar apreciando los pasos y el silencio. Al llegar a la playa, nos admiramos de haber salido de nuestra prisión desigual; dejamos el cuerpo de Tomás Müntzer en la arena y lo cubrimos de sal ligeramente, según palabras de Luis M. que allí reveló ser él mismo. Tajo-río había llegado a casa, pues habiendo subido a una roca descendía, por fin, deshecho, hacia el horizonte; Tomás Müntzer se volvió grano de sal y grano de arena, lo recogimos en nuestras bocas que era el sitio donde podría ser enterrado en paz. Para instrucción nuestra, Alisubbo se volvió hacia lo lejos y dijo:

- Éste es el mar.

(LX)

Dimos, en lo más escondido de la casa, algunas dependencias a Alisubbo para que hiciera allí sus experimentos metafísicos. Alisubbo va a mandar venir a Alice pues su primera materia es la sal del mar, y las plantas marítimas o de las proximidades de las playas. Creíamos que Tajo-río había partido pero, cuando ya era de noche hace muchas horas, le oímos rozar la puerta, y yo, descalza, me levanté para ir a abrir convencida de que es el deseo de toda la Comunidad.

Para que sea más fácil escapar a las pesquisas inquisitoriales, tal vez algunas de nosotras se quieran dedicar a técnicas de artesanía muy simples que exijan conocimientos prealquímicos, tales como la obtención de tinturas para renovar viejos tejidos o teñir nuestros paños.

A mí piensan elegirme Madre de este mundo aparentemente cerrado, Margarita, lo que yo no quería. Primero, porque vuestro saber secreto excede al mío; segundo,

porque querría que todas estas mujeres fueran Madres de este conocimiento y cambiaran entre sí su uso y poderes. Pero, si insistieran, limitaré el tiempo de mi ejercicio que, para vuestro mal, será un aprendizaje. Felizmente tenemos a nuestro lado a Alisubbo y Tajo-río, para oír y destruir. Y también la mujer de Alisubbo, casi ciega con sus visiones, y que nada nos dirá. En distintas ocasiones, textos y acontecimientos oscuros nos han de inducir al error. Pero nuestra huella es una mística experimental.

Os aconsejo, como me lo recuerdo todavía a mí misma, que tengáis mucho cuidado con vuestro nombre; porque es aún más propio de la mujer que del hombre adorar la gloria.

(LXI)

Margarita, ya sabes lo que me conmueve; hoy, atravesaba una sala cuando vi un haz de sol en el suelo; el oso no ha comido, solamente mira las operaciones del sol, durante el día; en esos momentos, leí con la profundidad de sus ojos que un peligro acerado, aunque no sea inminente, nos espera; ¿dónde guardaré este manuscrito, o estas cartas, para que nadie los lea, ni un alma?; tal vez convenga darles misterioso lenguaje,
o simplemente no escribir,
¿pero entonces como me comunicaré contigo?

Margarita,
al penetrar en la noche, reparé en un muro donde habitualmente el aire circula; algunas veces, en momentos muy raros, no puedo dormir; tumbada en la cama, pienso que me volveré cadáver, como Müntzer, y suspiro por un encuentro que me libere de la angustia; cieno, cloaca, tinieblas me rodean sin destino; me levanto, abro la puerta del cuarto, lo que no está permitido durante la noche, camino por los meandros de

la casa y, si no hace mucho frío, entre los torrentes del jardín cuya verdadera naturaleza no puedo precisar. Comprendí, no sé en qué sentido, que debía de ser la pared de la casa de Tajo-río, que hace muchos días que no se muestra, ni en él mismo, ni bajo cualquier disfraz. Traté de ver por la ventana pero no reconocí nada porque era noche cerrada y, en el interior de la casa, las luces estaban apagadas. Pero, después de un tiempo de ponderación, con la conciencia de que mi vida se amortajaba, se encendieron luces que no iluminaban como si estuviesen cerradas en un mundo de espera. Tajo-río corría, pequeño río en el interior de uno de esos mundos, verdadero túmulo. Quien poseía su propia intimidad, esa noche había sido rodeado de murallas.

Creo que lo que sorprendí efectivamente esa noche fue la partida casi desconocida de Tajo-río. Abrió la puerta, que quedó abierta, observó a uno y otro lado como si dos columnas de mal le amenazasen; no me vio porque yo tal vez no tuviera una forma de mujer reconocible; la noche se hundía cada vez más en su médula tenebrosa. Era siguiéndola hasta la esencia como yo tenía el presentimiento de que él iba a partir.
Recogió algunos objetos de mucho valor para él, una hoja, un barco en miniatura que durante su estancia en el Convento hacía navegar en el aljibe y la propia muerte traducida en su máscara que ninguno de nosotros temía más allá de lo estrictamente necesario porque queríamos seguir siendo sus sujetos. Dejó la casa despacio, después de volverse dos veces para atrás cuando empezó a verme, hacia mi presencia de metal y fuego, pues yo yacía, ardiendo, en un montón de piedras. Aunque yo fuera fuego, me puse a llorar su locura de partir. Lloraba por nosotros que así nos alejábamos uno del otro sin común medida.

Margarita, es conveniente que vengas a ampararme en esta escritura, en esta noche, mi experiencia de la muerte y sus

múltiples desvíos comienza a ser tangible. Que Luis M. me envíe una carta con mano de ceniza y recta regla, mi voluntad se desvanece con tantos reconocimientos por los caminos que reivindicamos.

Quien sea mi amigo,
déjeme sola. Más allá de las apariencias, hay seres que desean estar conmigo cuando la casa y el jardín quedan completamente vacíos en su fase de sol estable y de luna móvil; el miedo de los hombres me hizo encontrar estos soplos que no quiero abandonar en su contingencia y falta de sentido. Si me volviera definitivamente invisible, ¿quién os conduciría al olor, al tacto, a la vista, al sabor, al oído, y al sexto sentido del amor?

Las últimas palabras que dijo Tajo-río a nuestra sombra fueron: -«cuando os pido que partáis, no os estoy despidiendo; pido solamente que no permanezcáis aquí, pues en la casa no hay espacio, ni sepultura para vosotros».

Si Tajo-río fuera el agua que yo pensaba, no nos habría quitado el sueño esa noche. Pero le amo a fuerza de resolver sola tantos enigmas.

(LXII)

Fue abominable el asesinato de los gatos recién nacidos para salvar a su madre de las tinieblas. Introducidos en un frasco con veneno estaban enteramente a nuestra merced, que les empujábamos hacia dentro por el estrecho espacio. Tras cerrar el frasco, hubo un momento de caos. Blanca, mi cómplice, dijo: -Qué espanto. – Yo no hablaba, asumiendo toda mi horrenda vejez en ese instante. En el día de su partida, Tajo-río sospechó de aquellos ojos y se inmovilizó de respeto transitorio. Junto a la raíz de la lengua, ninguna palabra se

encontraba conmigo. Pero también es necesario que yo abra mis fauces porque soy un animal que anda erguido, sin mérito superior a cualquier felino.

Durante esta incursión en la noche, me acompañó el Réquiem in pacis (sic) que Mozart compuso para Müntzer. No pretendo que nadie componga un Réquiem para mí, a medida de mi inmanencia, y de vuestra exaltación en ella, será mi Réquiem.

(LXIII)

Tajo-río tal vez no haya partido. Fue un sueño, o un hecho real evanescente.

(LXIV)

Fui detrás de la casa para dar de comer a las gallinas; a la entrada del gallinero, la gallina más joven estaba muerta, víctima del conflicto entre los gallos. Debía de haber muerto hacía menos de veinticuatro horas porque aún la había visto con vida la víspera. Pensamos aprovecharla para comer y no darla únicamente a la tierra. Llegamos a calentar el agua, a preparar los pucheros, a empezar a desplumarla; pero las heridas en el costado y en la pechuga eran muchas, había sufrido muchas picaduras para ser comida, lo que se iba a manifestar en la calidad de la carne. La enterramos en el jardín, yo pensaba en la caída, en la separación entre la pared y la muralla, en la pasión, tal vez dolorosa, con que se enfrentan la luz y las tinieblas, y en el recogimiento con que había de escribir, o sea, lanzarme al pensamiento que transcurre.

A la hora del almuerzo me asaltó la idea de que no debería escribir una narración sobre esta casa; tengo algunas páginas en las que parezco aferrarme a nuestra Comunidad.

Pero cada vez me atrae más la vida de eremitorio, y lo que podamos ser en él, desligadas unas de otras, pero intercambiándonos en la creación. (Al vivir como los espíritus creadores, me daré cuenta de que solo la soledad de las imágenes verdaderas no es cruel). Si así fuera, Margarita, dejaré de escribirte, nada deberé recoger sobre el papel, o tal vez esta precaución sea exceso de rigor. Porque Alisubbo, que separó los gallos que van a matarse, se quedó preocupado por mi voluntad de distanciarme, incluso de esta Comunidad, donde los caminos escritos aún son ilusión e historia. Colgó los gallos que comeremos a partir de mañana en dos ganchos de la casa del granero de madera, pero no queriendo yo que fueran castigados sino solo muertos, fui a dejarlos en el suelo, al pie del agua y de algunos granos de maíz.

¿Sabes que decidí mantenerme con la cabeza descubierta, aunque tal actitud constituya una falta grave de desobediencia y revele que, de aquí en adelante, me deba mantener en una perspectiva sagrada?

Ana de Peñalosa me dijo que San Juan de la Cruz y Tomas Müntzer continúan separados, y en esa luz se contemplan, esperando a alguien.

Friedrich N. desapareció. Ninguno de nosotros sabe de él. Como es un río loco desaguará en época impropia. ¿Quién podrá guardar sin peligro los textos que escribió?

Ana de Peñalosa sospecha todavía de que el pobre es su último disfraz.

2ª Parte

Las Fuentes del Tigris y del Éufrates

(LXV)

Hay un viaje más en perspectiva.

Ya antes de partir, partí en mi deseo aunque otros lados míos, de luces, sombras e inteligencia, se queden en este lugar, Amberes y la casa de Plantin-Moretus, Plaza del Mercado y calles circundantes, donde la muerte de los apestados pasa a veces por la calle y la capacidad de nuestras mentes está por detrás de los libros; una de las mujeres que soy va a ser enviada, en embajada, a un sitio o duración limitada aún desconocidos, a adquirir un original que debe editarse en esta tipografía y cuya importancia para estos reyes y Baltasar no tiene igual. Ana de Peñalosa murmuró ciertamente mi nombre al oído de Plantin-Moretus, aparte de que deben encontrarme ya con suficiente deseo de partir como para detenerme. Hablamos uno con el otro sin nada entre nosotros a no ser el vacío que me permite llamaros. Perdóname,
Eleanora,
pero esta vez no es a ti a quien me dirijo; ni siquiera intentaré enviarte esta noticia, porque un sentimiento suspendió nuestro intercambio de afectos y ahora voy a vagar por el mundo yo misma, con la misión de de que me sean otorgados los derechos, para esta Casa, de ese libro cuyas páginas sospecho que...

Déjenme meditar.

(LXVI)

Me he vestido de negro y, pues que partiré en breve de Amberes, salgo esta noche a dar un largo paseo por las calles y tal vez entre en una taberna,
lo que no conseguiré.

Entré en la taberna del río que corresponde a Tajo-río – el Escalda-, cubierta con una capucha y podía ser una mujer, y una mujer cualquiera; en las tabernas del puerto, palabras, enigmas, suspiros, forman una única corriente; las mujeres no son los animales fabulosos de la Comunidad; están entre los hombres como entidades puramente imaginadas solo vueltas hacia ellos. Me quedo junto a la puerta temerosa de mi propia osadía; pero siempre me empujó el deseo de establecer comparaciones y penetrar misterios.

Oigo una respiración entrecortada y prolongada, después algunos sonidos tristes y suaves. Creo que estoy fuera de ese mundo por la fuerza de mi concentración pero me arrastran hacia el centro. Cuando cae mi capucha, arrastran la capa que queda en el suelo detrás de mí. Oigo anunciar que soy un cruce,
dícese de la raza de animales que en el cruzamiento con otra la mejora. Creo que me vuelvo brillante y me bajo para cubrirme con la capa que pertenece al guardarropa de Plantin-Moretus y que, solo por alucinación, supuse allí presente. Pero mientras pienso, alguien exclama a mi lado con ironía: -Pero qué dama tan brillante.- Retrocedo con un chorro de verdadero vino sobre el pecho y reparo en que mi vestido habitual cae empujado por una voluntad colectiva y que mi seno se compone de dos partes llenas de vibración.

Por ahora, no puedo reflexionar; no lo consigo extendida en un banco, aliviada de la bolsa, sayas, toca, medias, zapatos. En todas las posiciones de mi cuerpo buscan mi espíritu cada vez mucho más feroces de lo visible. Quiero impedirles ese exceso pero continúan diciendo «allí brilla, allí es más brillante». Tal vez sea verdad. Cuando nada queda de mí, me sientan en otro banco sobre la mesa. Yo recorro con los ojos la taberna herméticamente cerrada por donde antes había entrado la humedad fría de los ríos. Colocan un segundo banco sobre el banco y me sientan más alto, reflejando que mi cuerpo

es iluminación imperfecta, no negando sus orígenes. Mujer una vez brillante, mujer dos veces brillante, mujer tres veces brillante, mujer cuatro veces brillante. Sobre la torre de mi suplicio y exaltación; sola, tengo miedo de caer; me tiran por tierra como si fuese tierra; me cubren o me visten. Yo me levanto. Quiero creer que aún paseo, me esfuerzo por dominar los dolores y por alegrarme porque las piernas se mueven, todavía. En el patio interior de la Casa de Plantin-Moretus, sigo la prolongación de la galería cubierta y entro en la cocina. Encima de la mesa han dejado algunos vasos de uso corriente que, al cabo de los siglos, serán encontrados en el fondo de una bodega o en la boca de un pozo. Tiro las ropas en mi cuarto y, en mi cintura, descubro una luz que brilla.

Me siento para escribir a Ana de Peñalosa,

(LXVII)

madre mía:

me he dado cuenta de quién soy: no soy una mujer del mundo; pero si fuese una mujer del mundo,
o amaría a un hombre,
o él me revestiría de oro.
Por ser de tu linaje,
he vivido y revivido varias veces, con inteligencia, lo que me sucedió el lunes en la taberna.

No me pueden tomar por un hombre, no me pueden tomar por una mujer, no me pueden tomar por un ser procedente del cruce de especies diferentes, o un animal desconocido. En este tiempo tan cálido, en que sola debía seguir, hay, desde que fui poseída en la taberna, un vuelo que me persigue desde la mañana y me hace sonreír ante el futuro de las lenguas...

Por mí, no querría irme de Amberes, salvo que crean que es necesario que alguna persona se vaya; me introduzco en el jardín en busca del fundamento de esas razones; sé que deseaba vivamente retirarme del polvo que cubre a los mortales.

Debo encontrarme con alguien cuyo nombre llevo dentro de una carta cerrada. ¿Un gran cartógrafo como Gemma Frisius? ¿Mercator? ¿Ortelius?

¿Por qué motivo suponéis todos vosotros que sé tanto del mar y me dan, para una mujer de estos días, obligación tan pesada? No sé con qué cara partiré, mucho menos con qué alma; no sé tampoco con quién habré de encontrarme, ni que obra fluyente traeré para imprimir.

Con todo, no dejo de temer, madre mía tan osada,
los peligros ocultos de la Cosmografía.
Ya ha matado a mucha gente en el mar.

(LXVIII)

Mis antepasados no habían cesado de decirme palabras llenas de sensatez y de tristeza, evaluando difícilmente la singularidad de nuestro destino; pero su pensamiento hierático, su estima por nosotros en quienes se cerraba su descendencia, no deja de producir sus clarividentes efectos.

Mi abuela, abuela de mi abuela, no esperaba que yo no tuviera hijos. Un día di un paseo con ella a orillas del mar, en una playa del Norte cubierta de guijarros y gruesas arenas; yo le daba el brazo, ella inclinaba la cabeza; hablaba de su madre y de su hija, sin atreverse a hablar de mí. Nos sentamos frente al mar que rompía la dureza de la playa y ella, que se expresaba también en proverbios, me dijo: -Hija, candela que va delante, alumbra dos veces.- Yo no sabía dónde quedaba esa luz y este mar y me disculpé porque la iba a dejar sin

descendencia. La abuela apoyó la cabeza sobre la mano y habló con palabra de gran sabiduría: -Todo acaba finalmente por morir.

(LXIX)

Mi partida comenzó con una visita de despedida al hospicio; voy con la capa de viaje y llevo apenas como único valor un anillo que perteneció a mi madre; hace mucho que no la veo, casi me he olvidado de que vive; durante unos momentos, la confundo con el viejo rostro adormecido de una mujer recostada en la puerta; paso por encima de ella sin volver la cabeza, sumergida en la respiración de sufrimiento que me detiene en mitad de la sala. Pienso en San Juan de la Cruz, en Tajo-río al que debo buscar, en Müntzer a quien ni por un solo instante puedo olvidar, en las cenizas de quienes, al final, han venido a despedirme.

No soy únicamente como las mujeres de la taberna y esta obligación de partir y registrar pormenorizadamente mi viaje me hacer correr el riesgo de desviarme a la Gloria. A cada uno de los seres polifacéticos que parten conmigo llegué a mostrarles mi pobreza final y la de los pobres que me cubren de ceniza y me hacen bajar los ojos antes de partir
que inmensas son las promesas de Ana de Peñalosa, y yo voy, y que las potestades de esos confines me protejan de la ilusión.

(LXX)

Me uní a la Regla de San Basilio antes de partir, para intentar establecer un puente entre los contrarios; frente a mí, nuestra superiora jerárquica me habla del orden y subordinación de los nueve coros de ángeles; luego fui, por última vez, a la Casa-madre, y quiere que parta con temas para

los ejercicios de meditación (¿busco el río o un libro, un libro o un hijo, un hijo o pobre?), más allá de querer
que parta con Blanca por compañía; le respondo que me sería pesado en semejante viaje,
mi obligación es buscar el saber y no prudentes virtudes; le recuerdo que debe oír a Ana de Peñalosa, que está por encima de ella, y que no debe siquiera prevenir a las personas que quedan de mi familia.

Hace un día corriente, sin sol ni excesiva penumbra. Mientras conversamos me viene a menudo a la memoria el sueño que tuve, hoy, en las últimas horas del sueño, los sueños, mis sueños, nuestros sueños: un mercado del que solo abarco, en un gran plano, los cajones de verduras y frutas; verduras y frutas desvaídos, como si apenas apareciesen; entre ellos, y participando de la misma naturaleza, hay una caja con el escrito y el viaje.

Alguien me pide: -Trae el tablero con la escritura. Partir sola es una imprudencia.- Pero respondo que no sé.

Alguien me dice: -Buscar el río, sin el libro, no es para una mujer.

En mi pensamiento ya distante, le digo que podré volver todas la noches, y si ella quisiera y en obediencia a la regla de San Basilio que tanto aprecia, verme, al atardecer, junto al muro de las yedras, a la entrada del refectorio. Me responde que será imposible pues si marcho de viaje para años no podré regresar ni todos los meses, ni todos los días, hay una tenue claridad entre nosotros en este día húmedo, la mayor parte de las flores son blancas y lilas, surgen en el verde agarrado a la piedra.

En sordina, me censura que sea sorda y muda, ni por un momento cree que, todos los atardeceres, pueda volver.

(LXXI)

Entre el sol escondido,
un aguacero de lluvia de las tres de la tarde,
pasó mi último día. Me senté en el banco prometido del fondo del jardín, donde consigo ver la amplitud del verde que se abate sobre las plantas; sin que sepa si proceden del tiempo que hace, o del mundo vegetal en transparencia; hay mil olores, y pompas de odio que circulan, y un calor atemperado con delicadeza y elevación; se hace claro que estoy en mi lugar de regreso, al atardecer, junto a la yedra.

Respondo: -Si me quedo aquí, buscaré el río.

(LXXII)

Llegué por fin a las márgenes del río Tigris que bebió las cenizas de Al Hallaj; el Tigris no es como el Tajo, ni el Escalda, serpentea brutalmente en una región montañosa veteada de nieve; entre el Tigris y el Éufrates que descienden de las montañas de Armenia y que corren paralelos durante más de mil kilómetros, experimenté la llanura aluvial, el desierto, las cadenas montañosas del Zagros y del Taurus. Llegué una noche junto a un pozo

junto a un pueblo
junto a un pozo,

alrededor de los cuales se extendía un manto de hombres dispersos que hablaban con gesticulación supraterrenal,
de un homicidio que iban a perpetrar. Ladraban junto al pozo tres perros.
Me senté con viejos que seguían discutiendo el problema bizantino de qué hijo habían de matar. Se habían reunido con tal horizonte en el desierto y, aunque comenzara a hacerse claro un río, aún desconocían en qué lugar montarían la máquina del
suplicio

sobre el agua,
sobre las maderas al fuego,
y había uno que proponía la propia claridad.
Tajo-río no estaba con estos ríos,
¿o sería Tajo-río el perseguido?

(LXXIII)

Cuando tuve el presentimiento de que iba a dejar a los humanos, algunos marineros bajaban a tierra; pasaban ante nuestras hermanas que lloraban en el muelle y uno reparó en que Alice contenía las lágrimas y me traje su último mensaje: -«Adiós, adiós».

Hemos de volver a vernos, y seré yo quien, a la hora de mi muerte, con Alice de Alisubbo y Alice de Falésia sobre la espalda junto a mi cama,
le diré: -«Adiós, adiós». No sé si las hermanas ven que estoy aquí. Las hojas que me ocultan son las de mi lugar de regreso, el verde, el amarillo, un principio de humedad que hará pudrirse las hojas.

Sostienen la luz y la envían hacia todas las piedras y columnas del claustro; una tela de araña ciñe las hojas y las hermanas, con Alice a la cabeza, sienten por ella una macerada ternura.

(LXXIV)

Subo a las fuentes del Tigris y del Éufrates durmiendo de frío bajo los árboles; infinidad de veces durante el día la luz varía de intensidad, y el perro que traje conmigo husmea el agua como si tuviese sed, y después se duerme dejándome en sosiego leer la Regla, para guardarla en el olvido. Benito curó y resucitó a un hombre que se había caído de una alta muralla,

me acordé de descansar algunas horas al borde de un abismo. En seguida, al desear unos frutos que desconocía, me acordé también de cómo había roto un vaso donde le habían echado veneno.

El abismo ahora es muy alto y no vislumbro las fuentes del Tigris y del Éufrates; abajo, las proporciones son tan reducidas que tengo la impresión de haber crecido. Voy a dormir a otro lugar más lejos de la caída que aquí se consume rápidamente. Me decido a comer los frutos desconocidos,
es pueril que en la vida de Benito se cuente que el santo hubiera conocido a través de un espíritu profético que dos religiosos habían comido fuera del Convento.

Están raras veces privadas de horizontes glaciares estas alturas cercadas por el viento y las nubes. Por el cielo navegan bloques de mar donde los grandes ríos que busco efectúan su ascensión. Aún no he tenido con los viejos de la montaña las conversaciones esclarecedoras de genealogías que yo deseaba; me pregunto dónde está el libro;
se dice que, en estos parajes, se puede permanecer invisible, por lo menos, la mitad de la vida; escribo, con la mano muy fría y, en ciertas ocasiones, pienso que me dirijo a alguien que está en lo que
escribo. A Eleanora hablando de Eleanora que con estas nieves y soles oscuros no deja de tentarme:

Ya no estoy en los límites extremos de esa tierra sino en vías de cumplir la promesa que te hice.

(LXXV)

Han dado las cinco. Estoy de regreso en el jardín; la humedad persiste. Mis hermanas han cuidado mal de las flores y de los vivos.

Con el ansia de ir a verme se olvidan de ellos, todavía no se han habituado a este método. El relente de la noche de hoy aún no ha pasado y ya se anuncia el relente de la noche siguiente. La humedad persiste y también el fruto de la profusión de árboles.

Blanca es de la cualidad del agua.

Avanza con una azadilla en la mano porque es día 1 de noviembre. Dice algo al oído de un girasol, tal como: -«Llegó el momento de que te recojas en el interior de la Comunidad, a causa del relente». – Blanca es aquélla de quien los girasoles forman parte. Mira el banco del jardín buscándome mientras se aleja la tierra en la sombra y me alejo también porque son casi las seis. Para que crea que soy real, le dejo una nota en la que aludo a los girasoles:
«Azul preclaro y doblegado».

Debo encontrarme con Ortelius. Con el pensamiento de que su proyección original respeta los ángulos, me detuve a la puerta de la casa, que tiene girasoles en las ventanas de la fachada este.

He estudiado las diferentes escuelas de Cosmografía antes de comprometerme con Ortelius. Los Portugueses en Sagres, los Alemanes en Baviera, en las márgenes del Rin. Los Flamencos, en el momento de gran supremacía de Amberes. Ortelius pensó poder gozar aquí de paz para su saber y yo vengo, discretamente, a recibir su original que entregaré a Plantin, o a su yerno Moretus, al final de este recorrido y prueba.
Las mujeres no son nada.
Reman como sombras en busca de un lugar,
pero si lo encuentran
«Su fulgor no tiene igual»,
me dijo la hija de Ortelius abriéndome la puerta,
y siguiendo el rastro de mi cuerpo.

Ortelius me saludó sentado, detrás de una mesa casi inconmensurable. De las cincuenta y tres cartas geográficas forman parte setenta mapas y veo dispuesto frente a mí el primer gran atlas universal. Me pregunta si reparé en el río, y si él tiene una estatura diferente a la nuestra. Le respondo que el mencionado ser no es grande, ni pequeño, es ancho y tiene volumen.

- «Está preso con cadenas como si fuese un hombre, y cada vez que el dolor golpea, estos mapas se agitan».

- «Yo descubrí que desea escribiros. O hablaros». – No había estado ausente en mis instrucciones que me encontraría personalmente con Ortelius. Sus originales estarían cerrados, solos, en una sala, depositados en la mesa de entrada. Y él estaría ausente, con su padre preferido. Dicen que Ortelius había tenido varios padres. Me inclino sobre los mapas y reparo en que en el lugar dejado para el nombre

Theatrum Orbis Terrarum,

hay una sombra,

Como, al final,

aunque fuera durante un instante un hombre, un gato y un girasol, todos estos enigmas serían de demasiado peso para mí, me entrego a Ortelius llorando.

No soy una Quimera, pero me alimento de sus verdades.

El fuego casi está entrando en el descanso de sus cenizas; nos sentamos los dos fraternalmente y me murmura que vendrá un tiempo en que podremos descifrar el mundo aún desconocido. Me conforta:

- El misterio no existe, lo que existe son Quimeras que iremos desmembrando una a una. - Me recojo el vestido alrededor de las rodillas, el hábito. Le cuento que aún no he vislumbrado las fuentes del Tigris y del Éufrates, que tal vez en ese laberinto de calles de agua que soportan el momento presente, Tajo-río se haya perdido. –Es como una imbricación, el origen de los ríos. –

La luz que nos frustra cae solo sobre la mesa y los mapas. Apenas le distingo el perfil de hombre y súbitamente una especie de odio racial me invade, pertenece a una casta de individuos que se diferencian de los otros de mi especie y son femeninos, como Alice y Eleanora, pero sin que consiga hacer conocidos sus destinos. Me pregunta: -¿Quién es? ¿Por qué la envió a mí Moretus? – Le descubro mi cabello, acentúo el tono de mi voz, él aún queda más contrariado, como si le preocupase, en el futuro, trazar el mapa de los seres. –Pero si Moretus te envió, debes ser alguien interesado en el oro y en los caminos del viaje. – Más allá de las lágrimas. – Intuyo el sentido oculto de lo que quieres mostrarme; pero mi percepción es limitada. Por eso te pido que te expliques más claramente. – Mi abuelo era rico, había llegado a realizar su deseo de jugar con los poderes del nombre y del dinero; mis abuelas materna y paterna eran mujeres que siempre conocí en una especie de apogeo de la edad; en la familia tenían prestigio y lucidez iguales a los de mi padre y mi abuelo; me medía con esta penumbra, es decir, la medida con la que me confrontaba no era calculable, estaba en lo oscuro.

En este principio, pues, hablaba e intentaba ver; todo era imagen y explicación pensada y verbal de la imagen.

(LXXVI)

En mi segunda visita, me entregó el Theatrum Orbis Terrarum. Hablamos de la predestinación. Estando la sala en que estábamos llena de verde que se difundía sobre nosotros sin ninguna conciencia confusa y lleno de imágenes de mar y de montaña con perspectivas simultáneas de hielos y deshielos comprendí que también la luz se había vuelto escogida y que las horas, pasadas en silencio, expresaban su voluntad de saludo eterno.

Salí con la obra de Ortelius para Moretus. En la casa donde estoy hospedada, me entregaron este mensaje de Alice:

«A las cinco salí a buscar agua y, al sumergir el cántaro en el lago, lo dejé caer; aún no había transcurrido un solo instante y ya la ondulación se lo llevaba, alejándolo mucho. Alice de Alisubbo dijo que tú la habías llamado: "Corre al lago porque quien fue a buscar el agua corre peligro". Obedeció con prontitud y pudo andar por encima de las aguas como si anduviese sobre la tierra, hasta el lugar en que yo me ahogaba. Me arrastró por el pelo y en un espacio de tiempo incorrupto llegamos a las orillas. En cuanto puso los pies en el suelo, se admiró de haber hecho una cosa que creía imposible. Pero yo vi, cuando me sacaron del agua, tu rostro sobre mí».

Había preguntado a Ortelius: -¿Cuántos nombres predestinados andan sobre la luz?

Manuscrito tras manuscrito, día tras día,
separaciones consecutivas de lo que amamos,

se aproxima el invierno; no hay ninguna nostalgia de su helado paraíso, que no sobrevenga; Alisubbo, que ya había cambiado el convento de las madres por su huerta, enfermó en mitad de sus frutos otoñales. Yo me siento más allá del frío pero recorrida por él; debo dejar Amberes en la próxima embarcación que salga del puerto con destino a Mesopotamia. Lo que te he contado sobre el Tigris y el Éufrates era sueño, que en el sueño preparamos la vida, pero ahora habré de sobrevivir al sueño y hacer surgir el río real.

Quise saber de Ana de Peñalosa si podía volver a casa, pero ella me dijo que es mi función encontrar las Mil Palabras que sobrevivirán a la muerte. Soy consciente de los estuarios y desembocaduras que este enunciado implica; quería guiarte en la duda, y no en lo desconocido que, en los tiempos que corren, reina sobre el mundo.

(LXXVII)

Cuando estaba en la cama con Ortelius ni ahí dejaba de pensar, ni siquiera de escribir. Como me sintiera desarticulada, me dijo: -«No es en tus manos en donde yo busco el gozo del amor». – Ortelius tiene los ojos geométricamente concebidos y con esa visión de la tierra describe el mundo con precisión. Lanza una larga mirada sobre mis senos pidiéndome que me quite la camisa y yo navego entre mi pensamiento y su cuerpo, con la ironía de quien está distante. El amor, Eleanora, es para mí un rápido perverso. En ese momento, mentalmente, dirigía una carta a Alice:

Querida pequeña Alice:

¿has estudiado la doctrina de la predestinación?

Dile a Pegaso, con quien sé que estás conversando:

«torrencial va el río, que nos da el gozo, la muerte, y el más allá».

(LXXVIII)

Hace muchos días que no salgo envuelta en el capote, en el aire puro de estas cumbres y en la nieve; mi figura terrena ha envejecido y cuando una idea se me ocurre me levanto y recorro la caverna que es vasta y corresponde perfectamente a mis sentidos; espero que se dirijan a mí las fuentes del Tigris y del Éufrates, lo que es contrario al buen sentido, pero conforme con las leyes por las que me guío; un inmenso silencio excava la tierra y en los subterráneos por donde se filtran estos escritos resuena siempre otro designio espero que una suave canción se oponga al peso de las paredes, debe ser en la raíz de uno de estos laberintos donde nacen mis pequeños ríos; hace muchas horas que no me miro al espejo, horas de años; ni libros, ni hermanas, ni Luis M., ni plantas, ni animales me rodean con sus caminos hacia la humildad; aquí hace un frío

que se prolonga y que espera, los pensamientos toman aspectos tangibles y la luz mordiente ha de indicarme el lugar repleto de Tajo-río.

Hoy el silencio aún es más copioso de lo habitual como si un cristal de hielo se hubiese quebrado; nada oigo y todo lo oigo en este silencio extraño a conocimientos que es mi eterno horizonte en este día sin mes y sin año: los ríos se piensan vivos tal como los vivos; en estas montañas entro en contacto con ellos, con su esplendor geométrico y cerrado; se me abren tangiblemente en los triples aspectos de la línea, la superficie y el volumen; trazados lineales corresponden a cursos de agua perennes cuya turbulencia no se expresa a no ser en momentos de crecida. Su manifestación en el paisaje es un lecho.

Los glaciares son verdaderos, y consternan.

Su similitud con cierta época de mi vida no me subyuga. Se derraman bajando por montes y desfiladeros; cuando llegó el momento de nuestra investidura, me sensibilizó, al aplacar mi cólera más allá de lo que yo esperaba, la ceremonia de la posesión del poco vestuario. Las ropas nos fueron atribuidas en función del tiempo que haría en los lugares donde iríamos a vivir; y la posesión era expresada como una concepción o un deseo. Una saya, un vestido de lana no cardados, para el invierno. Para el verano, las mismas prendas de vestuario pero de tejido desgastado, usado. En esa época, una ira sublacustre que sostenía el orden del mundo se había apoderado de mí por causa de las mujeres y contra la apariencia de las mujeres. ¿Qué equilibrio podía establecerse entre la fuerza de la corriente y la resistencia del lecho inclinado?

Me dieron también lana para las manos.

Ni siquiera nombro aquí el color del hábito porque me estaba prohibido escogerlo.

Ningún vestigio corporal me quedó de esta ceremonia de investidura.

Ni ruptura de himen, ni diferentes estigmas.

Al salir unidas en la sinuosa fila que, por casualidad, abría con Eleanora, retuve mentalmente la señal
que estaba abierta la coreografía del río y de sus afluentes.

(LXXIX)

Desoladores los resultados del viento.

¿Quién envolvió el girasol que había junto al muro y, al soplar sin descanso, derribó el tutor al que se arrimaba y lo quebró en la caída?

Al dar las cinco, llega Alice; esta vez, más que en mí repara en la gran flor tirada por tierra y sufrimos la muerte de un ser humano.

Le murmuro inundada en un sol imaginario:

- Date a aquél que ahora tiene tu nombre.

(LXXX)

Necesita, en esa tarde, discurrir sobre el gozo; hace ya días, me reveló que le obsesionaba la idea de querer estar leyendo, intentar dormir o pasear por los caminos estrechos; un viejo pasó por azar, y como ella le mostrase un bordado de nieves, hielo de neveros, nieve que desciende al suelo, cristales de hielo y de nieve suspendidos en el aire, manto nevado (lo que es propio de las altas planicies de Armenia), nombró las enseñanzas contenidas en el Libro de los Muertos. Bien ella, bien yo, le dijimos:

cuando la noche se hace definitivamente sombría, mis fantasmas nocturnos pueden excederla en el carisma del miedo; es la muerte imaginada que debe quedar de la parte de acá del miedo de la muerte cuando se esté muerto;

por esa prueba tendré que pasar sin la pena con que te toco por barquero; solo imágenes desfiguradas alrededor

sumergiéndose cada vez más profundamente en la realidad que ya no conseguiré distinguir de su culpa;

en la extrema confusión de las señales, en la posesión de un bestiario que superará con mucho el desbordado imaginario en que vives, podrás tal vez creer que encontraste un limitado demiurgo.

Cuando Alice me pidió que la llevase a las montañas de Armenia para encontrar juntos en las fuentes del Éufrates, del Yo y de otros ríos, le dijimos las más viejas que solo la regla de la muerte conduce, sin dificultad, de un día a otro; que ella es tímida y tendría que prepararse para entrar en diferentes lugares poblados de gentes y entrenarse en distinguir en cada rostro que viera al desconocido, al incierto y al dubitativo; que vivir conmigo implica, sobre todo, un constante penetrar; y que, finalmente, tendría que abolir su constreñimiento, y aceptar las partes fulgurantes de los sentidos donde un hombre toca. Cuando Alice murió, una hermana sugirió, para su epitafio:

- Partió hoy, llegó aquí.

(LXXXI)

Sin que yo tenga miedo de los muertos, Alice y yo estamos casi alcanzando las fuentes del Éufrates. Pernoctamos durante dos noches en mi refugio, en las montañas de Armenia. Al levantarse el sol preparábamos la comida para los animales, que no podía estar helada. El primer día, al internarse en los límites del hielo, un lobo murió. Durante mi ausencia luchó contra su padre, Olo, por el liderazgo de la manada. A causa de todo esto, apenas dormimos. Al levantarse el sol, partimos hacia la fuente del Éufrates, que alcanzamos en el plazo de tres días. Alice conservó siempre su anillo. Transitamos entre las piedras pero el diamante que lleva en el dedo es más duro que todas las rocas.

Los lobos que habían nacido con el Éufrates aúllan al borde del abismo y, para oírlos con la mayor exactitud posible, procuro alejarme de mi entendimiento humano.

La transparencia y ausencia de peso del río al nacer me hacen buscar a Alice para encontrar lo real de nuestros huesos. Cae la noche pero sigo oyendo, como el brotar del agua, el lamento de las crías; me tiendo, para arrullarlas, al lado de Alice que lentamente se calienta en el frío. Los lobos aúllan. Si vinieran a atacarnos, primero tendríamos que proteger a los nuestros, que son nuestros vasallos.

Nos dejamos dominar por este paisaje. No se ven viviendas, humo, carreteras, campos cultivados o vestigios humanos. Apenas se oye un ruido que nos rodea y circula en las fuentes del Tigris y del Éufrates. Alice y yo empezamos a entender el fuego, cómo se enciende, cómo se mantiene, cómo se protege; no es indiferente el cruzar de los troncos, el grosor y edad de la madera; no es indiferente su grado de humedad, ni la trama de la disposición en que arde; además del tronco está la hoja y la rama y el modo de ponerlos para que permanezcan encendidos en el suelo helado.

Para reanimar el fuego debo levantarme y, descendiendo, casi junto a mí, reconozco la figura de Tajo-río calentándose. Es una forma intermedia entre comerciante rico y caminante pobre. La observación atenta no excluye en él la singularidad. Yo sabía que me incitaría a hacer frente a la noche para experimentar mi razón.

Esta sombra, estos pequeños lobos y su madre ya debían haber muerto de frío.

Es ahora cuando la complejidad de las imágenes y sus alas de robo van a tomarme.

Son inciertas mis posibilidades de regreso pues me siento del lado de la muerte en esta transfiguración que te

describo con tan pocas referencias. Alice, que vino conmigo, es como un hilo que me liga a ti. Una gota de agua, otra gota de agua. Siempre deseé las Mil Palabras para expresar con rigor el principio de este río. Una locura tan atenta y visionaria es un don magnánimo. También es propio de la osadía de semejante itinerario que me designaran para asistir al nacimiento de un río sea el Tajo, el Tigris o el Éufrates.

Tajo-río, en su sombra, no se mueve. Cuando le pregunto por el lugar de nacimiento de los ríos, incluidos el Tigris y el Éufrates, me responde que debe peligrar mi razón pues los ríos no nacen,
brotan en sus símbolos.

(LXXXII)

Así Tajo-río emergió en la sombra, aunque no me quedé a conocerlo más. Lo vi efectivamente pero todo entonces se deshizo en sus contornos y me abandonó durante la noche; suspendida, yo estaba en la montaña con Alice al lado, ora muerta, ora viva, según las pausas de su respiración. Miedos de todo orden me invadían y veía nuestras casas, con nuestras hermanas, desmoronarse y convertirse en polvo. Eleanora y las otras eran transportadas por un agua verdadera que se había vuelto furiosa. Temblábamos, nos moríamos de miedo, era la caída de aquellas que habían sido rechazadas por la prudencia.

(LXXXIII)

Si este paisaje pudiera hacerme conocer mejor a mi hijo... Es un paisaje de quien no escribe, no puede revelarse humano en un lugar del espacio. Es un paisaje andante, que se alarga. Yo escribo, hermanas mías, para deciros que ciertamente volveré a encontrarme en una soledad menos

antigua y que, si vine aquí, fue para que, silenciosamente, os anunciara a Luis M. antes de la palabra.

Fui presa de la trampa que me tendía el porche de la casa y, voluntariamente, la abandoné con Corazón de Oso y mi hijo en el regazo, para ir por los campos; el porche se abría sobre una intensa cosmogonía que no podré dejar de rememorar. Decía bajo, al oído de mi hijo, y a Corazón de Oso que nos seguía con su sincera sombra, que la tierra era un sistema recamado de higueras, eucaliptos, melocotoneros, olivos y piedras alrededor de lugares olorosos y vacíos. Nos detuvimos, aún había discordancia entre las últimas sombras, en el lugar privilegiado en que el ponerse-del-sol nos absorbió en semejante conocimiento con sentido. Puse a mi hijo en el suelo y dudé sin saber si Corazón de Oso, en estos parajes tan occidentales, debía seguir siendo un oso o transformarse en lobo. Una de nuestras primeras ocupaciones fue transportar ramas, con diferentes usos, al interior vacío de ellos, y al poco construimos el umbral de la puerta en una pared atravesada por jara, romero, brazados de eucalipto, poleo, ajedrea que Corazón de Oso nos traía como si siempre hubiese vivido en Occidente. La primera vez que, con mi hijo echado en el borde de la falda, dormimos dentro de la casa, solo había esa pared, no había otra. El calor, que apretaba incluso de noche, secaba las ramas hasta la médula. Nos reponíamos con la médula de las plantas y aún no osábamos siquiera rozar la médula de las palabras que nos había de revelar el profundo herbario de aquel claro; los olores fueron la fuente de los primeros vocablos que Luis M. conoció, proferidos por mí que tenía, necesariamente, la única voz humana; «Profundo», inmediatamente, por la tarde, «Íntimo», fueron los nombres que Luis M. puso al oso que lo educaba muscularmente. El nombre completo que le dio mientras jugaba con él fue «Hierba Profunda Íntima». A mí, durante mucho tiempo, me llamó silenciosamente trayéndome salvia. El espacio en que vivíamos

se abarca con un golpe de vista; cuando salíamos del primer espacio había un segundo espacio, tan cerrado como el primero, aunque siempre abierto por una pequeña salida. Caminábamos enteramente cubiertos por aquellas ramas y encendíamos el fuego detrás de aquella pared, antes de anochecer, demorándonos para apurar sus diversas fases; otras veces, acumulábamos solo troncos, cortándoles las ramas adventicias con un hacha; incluso otras veces, alertados, apagábamos el fuego antes de caer la lluvia. Juntos, en el calor de todos los cuerpos, comenzábamos a preparar lo que el niño escribiría más tarde, y que sufriría, tristemente, el lento desprecio de los textos. Mi relación con Luis M., más allá de haber aceptado ser su madre o su loba, mantenía raíces ocultas: nunca sería solo para él una fuente goteante de lenguaje.

Sería la nada que viene.

Sería un pájaro indeseado que viene con la Nada en los vestigios del ser.

La casa construida y que cuando yo llegaba de lejos tenía el aspecto de un refugio para animales, se mantuvo viva. Baja porque vivíamos en lo alto de una pendiente de pocos grados, con algunas piedras graníticas y muchos materiales recogidos en plena naturaleza, extendida sobre árboles de complexión silvestre, me daba frescor y sombra, cuando yo escribía.

Yo os escribía a todas vosotras, a través de Ana de Peñalosa: «Ser la madre de Luis M., que juega aquí a mis pies, me aisló de vosotras durante unos años. Quien dice que estar solo hace perder el uso de razón, miente. Aparte de que ese niño solo me tiene a mí para crecer a imagen mía. No sé a qué ejercicio de poder está destinado: le enseño siempre una palabra y su sombra; cuando él me viene a ofrecer un fruto cogido de estos árboles de apariencia silvestre y que dan fruto,

nombro siempre, después de dulce, amargo. Con venenos y contravenenos me parece la mejor manera de educar a Luis M.

Sin embargo, ando preocupada por la eventualidad de que se quede solo sin tener experiencia. Al rodear los árboles, que se han atrevido a imitar a altos árboles, extiendo un hilo imaginario y, guardándomelo en la mano, lo ato al obstáculo siguiente, que es también una referencia estratégica. Preveo que madres como yo desaparecen. Pero Luis M. ha de encontraros un día y, junto a vosotras, será el más bello río humano que he conocido».

Aquí no he de envejecer. Tuve conocimiento de su vida y, posteriormente, de sus textos, lo que no es lo mismo que de su vida, como sucede con nosotras, las beguinas.

Mi hijo es un niño como los demás, pero no hay otros niños en el claro; de madrugada, a través de la grieta que tiene la techumbre de la casa y que podemos abrir y cerrar apartando ramas, observé que iba a cambiar la habitual regularidad de mi vida; las beguinas tenían la intención de cambiarse a otro país que les estaba destinado y hacían una discreta referencia en las «orillas que se recogían en el centro» y «una línea accidentada de navíos». Ana de Peñalosa se refería también a la distancia que debe empezar a interponerse entre Luis M. y yo, y que una noche, sin que yo me lo esperase, un pobre iría a buscarlo. Por una necesidad íntima de defensa, en los días siguientes Luis M. se me volvió extraño. Después, se me volvió próximo. Premiaron este sufrimiento con una vela de doble llama o dos velas encendidas en la tarde. El pobre, cuando vino, desapareció con Luis M.

Sin que lo viera llegar, sin que lo viera partir.

Como en el epitafio de Alice.

(LXXXIV)

Me senté en el suelo, en la trasera de la casa, en el lugar al que podría llamar «Jardín cerrado de los animales que temen el contacto con la prudencia». Mientras me alejo por el corredor que conduce allí, volviendo la espalda a la parte temeraria de la casa, veo a una mujer caminando conmigo, que me apaga, se dirige hacia el espacio reservado a las plantas y a los animales, y pregunta:

- ¿Por qué tienen ellas derecho a ir allí? – Entro allí para ayudarlos a sobrevivir, repartir pan mojado mezclado con pescado y, también, ciertamente, para abrir otras puertas del mundo en que mi reposo es completo.

Las ventanas de esta parte de la casa, vistas desde fuera, son oscuras, y Blanca, una gata y no una hermana mía, cuando el sótano en el que vivía se quedó vacío, trajo aquí, lejos de todo alcance, a sus tres hijos; este local no tiene aspecto de ruina, el verdor invasor de las plantas hace las veces de comodidad. Acabo de dar el nombre de Mariposa a un animal que juega con una mariposa, y aunque la tarde caiga trayendo frío, no deseo entrar en la parte sur de la casa, por no tener en ella el mismo sentimiento que aquí y que es, expresado en imágenes, el sentimiento de alguien que entra en un cobertizo de noche, un sitio donde se guarda la leña o enciende la lumbre, y prepara para todos la misma comida.

Deliciosamente simple podría ser: pan tostado para mí, pan mojado en leche, o en agua, para dar a las gallinas o a los gatos. Alguien entonces, quiero decir, alguien que viniera del mundo humano, bajaría la cabeza para entrar por la puerta, apoyaría primero la mano en el umbral, escrutando el posible recelo de mis ojos. Tranquilizado por la calma que de nuestra refección emanaría, debía reconocer, en sí mismo, no ser portador de ningún mal.

¿De qué habríamos, estos animales y yo, de defendernos?

Dentro de nuestra casa, que mira al sur, sé cómo anochece, pero no sé cómo anochece aquí; por eso me gustaría encender un fuego, proteger la predisposición del espíritu de los animales a la verdad. Pasarían cosas debido a mi insistencia en no ir a acostarme. Este mundo no es menos peligroso que el solamente humano pero hay en él más coherencia y menos imágenes perdidas. Debido a la sinceridad, o sea, a seguir derecho el río desde su origen, estamos protegidos entre nosotros.

El hombre que se ha quedado en la puerta, pregunta: -¿Quién?

- Reconozco al pobre de la Vida Restante y le respondo: -Yo, o Blanca, o Hadewijch, o cualquiera de las jóvenes que están aquí. – Él dice que una de nosotras, Margarita, dará este libro a Luis M. o Juan de la Cruz o Tajo-río. – «¿Conoces este río inolvidable?» – Vine aquí para no oír hablar de mí misma y para estar en compañía de los más humildes seres; comprendí claramente que una pequeña inmortalidad después de la muerte no tiene relación alguna con la profunda absorción del conocimiento que yo busco. Volví de este viaje pero tenía un poco de recelo de quedarme en él. En este y en otros lugares semejantes, ¿será soportable el miedo a morir?

3ª Parte

Las Damas
del Amor Completo

(LXXXV)

¿Es un drama?

No. Es mi estado de pobreza extrema en que me comparo, por experiencia propia, al más pobre de los pobres, aquéllos que viven la necesidad de la misericordia.

Me detengo sobre esta palabra

mise ri cordia.

Mise el impulso ;

ri la nota de música fuera de las siete;

cordia el corazón que a sí mismo se invade.

Soy la nota fuera de las siete, de la comunidad de las
beguinas.

¿Qué responsabilidad tengo yo en continuar una lengua sin apoyo,

una lengua pensante, con amplitud geográfica?

Cabo Espichel, en Flandes, Capuchinos, Lisboa, Úbeda, el Tigris y el Éufrates. ¿Qué responsabilidad tengo yo en haber olvidado lo que mata,
y escribir de lo que vive? ¿Qué culpa tengo yo de no adorar el cántaro roto de los países?

Si vosotros supierais lo que es la isla de Ana de Peñalosa, que es, por excelencia, la imagen con que se resiste, no por tener rocas defensivas, para lo que serviría una fortaleza, sino hierba, más hierba, y la línea donde toca la perdida nota musical.

Hay días, como el de hoy, en que todo me parece envuelto por una tristeza de montaña no desdeñable. Lo observo con candor y, si la describo mal (apenas la describo), es para penetrar en ella con la conciencia de su realidad. ¿Será la ausencia de los seres humanos lo que crea la fuerte tristeza

de la montaña? ¿O será, por el contrario, la presencia de los seres lo que inflama de vacío este lugar?

Veo la llama que brilla,
pero no veo la vela que arde.

(LXXXVI)

Alcanzadas por un mal de naturaleza desconocida, regresamos al acogimiento de las beguinas; las casas diseminadas entre los árboles, la puerta que se abre para que entre, el arca descerrajada porque María recoge nuestros encajes de hilo de algodón y de dinero, la doble vela que habían encendido en mi honor en la sala común, me dejan sin una palabra que decir. Recorro sus rostros, algunos están más arrugados, en otros la juventud ha sometido hasta los escrúpulos de nuestro propio vestuario.

Me siento junto a la mesa tocando el plato de mayólica donde excepcionalmente echan un trozo de carne y algunas hebras que comeré con el pan. Me hundo en la silla como si tuviera las piernas partidas y solo los brazos pudieran levantarse todavía guiados por las manos. Los extiendo hacia una hermana que veo de nuevo llamada Eulalia y que me trae el vino en un vaso blanco tapado por una servilleta. No se preguntan nada, para que descanse consideran mi memoria vacía y, aunque fuera aún haya luz, es casi la hora de irme a acostar. Tanto desvelo y minucioso orden me sumergen en un gran sosiego y duermo en la cama blanca sin ningún movimiento de espíritu.

Al otro día no me dejan hacer las faenas de la casa, ni siquiera las más simples como abrir las ventanas y orear la ropa. Están tranquilas en su expectativa que controlan perfectamente y se transforma en calma; existe una cierta serenidad resultante de la sumisión a las leyes; hay aquí algo

semejante a la nieve, igualmente con una disposición metódica, sin mancha. Mi cuarto se ha vuelto uno de los más bellos
porque nada tiene
y todo tiene.

Tiene una cama, una mesilla, una palangana y un jarro de agua sobre la mesilla, ningún espejo, ningún papel para escribir, ni siquiera una carta. Tiene una transparencia que me hace vibrar en el cansancio que me recoge en los muchos recuerdos que me llevé de aquí.

Blanca, al entrar, me dirige preguntas que no son símbolos, ni voces de mis amigos invisibles: «si el agua está muy fría», «si pasé buena noche», «si la campanilla sonó muy fuerte», «o su abatimiento no debe ser flaqueza motivada por enfermedad».

(LXXXVII)

Vivo los días en el interior de mi cuarto, retirada de todas mis obligaciones, mis paseos, mis poderes que refluyen hacia Tajo-río, que me los entregó. Puse en una esquina la palangana y el jarro de agua y me senté a la mesa con los ojos bajos, que no levanté hasta las cinco para encender la vela. Las hermanas vinieron a reunirse en mi cuarto, se mantuvieron detrás de mí como una cortina. El viento comenzó a soplar con una entonación aguda, de mal augurio, y yo volví la silla por delicadeza sabiendo que debería mantenerme en el rincón del cuarto, pues mis hermanas tenían en el rostro la máscara feroz que había visto antes en los viejos cuando querían elegir jóvenes príncipes que enviaban a la guerra.
La vela quedó, por tanto, detrás de mí, y yo oí dar las cinco de la madrugada; Eulalia avanzó hacia mi lado izquierdo y, en un ambiente que me parecía de pesadilla, dijo que Odilia había quebrado la tarde, razón por la que ya era de noche

aunque, de hecho, fuesen las cinco del día. Decidida a jugar su juego, le pregunté qué era quebrar la tarde y qué pruebas tenía ella de que la tarde hubiera sido quebrada.
Me dijo que estaba fregando el suelo de la sala común, vuelta hacia el armario de las provisiones, y con punzantes dolores de riñones. Me dijo que, en ese momento, Odilia entró con un mazo de velas que aspiraba con deleite y después tiró a sus pies, no para exaltarla sino para herirla. Dijo que, súbitamente, el día se había puesto a través de los objetos y de los árboles de la cerca que habían invadido la sala de pájaros y de sonidos maléficos, ya nocturnos. Dijo que, en ese momento, Odilia había alzado el rostro repelente de aversión y de lágrimas de las velas tiradas al suelo y había comenzado a referirse a una tierra casi isla de otra lengua geográficamente en frente del mar donde cultivaba una peste no de la naturaleza de la enfermedad sino de la naturaleza de la estupidez del odio. Dijo que Odilia súbitamente le había caído sobre los riñones como un martillo que la dividiera en dos partes ajenas una a otra, que se habían refugiado con terror en los cimientos de las dos extremidades de la casa. Dijo que una de las partes, la que conservaba los ojos, había visto entrar a Marta calmadamente y exclamar, con la voz preclara que elevaba en la Capilla, que lejos, en Portugal, la Inquisición despedazaba a los muertos y mantenía en una lenta agonía a los vivos. Dijo que entonces Odilia había recogido las velas, que eran doce, de las que la mitad se le había deshecho en las manos cubriéndolas de cera, mientras ella, Eulalia, repetía que, en Portugal, las playas estaban cubiertas de fuego y que ellas, en esas playas, eran esperadas,
si tú, Margarita, nos mandases ir,
pues aunque os lo habíamos ocultado,
Ana de Peñalosa, que con vosotras hizo la elección,
se alejó, envejecida,
pero no murió.

(LXXXVIII)

-¿Qué le dijo Odilia a Eulalia y Eulalia a Odilia?

- Yo, que me llamé Odilia, le dije a Eulalia, que así provistas de nuestro poder visionario y en el estado de integral pobreza, nos desnudamos tirando la ropa al suelo, para conseguir atravesar la prisión de los sentidos y quedar en pie de igualdad con lo que está en el último lugar. Comprendí que nuestras disputas y dolores no eran sino una manera de afirmar, claramente, las imágenes creadoras de nuestros destinos. Dije que, si nos dirigíamos a Tajo-río, que por casualidad también termina en Portugal, como podría haber nacido a una luz reptante en cualquier caverna del mundo

Que,
si nos dirigíamos a Tajo-río que también atraviesa
Portugal,
se desnuda de sus sentidos de agua,
como podría haber nacido a esa misma luz en cualquier caverna del mundo.

- Yo, que me llamaré Eulalia, le dije a Odilia que cuando estuviéramos todas desnudas, sin ninguna mirada equívoca o temblor, sería evidente que el próximo viaje era posible.

- Pero desconocemos la lengua –dijo Marta.

- Solo Eleanora y Margarita la saben hablar.

- No – dijo Eleanora.- Solo Margarita la sabe hablar, y yo la sé escribir.

- ¿Qué le dijo Odilia a Eulalia, y Eulalia a Odilia?

- Le dijo que no había que echar por tierra los esfuerzos.

Nos dijimos una a otra, delante de Marta, que debíamos quedar algún tiempo a la expectativa; y, de conseguir todas aprender la lengua hasta el punto de que nos crean portuguesas, tan poca alegría como tristeza sentiríamos en el momento de partir.

Pero yo, fuera de mí y de Eleanora, y de vos, Luis, no sabría cómo llevar, cuando estuviéramos desnudas para partir, nuestras cosmogonías.

- Nuestros conocimientos sobre la muerte –dijo Blanca – son exactos. Yo soy hija de los vivos e hija de los muertos. – Ya era día claro en ese momento. El fin de esa noche; noche en que las peores de las mejores cosas habían sucedido.

Los rostros de Odilia y de Eulalia tienen un rasgo común que es la sonrisa persistente cuando alcanzan la verdad; yo pienso que la voz es un rostro en la oscuridad creciente como la de hoy. Tuvimos que hablar, pues una especie de medrosa cólera hubiera podido hacer desaparecer nuestros futuros.

¿Aprenderé a hablar esa lengua? ¿Y Eleanora aprenderá a escribirla? Mentalmente, le pido que me avise de lo que siente pues nuestra inteligencia es inseparable.

Fue extraño. Y raro. Esa noche aprendimos, con todos los sentidos, esa lengua. Cayó del cielo, se propagó por el aire. Creció con nosotras y, sin que lo supiésemos, apareció unida a nuestra infancia. Expresaba nuestros recuerdos, estaba presente en nuestras conversaciones y secretos más íntimos con una apariencia de tiempo insondable. Si hubiera abierto los cajones y mis cartas se hubieran transmutado en ese otro hablar y leer, no me habría extrañado; se había dado, pues, la señal de partir y no quedarnos a la espera de otro conocimiento más perfecto de los parajes de Tajo-río y de los sitios de nuestro destino.

(LXXXIX)

Era una lengua pura y agreste,
con resonancias de camino,

un pozo oscuro en el fondo,
un animal tendido en el agua que tomé por una forma blanca reflejada, con pelos, alas y un esqueleto ágil y firme por donde yo misma pasé sin encontrarme; era una lengua en que aún era tan temprano y tan perfectamente claro que me puse en ella a pensar lo que, en el futuro, te escribo.

Y, como era Otoño, caía en hojas en el jardín.

No sorprende que partiéramos casi deslumbradas y sin terror; que en esta lengua el terror se volvió relativo y puede moderarse. Comprendemos que íbamos a afrontar enormes desastres aunque protegidas por este velo que nuestro amante nos ofrece para conservarnos junto a él;
ahora que las escamas habían caído de nuestra lengua y la serpiente está muerta, cerremos la Casa tras él.

(XC)

Recogemos los cuartos. Tal vez aún falte mucho tiempo para partir. Tal vez poco. Es sorprendente el estado de, súbitamente, alcanzar una nueva lengua. Es como concebir una vida en el vientre, digo, mente.
- «Déjame entrar un poco para que hablemos» –imploró Blanca.- Hablamos por placer mientras lejos y cerca, en los cuartos de las demás, tal vez ya se eleve nuestra medusa, el estrecho sentimiento frente a lo desconocido. ¿Nuestras casas, nuestras hogueras, nuestros árboles? ¿Qué llevaremos? ¿Con quién se quedarán nuestros animales? ¿Nuestros libros? ¿Nuestra sabiduría en la lengua que hasta hoy únicamente hablábamos? Es esto lo que murmuramos. Y, al despedirnos: - "Un momento más".

Yo, Odilia, me quedé encargada de dar destino a los vivos.

Los gatos que pueblan nuestro territorio son muchos y su linaje no es largo, pero se extiende a innumerables ramas laterales. Antes de la primera madre que engendró, hubo un macho blanco y joven que Blanca y yo encontramos abandonado en el molino de Eckhart y trajimos a casa atraídos por él y con pena por su soledad.

Instauró un principio de auténtico desorden en los cuartos, pues de noche buscaba las ventanas abiertas para salir arriesgándose por los árboles y la cubierta resbaladiza del invernadero. Acortaba el sueño de quien no cerraba la puerta, como un Oficio, y desapareció, tal vez, con cierta repugnancia por nuestra compañía.

En el Otoño de noviembre vino Moísa, así bautizada por haber sido salvada de lo alto de un árbol. Por ir en su busca, Eleanora se partió un brazo, y aún la veo resbalar y caer sobre la limpidez decreciente de la hierba que se cubría de hojas esplendorosas y apagadas en el Día-de-Todos-los-Felinos, como aún hoy lo llamamos, por ser el día en que, con Moísa, nos vino una felina descendencia: Prajna, muerta por un niño, Bergamota, desaparecida, Cisca, Margarita, Estrella, Alce, muerto, Sancho, Afonso, Mafalda, Mil Hojas, Rococó, Oc, Pimpinelo I, Jeremias, Alice, Pimpinelo II, Lila, Rosa y Jazmín.

Debo decir que la mayoría sobrevivió. Y que tal vez haya sobrevivido Pimpinelo II, que dormía sobre un tocón junto a un hacha y que por eso pusimos bajo la protección de Müntzer, a quien no lo pudimos por fin regalar, pues una mañana ya no estaba en la cerca, ni en ninguna otra parte. Dos muertos y tres desaparecidos es una pesada culpa para quien, como yo, cuida de los vivos.

Salí esa noche para dar de comer a los gatos. Lo haré todavía algunas veces. De pronto todo se me representa castaño y lo blanco, por el nombre de Blanca, huye sobre el muro ante la proximidad de los que le parecen más fuertes. No son más que dos gatos nacidos durante el verano, pero con cualidades

rivales invencibles. Es verdad que veo mal; ¿pero qué siento sumergida en el castaño? Será Alice de Alisubbo quien vendrá a cuidarlos.

¿Me quedaría aquí si la Regla que mantiene nuestra revuelta no me mandara inaplazablemente entrar?

(XCI)

Es necesario comprender el origen del deseo;
se aleja como un rostro apagado en un espejo. De nuevo el espejo queda ocupado con el mismo rostro. Yo creía que Hadewijch, la luminosa sombra de Ana de Peñalosa, estaba lejos, en otra Comunidad distante, o había desaparecido. Pero hoy, cuando reunía los primeros seres (los papeles y las imágenes de este escrito), y las fortunas (Luis, los pensamientos en ti) que debemos llevar, llamaron a la puerta, y Hadewijch entró con una cesta en el brazo y la cabeza cubierta por una capucha hecha de una lana antes vista en un vestido de Ana de Peñalosa.

Era, sin duda, su rostro, su cuerpo, la misma manera de andar y de estar de pie,
pero habiendo recorrido camino.

Los surcos en los ojos indicaban una nueva fuente luminosa y una tranquila experiencia de tiniebla que juzgué de apreciable valor conocer pues la partida hacia Portugal me sobresalta de noche cuando estamos todas juntas.

Hadewijch dejó el cesto mirando hacia mí
que sospechan que vendré a ocupar el lugar de Ana de Peñalosa que, entretanto, está vacante. Lugar inmenso en estos sitios de obediencia sublevada.

Hadewijch pensó, como yo, en obediencia:

- He venido porque me hicieron una petición. – Se había puesto pálida, quería hacerme creer que no era enemiga de Ana de Peñalosa. Y que la razón por la que había venido, yo debía

leerla en sus medias palabras; atardecía con gran perfección, de la cesta se derramaba un perfume.

- Esta cesta no contiene nada.

No debíamos buscar, al fin, ningún sentido a su visita. Ella estaba, permanecía, resucitaba la presencia de Ana de Peñalosa que tal vez hubiera envejecido hasta el borde de la muerte, o incluso muerto.

- Está viva –me dijo. – Hoy está viva por azar.

- En lo que no creo – le respondí, temblando por encontrarme con las dos a las que debía sumarme en un conocimiento de amor.

- No soy una aparición – dijo Hadewijch intentando aclararme, puesto que me había quedado confusa, sin el espíritu claro que Juan de la Cruz me atribuye.

Se sentó a la mesa y la capucha le resbaló por la espalda; le estudié a fondo el rostro con tiempo, me olvidé completamente de lo que vi sobre un paisaje tan
ilimitado que
me agarró de la mano,
y me comunicó la petición que me hizo volver los ojos hacia la ventana, hacia el gran árbol del que Moísa había sido salvada, hacia el banco donde tú, Eleanora, te sentabas, hacia el muro de la cerca que ahora estaba transparente y, en la tarde, desvanecido.

Sonrió para cercar mi pensamiento. O, en tal caso, prefirió decir: - Debo llamar para salir.

(XCII)

Un hombre apareció en mi cielo, un hombre desnudo. De cara al viento, está colocado en la cuadratura de la ventana y es el brazo alado de Tajo-río. Pongo rumbo al infierno de un nuevo viaje, tomo el cesto dejado por Hadewijch donde meto este libro

que tal vez quede, o desaparezca,
como una noche.

Estas líneas, escritas por varias mujeres mías, de quienes yo soy las uñas y la cabeza, se reúnen alrededor de Juan,
que es el hombre desnudo,
para despedirle de nuevo.

Le besan con aflicción con las uñas; en las cuadraturas de las ventanas, un anciano aparece porque ya es de día, casi día. Llamo a mis hermanas para que compartan mi pesadilla. Esta noche han tenido sueños horribles y, hacia las cinco, la llama de la vela, establecemos el ritual de describirlos.

Alice:

No creía posible que soñar con San Juan de la Cruz fuera una pesadilla; estábamos los dos extendidos en una sábana acuática y debíamos beber las olas sucesivas; Pegaso apareció y quiso echarme al mar; las olas que bebía deshacían su cuerpo y solo quedaban las patas.

Me agarré a San Juan de la Cruz que me mostró los límites del horizonte; mi boca quedó seca no obstante la cantidad de agua y nadé hasta las patas de Pegaso
con las que golpeé el rostro de san Juan de la Cruz.

Eleanora:

Nunca he visto, de ese hombre desnudo, del que hablas, una sola imagen. Pero soñé que quería crear simultáneamente en esta Comunidad. Tuve ganas de llorar porque casi muere herido por las uñas.

Eulalia y Odilia habían sido dos mujeres fuertemente quebradas en su vida exterior; antes de las cinco salían cautelosamente de su pequeña casa. Cinco de la mañana, cinco de la tarde, hora matinal o crepuscular, en una u otra

con la misma claridad propicia a que la llama de la vela se encienda; adobaban o untaban sus manos queriendo creer que salían hacia un encuentro amoroso sin hombre; cerraban la puerta de su casa con una corriente, dejaban en la chimenea un ladrillo para calentarlas al regreso que imaginaban frío de acuerdo con los sueños que iban a contar y oír; «la nieve se acumuló porque ayer fue la primera tarde únicamente de nieve; hoy es el primer día en que nieva sin cesar; durante algunos años, en el país más al sur donde vamos, la nieve dejará de verse; sin embargo, es deseable su substitución por el mar".

Las demás ya se encontraban en la sala y, mientras esperaban que todas estuviesen presentes, Blanca, enfrentada con su propia ansiedad, divagaba:

«nosotras, que nos regimos por el miedo esclarecedor del espacio propio sin el que no puede dilatarse el espíritu visionario, nos llenamos de torrentes. Esos ríos que son el espacio donde evolucionó el movimiento vibrátil del que yo hablaba. Ana de Peñalosa también hablaba en torrentes, yo me siento rodeada por el perpetuo nacimiento de afirmaciones. Nuestros sueños nos han quebrado esta noche en varias especies con idénticos confines y yo propongo que si ese país olvidado quiere crear simultáneamente con nosotras...

¿Qué futuro nos estará reservado, a nosotras, que queremos partir con tantas imágenes y tan pocas imágenes de nosotras mismas?"

Fue entonces, con todas por fin presentes, cuando Alice contó su sueño: «No creía posible que soñar con San Juan de la Cruz fuese una pesadilla; estábamos los dos extendidos en una sábana acuática y debíamos beber las olas sucesivas; Pegaso apareció y quiso echarme al mar; las olas que él bebía deshacían su cuerpo y solo quedaban las patas.

Me agarré a San Juan de la Cruz, que me mostró los límites del horizonte; mi boca quedó seca no obstante la

cantidad de agua y nadé hacia las patas de Pegaso con las que golpeé el rostro de San Juan de la Cruz».

Después, no sentada con las manos en las rodillas sino levantada, siguió Eleanora: «Nunca he visto, de ese hombre desnudo, del que tú hablas, una sola imagen. Pero soñé que quería crear simultáneamente en esta Comunidad. Tuve ganas de llorar porque casi muere herido por las uñas».

(XCIII)

con el aire límpido y frío y aún más límpido y frío más allá de las ventanas oímos las voces que describen los sueños y que, en esa sala de visitas, casi capitular, adquieren entonaciones nobles; tenían tonos diferentes del que habitualmente manifestaban al hablar o al leer; Hadewijch, que permaneció entre nosotras, Marta y Eulalia están de pie; María, Odília, Eleanora, Alice, están sentadas; Blanca camina con pequeños pasos; yo, apoyando los codos, me inclino sobre la mesa llena de imágenes; esta diversidad de posiciones da un cierto aspecto de intranquilidad a la sala que, en la arquitectura de piedra, es ordenada.

por las ventanas entrecerradas, la nieve cae ahora claramente en la noche y, al fondo de la voz de Eulalia que menciona su pesadilla, suena la música del órgano de la Capilla; comprendemos que Alisubbo toca para nosotras, o Luis M., o Nietzsche, o San Juan de la Cruz, o Tajo-río que nos abraza a todos y, entre las pasiones reveladas en los sueños, añadimos a nuestra Regla la obligación de dar refugio a Tajo-río.

(XCIV)

Se aproxima la partida; tomamos asiento en dos carruajes; yo valoro la fuerza de los caballos y pienso,

oprimida, en su infatigable marcha; dejamos Brabante en invierno y en fin de Año; el Año Nuevo vamos a saludarlo en el camino, vamos a ver largos trechos de caminos y hospederías; vamos a ver diferentes casas, vamos a poder mirar descansadamente nuestros rostros sentadas unas frente a otras, vamos a ver el viaje medirse con lo que digamos; pienso contarles un poco recorridos de mi vida, abrirme a ellas con mi voz. Blanca, Eulalia y Alice viajan conmigo y recordamos la nostalgia de nuestras casas.

Somos así mujeres.

Los caballos se habían detenido ahora y abandonamos los últimos bosques de Flandes, con Brabante ya tras de nosotras;
como nuestra vida pasada;
cerramos herméticamente las ventanas y Alice abre la boca en la nueva lengua. – Si habláramos conforme a la segunda lengua – dice ella. Entre nosotras se sienta una pasajera que ha venido de Portugal para mostrarnos el camino y que parece haber vivido un tiempo mucho más en el futuro que el nuestro; en el futuro no debería decirse, si la lengua fuera siempre inmaculada; exteriormente no es agradable pero su habla sí, es casi seductora: - Mi país es un país de rebeldes pobres. De día, son miserables; de noche, opulentos en la isla de los amores. – Fue entonces cuando Nietzsche se reveló sentado con nosotras, en nuestro carruaje. Viajaba apretado entre Alice y Eulalia. Seguía detestando a las mujeres, pero no a nosotras, que seguíamos balanceándonos en la carretera y que éramos todas mujeres: Nos dijo: -«¿La verdad? Oh, no conocéis la verdad. ¿No es un atentado a todos nuestros pudores?» –Hablaba entre mujeres, como si él también fuese una mujer. Miraba, sin embargo, con desconfianza, nuestras cofias almidonadas y exaltadas; nos dijo que un asno no podía ser trágico y, cuando el carruaje se desvió por un buen camino, se extinguió en el rostro de Alice. Ella, después de una pausa, nos transmitió que

el último murmullo que le había oído era que, cercando la sabiduría de los límites el conocimiento, había muchas cosas que, de una vez por todas, él no quería saber. Cecilia, que había venido con el destino de llevarnos a Portugal, no dejó caer el silencio: - Deseo que ella os sea tan invisible como vosotras para mí sois invisibles. – El carruaje se había detenido; habían llegado a una hospedería.

Hoy no hace frío, parece menos invierno y los cuartos de esta hospedería miran hacia el país donde nació San Juan de la Cruz; el país de Cecilia hacia donde vamos sabiendo ya su lengua queda más a Occidente e imagino que aún tendremos que atravesar verdes valles, planicies casi desiertas, tierra, tierra, tierra. Cecilia ora habla mucho ora se calla, un ritmo binario la trae hasta nosotras y la lleva lejos de nosotras; como yo le dijera que tenía semejanzas con el mar sus olas mientras le ofrecía de beber agua del cántaro colocado sobre el parapeto de la ventana que daba hacia los suelos áridos de San Juan de la Cruz, confesó que también lo había conocido, por convivencia de amor y de
escritura,
que había sido incluso el único hombre que había amado,
aunque hubiera vivido siempre lejos de él, salvo el día en que había venido a sentarse, más abajo, a su lado, y no había podido definitivamente hablar, solamente escribir el texto que él dictaba; su rostro, estando próximo, era siempre lo que ella veía estando lejos, y tenía una forma inesperada de mandar escribir, o mejor, de hacer entender su movimiento de voces, de gestos, de inclinar la cabeza que todo, en su cuerpo, depositaba en la palabra; temía perder esta sutil y fuerte fluidez y me inclinaba hacia él, cada vez más cerca de sus manos cerradas. Y, en un cierto momento, se levantó para ir a la ventana que daba sobre ese mismo paisaje u otro casi idéntico y me dijo que, bien ahora bien después, debía

acompañaros a Portugal y que os daba su mano. La acepté para vosotras, no para mí, aunque lo amara desde siempre, y la mano se quedó en el parapeto de la ventana, exactamente la mano, no su sombra, y él salió con el puño ensangrentado escondido en la manga y murmurándome, al partir, «la escritura crece», me consoló.

Os pido perdón por ser yo, comenzó a decir Alice cuando, en la reunión de la hospedería que sustituyó a la del Capítulo, nos vino a mostrar sus pesadillas.

Le ofrecí una rama de árbol para afirmar que la apoyaría.

Querida Alice,

esta noche, en el lugar de tu cabeza, he tenido un sueño: que vivías dentro de un pequeño vaso; por eso, estabas ansiosa. Cuando pregunté si, en breve, debías morir,
me respondieron que vivirías hasta los bordes del vaso.

(XCV)

Como la nieve se hiciese cada vez más permanente y el viento no dejase de acumular cada vez más viento, tuvimos que interrumpir
esta parte del viaje; en dicha posada había muchos cuartos y sobre todo cobertizos, lugares deshabitados, donde la paja y los aperos de labranza abandonados se acumulan; cuando la nieve avanza por las puertas entreabiertas reparo, durante mis paseos, en que hay escondrijos sombríos y abrigados donde seres aterciopelados y delicados llenos de hambre y de perspicacia se esconden. No se trata todavía de morir pues sus ojos alumbran mi camino hasta ellos que, en cuanto llego, huyen lejos, pero sin dejar de mirarme. Recuerdo estar sentada en mitad de una escalera, en el tiempo ejemplar de mi infancia, aunque tal cosa nada tiene que ver con la infancia, son modalidades reales de otro pensamiento; cierro, a veces, la

puerta difícil de cerrar tras de mí pues el viento sopla y se ha creado una barrera de hielo, teniendo siempre el cuidado de dejar espacio suficiente para que esos seres puedan salir; son de color oscuro, claro, intermedio sin sombra y les doy de comer alimentos solo con un mínimo de agua para que no se hielen. Les atribuyo nombres que a mí misma me conducen y he decidido hablar de ellos a mis hermanas que, como yo, están ansiosas.

tal vez estos seres tengan que ver con Tajo-río, sean sus afluentes o hijos que se hubieran vuelto antepasados; en este lenguaje crudo de imágenes, se revela un ritmo renovador que leo en los ojos de esos futuros seres, ya proscritos; los llamé póstumos, cada uno con su nombre para poder designarlos; está Blanca, Barco y Arco; cuando entro en esa parte oculta de la hospedería sé siempre que un árbol, en mi espíritu, va a caer; esos seres no tiemblan al oírme, los únicos puntos que tienen en común con los humanos son los ojos e, incluso ellos, más lúcidos, o distantes; Barco va a admitirme en su solitario entendimiento.

mis visitas son siempre breves pues hace frío, que me hiela, y temo imponerles mi presencia humana; nunca he deseado importunarlos de modo humano y me pego a la pared sin ruido, ni imágenes en los gestos; ellos permanecen suspendidos, se aproximan a la comida que les he llevado y esperan que me vaya para recrear los movimientos que son de aguas puras corrientes.

aún no hemos podido partir; en la inmovilidad forzada, la nieve se volvió un soplo de monotonía.

Yo, que me pierdo fácilmente en esta blanca oscuridad, reconstruyo mi vida; estamos a medio camino de hacia donde debemos volver; yo, Eleanora, permanezco con Margarita después de tantas separaciones, decepcionadas por estar

próximas, sin palabras para escribirnos; el declive es un camino perfecto, y encontrarnos las dos junto a los seres en los que solo yo puedo entrar. No obstante, tras de mí, ella trae la comida que mira como hacia un horizonte distante. La monotonía de su andar es efecto de la nieve; la invito a conocerlos porque sospecho que en estos seres intuitivos las consecuencias de su presencia tal vez sean casi nada; hay un olor a paja descomponiéndose, de sustancias que viven. Estos seres que proliferan en la nieve, huyen de la nieve, se abrigan dentro de la casa a sí misma abandonada.

Una vez puesta la comida en el suelo, permanecemos de pie; aquí hace todavía más frío, pero apenas respiramos por respeto hacia estos seres que creen que nuestros movimientos pueden ser una espada que los alcance.

Nos detenemos. Años no darán la medida de mi deseo de penetración en el tiempo; el rostro de Margarita se quedó sombrío, se ensombreció, se llenó de sombra; yo hubiera deseado hacer atravesar esta lengua todas las lenguas hasta volverla, por fin, sombra y silencio. Te hablo con pasión, Margarita, a tu sombra
que vas a responderme,
hacerme ver,
para que esta parada no sea fin de movimiento.

yo sé que, entre nosotras, hay el equivalente en odio; pero quería decirte que donde se sitúan esos confines, los cuerpos están en un lugar y rodeados por otros cuerpos. Los seres resplandecían, no podían esconderse, dejar de ser vistos por ellas. están siendo quemados en los autos-de-fe que aterran hoy Lisboa. Han salido por una puerta lateral donde uno de los seres creía esconderse; advertidas por su luz, se encontraron al aire libre, siempre frío.

estaban en Portugal, en una iglesia llamada de São Domingos, en el Largo de São Domingos, y Margarita pensaba, al oír contar a Eleanora, «cuando se alcanza este fin, los orígenes están próximos».

Como fuera de las cosas creadas hay cosas increadas, un pescadero que asistía a la misa vio una corona luminosa envolver la cabeza del Cristo y murmuró a quien estaba cerca: «Milagro». «Milagro», acabó Margarita por sentir que una mujer decía a su oído.

Como cuando se llega al milagro la decadencia hace mucho que ha empezado, nada murmuró Eleanora;
y, como el pueblo se levantara para gritar, permanecieron sentadas, pegadas una a la otra, pero sin pronunciar palabra.

De los labios de un hombre, que estaba casi al final de la iglesia, y que no pudo huir, oyeron la verdad: - Fíjense en lo que digo: es solo el reflejo de la vela. – Pero ya dos frailes dominicos le llamaban monstruo de herejía y todos caían sobre su cuerpo; inmediatamente hicieron un fuego y quemaron a este ser.

Margarita y Eleanora se alejaron de aquel humo cogidas de la mano, perdidas una en la otra; entrelazan los dedos para no llorar y, antes de tiempo, darse a conocer. Tropezaban en los pinos albares de Flandes y de Brabante, aunque estuviesen en Lisboa, y no veían en las paredes de la última ciudad de Tajo-río los letreros que proclamaban: «loado sea por siempre el Santísimo Sacramento»; cuando Margarita pudo llorar, le explicó a Eleanora, en la nueva lengua en que ahora siempre hablaban, que era en desagravio por haber sido asaltada la iglesia de Santa Engracia y robada la hostia sagrada; un cristiano nuevo ya había sido decapitado y quemado sin pruebas.

- Fue en este marco – dijo Eleanora – donde Margarita y yo nos despertamos de la misma pesadilla -, cuando acabó de

contarla a las hermanas reunidas; había llegado una carta de Luis M., que le fue entregada por Odilia a ella, y todas las que hacían el camino de regreso tenían ya conocimiento de las noticias.

Epílogo

Los pobres habían entrado en la Casa, la sala-cocina se volvió promiscua. Cada uno es mi Maestro. Los pobres, en el país de esta lengua, son andrajosos, aún más despreciados que en cualquier otra parte. Capaces de enseñarnos mucho sobre la trama de la vida, tienen opiniones sobre los acontecimientos cotidianos que expresan en frases lapidarias y hereditarias.

Comunes es un pobre entre los cuarenta y los cincuenta años, que sigue considerándose huérfano, que no concede a la edad la menor importancia, que conoce las Mil Palabras y que se sienta de cara al mar extendiendo apenas las manos para comerlo. La cara invadida por la barba es oscura, con manchas blancas, ando cerca de él sin el estremecimiento que, a veces, me provoca la presencia de los hombres, sobre todo de Alisubbo. Por la noche, se tumba en el mismo lugar, pasan las noches y los días con Comunes escudriñando su aparente ausencia de vida. Me sigue con los ojos, despide un olor acre, profiere sus frases lapidarias – proverbios y presentimientos.

Entre los pobres, se esconden algunos perseguidos. Es amargo, para quien no es pobre, tomar la fisonomía discreta y monocorde del pobre. Es amargo vivir sentado en el suelo con el espectro de la hoguera y de torturas. Quien puede ser muerto por el fuego no ama, como nosotros, la llama de la vela. Desde que llegamos aún no la encendemos para la contemplación ritual de las cinco. Nos limitamos a la contemplación de las llamas de las velas que arden rutinariamente en el altar. Tenemos un único altar también rodeado de pobres que trabajan para nosotros devanando Ave-Marias, y susurrando. Por la noche me acuesto con la cabeza pesada por este susurro, el espíritu obtuso, las menores imágenes del silencio perdidas.

Justo al lado de mi cama, en otra cama menos alta e igual de maciza, duerme una mujer enferma que suspira, con la exactitud de un reloj, a cualquier hora de la noche. A las cinco nos levantamos, me lavo la cara en la palangana común,

me arrodillo en la Capilla entre estos miserables que duermen. Miserables dignos de misericordia, inmóviles durmiendo y despiertos que son muchos de los fieles del amor que buscábamos.

Nuestro largo día, sin embargo, comienza: nuestra Regla se ha vuelto más uniforme y rigurosa, como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. Levantarse a Maitines, volvernos a acostar para no dormir. Levantarnos definitivamente con el sol, volver a lavarse la cara en el agua común de la palangana.

Sabiendo que en ella se sumergirán otras manos es, para mí, un agua singular. Yo soy Eleanora, si aún no lo he dicho.

A algunos metros de casa, tenemos el mar: un sendero en pendiente, un manto de arena y el olor a sal. En el camino hay pobres que esperan, que nos saludan de lejos, y después se quedan inmóviles esperando largo tiempo. No tienen apellido. Aquí, los nombres me sorprenden, Silva, Oliveira, Romão, Rosa, Loureiro. El pan, el espino, la flor, el fruto. Uno de estos pobres me ha traído una ofrenda en la mano mugrienta, algunos mariscos que había cogido en una roca y que se movían aún entre sus dedos más vivos que muertos. Abrí mi pañuelo para ponerlos en él y el pobre me preguntó si había otro pobre llamado Comunes, que él se llamaba Laranjeiro y que venía del Norte, de recorrer lentamente tierras secas. Estamos al Sur del Tajo y yo hablo esta lengua tan claramente que nadie puede imaginar que soy extranjera. Le respondo que, de hecho, había un hombre llamado Comunes que había llegado hacía días diciendo poca cosa de sí mismo. – Él tiene una enfermedad – dijo el pobre recién llegado – que se pega cuando sopla las palabras. – Tal vez sea verdad. Vamos a buscarlo. – Está sentado en el mismo lugar, con la cara firme y la mirada vaga. – Los olores de la cocina se dirigen hacia nosotros antes que él – observó Laranjeiro. Yo mantengo los

moluscos en el pañuelo, debo apresurarme hacia mi lugar en la Capilla, cantar en el coro.

Decido quedarme con los dos y después confesar la falta en el Capítulo de las Culpas. Miro a uno, miro a otro, espero que hablen. El primero pregunta al segundo: ¿Qué tal el tiempo, y la sequía? – El segundo responde: - Todo ha muerto. – No se dicen una sola palabra más, ya no me miran, ni desean verme. Pienso en ir a mis obligaciones en la Capilla para poder mantener mi discreción en el Capítulo de las Culpas.

Salvo la presencia del mar, que golpea, que repite, que amplifica en mitad de esta promiscuidad, el silencio es total, verdadero silencio de soledad. Las voces no disminuyen, el movimiento, las órdenes, los cuidados, los miedos, los ojos sobre las caras de los mendigos y enfermos que no se sabe si solo son desprotegidos o también perseguidos; Margarita intenta mantener la calma de espíritu y se sienta, a veces, algunos instantes frente al mar, no en la playa sino junto a la ventana; hablar solo claramente una lengua no basta, creo que es lo que ella piensa; este mar es un continente perdido y éste solo una roca. Nuestro erotismo y el de nuestras hermanas se vuelve agudo, cuanto más misteriosos y mudos, más deseamos a estos pobres; su tez crepuscular no tiene límites.

Estoy aquí y no en Flandes, frente a Comunes que hoy se ha quedado lívido. No sé si este manuscrito verá alguna vez la luz del mar, la luz de la tierra o la luz del sol. Margarita que también puede ser inteligente/cruel, me apoda, casi en silencio, la dama de Comunes. Yo soy, de hecho, la dama del enfermo que está aquí acostado. Si no fuesen los rostros hundidos, el cuerpo que pierde la ocasión de permanecer con nosotras, la lengua a cada instante inmóvil, podría pensarse que, bajo la manta, descansa. Solo descansa en la luz glauca que hay. En los momentos en que su lividez queda atenuada,

la tez morena me hace adelantar la mano; porque he de confundir deseo y paz de espíritu. Convive con el cuarto la luz de la lamparilla. Yo no sé si estoy a la cabecera de un hombre o de una imagen. De vez en cuando, el semblante de Margarita aparece en el umbral; no sé si ella me vigila o si se vigila a sí misma. Si Comunes fuera un perseguido, y no solo un pobre, si Comunes fuera un enviado, y no solo un hombre, si Comunes hubiera vivido en la herejía creando nueva herejía, ¿qué funerales propicios le daríamos?

Después de que Laranjeiro salió, desengañado por los sudores de la muerte, yo supe quién era Comunes: - Vine con un mensaje de Tajo-río para vosotras... – atravesó sus labios sin que hablase y yo, con miedo de falsear lo dicho con lo no dicho, me levanté tras el rastro de Margarita. No necesité ir muy lejos porque ella estaba aún con los pobres, profundamente cansada por los sentimientos de nuestra noche. Me dice, de camino, que Comunes es más agua que un hombre, una señal moribunda.

Una hora después, Comunes levantó la mano derecha; agarró la muñeca de Margarita, no la mía; miró hacia mí como releyendo: - Viene con un mensaje de Tajo-río para vosotras...

¿Quién? – preguntaron nuestras hermanas al final. - ¿Qué le mató?

Yo tiemblo como si hubiese sellado aquel mensaje; reparo en que tengo hambre; clarea. Margarita sigue agarrando su muñeca. Será, en el Capítulo, la intermediaria de lo que a ella le bastó leer: «En cualquier parte en que osó manifestarse, Tajo-río se presentó con la figura de pobre. Un pobre mensajero, un pobre como Comunes. En el año de 1646, en Lisboa, en un auto-de-fe, quemaron aquella apariencia. Fue aquel día cuando Comunes murió entre nosotras y Corazón de Oso, que había presenciado el auto, nos contó cómo se había

hecho la justicia de las tinieblas. Fue imposible quemar el agua aunque, sin embargo, posible».

Descripción del día 18 de noviembre de 1646:

Corazón de Oso quiso volverse minúsculo y acompañarme en mi cuerpo donde había arraigado una especie de lugar de viaje. Yo estaba con Margarita y los demás en la Comunidad.

El día había despuntado en un silencio final y el río Tajo, desde el sitio en que yo me encontraba, se veía mover poblado de barcas, con embarcaciones de mayor porte a lo lejos y las eternas gaviotas planeando e ignorando quién estaba dentro o fuera del círculo de la herejía.

De vez en cuando, espectador o condenado, sentía un escalofrío en la columna vertebral; pero los demás, solo espectadores, gritaban complacidos al viento que venía de la Ribeira «que les afeitase».

Nosotros, Comunes y yo, y yo, y yo en Comunes, y Corazón de Oso que, después de Müntzer, se unió a Tajo-río, no sabíamos que esta ciudad era inflamable. Estábamos más habituados a los fríos, a países donde la nieve cubre casi el propio país, haciendo del territorio la propia nieve.

Apostilla,
o anotación
a este escrito:

ser solo la mujer que escribe es imposible:

voy existiendo desde que ya no soy vida, sino total instrumento de escritura; presa en Portugal soy su presa irremediable y creo que solo podré volver a la vida allí; ¿cómo puede sucederme todo esto después de tanto tiempo en el extranjero y como efecto de un solo viaje?

Ser solo la mujer que escribe es imposible; un paisaje permanentemente rezumando pensamientos me mantiene como esclava suya. En el lenguaje de Comunes, diría que es aquella cautiva que me hizo cautivo, pero ahora el Convento de los Franciscanos, en la Sierra de Sintra, me perturba al fondo de la sala, se constituye en acontecimiento imperfecto de libro. Veo la primera escena nacer entre lágrimas, el rey sospechoso de ser soñador habla con un fraile que es el señor de su espíritu. Estoy con ellos, en el pequeño atrio, anotando cuáles eran los pliegues de su voz y qué modo de ser mañana hacía, además de hallarme disfrazada en la misma gruta en que se efectuaba la despedida:

- Mi Señor – dijo el fraile -, dado que todo pasa, todo ha pasado ya para nosotros.
- Los sufrimientos que deberé soportar – dijo el rey – ya los he conocido hasta ahora.
- Fue por esa razón por lo que vinisteis a pernoctar en esta celda, esta noche y las siguientes, después de vuestra partida.
- Yo sé que tenéis razón – dijo el rey. – Pero debéis añadir a este pobre convento de la Cortiça un monumento que aún desconocemos.
- ¿Cuál? – preguntó el fraile.
- Un monumento que aún desconocemos: la entrada bajo dos peñas – repitió el rey dirigiéndose a la salida, y que era la vertiginosa entrada de la sierra de Sintra que se veía por todas partes.
-Mañana solo veréis el mar y no esta Plaza de los Cedros – añadió el fraile.
-Mañana solo veré este Convento remando en las aguas; a donde vaya, la Sierra de Sintra estará ante mí; quién podría imaginar que es a perderla o ganarla a lo que voy a luchar a África. – La sierra era tan exuberante que el hecho de que un único árbol se encontrara al alcance del rey me sorprendía.

- Señor – dijo el fraile-, como siempre aquí, la mañana es húmeda y fría. No os dejéis ganar por un miedo pavoroso.
- Traed mi caballo – dijo el rey.- Si perdiera frente al enemigo, si algún mal me sucediera, ese mal recaerá en vosotros.
- Ese mal ya está aquí – dijo el fraile.- Aunque nuestras celdas tengan entradas tan pequeñas.

Camino de Flandes, 6 de Julio de 1977
Casa de Jodoigne, 18 de Agosto de 1979

OS PREGOS NA ERVA (Portugália, 1962; Rolim, 1987)
DEPOIS DOS PREGOS NA ERVA (Afrontamento, 1973)

Trilogía *Geografia de Rebeldes*:

O LIVRO DAS COMUNIDADES (Afrontamento 1977; Relógio d'Agua 1999)
A RESTANTE VIDA (Afrontamento, 1983)
NA CASA DE JULHO E AGOSTO (Afrontamento, 1986)
El Libro de las Comunidades y La vida restante ya están traducidos al castellano por Atalaire y publicados en 2005 y 2008, respectivamente.

Trilogía *O Litoral do Mundo*:

CAUSA AMANTE (A Regra do Jogo, 1984; Relógio d'Agua, 1996)
CONTOS DO MAL ERRANTE (Rolim, 1986), **Premio Inasset 1986; traducido al francés, (Metailié, 1991)**
DO SEBE AO SER (Rolim, 1988)

Diarios I, II y III:

UM FALCÂO NO PUNHO (Rolim, 1985; Relógio d'Agua, 1997; **traducido al francés, Gallimard, 1993)**
FINITA (Rolim, 1987)
INQUÉRITO ÁS QUATRO CONFIDENCIAS (Relógio d'Agua, 1997)

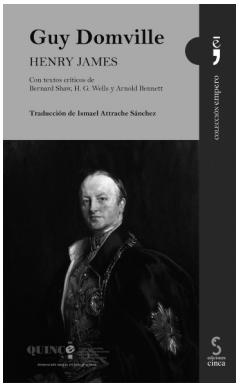
Otros:

AMAR UM CÂO (Colares, 1990)
O RAIO SOBRE O LÁPIS (Europalia, 1990)
UM BEIJO DADO MAIS TARDE (Rolim, 1990, 1991) **Premio da Crítica 1990, Grande Premio do Romance e da Novela de 1990, da Associaçâo Portuguesa de Escritores**
HÖLDER, DE HÖLDERLIN (Colares, 1993)
LISBOALEIPZIG 1 O Encontro Inesperado do Diverso (Rolim, 1994)
LISBOALEIPZIG 2 O Ensaio de Música (Rolim, 1995)
ARDENTE TEXTO JOSHUA (Relógio d'Agua, 1998)
ONDE VAIS, DRAMA-POESIA? (Relógio d'Agua, 2000)
CANTILENO (Relógio d'Agua, 2000)
PARASCEVE (Relógio d'Agua, 2001)
O SEÑOR DE HERBAIS (Relógio d'Agua, 2002)
O JOGO DA LIBERDADE DA ALMA (Assírio & Alvim,2003)
O COMEÇO DE UM LIVRO É PRECIOSO (Assírio & Alvim, 2003)
AMIGO E AMIGA - CURSO DE SILENCIO (Assírio & Alvim, 2005)
Grande Premio do Romance e da Novela de2005, da Associaçâo Portuguesa de Escritores

Ha traducido al portugués a Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Apollinaire, Éluard y Rilke.

COLECCIÓN empero

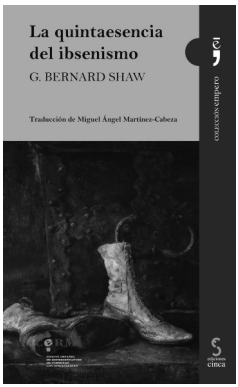
Dirigida por Luis Cayo Pérez Bueno



Guy Domville
Henry James

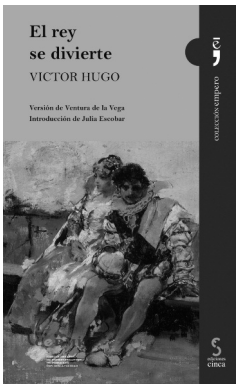
Con textos críticos de
Bernard Shaw, H. G. Wells
y Arnold Bennett

Traducción de
Ismael Attrache Sánchez



La quintaesencia del ibsenismo
G. Bernard Shaw

Traducción de
Miguel Ángel Martínez-Cabeza



El rey se divierte
Victor Hugo

Versión de Ventura de la Vega
Introducción de Julia Escobar